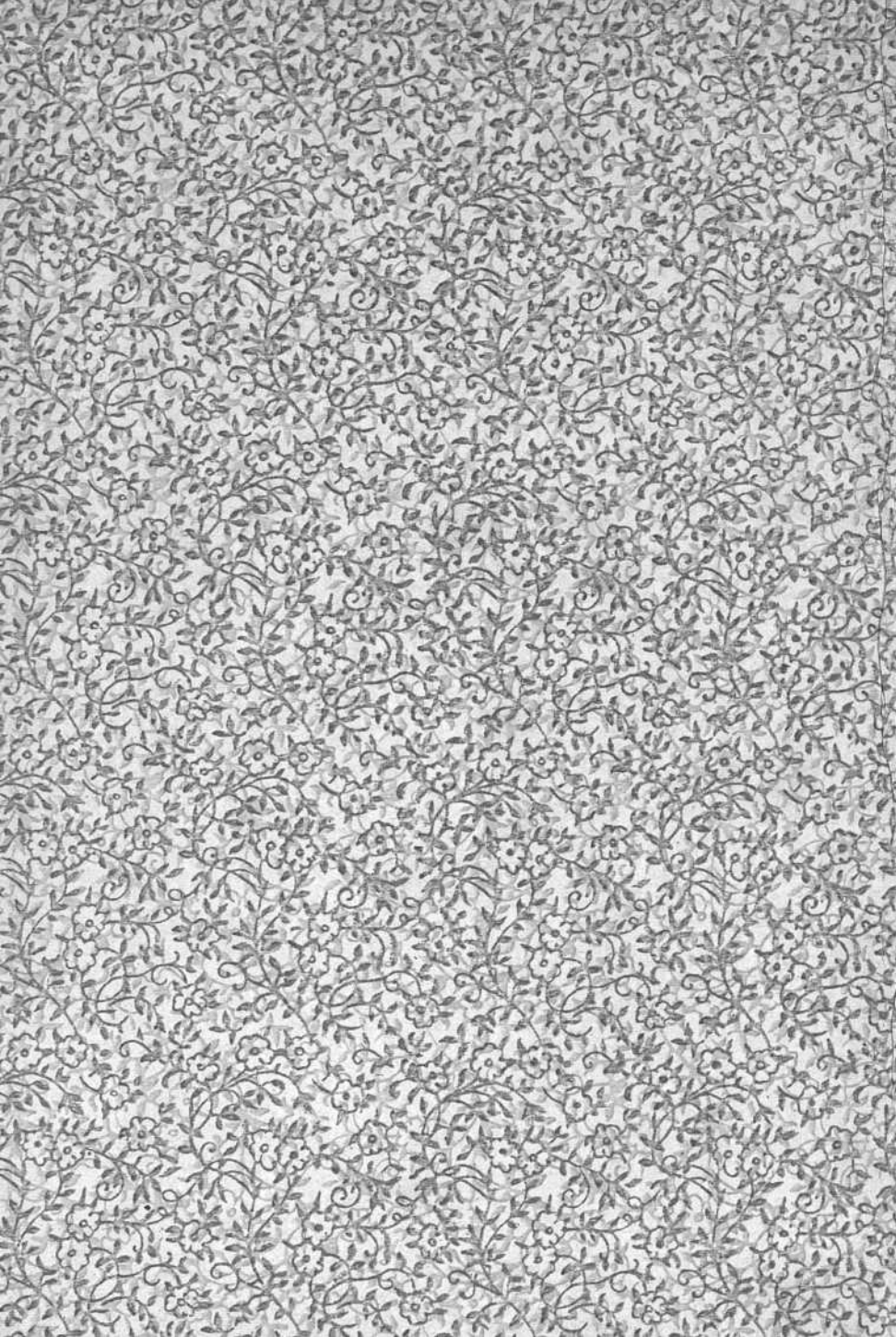


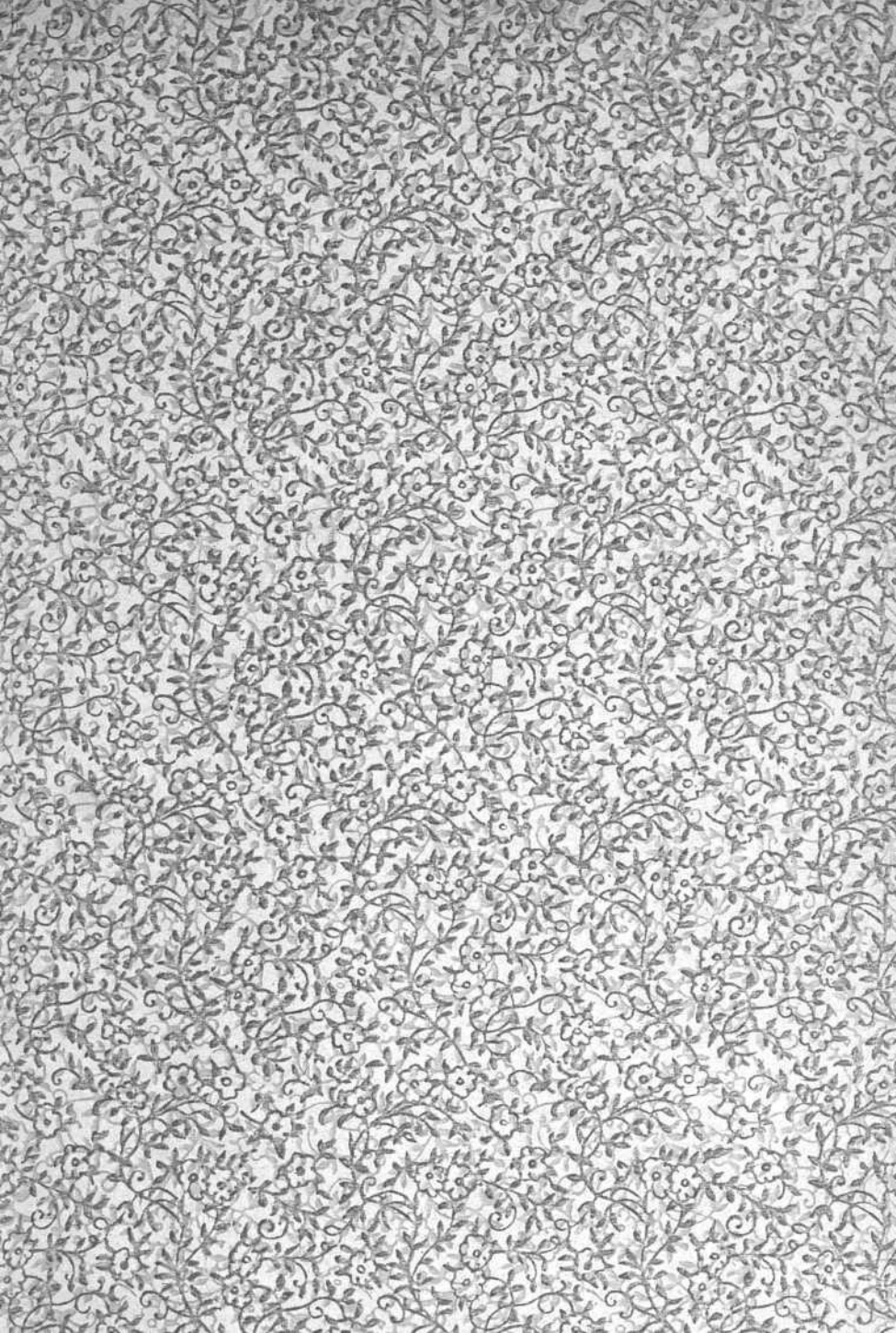
WILLI

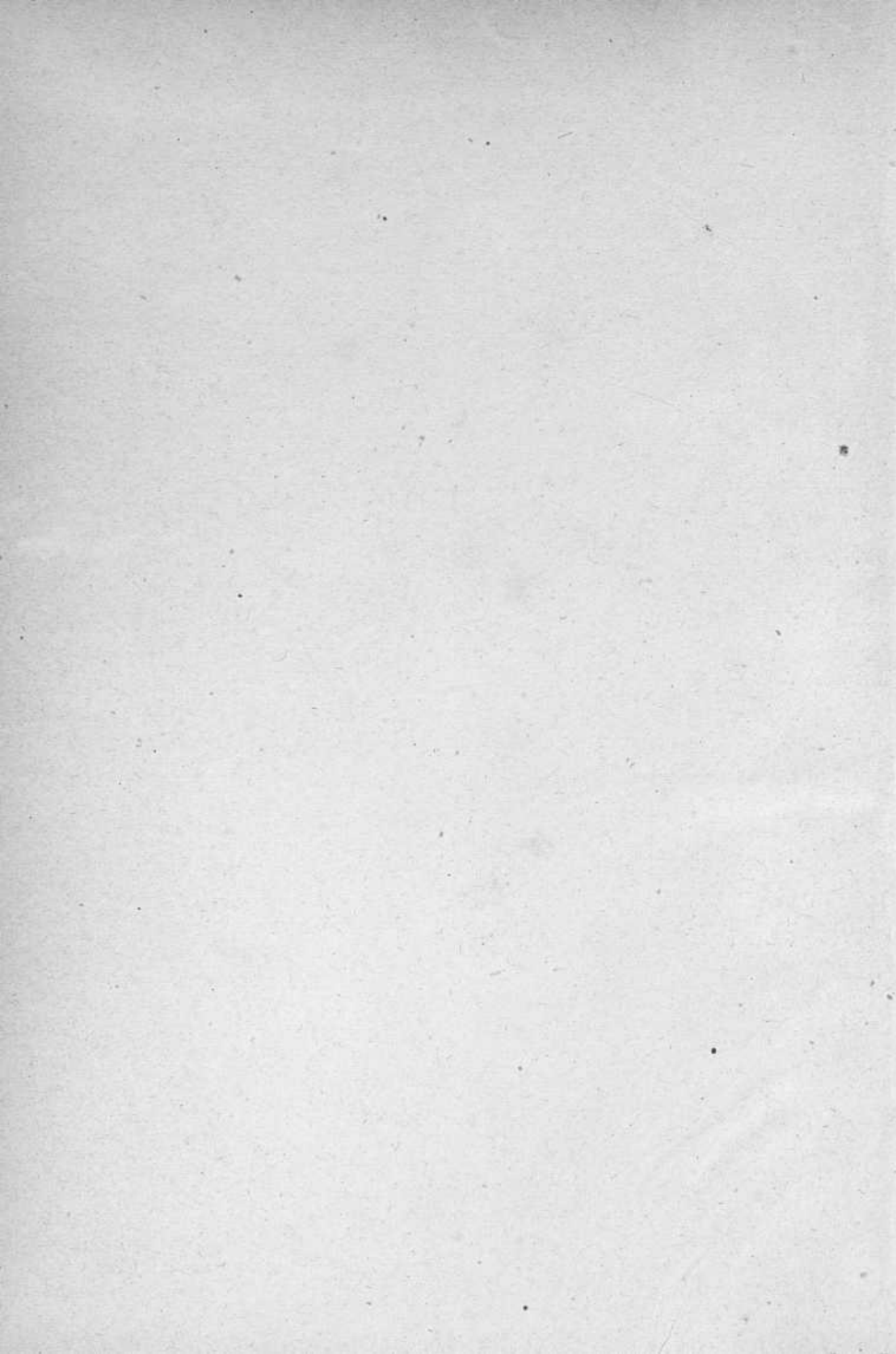
REZ

R

73







1182539
br
7773





A. Ridruejo -
1931

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Sorla

7773



De esta edición se han tirado cien ejemplares en papel especial de hilo, reservados exclusivamente para los suscriptores de la COLECCIÓN DE AUTORES REGOCIJADOS

COLECCION D AUTORES REGOCIJADOS

VIDA Y HECHOS
DE
ESTEBANILLO
GONZÁLEZ

HOMBRE D BUEN HUMOR

COMPUESTA
POR ÉL MISMO



M. AGUILAR, EDITOR, MADRID



DVBÓN



ALMA Y HERNANDEZ

DE

ESTERBANDILLO

CONVALLER

CONVALLER

CONVALLER

CONVALLER

DE

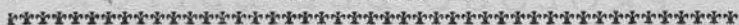
CONVALLER

PRÓLOGO DEL EDITOR



OCUPA Estebanillo González eminente lugar en la literatura picaresca española, al lado de las mejores obras de su género. Es novela autobiográfica, de autor anónimo, habiendo sido atribuida por algunos, con escasa verosimilitud, a Luis Vélez de Guevara, y adjudicándosela la mayoría, con más probabilidades de acierto, a Esteban González, bufón de Octavio Piccolomini de Aragón, duque de Amalfi, a quien está dedicado el libro.

El autor se dice oriundo de Galicia y criado en Roma, en donde comienza de muy joven sus aventuras, pasando a poco a otros puntos de Italia para venir después a España, la cual recorre de punta a punta. Huye luego a Francia, y desertando del ejército francés se incorpora a las tropas imperiales y españolas, con cuyo motivo recorre casi toda Europa, volviendo después a Italia y España, y por último a Bruselas, en donde, enfermo y achacoso, compone el libro de su vida y pone término a sus aventuras picarescas. En todas estas andanzas ejerce innumerables menesteres, desde barbero y mendigo hasta bufón y correo de reyes, distinguiéndose en todos ellos por su poca afición al trabajo y al peligro, por su glotonería y su amor al vino, y su ingenio para satisfacer ambas cosas. Los hechos aparecen localizados en la época de Felipe IV, citándose personajes y acontecimientos históricos en prueba de la veracidad de lo relatado, como la muerte del cardenal infante don Fernando, de la reina de España y de la em-



peratriz Maria, la batalla de Nordlinga, el sitio de Arras y la derrota de Rocroy. Esto presta a la obra un carácter de relato histórico que aumenta su valor literario, pues refleja con bastante fidelidad la vida militar y cortesana de su tiempo y la azarosa existencia de los hombres de su clase, con las artes inverosímiles y las trapacerías ingeniosas a que habian de recurrir para procurarse la subsistencia. No obstante, parece haber en ella buena parte de ficción literaria, advirtiéndose notorias huellas de su abolengo picaresco, en particular del Lazarillo de Tormes, el Guzmán de Alfarache, el Rinconete y Cortadillo y el Buscón.

Estebanillo González gozó de gran favor entre el público hispano, apareciendo en repetidas ediciones, y asimismo fué estimado en el extranjero, siendo traducido al inglés en 1707 por el capitán Stevens, quien hizo calurosos elogios de la obra, así como al italiano, y utilizado en parte por Le Sage para su libro *Histoire d'Estevanille Gonzalés*, surnommé le garçon de bonne humeur, que aunque por el título parece una traducción íntegra del Estebanillo español, es en realidad una obra nueva, en la que sólo hay fragmentos de la narración española.

La primera edición del Estebanillo González apareció en Amberes en 1646, publicada por la viuda de Juan Chobbart. Aparecieron ediciones sucesivas en 1652, 1655, 1720, 1725, 1729, 1778, 1795 y 1844. En 1854 fué incluida esta obra en el volumen XXXIII de la Biblioteca de Autores Españoles publicada por Rivadeneyra; pero aquí debió de tomarse por original alguna de las últimas reediciones, pues en sus repetidas impresiones la obra fué sufriendo sucesivas negligencias y mutila-

ciones, que se advierten en la edición de Rivadeneyra y en la más moderna de Louis Michaud, como la ausencia del prólogo en verso y de algunos pasajes del texto y numerosos errores de transcripción.

Para la presente edición nos hemos servido de una de las ediciones más antiguas, transcribiéndola con rigurosa fidelidad y modernizando con especial cuidado la ortografía y la puntuación, de modo que sin perder su original sabor ofrezca la obra al mismo tiempo la máxima claridad para el lector contemporáneo.

Como esta edición va dirigida al gran público, hemos eludido en lo posible interrumpir el texto con notas explicativas, limitándonos a poner las estrictamente necesarias para la mejor comprensión del texto.

BIBLIOGRAFIA

Julio Cejador y Frauca: *Historia de la lengua y la literatura castellana*, tomo V.

Frank Wadleigh Chandler: *La novela picaresca en España*.

Euslaquio Fernández de Navarrete: *Bosquejo histórico sobre la novela española*. Tomo XXXIII de la Biblioteca de Autores Españoles.

M. Menéndez y Pelayo: *Orígenes de la novela*. Tomo II. Volumen III de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles.

DEDICATORIA

que hizo el mismo Estebanillo González al Excelentísimo Señor Don Octavio Piccolomini de Aragón, Duque de Amalfi.

EXCMO. SEÑOR.

Yo, Estebanillo González, hombre de buen humor, hijo de mis obras y padraastro de las ajenas, y menor criado de V. Excm., queriéndome hacer memorable, fiado en haber merecido ser el menor criado de V. Excm., me he puesto en la plaza del mundo y en la palestra de los combates, dando a la imprenta este libro de mi vida y no milagros. Y por temer el rigor de la censura de tantos Zoilos ignorantes y de tantos émulos mordaces, y por no hallar otro más valiente general que lo defienda de ellos, ni otro más valeroso soldado que lo preserve de tan ponzoñosos venenos, ni otro más generoso príncipe que me ayude y ampare, me postro a los pies de V. Excm., suplicando humildemente se digne de admitir esta pequeña ofrenda, para que mi varia peregrinación y ridículo discurso llegue con tal auxilio a merecer aplauso y me sirva de alcanzar de V. Excm. la merced y favor que

hasta aquí he recibido y de aquí adelante me prometo de su acostumbrada y conocida magnificencia, para que demás de los laureles que V. Excm. ha ganado con admiración del orbe y espanto de los enemigos, cante la invencible fama entre la multitud de sus proezas el ser honrador de sus criados y amparo de los que poco pueden, que con esto quedarán los curiosos alegres de tener un libro de chanza con que entretenerse, y yo desvanecido de tener tan poderoso dueño de quien poder ampararme y favorecerme.

El más humilde y menor criado de V. Excm.

Estebanillo González.



De Francisco de la Cruz, criado
de S. A., a Estebanillo González

Hoy califican tu ciencia,
los trabajos que has pasado,
pues por ellos has mostrado
lo que vale la experiencia.
La elegancia y suficiencia
juntas se llegan a ver,
Estebanillo, en tu ser,
pues que has sido tú el primero,
que has sabido (chocarrero)
chancear y componer.



De Francisco de Alí, criado de S. A., a Estebanillo González

Las gracias te den laurel,
pues que de ellas eres suma,
y el dios Delfio por tu pluma
también te adorne con él.
Si en el decir tienes miel,
bien se puede colegir
que el hacer sigue al decir,
y es muy digno de alabar
que quien tan bien sabe obrar
sepa mejor escribir.



S O N E T O
de Estebanillo González, autor
de este libro

Diéronme ser los montes de Galicia,
la sacra Roma en sus escuelas ciencia,
la libertad de Génova conciencia,
el regalo de Nápoles malicia,

La intratable Calabria el avaricia,
el poder limitado la paciencia,
los trabajos del mundo la experiencia
y los estados bajos la codicia.

Experto en tales dones, he quedado
en lances y donaires tan curtido,
que si llegase al fin que he deseado

Pondré todas las chanzas en olvido,
y si no estoy del mundo retirado,
me hallo de no estarlo arrepentido.

P R Ó L O G O



ARÍSIMO o muy barato lector, o quienquiera que tú fueres, si curioso de saber vidas ajenas llegares a leer la mía, yo me llamo Estebanillo González(flor de la jacarandaina (1). Y te advierto que no es la fingida de Guzmán de Alfarache, ni la fabulosa del Lazarillo de Tormes, ni la supuesta del Caballero de la Tenaza, sino una relación verdadera, con parte presente y testigos de vista y contestes, que los nombr o atodos para averiguación y prueba de mis sucesos, y el dónde, cómo y cuándo, sin carecer de otra cosa que de día, mes y año, y antes quito que no añadido. Por tres causas debes aplaudirla y estimarla: la primera, por ir dedicada al más prudente general y valeroso soldado que han conocido nuestras edades, y por ser yo una humilde hechura suya, y que sólo pretendo con este pequeño volumen dar gusto a toda la nobleza, imprimiéndolo en estos países, confiado solamente en el amparo de mi amo y señor, el excelentísimo duque de Amalfi, que como primero y sin segundo Alejandro, siempre me ha amparado y favorecido, mostrando los preciosos quilates de su grandeza, valor y generosidad, en levantar mi humildad y corto merecimiento de las deshechas ruinas del olvido y del inútil polvo de la tierra. La tercera, porque no lo doy a la imprenta para hacer mercancía de él, sino sólo para que sirva de presente y regalo a los príncipes y señores y personas de merecimiento, y no volveré la cara

(1) Rufianesca, vida de los pícaros.

ni encogeré el brazo a los premios que me dieren, porque soy hombre que por tomar, tomaré unciones, y por recibir, recibiré un agravio. Tengo por imposible que te deje de agradar, si acaso no estás dejado de la mano del gusto o hecha la cara al desaire de andar corto en alabar lo que es bueno por dar muestras de entendido. Aquí hallará el curioso dichos agudos; el soldado, batallas campales y viajes a levante; el amante, enredos amorosos; el alegre, diversidad de chanzas y variedad de burlas; el melancólico, epitafios fúnebres a los tierros malogros del cardenal infante, de la reina de España y de la emperatriz María; el poeta, compostura nueva y romances ridículos; el recogido en su albergue, las flores de la fullería, las leyes de la gente del hampa, las preeminencias de los pícaros de jábega, las astucias de los marmitones, la cautela de los vivanderos y finalmente los prodigios de mi vida, que ha tenido más vueltas y revueltas que el laberinto de Creta. Donde después de haberla leído y héchote más cruces que si hubieras visto al demonio, la tendrás por digna y merecedora de haber salido a luz. Dios te saque de las tinieblas de ella con bien para que tú quedes contento y yo pagado y libre de tu censura.

OTRO PRÓLOGO EN VERSO

Lector pío como pollo,
o piadoso como Eneas,
o caro como el buen vino,
o barato cual cerveza.

Señor en lengua española,
monsieur en lengua francesa,
dómine en lengua latina
y minheer en la flamenca.

Yo, Estebanillo González,
que fui niño de la escuela,
gorrón de nominativos
y rapador de molleras.

Romero medio tunante,
fullero de todas tretas,
aprendiz de guisar panzas,
sotaalférez de banderas.

Criado de un secretario,
marmitón de una eminencia,
barrendero y niño rey
de un príncipe de la Iglesia.

Barbero de mendigantes,
cirujano de apariencia,
maestro de mancar brazos
y enfermero sin conciencia.

Mozo de plata de un grande,
alguacil de vara enhiesta,
amparador de garduños,
residente de las trenas.

Menino de un pretendiente,
peregrino con cautelas,
buhonero con engaños,
brandevinero con tretas.

Mandadero de prisiones,
vendedor de tabaquerías,
cómplice de la temblona,
trasegador de bodegas.

Nuevo peón de albañil,
joven faquín de mareas,
moderno pastor de cabras,
tierno limpiador de cuevas.

Aguador con tres oficios,
sirviente de la comedia,
tornillero entre españoles,
soldado de sus galeras.

Vendedor de agujas finas,
rezador de coplas nuevas,
pícaro de la Marina,
gavilán de la pesquera.

Navegante fugitivo,
Sinón de la gente hebrea,
inventor de lamparones,
paje de rumbo y librea.

Mercadante de millares,
don monsieur de la Alegreza,
torbellino de provincias,
corsario de todas levas.

Sentenciado a ser racimo
mondonguero de plazuela,
patrón de mal cocinado,
faraute de todas lenguas.

Zurcidor de ajenos gustos,
trainel de toda braveza,
mandil de toda hermosura,
casamentero de a medias.

Cocinero de portante,
tratante de hierro a secas,
valiente sobre montañas,
gallina en campaña yerma.

Pastelero de caballos,
gorgotero de a dos cestas,
destilador al aurora
y vivandero a la siesta.

Mosquito de todos vinos,
mono de todas tabernas,
raposa de las cantinas,
cuervo de todas las mesas.

Grande de España en cubrirme,
caballero entre eminencias,
hidalgo de todas chanzas,
infanzón de todas muecas.

Menor criado de un duque,
que es el Marte de la guerra,
el Aquiles en las armas
y el Alcides en las fuerzas.

Entretenido burlesco
de un infante, cuyas huellas,
entre alcatifas de luces,
pisan tapetes de estrellas.

Gaceta común de todo,
postillón de buenas nuevas,
correo de Majestades
y embajador sin grandeza.

Enamorado y celoso,
siendo a costa de mi hacienda
asistente de jarama
y hombre bueno de Cervera.

Con gota por mis pecados,
por mi gran culpa poeta
y por mi desdicha autor
de historias y de tragedias.

De parte de Dios te pido,
amigo lector, que leas
hasta el fin aquestas burlas,
pues van mezcladas con veras.

Pues en ellas hallaras
donaires, chistes, destrezas,
enredos, embustes, flores,
ardides, estratagemas.

Quietudes, sosiegos, paces,
temores, recelos, guerras,
victorias, aplausos, triunfos,
pérdidas, desdichas, penas.

Suertes, venturas, bonanzas,
combates, males, tormentas,
ingraticitudes, mudanzas,
amor, lealtad y firmeza.

Y si te cansa vida tan molesta,
cuando tú escribas otra, di mal de esta.



CAPITULO PRIMERO

En que da cuenta de su nacimiento, estudios y travesuras, y de un chiste donoso que le sucedió con un valiente, y el viaje que hizo de Roma a Liorna.



ROMÉTOTE, lampiño o barbado lector, o cualquiera que fueres, que si no lo has por enojo, sólo sé de mi nacimiento que me llamo Estebanillo González, tan hijo de mis obras, que si por la cuerda se saca el ovillo, por ellas sacarás mi noble descendencia. Mi patria es común de

dos, pues mi padre, que esté en gloria, me decía que era español trasplantado en italiano y gallego injerto en romano, nacido en la villa de Salvatierra y bautizado en la ciudad de Roma, la una cabeza del mundo y la otra rabo de Castilla, servidumbre de Asturias y albañar de Portugal, por lo cual me he juzgado por centauro a lo pícaro, medio hombre y medio rocín: la parte de hombre por lo que tengo de Roma, y la parte de rocín por lo que me toca de Galicia. Ello, si va a decir

verdad, aunque sea en descrédito de mi padre, jamás me he persuadido a que esto pueda ser como él lo afirmaba, porque no tuvo mi madre tan depravado el gusto, que me había de abortar del derrotado bajel de su barriga en el aguanoso margen del Miño, entre piélagos de navíos y promontorios de castaños, y en esportillas de Domingos, Brases y Pascuales, pudiéndome parir muy a su salvo en las cenefas y galón de plata de la argentada orilla del celebrado Tíber, entre abismos de deleitosos jardines, y entre montes de edificios insignes, y sobre tapetes escarchados por la copia de Amaltea, cunas y regazos de Rómulos y Remos. Y cuando tuviera tan mal capricho y tan hecha la cara al desaire, que me hostezara de su gruta oscura a ser (con perdón) gallego, y a que perdonara a Meco como todos sus pasados, echaría la sogá tras el caldero, y donde me parió me daría bautismo, si ya no es que soñase, como Hécuba, reina de Troya, que de su vientre había de salir una llama que fuese voraz incendio de Galicia, y después, viendo el monstruo que había vaciado del cofre de su barriga, se acogiese a Roma por todo, para que Su Santidad, en pleno consistorio, a fuerza de exorcismos, sacase de mi pequeño cuerpo las innumerables legiones que tenía este segundo Roberto, que presumo que han sido y son tantas, que quedaron el día de mi nacimiento escombradas las moradas infernales, como lo verás en el discurso de mi vida. Y finalmente, para que no padezca detrimento mi natividad, ni ande mi patria en opiniones, ni pleiteen Roma y Galicia sobre quién ha de llevar mi cuerpo cuando llegare su postrimero fin, convido a los curiosos al valle de Josafat el día que el ángel, pareciendo viento de mapa, tocare la

tremenda trompeta, a cuyo eco horrible y espantoso se levantarán pepitorias de huesos y armaduras de tabas, que entonces, por ser tiempo de decir verdades, presumo que no la negarán mis padres, con que todos saldrán de sus dudas, y yo sabré si soy vasallo de un sumo Pontífice o de un rey de España, monarca de un nuevo mundo, y a quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga. Y en el interin haré como hasta aquí he hecho, que ha sido a dos manos como embarrador, siendo español en lo fanfarrón y romano en calabaza, y gallego con los gallegos e italiano con los italianos, tomando de cada nación algo y de entrambas no nada. Pues te certifico que con el alemán soy alemán; con el flamenco, flamenco, y con el armenio, armenio, y con quien voy, voy, y con quien vengo, vengo. Mi padre fué pintor *in utroque*, como doctor y cirujano, pues hacía pinturas con los pinceles y encajes con las cartas, y lo que se ahorra en la pasa se perdía en el higo. Tenía una desdicha, que nos alcanzó a todos sus hijos, como herencia del pecado original, que fué ser hijo-dalgo, que es lo mismo que ser poeta, pues son pocos los que se escapan de una pobreza eterna o de una hambre perdurable. Tenía una ejecutoria tan antigua, que ni él la acertaba a leer, ni nadie se atrevía a tocarla por no engrasarse en la espesura de sus desfloradas cintas y arrugados pergaminos, ni los ratones a roela por no morir rabiando de achaque de esterilidad.

Murió mi madre de cierto antojo de hongos, estando preñada de mi padre, según ella decía: quedóse en el lecho como un pajarito. Y pienso, conforme el alma tenía la cordera, que pasó de solo Roma a una de las tres moradas, porque no era tan inocente que al cabo

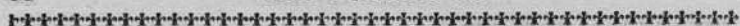
de su vejez, y habiendo pasado en su mocedad por la Cruz de Ferro, y siendo tan vergonzosa y recatada, fuese al Limbo a ver tantos niños sin bragas. Dejó dos hijas jarifas, siendo cristianas, de la edad que las manda comer el doctor, con mucha hermosura en breves abriles, y yo quedé con pocos mayos y muchas flores, pues no ignorando la de Osuna, no se me ha ocultado la del berro. Después de haber hecho los funerales, ahorcado los lutos y enjugado las lágrimas (aunque no fueron más que amagos, pues se quedaron entre dos luces), volvió mi padre a su acostumbrada pintura, mis hermanas a su almohadilla y yo a mi desusada escuela, donde mis largas tardanzas pagaban mis cortas asentaderas.

Era mi memoria tan feliz, que venciendo a mi mala inclinación, que siempre ha sido lo que de presente es, supe leer, escribir y contar, lo que me bastara a seguir diferente rumbo, y lo que me ha valido para continuar el arte que profeso, pues puedo asegurar, a fe de pícaro honrado, que no es oficio para bobos.

Gustó mi padre de darme estudio, y con no haber, por mis travesuras, llegado a la filosofía, salí tan buen bachiller, que puedo leer cátedra al que más blasona de ello. Traía tan enredados a los maestros con enredos y a los discípulos con trapazas, que todos me llamaban el Judas Españolito. Compraba polvos de romero y revolvíalos con cebadilla, y haciendo unos pequeños papeles, los vendía a real a todos los estudiantes novatos, dándoles a entender que eran polvos de la Anacardina, y que tomándolos por las narices tendrían feliz memoria, con lo cual tenía yo caudal para mis golosinas, y ellos para inquietar el estudio y sus posadas

y casas. Escapábanse pocos libros de mis manos y pocas estampas de mis uñas, sobre lo cual cada día andaba al morro o había quejas a mi padre y hermanas. Tenía a cargo la mayor de ellas el castigarme y reprenderme, y unas veces me daba con su mano de mantequilla bofetadas de algodón, y otras me decía que era afrenta de su linaje, que por qué no acudía a quien era y por qué no procedía como hijodalgo; que atendiera a que nuestra madre la decía que yo era el mayorazgo de su casa y cabeza de su linaje y descendiente del conde Fernán-González, cuyo apellido me había dado, por línea recta de varón y por parte de hembra, del ilustre y antiguo solar de los Muñatones, cuyos varones insignes fueron conquistadores de Quacos y Jarandilla y los que en batalla campal prendieron a la serrana de la Vera y descubrieron el archipiélago de las Batuecas, y que una tía mía había dado leche al infante don Pelayo antes que se retirara al valle de Covadonga, y otra había amortajado al mancebito Pedrarias, siendo dueña de honor de la infanta doña Urraca.

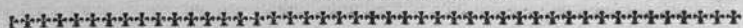
Reíame yo de todos estos disparates, y por un oído me entraba su reprensión y por otro me salía, y finalmente fueron tantas mis rapacerías e inquietudes, que me vinieron a echar del estudio poco menos que con cajas destempladas. Por cuya causa mi padre, después de haberme zurrado muy bien la badana, me llevó a casa de un amigo suyo llamado Bernardo Vadía, que era barbero del duque de Alburquerque, embajador ordinario de España, con el cual me acomodó por su aprendiz, y después de haber hecho el entrego de la buena prenda se volvió a su casa sin hijo, y yo quedé sin padre y con amo, el cual me dijo que me quitase



el sombrero y la capa y entrase a ver a mi ama, lo cual hice al instante. Y entrando en la cocina, la hallé cercada de infantes, y no de Lara. Dióme una rueda de naranja para cortar la cólera y un mendrugo de pan, abizcochado de puro duro, para secar los malos humores, y después del breve desayuno y después de haber lavado cuatro docenas de platos, escudillas y pucheros y ollas, y puesto la ordinaria con poca carne y mucha menestra, me dió una canasta de mantillas, pañales, sabanillas y baberos de los niños, y abriendo la puerta de un patio, y dándome dos dedos de jaboncillo de barba, me enseñó un pozo y una pila, y me dijo:

—Estebanillo, manos a la labor, que este oficio toca a los aprendices, y por aquí van allá, que no quiera Dios que yo os quite lo que de derecho os toca.

Bajé la cabeza, y orejeando como pollino sardesco, desembanasté los pañizuelos de narices del puerto del muladar, henchí la pila de sus menudencias, y después de haber sacado más de cien cubos de agua, y dádoles con cincuenta manos, y no de jabón, jamás salió limpio el caldo de sus espinacas. Hice lo mejor que pude la colada, tendí los trapos y supe hacer muy bien los míos, pues me eximí con brevedad del tal oficio, que a estar mucho en él, no hubiera Estebanillo para quince días. Hice el venidero lo mismo, y lo que hubo de menos en la lavadura de los pañales, hubo de más en los mandados de casa y fuera de ella, y al tercero, al tiempo que me había dado mi amo una libranza para ir a cobrar seis ducados a la Judería, entró en la tienda un valiente, cuyos mostachos unas veces le servían de daga de ganchos y otras de puntales de los ojos, y siempre de esponjas de vino. Díjole a mi amo que se quería al-



zar los bigotes, y por ser tan de mañana que aún no habían venido los oficiales que tenía, trató de alzárselos él. Mandóme a mí (aunque ya tenía el ferreruero puesto para ir a ver a los hidalgos del prendimiento de Cristo) que encendiese unos carbones y calentase los hierros. Ejecutóse su precepto, y habiendo alzado al tal temerario la mitad de su bosque de tabaco, se armó una pendencia en la calle, a cuyo ruido de espadas se asomó mi maestro a la puerta, y viendo que en ella había algunos criados del duque, su amo, se arrojó a la calle a ver si la podía apaciguar, quedando el bravo con un pilar que anhelaba a remontación y otro que amagaba precipicio. Y por durar mucho la pendencia y hacer tardanza mi amo, no cesaba el matasiete de echar tacos y por vidas. Preguntóme muy a lo crudo si era oficial, y yo, pareciéndome cosa de menos valer decirle que no lo era, le respondí que sí. Díjome:

—Pues vuesa merced, señor chulo, me alce este bigote, porque donde no, saldré como estoy a la calle y le quitaré a su amo los suyos a coces y a bofetadas.

Yo, por no alcanzar algo de barato de aquel repartimiento, y porque no me cogiera en mentira y parecerme cosa fácil levantar un bigote sabiendo levantar dos mil embustes y testimonios, sin quitarme el ferreruero ni dar muestras de turbación, saqué un hierro de los que estaban al fuego, que se había estado escaldando desde el principio del rebato y escaramuza, y por no tener en qué probarlo y parecer diligente, tomé un peine, encajéselo en aquella selva de clines, arriméle el hierro, y levantándose una humareda horrenda al son de un sonoro chirriar y de un olor de pie de puer-

co chamuscado, le hice chicharrón todo el pelamen. Alzó el grito, diciéndome:

—Hijo de cien cabrones y de cien mil putas, ¿piensas que soy San Lorenzo, que me quieres quemar vivo?

Tiróme una manotada con tal fuerza, que haciéndome caer el peine de la mano, me fué fuerza con la turbación arrimarle el molde a todo el carrillo y darle un cauterio de una cuarta de largo, y dando un ¡ay! que estremeció las ruinas del anfiteatro o coliseo romano, fué a sacar la daga para enviarme con cartas al otro mundo. Yo, aprovechándome del refrán que *a un diestro un presto*, me puse con tal presteza en la calle, y con tal velocidad me alejé del barrio, que yo mismo, con ser buen corredor, me espanté cuando me hallé en menos de un minuto a la puerta de la Judería, habiendo salido de junto a la Trinidad del Monte; pero una cosa es correr y otra huir, y esto sin dejar el hierro de la mano, y al tiempo que lo fui a meter en la faldriquera, hallé pegado a él todo el bigote del tal hidalgo, que era tan descomunal, que podía servir de cerdamen a un hisopo y anegar con él una iglesia al primer *asperges*.

Entré en la Judería, y dando la libranza que llevaba a un hebreo que se llamaba David, me despachó con toda brevedad. Salíme al instante de Roma, contento por haberme librado de la cautividad del Egipto de mi ama y del poder de Faraón del zaino sin bigote. Determinéme de ir a visitar a Nuestra Señora de Loreto, por la fama que tenía aquella santa casa, y habiendo caminado alguna media legua con harta pesadumbre de dejar mi casa, padre y hermanas, volví la cabeza atrás a contemplar y a despedirme de aquella

cabeza del orbe, de aquella nave de la Iglesia, de aquella depositaria de tantas y tan divinas reliquias, de aquella urna de tantos mártires, de aquel albergue de tantos Sumos Pontífices, morada de tantos cardenales, patria de tantos emperadores, madre de tantos generales invencibles y de tantos capitanes famosos. Miré la gran circunvalación de sus muros, la altura de sus siete montes, Alcides de sus edificios; reverencié sus templos, admiré la hermosura de su campo, la amenidad de sus jardines, y considerando lo mucho que perdía en dejarla y lo mal que me estaba volver a ella, derramando algunas tiernas lágrimas proseguí con mi viaje, y al cabo de algunas jornadas llegué a ver aquel celestial alcázar, aquella divina morada, aquella cámara angelical, paraíso de la tierra y eterno blasón de Italia. Visitaba una vez cada día este pedazo de cielo e infinitas a un convento que está muy cercano, de padres capuchinos, por razón que me ponían bien con Cristo con lindas tazas de Jesús llenas de vino y con muy espléndida pitanza. Quiso mi desgracia que reñí un día con un pobre mendicante por haberme querido ganar la palmatoria al repartir de la sopa, y bajándole los humos con mi hierro de abrasabigotes, lo dejé con dos dientes menos.

Y dejando la quietud de aquella santa vida, me fué forzoso poner tierra en medio. Fuíme al Santo Cristo de Pisa, y desde allí a la famosa villa de Siena. Llegué a ella en tiempo de feria, y halléla toda llena, así de gentes de varias naciones como de diferentes mercancías, y andándome paseando por ella me llegaron a hablar dos mancebos muy bien puestos, los cuales, habiéndose informado de mi patria y nombre, me dijeron

que si los quería servir, puesto que estaba desacomodado. Yo, pensando que eran algunos mercaderes ricos, les dije que sí, y llevándome a su posada, después de haberme dado muy bien de cenar, me dijo el uno de ellos, que era español:

—Estebanillo, tú no tienes más a quien servir ni contentar que a mí y a mi camarada, y ayudarnos a llevar adelante nuestra antigua tramoya, y comer y beber, oír y callar, y antes ser mártir que confesor.

Yo les prometí tener ojos de alguacil cohechado, orejas de mercader y habla de cartujo. Y abriendo un escritorio sacó de un cajón un mazo de doce barajas de naipes nuevos, y el otro camarada, que era napolitano, un balón de dados y los instrumentos necesarios, y asentándose en dos sillas bajas junto al fuego, hiciéronme avivar la lumbre con un poco de carbón, a cuya brasa puso el italiano un crisol con un poco de oro y una candileja con plomo. Desempapeló mi español sus cartas, y no venidas por el correo, y sacando de un estuche unas muy finas y aceradas tijeras, empezó a dar cuchilladas, cortando coronas reales, cercenando faldas de sotas por vergonzoso lugar y desjarretando caballos, señalando las cartas por las puntas para quínolas y primera, dándoles el raspadillo para la carteta y echándoles el garrote y la ballesta para las pintas, sin otra infinitad de flores. El italiano, en una cuchara redonda de acero, empezó a amolar sus dados, sin ser cuchillos ni tijeras, haciéndolos de mayor y de menor, de ocho y trece, de nueve y doce, y de diez y once, y después de haber hecho algunas brochas, dando barreno a dos docenas de dados, hinchó los unos de oro y los otros de plomo, haciendo fustas para juegos grandes y para

rateros. Dijéronme que tuviera atención en aprender aquel arte, porque con él sería uno de mi linaje. Puse tanta atención en lo que me mandaron, que dentro de un mes pude ser maestro de ellos, porque siempre se inclinan los malos a aquello que les puede perjudicar. Después de haber acabado el español de cercenar naipes falsos, y el italiano de amolar huesos de muertos, para dar sepulcro con ellos a los talegos de los vivos, nos fuimos a reposar lo poco que quedaba de la noche. Desde allí adelante me llevaban todos los días por su paje de flores y naipes, y cargado de naipes y dados, que era su aderezo de reñir, campeaban los dos a costa de blancos. En esta forma ibanse a las casas de juego, concertábanse con los gariteros, prometíanles el tercio de la ganancia que se hiciese, asegurábanles el peligro por la sutileza de la labor, y adonde no consentían su contagión, hacían tener de respeto, cuando jugaba el español, media docena de barajas, a las cuales yo y el italiano le dábamos con la de Juan trocado, y al garitero y a los tahures con la de Juan grajo, y cuando jugaba el italiano hacíamos yo y el español lo mismo, echándonos sobre la tabla y acercando los dados a nuestras pertenencias, y llevando de reserva entre los dedos una fusta, para valerse de ella cuando la hubiese menester. Doblábanse con personas de cantidad y a veces de calidad, las cuales hacían tercio adondequiera que jugaban: cargábanles las ganancias, en virtud de sus ayudas y destrezas. Salían mis amos siempre perdidosos al parecer de los mirones, por lo cual todos los tenían por buenos jugadores y solicitaban de jugar con ellos. Sabían las posadas más ricas, teniendo en todas, a costa de buenos baratos, quien les daba aviso de

cuándo había huéspedes de buen pelo. Acudían a ellas, trataban amistad con los que hallaban, quedábanse a comer con ellos a escote, y por sobremesa, en achaque de entretenimiento, dábanme dineros y enviábanme por lo que yo traía, y empezando por poco, acababan por mucho, dejando a los pobres forasteros en cruz y en cuadro. Y con hacer los dos muy grandes ganancias, cada uno en lo tocante a su flor, nos moríamos de hambre, porque lo que ganaba el español a las cartas, lo perdía a los dados, porque además de no conocerlos, no se sabía aprovechar de lo poco que alcanzaba a entender, y lo que el italiano ganaba a los dados, perdía a los naipes, que aunque tenía en casa el maestro, no había aprendido a leer en libro de tan pocas hojas.

Yo andaba siempre temeroso de que se descubriese la flor, y por cómplice en ella, en lugar de enviarme a Galicia, me enviaran a Galilea, o por ser muchacho me diesen algún estrecho jubón, no necesitando de él. Mas quiso mi fortuna que, estando una noche los dos cenando y algo tristes y recelosos (porque uno de los perdidosos le habían ganado al italiano), me enviaron a llamar a unos amigos suyos, para que se informasen si los había reconocido o sospechado algo. Yo, pensando que ya se había descubierto la maula y que toda la justicia daba sobre nosotros, con intención de no volver y por no irme sin cobrar mi salario, ya que me había puesto a tanto riesgo, salí fuera a una antesala, y tomando el ferreruero del señor español, que era nuevo y de paño fino, dejé el mío, que estaba bien raído. Y saliendo a la calle, informándome por el camino de Liorna, me salí de la villa, y con la claridad de la luna, por temor de que no fuese seguido, anduve aquella no-

che tres leguas, y al cabo de ellas, hallando una pequeña choza de pastores cercana del camino, me retiré a ella, adonde fui acogido y pude con sosiego descansar, hasta tanto que el alba se refa de ver la aurora llorar a su difunto amante, siendo mujer y no fea ni mal tocada, que a este tiempo, dejando la pastoril cabaña y prosiguiendo mi comenzado camino, me di tanta prisa a alejarme de mis amos, que otro día, al anoche- cer, llegué a Liorna, y metiéndome en una posada a descansar de la fatiga que había pasado, supe otro día cómo las galeras del gran duque de Toscana estaban de partida para Mesina, para irse a juntar con las de España y Nápoles y con otras muchas que habían ocurrido para agregarse con la real, estando por príncipe de mar y tierra y por general de aquella naval el serenísimo príncipe Emanuel Filiberto, cuya fama, virtud y santidad, por no agraviarlas con el tosco vuelo de mi pluma, las remito al silencio. Y habiendo alcanzado licencia de un capitán de galera, me embarqué en la que llevaba a su cargo, por estar informado ser todas las de aquella escuadra águilas del mar, cuyos caballeros, sus defensores de la Orden de San Esteban, dan terror al turco y espanto a sus fronteras, tienen fatigado su templo con el peso de los estandartes y medias lunas africanas y con cadenas de multitudes de cautivos cristianos a quien han dado amada libertad, añadiendo cada día a las historias nuevas proezas y eternizadas victorias.



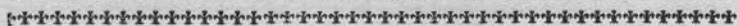
CAPITULO SEGUNDO

En que se refiere su embarcación y llegada a Mesina, y viaje a Levante, y lo que le sucedió en el discurso de él y en la ciudad de Palermo, hasta tanto que se ausentó de ella.

SALIMOS una tarde de esta pequeña Car-
tago con viento fresco y mar serena y
con todos los amigos que requiere una
feliz navegación. Estuve tres días tan
mareado, que al compás que daba sus-
tento a los peces del mar, ahorraba raciones de
bizcocho a los caimanes de galera. Alentéme cuan-
to pude, sirviéndome de antídoto para volver en mí
el ser asistido del dicho capitán con animados sorbos de
vino y tragos de malvasía; que tengo por cosa asentada
que estos licores me volvieron a mi primer ser, y que si
después de muerto y engullido en la fosa con un cañuto
o embudo me lo echasen por su acostumbrado conduc-
to, me tornara el alma al cuerpo y se levantara mi ca-
dáver a ser esponja de pipas y mosquito de tinajas. En
efecto, llegamos a Mesina, adonde quedé absorto de
ver la grandeza de su puerto, ocupado con setenta ga-
leras y cincuenta bajeles, todo debajo del dominio del

planeta y rey IV, defensor de la fe y azote de los enemigos de ella. Y el contemplar tanta gente de guerra de tan extrañas y apartadas naciones, tanta diferencia de belicosos instrumentos, el clamor de tanto pito, el ruido de tanta cadena, las diferentes libreas de tantos forzados y la variedad de tantos estandartes, parecióme que estaba en otro mundo y que sola aquella ciudad era una confusa Babilonia, siendo una tierra de promisión.

Alegrábanme los acentos de los bodegones marítimos, apellidando los unos tripa, tripa, y los otros folla, folla, repitiendo en mis oídos los ecos arábigos, que decían: *macarrone, macarrone, qui mangia uno mangia dos*; pero entristeciame de ver que todos comían y yo sólo los miraba. Arriméme a un esclavo negro, tan limpio de conciencia, que lavaba media docena de menudos con una ración de agua. Hícele mil zalemas y sumisiones, por saber que era mercadante de panzas y por verme racional camaleón. Ofrecíle mi persona, diciéndole ser único en el caldillo de los revoltillos y en el ajilimoje de los callos. El, agradándole más el verme desbarbado que no el ser buen cocinero, me recibió haciéndome aquella tarde dar seis caminos desde el matadero de la villa hasta su barraca, cargado de patas de vaca y manos de vitela, y dándome después de mi molestazo trabajo un plato de mondongo verde con perejil rumiado. Por ver la brevedad del despacho y el despojo y ruina que hice en sus panecillos, me dijo que me fuese a traer mi ropa y a buscar un fiador que darle para tener seguro su bodegón, porque de otra suerte no me recibiría, porque no había muchas horas que se le había ido un criado con un cuajar cocido y una media cabeza sancochada, y que así más quería estar solo que mal



acompañado. Yo, dando gracias a Dios de salir de la espesura de su mal cocinado, me planté en la playa y el primer español que encontré en ella fué un alférez del tercio de Sicilia llamado Felipe Navarro del Piamonte, el cual, poniendo los ojos en mí, me llamó y preguntó que si estaba con amo o lo buscaba, y si tenía padre o hermanos, o algunos parientes o conocidos en aquella ciudad. Respondíle que no tenía dueño y que andaba en busca de uno que me tratase bien, y que era tan solo como el espárrago, y del tiempo de Adán, que no usaban parientes. Contentóle mi agudeza y díjome que su oficio era vigilia de ayudante y víspera de capitán, que si lo quería servir sería uno de los de la primera plana y que esguazaría a tutiplén. Yo, ignorando de esta jergonza avascuenzada, por no ser práctico en ella y por ser tan joven que en el mismo mes que estábamos cumplí trece años, bien empleados, pero mal servidos, pensando que la primera plana era ser de los Guzmanes de la primera hilera, y el esguazar, darme algún poco de dinero, y el tutiplén, llegar con el tiempo a ser plenipotenciario, concedí en quedarme en su servicio. Y diciéndole mi nombre, le fuí siguiendo a su posada. donde en los pocos días que estuvimos en ella lo pasamos con mucho regalo.

Había ido el capitán de nuestra compañía a la ciudad de Palermo a ciertos negocios suyos, por cuya ausencia mi amo, como su alférez, metía la guardia, llevando yo su bandera con más gravedad que Perico en la horca, porque es muy propio de hombres humildes ensoberbecerse en viéndose levantados en cualquier puesto o dignidad. Persuadíme que todos los que quitaban el sombrero a la real insignia me lo quitaban a

mí, por lo cual hacía más piernas que un presumido de valiente y me ponía más hueco y pomposo que un pavón indiano. Pesábame estar ausente de mi padre y hermanas, y en parte que no podían ver el hijo y hermano que tenían y al oficio que había llegado en tan breve tiempo, ganado por mis puños. En esta ocasión nombró Su Alteza Serenísima el príncipe Filiberto Manuel de Saboya, generalísimo de la mar, treinta galeras para ir en corso la vuelta de levante, en busca de navíos y galeras turcas, yendo por cabo de ellas don Diego Pimentel y don Pedro de Leiva, siendo mi compañía una de las que tocó embarcarse para ir en aquella navegación. Salimos de Mesina un sábado por la tarde, y habiendo aquella noche dado fondo en Rijoles, reino de aquel apóstol calabrés que por quitarse de ruidos y malas lenguas se hizo morcón de un sauco. A la mañana zarparamos, encomendando a Dios nuestros buenos sucesos y rogándole nos volviese victoriosos. Mi amo me mandó que tuviese cuidado de asistir al fogón y de aderezar la comida para nuestro rancho, y acordándome de las mudanzas de fortuna, referí aquella ingeniosa glosa de: *Acordáos flores de mí*. Y aunque me llegó al alma el bajar de alférez a cocinero, por reparar que era oficio socorrido y de razonables percances, no le repliqué ni me di por sentido, antes en pocos días salí tan buen oficial de marmitón, que podía ser arcipreste de la cocina del gran Tamorlán.

Pasamos el mar de Venecia, reconocimos el cabo de cuatro columnas, y al cabo de cuatro jornadas, surcando la costa de Grecia, cogimos una barca de griegos, a vista de Puerto Maino. Yo iba a esta guerra tan neutral, que no me metía en dibujos, ni trataba de otra

cosa sino de henchir mi barriga, siendo mi ballestera el fogón, mi cuchara mi pica, y mi cañón de crujía mi reverenda olla. Usaba, en habiendo algún arma o faena, de las siguientes chanzas. Iba siempre apercebido de una costra de bizcocho, la cual llevaba metida entre camisa y pellejo. Procuraba poner mi olla en la mejor parte y en medio de todas las demás, y para no hallar impedimento, madrugaba y les ganaba a todos por la mano. Y cuando la galera andaba revuelta, chirriando el pito y curreando los bastones, quitaba la gordura de las más sazonadas ollas y traspasábala a la mía, con tal velocidad, que aun apenas era imaginado cuando ya estaba ejecutado. Y por hacer salva a algunos púlpitos relevados, piñatas de respeto de oficiales de marca mayor, en descuidándose un instante el que estaba de guardia, zampaba mi costra en el golfo de sus espumosos hervores, y en viéndola calada, sin ser visera, la volvía a su depósito, algunas veces tan caliente y abrasante, que al principio fué toda mi barriga un piélagos de vejigatorios. Pero después que me hice a las armas, estaba toda ella con más costras que cien asentaderas de monas; más lo tenía por deleite que por fatiga. Esta empapada y avahada sopa me sirvió siempre de desayuno, sin otros retazos ajenos, más ganados a fuego y cuchara que no a sangre y fuego.

No dejaré de confesar que algunas veces me cogió la centinela con el hurto en las manos, y quitándome la espumadera y dándome un par de cucharazos, despedía su cólera, y yo guardaba mi costra: porque en este mundo no hay gusto cumplido, ni se pescan truchas a bragas enjutas, andando, como dicen los poetas, entre rumbos de cristal, rompiendo cerúleas ondas y fatigan-

do con pies de madera y alas de lino campanías de sal y montes de armiños. Cogimos diez y siete caramuzales y una urca, ellos llenos de colación de los llagados del mal francés y ella ballena de ricas mercancías, y aunque no tuve de ellas parte, con ser de los de primera plana, me tocaron algunos despojos de la pasa y higo, que me sirvieron algunas semanas de dulcísimos principios y de sabrosos póstres. Volcóse uno de los caramuzales por la codicia del asalto y competencia del saco, quedando los codiciosos hechos sustento de tiburones y alimento de atunes. Yo, que jamás me metí en ruidos ni fui nada ambicioso, me estaba tieso que tieso en mi cocina, a la cual llamaba el cuarto de la salud. Fuimos a Castel-Rojo a hacer aguada y salimos rabo entre piernas por la fuerza de los turcos de tierra, y así nos retiramos a la mar, de quien éramos señores.

Enderezamos las proas a San Juan de Pate, tierra de Grecia donde nos hablaban en griego y nos chupaban el dinero en genovés: que yo reniego de la amistad del mejor país de contribución. Dígolo por éste, que es contribuyente del turco, que lo demás, su alma en su palma. Volvimos a Puerto Maino, donde cargamos de codornices o coallas saladas y embarriladas como si fuesen anchovas, trato y ganancia de los moradores de aquella tierra, adonde siendo yo maestro de toda patraña me engañaron como a un judío caribe, y fué en esta forma. Dióme mi amo media docena de pesos mejicanos y mandóme saltar en tierra a meter algún refresco. Salté en ella y hallé junto al puerto una gran cantidad de villanos, cada uno con un carnero y todos ellos con cien manadas de malicias. Parecióme que me estaría más a cuento comprarles uno, por estar más a

mano la embarcación, que irlo a buscar a la villa, que está de allí una gran milla, y volver, cuando no cargado, embarazado. Llegué a un villano y concerté el que tenía, que me pareció de tomo y lomo, en una pieza de a ocho. Pescóme el taimado la pieza con la mano derecha y con la izquierda hizo amago de entregarme el aventajado marido al uso. Y al tiempo que fui a asir de la ya venerada cornamenta, soltó el villano el atril de San Marcos y dejó en libertad el origen del vellocino de Colcos. Empezó el tal animal a dar brincos y saltos la vuelta de la villa, partiendo su amo más ligero que el viento en su alcance, dando muestras de quererle coger, y yo, con más velocidad que una despedida saeta, fui en seguimiento del amo por cobrar mi real de a ocho. El carnero huía, el dueño corría y yo volaba.

Fué tanta mi ligereza, que lo vine a alcanzar en un bosque frondoso que estaba en la mitad del camino que había de la villa al puerto. Preguntéle por el carnero; díjome que se había metido por la espesura del bosque y que no sabía de él. Pedíle mi dinero, a lo cual alegó que lo vendido vendido y lo perdido perdido, que ya él había cumplido con entregármelo, que hubiera yo tenido cuidado de asirlo con brevedad y ponerlo en buen recaudo. Yo, movido a ira de la sinrazón del villano, por verlo solo y sin armas me atreví a meter mano a una espadilla vieja y mohosa que había sacado de galera, pensando de aquesta suerte atemorizarlo y reducirlo a que me volviese mi dinero; pero me sucedió muy al contrario de lo que yo me imaginé, porque apenas el tal borreguero vió en cueros y sin cami-

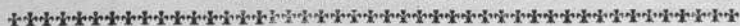
sa el acero novel, cuando empezó a dar infinitas voces, diciendo:

—¡Favor, que me matan! ¡Socorro, que me roban!

A cuyos gritos salió de lo más intrincado del bosque una manga suelta de tosco villanaje, que Dios me libre por su santísima Pasión de semejante canalla. Venían todos cargados de chuzos y escopetas, y antes que fuesen descubiertos de mí, ya me habían atajado los pasos, y quedé en manos de villanos: que de las desdichas que suceden a los hombres ésta es una de las mayores. Llegó uno, que parecía cabo de cuchara de los demás, preguntóle a mi inocente Judas la causa de su lamento, y él le dijo que después de haberme vendido un carnero, y dándole ocho reales por él, le había ido siguiendo con intención de quitárselos, y que alcanzándolo en aquel puesto, se lo había pedido con muchos retos y amenazas, y que porque me los había negado había metido mano a la espada para matarlo y robarlo. Ellos, sin oír mi disculpa, que bastaba a Inés ser quien es, llegaron a mí, y despojándome de la durindana, me dieron tantos cintarazos con ella y tantos palos con los chuzos, que después de haberme abarrado como encina, me dejaron hecho un pulpo a puros golpes. Fuéronse todos haciendo grande algazara y dando muestras de alegría, y yo, viéndome solo y tendido en tierra y en medio de tan lóbrega palestra, temiendo no saliese otra emboscada que me dejase sin despojos, ya que la pasada me dejaba sin espada y sin costillas, me levanté como pude, y desgajando de un sauce un mal acomodado bastón, le supliqué que me sirviera de arrimo, y abordonado con él, me volví a mi galera, donde conté todo el caso, el cual fué celebrado, y juz-

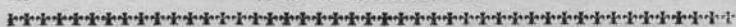
garon a buena suerte haber salvado los cinco de a ocho. Contónos el patrón de la galera que él había llegado allí diversas veces y que había visto hacer la misma burla a muchos soldados, y que todos los carneros que conducen a aquel puerto los tienen adiestrados a huirse en viéndose sueltos y volverse a sus casas, y que escogen los mozos más ligeros de aquella cercana villa para venirlos a vender, teniendo de retén para los que los siguen una cuadrilla de villanos armados a la entrada de aquel bosque, y que aunque se han querido vengar algunos soldados de su engaño y villanía, no se habían atrevido por el bando que echan los generales de pena de la vida al que les hiciere mal ni daño, porque temen que pongan en arma la tierra y les impida aquel retiro de cualquier tormenta, y el hacer aguada, y tomar algún refresco. Di gracias al cielo de haber escapado con la vida y de haber llegado a tiempo en que no sólo los hombres engañan a los hombres, pero enseñan a los animales a dejarlos burlados. Yo tuve que rascar algunos días y de qué acordarme todos los que viviere.

Tuvimos una noche en este mismo puerto una procelosa tormenta, llegando a pique de perderse toda la armada, porque las galeras, abatidas de la fuerza de los vientos y combatidas de las soberbias y encumbreadas ondas, rompiendo cabos y despedazando gúmenas, se encontraron y embistieron unas con otras, y como si fueran dos enemigas escuadras, se quebraban los remos, se desgajaban los timones y se maltrataban las popas, y mientras unos llamaban a Dios, y otros hacían promesas y votos, y otros acudían a sus menudas faenas, mi merced, el señor Estebanillo González, estaba



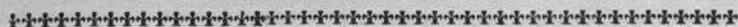
en la cámara de popa haciendo penitencia por el buen temporal, con una mochila de pasas e higos, dos panecillos frescos y un frasco de vino que le había soplado al capitán, diciendo con mucha devoción: muera Marta, muera harta. Cesó la tormenta, remendáronse las galeras lo mejor que se pudo, y volvimos atrás, como potros de Gaeta, cuando pensábamos pasar muy adelante. Pusieron en cadena unos patrones porque aseguraron a los generales que llevaban bastimento para tres meses no llevándolo para seis semanas, por cuyo engaño quizá se perdieron muchas victorias y se malograron muchas ocasiones. ¡Qué de ello pudiera decir cerca de esto y de otros sucesos que han pasado y pasan de esta misma calidad, no sólo a patrones de galera, sino a gobernadores de villas y castellanos de fortalezas, y a municioneros y proveedores, en quien puede más la fuerza del interés, que el blasón de la lealtad! Pero no quiero mezclar mis burlas con materia de tantas veras, ni aguar la dulzura de mi bufa con el amargura de decir verdades.

Pasamos por entre turcos y griegos, después de haber descubierto con turbantes de nubes y plumas de celajes el altivo y celebrado Etna, el ardiente volcán, y el fogoso Mongibelo; llegamos a Mesina llenos de banderolas, flámulas y gallardetes; saludamos la ciudad con pelícanos de fuego, y ella con neblines de alquitrán hizo salva real a nuestra buena venida y publicada victoria. Saltamos en tierra, donde los dos generales fueron bien recibidos de Su Alteza Sereníssima el príncipe Filiberto Manuel, el cual, saliendo a ver su victoriosa armada, honró a todos los capitanes y soldados particulares, así con obras como con palabras:



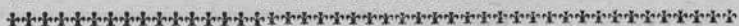
porque sólo dan honra los que la poseen y deshonra los que carecen de ella, porque no puede dar ninguno aquello que no tiene. Mandó poner a la urca de la presa un artificio en forma de carroza, que en virtud de sus cuatro ruedas andaba sobre el agua, caminando a todas las partes que la quería llevar, sin velas y remos ni timón, que a todo esto ha llegado la sutileza de los ingenios y todo esto puede la fuerza del oro.

Retiráronse a sus puestos la mayor parte de las galeras, particularmente las del gran duque de la Toscana, quedándose en Mesina sola una escuadra de veinticinco galeras, en las cuales, embarcándose Su Alteza y dejando aquella ciudad en una confusa soledad, partimos la vuelta de Palermo a gozar de su cucaña. Detuvimosnos veintiún días en Melazo por falta de buenos temporales. Hay en este puerto una iglesia de la advocación de San Fanfino, abogado de gomas y lapas, adonde cualquiera persona que llega a encomendarse a este bendito santo padeciendo estas enfermedades, metiéndose en la arena de su marina y echando sobre ella una poca de agua del mar de aquel puerto, le salen en breve espacio milagrosamente infinidades de gusanos de sus llagas antiguas o modernas, y queda bueno y sano de su pestífera enfermedad. Yo, que por andar bien aforrado de paño y vino de Pedro Jiménez no necesité de este santo milagro, y cuando acaso necesitara, por no echar sobre mi cuerpo la cosa que más aborrezco, que es el arrastrado y sucio elemento del agua, me quedara hecho otro Lázaro leproso. Si este divino santo convirtiera este milagro en el de la boda de Architriclino y volviera aquel agua del puerto de San Fanfino en vino de San Martín, te aseguro que de-



jara de seguir las galeras y que, dejando el mundo, me retirara a este sagrado a hacer penitencia de mis pecados en el húmedo yermo de su bodega o cantina.

Prosiguiendo el viaje de aquella fértil y abundante corte de Palermo, me sucedió una desgracia en mi aplaudido y celebrado fogón, con que di con los huevos en la ceniza, y fué que yendo una mañana a querer poner la olla con una poca de carne que había quedado en mi rancho, por ser el último día de la navegación, al tiempo que la metí en un balde y alargué el brazo al mar desde la proa para coger un poco de agua para lavarla, llegó una soberbia onda fomentada de una mareta sorda y cargó con la carne y lavadero, y me dejó mojado y descarnado. Yo, por no dejar a mi amo sin comer, ni hallar por mis dineros con qué encubrir el robo marítimo, arrimé al fogón la piñata llena de tajadas de bacalao, pensando que en virtud del ajazo y pimentón, supliera la falta del sucedido fracaso, y habiendo espiado una olla de un capitán (pienso que podrida, pues tan hedionda fué para mí) y visto que el guardián de ella se entretenía en la crujía en el juego de dados, le di el gatazo y a su olla asalto. Pues yendo a mi rancho y trayendo un pequeño caldero vacío, tras pasé el bacalao a él y la olla del capitán a la mía. Hecho este trueque sin partes presentes, zampé el pescado del caldero en la olla capitana, y volviéndolas a tapar a las dos, volví el caldero a su lugar, y poniendo la mesa y llamando a mi amo y a sus camaradas, aparté la piñata, e híceles que comiesen temprano por estar a cuatro millas de Palermo. Alabaron todos lo sazonado de la olla, confirmándome por el mejor cocinero de la armada. Levantóse nuestra tabla al tiempo que se



puso la del capitán y que el guardián y maestro de cocina, habiéndole hecho dejar el juego, venía muy cargado con su olla victoriana. Desembarazóse de ella, quitóle la cobertera, y al quererla escudillar, se quedó hecho una estatua de piedra, sin menear pie ni mano.

El capitán, viendo su elevación y que apenas pestañea, le preguntó la causa, pensando que le había dado algún accidente. El le respondió, viendo aquella transformación de Ovidio en su olla, que sin duda aquella galera se había vuelto palacio de Circe, pues a él lo habían convertido en mármol frío, y a la carne de aquella olla en bacalao. Viendo el capitán el suceso tan en su daño, echó a rodar la mesa de un puntapié, y con mucho enojo le dijo al cocinero soldado que si él no se hubiera puesto a jugar ni nadie se hubiera atrevido a tales transformaciones ni él se quedara burlado y sin comer; que echase el pescado a la mar, y que de allí adelante no se encargase de guisar su comida, que él buscaría quien acudiese con más cuidado. Con esto le volvió las espaldas muy enfadado, y el pobre soldado, con muy grande flema, llevó a un banco la encantada olla y dió lo que estaba dentro a los forzados de él, y teniendo su piñata vacía en la mano derecha, al querer ir a llegar a su rancho, un esclavo a quien tocó parte de las tajadas de bacalao, quizá agradecido de la limosna que le había hecho, le contó haber sido yo el autor de aquella maraña y el varón santo que convertía la carne en pescado para mortificación y continencia del capitán, y que él me había visto hacer el milagro y la traslación de un sepulcro a otro. Yo, que estaba receloso de ser descubierto y andaba escondido para ver en qué paraba aquel alboroto, estaba cerca

del bando contrario bien ignorante de lo que en mi contra se trataba. El soldado, así que se satisfizo de la verdad, por volver por su reputación puso por obra la venganza. Y llegándose a mí y alzando el vaso y olla muy airosamente, rompió los cascós de ella en los de mi cabeza, diciéndome:

—Señor soto-alférez, quien goza de las maduras, goce de las duras, y quien come la carne roya los huesos.

Yo caí sin ningún sentido sobre la crujía, adonde al ruido del golpe acudió mi amo y su capitán; informáronse del caso, y por ver que me bastaba por castigo el estar como estaba, pidió el capitán a mi amo que me despidiese luego que llegase a Palermo, porque quien hacía un cesto, haría ciento; el cual le prometió de hacerlo así. Fuéronse los dos a la popa, y yo, despertando del sueño de mi desmayo o letargo de mi tamborilazo, me hice curar de un barberote media docena de burujones que me habían sobrevenido de achaque de olla podrida, y entrapajándome muy bien la cabeza, me fuí poco a poco a mi rancho. Leyóme la sentencia mi amo, dándome (aunque sobre peine, por haberle sabido bien la olla) su poquita de reprensión. Díjele que, supuesto que me despedía habiéndome sucedido aquella desgracia por acudir a su regalo, que me pagase lo que me debía, conforme al concierto que hizo conmigo en Mesina cuando me recibió. Preguntóme que si desvariaba con el dolor de la cabeza, porque él no había concertado nada conmigo, ni de tal se acordaba, ni que a los abanderados se les daba otra cosa que de comer y beber y un vestido cada año. A estas razones le respondí algo enojado que él no me había recibido

para abanderado, sino para estar en la primera plana y para esguazar, y que no sólo no me había dado el sueldo de la primera plana, ni los provechos del esguazo, ni puéstome en el avanzamiento que me había prometido, pero que en lugar de cargo tan honroso me había obligado a ser lamedor de platos y marmitón de cocina, por lo cual me había venido a ver en el estado en que estaba. Mi amo, después de haberse reído un gran rato, me dijo:

—Señor Estebanillo, vuesa merced ha vivido engañado. El ser abanderado es oficio de la primera plana, cuyo sueldo tira el alférez. Si el esguazar ha pensado que no es otra cosa que comer y beber, será el ollazo que le han dado sobre la cabeza. El tutiplén es que vuesa merced es en todo y por todo otro Lazarillo de Tormes; mas porque no te quejes de mí ni digas que te he engañado, no siendo nada inocente, ves aquí dos reales de a ocho para ayuda de tu cura, y para que esguaces en saltando en tierra y bebas un frasco de vino a mi salud.

Yo los recibí y le agradecí la merced que me hacía, y me fui previniendo para salir de aquel abreviado infierno por estar ya cerca de tierra.

Tenía la ciudad y corte insigne de Palermo hechos grandes apercibimientos para recibir a Su Alteza Serenísima, por dar muestras de su valor y grandeza y por significar el gusto que tenía de que la viniese a mandar y a gobernar tan gran príncipe y tan lleno de perfecciones y excelencias, y así, al tiempo que llegó cerca de su playa, colmó el mar de balas, el aire de fuegos, la esfera de humos y la tierra de horrores. Desembarcóse de su real al son de bélicos instrumentos de guerra,

y acompañado de la nobleza ilustre de aquel reino y aplaudido de los habitantes, entró en una de las mejores ciudades que tiene el orbe y en uno de los más abundantes y fértiles reinos de cuantos encierra la Europa. Tomó pacífica posesión de su merecido gobierno, y yo, inquieto amparo de una pobre hostería, adonde en pocos días quedé sano de la cabeza y enfermo de la bolsa. Mas como tras la tormenta suele venir la bonanza, así tras de una desgracia suele venir una dicha, que a haberla sabido conservar, harto feliz hubiera sido la que hallé a los ocho días de mi desembarcación, pues yéndome una tarde paseando por el cazaro de Palermo, admiración del presente siglo y asombro de los cinceles, me llamó un gentil hombre que servía de secretario a la señora doña Juana de Austria, hija del que fué espanto del otomano y prodigio del mar de Lepanto. Díjome que me había encontrado tres o cuatro veces en aquella calle y que le había parecido ser forastero y estar desacomodado; que si era así, que él me recibiría de buena gana y que me trataría como si fuera un hijo suyo en el regalo y en el traerme bien puesto.

Pareciéndome el partido más claro y menos sin trampa que el de esguazar, díjele que le serviría con mucho gusto, y dándole el nombre, como al soldado que está de centinela, y negándole el tener padre ni ser medio romano, me vendí por gallego, y se echó muy bien de ver que lo era en la coz que le di y en la que le quise dar. Fuilo siguiendo hasta su aposento, adonde, después de haberme dado de merendar, me entregó la llave de un baúl que tenía, depósito de sus vestidos y de una buena cantidad de dineros: que el hombre que llega a hacer confianza de quien no conoce, o está jurado de

santo o graduado de menguado. Y como mi amo me puso el cabe de paleta y yo tenía, tras de jugador, un poquito de goloso, fué fuerza el tirarlo, dándole toque y emboque al baúl, el cual quedó libre de no hacer dos de claro, por ser las sangrias pequeñas y de no mucha consideración, por no darme lugar a mayor atrevimiento mi poca edad y el buen tratamiento que me hacía mi amo. Estuve con él cerca de un mes, que te certifico que no fué poco para quien está enseñado, como yo lo estoy, a mudarlos cada semana, como camisa limpia. Llegó un día de fiesta, aderezábale una conocida suya las vueltas y valonas, y aun pienso que le almidonaba las camisas, siendo yo el portador de llevarlas y traerlas. Madrugó a oír misa, por ser día de correo, y vió que yo me había descuidado en no traerlas un día antes, como siempre acostumbraba a hacer; dióme media docena de bofetadas, muy bien dadas pero muy mal recibidas, diciéndome:

—Pícaro gallego, ¿es menester que ande yo siempre tras vos, diciéndoos lo que habéis de hacer? Como tenéis habilidad para comer, ¿por qué no la tenéis para servir, teniendo cuenta (pues no sois de los que buscaba Herodes) de lo que yo necesito para hacerlo sin que yo os lo mande?

Y diciendo esto se salió de casa, y yo me quedé con mis bofetadas hasta ciento y un año.

Volvió mi amo al cabo de un rato muy alborotado, diciéndome que recogiera toda su ropa blanca y que me apercibiera, porque a otro día nos habíamos de embarcar para Roma, porque iba acompañando al príncipe de Votera, yerno de su ama, que iba a aquella corte a ver al condestable Colona, su padre. Yo salí fuera a

hacer lo que me mandaba, con doblado disgusto del que había tenido, por no atreverme a volver a Roma y perder tan buen amo, aunque estaba algo en mi desgracia por el desayuno de las bofetadas. Encontré en la calle a un jornalero matante, que por haber gastado con él algunas tripas del baúl se había hecho mi amigo, y lo era de taza de vino y de los que ahora se usan. Conté todo mi suceso y pedíle que me aconsejase en aquello que me estaba bien. Y después de haber reportado el bigote y arqueado las cejas, acriminó mucho lo que mi amo había hecho conmigo, diciéndome que no me tenía por mancebo honrado ni por hijo de hombre de bien si no me vengaba. Y persuadiéndome que no fuese a Roma ni tratara de darle más disgustos a mi padre, se resolvió en que me fuese con él a Mesina y desde allí a Nápoles, y que para el viaje cargara con todo cuanto pudiera, que él me lo guardaría en su posada y a mí me tendría oculto en ella hasta que se embarcase mi amo y los dos nos pusiésemos en camino. Pudo tanto conmigo la persuasión de este interesado verdugo, que me obligó a hacer una vileza que jamás había pensado ni pasado por mi imaginación: que tales amigos siempre incitan a cosas como aquestas, y una mala compañía es bastante a que el hombre más prudente y de mejor ingenio tropiece en una afrenta y caiga en un peligro. Llevé toda la ropa que estaba fuera de casa, entreguéla a mi amo, y ambos estuvimos ocupados toda aquella tarde en aprestar lo necesario para el viaje.

Llegó el día de la embarcación, y como mi natural, aunque era picaril, no se inclinaba a hurtos de importancia, sino a cosas rateras, no determinaba, temiendo

no me cogiesen en la trampa y me diesen un jubón sin costura. Quiso mi desgracia que estando ya resuelto de no hacer cosa por donde desmereciera y de ir acompañando a mi amo, entró en el aposento el Aquitofel consejero de mi estado y amigo de mi dinero. Díjome que cómo estaba con tanta flemma habiendo de partir las galeras a prima rendida y estando mi amo en la marina con el príncipe y el aposento solo y la noche oscura. Yo, viéndome en tan fuerte tentación y acordándome de lo que le había prometido, le dije que todo lo que había de sacar lo había metido en aquel baúl, y que por pesar mucho no había podido cargar con él ni había hallado quien lo quisiese llevar. El me respondió:

—No le dé cuidado eso, que aquí estoy yo, que me llevaré sobre mis hombros no solamente el baúl, pero el arca de Noé.

Y arrimarse a él y echárselo auestas y salir del aposento, todo fué uno. Viéndole cargar con los Penates de Troya sin ser piadoso Eneas, sino un astuto Sión, tomé mi ferreruelo, cerré tras mí y fui lo siguiendo. Fué tan grande la ventura de mi amo, que al tiempo que iba a salir el baúl por la puerta de la calle. Llegó al umbral de ella a querer entrar, y viendo que lo mudaban sin su gusto, me dijo:

—¿Adónde vas con este baúl a estas horas?

Yo, con más desmayo de muerto que aliento de vivo, le respondí que a embarcarlo en la galera adonde habíamos de ir. Replicóme:

—¿Y sabéis vos en qué galera me embarco yo?

Respondíle:

—Señor, quien lengua ha, a Roma va; demás que me habían dicho que vuesa merced estaba en la playa

con Su Excelencia y me mandaría adonde lo había de llevar.

Díjole a mi fingido palanquín que volviera el baúl a su lugar; hízolo así, y no viendo la hora de ponerse en salvo por no ser conocido, se puso con brevedad en la calle. Díjome mi amo con rostro airado, ceñudo de ojos y amostazado de narices:

—¿Quién os manda a vos sacar mi hacienda de mi casa sin tener licencia mía?

Díjele:

—¿Tan flaco es vuesa merced de memoria que ya se le ha olvidado la pendencia sobre las valonas y el haberme dicho que no había de andar tras de mí diciéndome lo que había de hacer, sino que cuidase yo de lo que vuesa merced necesitaba sin aguardar a que me lo mandase? Pues siendo esto así, y viendo que en este cofre tiene todos sus vestidos y dineros, y que necesita de ellos para este viaje, no pienso que ha sido error hacer lo que vuesa merced me manda.

Pidióme la llave; díselo, abriólo y reconociólo por todas partes, y volviéndolo a cerrar me dijo:

—Señor Estebanillo González, vuesa merced se va ya con Dios de mi casa, que no quiero en ella criados tan bien mandados ni sirvientes tan puntuales, y que unas veces pequen de carta de más y otra de carta de menos, y agradezca que estoy de partida, que a no estarlo, yo le hiciera cantar sin solfa, y aun puede ser que lo haga, que no estoy muy fuera de ello si no se me quita de delante.

Yo, temiendo que por haber intentado cazar gangas no me enviase a cazar grillos, me salí del aposento temblando de miedo, sin amo, sin dinero y sin haber

cenado, porque lo poco que había acaudalado en ser cajero de aquella pequeña tesorería lo había gastado con mi valiente de mentira. Viéndome que ya era irremediable lo hecho y que había sido ventura haber hallado tan buena salida habiéndonos cogido las manos en la masa, me fui a la posada de mi amigo, al cual hallé con una cara de deudor ejecutado. Contéle el despedimiento del cuerpo y el alma, y después de más de media hora de paseo dando más bufidos que un toro y echando más tacos que un artillero, vino a parar toda la tormenta en mandarme azainadamente que pidiese de cenar a la patrona. Yo le dije que en cuanto a pedirlo, yo lo haría con todas veras; pero que en cuanto a la paga, había salido de casa de mi amo como niño de doctrina, abofeteado y sin blanca. El me respondió:

—Pues ¡cuerpo de tal con él!, ya que no tuvo ánimo de cargar con un talego, ha de dejar por la cena empuñado el ferreruelo, que no me he yo de acostar haciendo cruces por sus ojos bellidos, habiendo hecho por él lo que yo he hecho, arriesgándome como me he arriesgado, no debiéndole ninguna amistad ni teniéndole obligación ninguna, que si me ha dado algunos reales, más he hecho yo en pedirselos que él en dárme los. Y yo sé que si me conociera, que me ayunara y que ya hubiera hecho cubrir no solamente una tabla, sino más tablones que hubo en el templo de Salomón, que presumo que debe de ignorar que por mí se hizo la jácara de Zampuzado en un banasto.

Fué tanta la risa que me dió el ver su modo de hablar y su crudeza, que le obligué a que pensase que hacía burla de él, por lo cual, dejando caer el ferreruelo y habiéndome hecho conde de Puñoenrostro,

arrancó la tizona, quizá por haberle yo negado la colada (1); pero como no he sido nada lerdo ni perezoso en tales apreturas, tomé tierra del rey y con presteza a la calle, y entrándome en casa del cardenal Doria, arzobispo de Palermo, mi bravo se quedó plantado de firme a firme, tirando ángulos corvos y obtusos a la puerta de la posada.

Hallé a la entrada de la del palacio al cocinero mayor o de servilleta o manteles de Su Eminencia, que se llamaba maestre Diego, y viéndome entrar tan presuroso y alborotado me preguntó que qué era lo que traía. Yo respondí que un puñetazo junto al ojo y cien libras de miedo porque me habían cogido entre dos para quitarme el ferreruelo, y que me había dado tan buena maña que me había librado de ellos, los cuales me habían venido siguiendo hasta haberme valido de aquel sagrado.

Quiso ser curioso y saber de dónde era y cómo me llamaba, y si tenía padre o amo, o si era aventurero. Satisfícele a sus preguntas, y recibíome por su pícaro de cocina, que es punto menos que mochilero y punto más que mandil. No me descontentó el cargo que me había dado, porque sabía por experiencia de la embarcación que es oficio graso, y ya que no honroso, provechoso. Regalábase mi amo a costa ajena, que es gran cosa comer de mogollón y raspar a lo morlaco. Tenían cada día pendencias él y el veedor, y a la noche sucedía con ambos aquello de en la caballeriza yo y el potro nos pedimos perdón el uno al otro. Yo llevaba, al tiempo que el reloj echa todo su resto, la comida de raspato-

(1) *Tizona* y *Colada* se llamaban las espadas del Cid.

ria a casa de mi amo, y a las tres de la tarde las sobras, resultas y remanentes y percances, con ayuda del jifero, al baratillo de la ropa vieja y usada, y lo restante del día me ocupaba en hacer burro de noria a un volteador asador, donde estaba cuatro horas como caballo del acerado, boca abajo y sin comer. Hacía de día entierros de leños y carbones, y a la noche sacaba los tales muertos a que fuesen refrigerio de vivos. Hiciéronme al cabo de cinco semanas, en premio de mis servicios, barrendero menor de la escalera abajo, que de esta suerte avanza quien sabe tan bien servir y con tanta satisfacción de sus oficiales. Salí al nuevo oficio descalzo, desnudo y tizado, con tener de mi parte los cardenales, que era el uno a quien servía y el otro el que me hizo el rebosado valiente, y ayunaba al traspaso.

Quiso mi favorable estrella que los criados de casa estudiaron la comedia de los Benavides para hacerla a los años de Su Eminencia, y a mí, por ser muchacho, o quizá por saber que era chozno del conde Fernán-González, me dieron el papel del niño rey de León. Estudiéle, haciéndole al que se hizo autor de ella que me diese cada día media libra de pasas y un par de naranjas para hacer colación ligera con las unas y estregarme la frente al cuarto del alba con las cáscaras de las otras, porque de otra manera no saldría con mi estudio, aunque no era más de media columna, por ser flaco de memoria, y que esto había visto hacer a Cintor y a Arias cuando estaban en la compañía de Amarilis. Creyólo tan de veras, que me hizo andar de allí adelante, mientras duraron los ensayos, todos los días, y estudiando todas las noches mascando pa-

sas y todas las mañanas atragantando cascos de naranjas y haciendo fregaciones de frente. Llegó el día de la representación; hízose un suntuoso teatro en una de las mayores salas del palacio; pusieron a la parte del vestuario una selva de ramos, adonde yo había de fingir estar durmiendo cuando llegasen los moros a cautivar me. Convidó el cardenal, mi señor, a muchos príncipes y damas de aquella corte; pusieronse mis representantes de aldea muchas galas de fiesta de Corpus; adornáronse de muchas plumas, y, en efecto, el palacio era un florido abril. Pusiéronme un vestido de paño fino, con muchos pasamanos y botones de plata y con muy costosos cabos, que fué lo mismo que ponerme alas para que volase y me fuese. Yo, aprovechándome del común vocablo del juego del ajedrez, por no volverme a ver en paños menores, le dije a mi sayo: «Jaque de aquí.»

Empezóse nuestra comedia a las tres de la tarde, leniendo por auditorio todo lo purpúreo y brillante de aquella ciudad. Andaba tan alerta el autor sin título, por haber él alquilado mi vestido y héchose cargo de él, que no me perdía de vista. Llegó el paso en que yo salía a caza y, fatigado del sueño, me había de recostar en aquella arboleda; y después de haber representado algunos versos y apartándose de mí los que me habían salido acompañando, me entré a reposar en aquel acopado y florido dosel, adonde no se pudo decir por mí que me dormí con la purga, pues aún no había entrado en él cuando siguiendo una carrera que hacía la enramada me dejé descolgar del tablado, y por debajo de él llegué a la puerta de la sala, y diciendo a los que la tenían ocupada: «Hagan plaza, que voy a mudar de



vestido», me dejaron todos pasar; y menudeando escalones y allanando calles, llegué a la lengua del agua, y desde ella a la sombra de la mar. Informáronme otra vez que di la vuelta a esta corte que salieron en esta ocasión al tablado media docena de moros bautizados, hartos de lonjas de tocino y de frascos de vino, y llegado a la arboleda a hacer su presa, por pensar que yo estaba allí, dijo el uno de ellos en alta voz: «¡Ah niño, rey de los cristianos!» A lo cual había yo de responder, pensando que eran criados míos: «¿Es hora de caminar?» Y como ya iba caminando más de lo que requería el paso, no por el temor del cautiverio, sino por miedo del despojo del vestido, mal podía hacer mi papel ni acudir a responder a los moros estando una milla de allí concertándome con los cristianos, aunque no lo hice muy mal, pues salí con lo que intenté. Viendo el apuntador que no respondía, soplabá por detrás a grande priesa, pensando que se me habían olvidado los pies, y a buen seguro que no se me habían quedado en la posada, pues con ellos hice peñas y Juan danzante. Viendo los moros tanta tardanza, pensando que el sueño que había de ser fingido lo había hecho verdadero, entraron en la enramada, y ni hallaron Rey ni Roque. Quedaron todos suspensos, paró la comedia, empezaron unos a darme voces y otros a enviarme a buscar, quedando el guardián de mi persona y vestido medio desesperado y ofreciendo misas a San Antonio de Padua y a las ánimas del Purgatorio. Contáronle mi fuga al cardenal, el cual respondió que había hecho muy bien en haberme huído de enemigos de la fe y no haberles dado lugar a que me hiciesen prisionero; que sin duda me había vuelto a León, pues era mi corte, y que

desde allí mandaría restituir el vestido, y que en el interin él pagaría el valor de él, y que así no tratasen de seguirme, porque no quería dar disgusto a una persona real, y más en días de sus años. Mandó que le leyesen mi papel y que acabasen la comedia, lo cual se hizo con mucho gusto de todos los oyentes y alegre el autor de ella, por tener tan buen fiador.

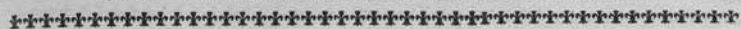




CAPITULO TERCERO

Adonde se declara el viaje que hizo a Roma; lo que le sucedió en ella estando por aprendiz de cirujano. Cómo se volvió a huir tercera vez; entró a servir de platicante y enfermero en el hospital de Santiago de Nápoles, y cómo se salió de él por pasar a Lombardía con puesto de abanderado.

QUELLA tarde iba tan en popa mi fortuna, que todo me sucedía a medida del deseo, pues así que llegué a la marina, oí dar voces a un marinero diciendo: «A Napolí! A Napolí!» Preguntéle que cuándo se había de partir. Respondióme que ya estaba la faluca echada a la mar y que sólo aguardaba al patrón, que había entrado en la ciudad a sacar licencia para ello. Estando en esta plática llegó el dicho patrón, con quien me concerté con brevedad, en virtud de una hucha que había hecho de lo mal alzado de la cocina, que sería de hasta cuarenta reales; y embarcándome con él en una barquilla, volviendo por instantes la cabeza atrás, llegamos a la faluca y echamos todo el trapo, y al cabo de seis días me hallé en Nápoles. Me fuí aquella noche fuera de la puerta Ca-



puana, y al amanecer tomé el camino de Roma, donde sin acaecerme de qué poder hacer mención, llegué una mañana a una puerta de sus antiguos muros, y habiendo entrado en ella y considerando en el traje honrado que llevaba y la afabilidad de mi padre, me fui derecho a su casa, adonde fui muy bien recibido, haciendo muy al vivo el paso y ceremonias del hijo pródigo. Preguntóme mi padre que dónde había asistido el tiempo que había faltado de sus ojos. Hícele creer que había estado en Liorna sirviendo de paje a don Pedro de Médicis, gobernador de aquella plaza, y que me había venido con su gusto por sólo verle a él y a mis hermanas y por tirarme el amor de la patria. Hizo que me reglasen, y no poniendo en olvido mis buenas costumbres y habilidades, me dijo que se holgaba mucho de mi venida, pero que aquella misma tarde me había de buscar quien me enseñase oficio, aunque le costara cualquier cantidad, porque no quería que durmiese en su casa ni que estuviese en el contorno de ella, y que pues había tenido tan buenos principios en el de barbero y sabía levantar tan bien un bigote, que quería que prosiguiese con él, y que mirase que no fuera tan solícito en cobrar libranzas e irme con ellas, como había hecho con su amigo Bernardo Vadía; que ya aquélla estaba pagada; pero que si proseguía en mis travesuras, que no lo tuviese por mi padre, sino por mi enemigo capital. Comí al galope, por temer que me pusiese en la calle antes de acabar, y con el bocado en la boca, por no faltar a su palabra, como al fin hijodalgo, me llevó a la barbería de un maestro catalán que se llamaba Jusepe Casanova. Habló con él y hallólo muy duro y muy lejos de recibirme, por estar informado de

mi mala opinión y poca estabilidad. Salió mi padre por fiador de cualquiera desacierto que yo hiciese en el tiempo que estuviese en su casa, y le prometió pagar cien ducados si dentro de un año le hiciese falta de ella; pero que si asistiese y cumpliese el plazo, que él me había de dar a mí veinte para que hiciese un vestido. El maestro, contentándole el partido y que tenía por cosa segura el irme yo y el cobrar él tan buena cantidad, vino en las condiciones, y haciendo de ellas escritura por ante notario, yo quedé a ser aprendiz, y mi padre se arrepintió del contrato al cabo de tres meses, que fué el tiempo que estuve en aquella tienda, ignorando más cada día que aprendiendo.

Tratóme este maestro con más respeto que el primero, pues el otro me enseñaba a lavar pañales y éste a echar barbas en remojo. Servíale, cuando salía fuera a dejar lampiños a algunos señores, de paje de bacía y de mozo de estuche, y en la tienda, de calentar el agua y de atizar la fogata. Hacíame que asistiese todo el día en ella y que tuviese cuenta en aprender a rapar zaleas y alzar criminales, ocupando los ratos perdidos en leer unos libros que tenía de cirugía. Y por no darme a conocer, aunque ya era bien conocido de mi amo, acudía a todo con mucha puntualidad, y más los primeros días, porque se dijese por mí aquello de cedacito nuevo. Pareciendo al cabo de algunos días a mi amo que ya sabría algo del oficio, por lo atento que me veía estar siempre a los tormentos de agua y fuego, me mandó quitar el cabello y barba a un pobre que había llegado a pedirle una rapadura de limosna: que en las cabezas y rostros de los tales siempre se enseñan los aprendices, porque llueva sobre la poca ropa. Hícele

sentar en una silla vieja reservada y de respeto para gente de poco pelo. Púsele por toalla un cernedero de colar leña, y sacando de un cajón de los principantes unas tijeras poco menos que de tundidor y un peine (desperdicio de algún rucio rodado), me acerqué a mi paciente, y diciendo: «¡En nombre de Dios!» (por ser el primer sacrificio que hacía), empecé a tirar tijeradas a diestro y siniestro: mas viendo la poca igualdad que llevaba, y que estaba el cabello lleno de escalones y con más altas y bajas que alojamiento de capitán, traté de esquilallo como a borrego y rapaterrón. El me pedía que fuese sobre peine, y yo lo hacía sobre casco. En efecto, yo le empecé a trasquilar como a pobre, y después lo esquilé como a carnero y lo atusé como a perro lanudo. Tentóse el cuitado la cabeza, y hallando su lana convertida en calabaza, desierta la mollera y calva toda la cholla, me dijo:

—Señor mancebo, ¿quién le ha dicho a vuesa merced que tengo gana de ser buena boyra para raparme de esta manera?

Respondile que aquello era una nueva moda venida de Polonia y Croacia, con la cual gozaría de más limpieza y se saldrían más bien los malos humores de la cabeza, y que si acaso era amigo de traer cabellos largos, le volverían a crecer a palmos, por habérselos quitado a raíz y en creciente de luna; y encajándole otra media luna de la margen de una bacía vieja llena de agua fría en el empañado pescuezo, que le pudiera servir de argolla, ya que lo tenía a la vergüenza, después de haber empapado las vedijas, encajado la barba y héchole mil mamonas, le enjaboné los carrillos tan apriesa y tan apretadamente, que en poco espacio pu-

diera ser, por la abundancia de espuma, o madre de Venus o mula de doctor. Sobajéle las barbas, ajéle los bigotes, rasquéle las mejillas, labéle los labios y despolvoréle las narices, y mi dos veces pobre, agarrado a su bacía el hocico, cerraba y hacíame más gestos que una mona. Quitéle la bacía, sacudíle los dedos, y limpiándole más de dos libras de natas o requesones frescos, lo volví de blanco alemán en tostado africano. Tomé un hocino o navaja, y empecé, no a cortar, sino a desgajar lana de aquel soto de barba, cuya espesura pudiera ser habitación de silvestres animales. Llevaba hacia abajo los cueros y no los pellejos, y como yo no tenía el dolor, apretaba más la mano por dar fin a la obra y acreditar me en breve con mi amo, que desde el principio de este prodigio le habían venido a llamar para hacer una sangría y estaba ausente de la tienda. Era tan mal inclinada la navaja, que cortaba la carne y no la barba. Yo, viendo que mi parroquiano tenía todo el rostro como zapato de gotoso y que estaba teñido en la sangrientalidad, volvíle a dar otra agua porque no se despeñase el rojo licor y se descubriese el defecto del no viejo y lo botazo de las armas; limpiélo muy bien, y por ver que proseguían las corrientes, entré en mi aposento y saqué un gran puñado de telarañas, y muy al descuido fui tapando las pequeñas grietas hechas en aquel rostro de peñasco y las que cada instante le iba haciendo. El, no pudiendo soportar el dolor, me dijo:

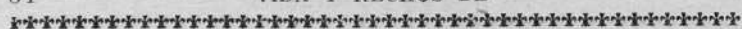
—Mancebito, mancebito, ¿graspa o degüella?

Respondíle:

—Señor mío, lo uno y lo otro hago, porque la bar-

ba de vuesa merced es más dura que una roca, y es menester pasar cochura por hermosura.

Yo estaba temblando de que viniese mi amo y le viese la horrenda figura que tenía, pues su rostro más era tapicería de arañas que cara de cristiano, porque eran tantos los lunares que le había puesto, que a habérselos visto a la luna de un espejo, quedara lunático o frenético. Yo, viendo que mis principios más eran de carnicero que de barbero, saqué del estuche de mi maestro una de sus mejores y más cortantes navajas, con la cual empecé a bizarrear y hacer riza en aquella barba boba, que harto lo era el dueño, pues pasaba tantos martirios a pie quedo sin estar en tierra del Japón. Quiso la mala suerte, que siempre huyendo de los ricos da en seguir a los pobres, que al tiempo que lo iba enjordanando y quitándole veinte años de edad, tropezó la navaja en uno de los remiendos o tacones que le había puesto, y embarazándose en la tela de araña no quiso pasar adelante, por lo cual me obligó a apretar la no ligera mano, y dando un grito el doliente, quísose levantar, por lo cual fué fuerza y mandamiento de apremio cruzarle no más de la mitad de la cara, que la otra mitad la tenía él cortada, y presumo que no por bueno, y así, por verlo pobre, le hice amistad de emparejarle la sangre. Mas viéndole en pie, y con un sepan cuantos como mazo de golpe, y que por el rastro que dejaba podía caminar Montesinos, salíme a la calle, metíme en el palacio del sobrino Barberino, diciendo entre mí: «Ahora que estoy libre, ande el pleito.» Llegó mi amo a esta ocasión, halló al pobre dando sollozos, la casa llena de vecinos y la puerta de mequetrefes. Dijéronle la causa del rumor y lo mal parado que estaba el herido, y él, apar-



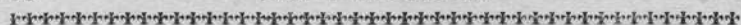
tando la gente, se llegó al caballero cruzado, y viéndole la cara tan llena de pegatostes que parecía niño con viruelas, perdió el enojo, y rebozándose con la capa, no se atrevía a acudir al remedio por no descubrir el chorro de la risa, la cual se le aumentó mucho más cuando vió que al ruido había acudido la mujer de aquel sin ventura, que era vecina nuestra, y que, dándole el pésame las demás, decía que sin duda se burlaban, porque aquel hombre no era su esposo ni ella había estado tan dejada de la mano del Señor que había de haber escogido tal monstruo por marido. Dió mi amo fin a sus gorgoritas de alegría, y desembarazándose del ferreruelo le zurció el gеме de abertura, y por no ser hombre que reparara en puntos, le dió docena y media de ellos. Echó toda la gente fuera, y quedándose solo con el herido y con su mujer, que ya lo había conocido por señas que le había dado y por el metal de la voz, envió a llamar a mi padre, el cual, imaginando que lo llamaban para remediar alguna travesura mía, de que no se engañaba, acudió al momento, y viendo aquel espectáculo horrible, con ser hombre muy severo, no dejó de sonreír un poco. Trataron los dos de quietar y contentar aquella figura de león de piedra que tenían delante porque no se querellase y diese queja a la justicia, y saliendo mi maestro a curarlo y darlo sano, y ofreciéndole mi padre diez escudos, quedó muy contento y se retiró a su casa. Supo mi maestro adónde yo estaba, y trayéndome a la suya, después de haberme reñido muy bien, me dió por castigo (como al fin mi juez competente) suspensión de oficio en el desbarbar por tiempo de un mes, en cuyo término estudiaba algunas veces en los libros de cirugía, teniendo de los

correspondientes de la tienda algunos provechos de limpiarles los sombreros (para lo cual había comprado una escobilla a mi costa) y quitarles los pelos de las capas, echándoselos yo muchas veces encubiertamente para obligarles a ofrecer.

Acaeció traer a la tienda antes que se acabase el mes de la suspensión un muchacho, hijo de un mercader, para que le cortaran un poco del cabello y le emparejasen las guedejas. Dije a mi amo que, pues no estaba aquel arte en la suspensión de oficio, que decretara en darme licencia y facultad. Vino en ello, y quiso hallarse presente, temeroso de lo pasado. Y para poder adiestrarme, empecé con lindo aire a correr la tijera por encima de la dentadura de un terso y bien labrado marfil y a echar en tierra escarchados hilos de oro, acabando con tal presteza y velocidad, que mi amo me dió el parabién de ser tan buen oficial; y apenas se apartó de mí, satisfecho de que ya no erraría en nada, cuando, metiendo todo el cuerpo de las tijeras en una guedeja del tierno infante para despuntársela, no acordándome que tenía orejas y pensando que todo el distrito que cogían las dos lenguas aceradas era madeja de Absalón, apreté los dedos y dejélo hecho un Malco, un ladrón principiante y una harona posta. Dió el muchacho una voz que atronó la tienda, y tras de mil ayes, un millón de gritos; corríle la cortina del cabello, y viendo la oreja medio cortada, dije:

—¡Cuerpo de tal! ¿Aquí estáis vos y no habláis?

Preguntóme el maestro que qué era lo que había hecho. Yo le respondí que no era nada; que aquel rapaz se quejaba de vicio; que me dijera en qué parte tenía la cola con que pegaba la guitarra, para pegarle



con ella media oreja que le había echado en tierra. Mi amo, oyendo esto, y viendo la sangre que le corría, llegóse a él, y considerando una tan gran lástima, cerró conmigo y dióme poco más de cien bofetadas y poco menos de cincuenta coces. Y pienso que el no aumentar el número fué por dolerle los pies y haberse lastimado las manos. Curóle la oreja, y empapelando el retazo de ella, lo llevó de la mano a casa de su padre, al cual se satisfizo diciéndole que aquello había sido una desgracia, sin que se hiciese a mal hacer, y que ya me había castigado por ello tan bien, que me dejaba medio muerto. El mercadante, viendo que ya aquello no tenía remedio y que era falta que se encubría con el cabello, y que el castigo que él merecía lo había venido a pagar su hijo, despidió a mi amo con mucho agrado y a mí me concedió perdón. Quedó tan escarmentado mi maestro de ver en mí tan malos principios, que temiendo que fuesen peores los fines, jamás me quiso ocupar en dejarme afeitar a ninguna persona de importancia: sólo me empleaba en los de gratis y en los peregrinos pobres, los cuales llegaron a ser pocos y a disminuirse, porque el que una vez se ponía en mis manos no volvía otra, aunque anduviese como ermitaño del yermo. Y con todos estos defectos me tenía yo por uno de los mejores cirujanos que había en Roma y por el mejor barbero de Italia, y fué tanta mi presunción y desvanecimiento, que me persuadió a que yo solo con lo que sabía podría sustentar mi persona y traerla muy lucida y aun servida de criados. Y por verme fuera de dominio y enfadado del poco caso que se hacía de mí, cogiéndole a mi amo las mejores navajas y tijeras y una bacía, y los demás aderezos de pelar lechones ra-

cionales, me salí tercera vez de Roma a la vuelta de Nápoles, en cuyo camino y posadas de él pasé plaza de barbero apostólico, examinado en la corte romana. En efecto, trasquilando postillones y rapando percacheros, di fin a mi viaje.

Llegué a aquella corte, que por ser primer Chipre y segundo Samos le dan por renombre la Bella. Fuíme derecho a Santiago de los españoles, que estando a título de hospital es un auxilio y amparo de los de esta nación y un edificio suntuoso. Hablé con el doctor de él acerca de acomodarme, el cual se llamaba Cañizares, de quien fui remitido a Juan Pedro Folla, que entonces ejercía el oficio de cirujano mayor. Di a entender ser barbero y cirujano examinado, y no de los peores en aquel arte, el cual me recibió para ser enfermero y uno de sus ayudantes. Empecé a hacer las guardias a los dolientes conforme me tocaban, tanto de día como de noche, acudiendo a darles lo que les ordenaba el doctor y lo demás que necesitaban. Ofrecióse una sangría el mismo día que entré en la dignidad, y el cirujano, por hacer prueba de mí, me la encomendó. Yo, llegándome a la cama del enfermo, le arremangué el brazo derecho, y entregándoselo suavemente, le di garrote con un listón de un zapato que había pescado a una moza de un ventorrillo en el discurso del camino. Saqué la lanceta, y por haber leído, cuando andaba trashojando los libros de mi postrer amo, que para ser buena la sangría era necesario romper bien la vena, adiestrado de ciencia y no de experiencia, la rompí tan bien, que más pareció la herida lanzada de moro izquierdo que lancetada de barbero derecho. Al fin salí tan bien de ella, que solamente quedó el doliente man-

co de aquel brazo y sano del izquierdo, por no haber llegado a él la punta de mi acero, de que Dios libre a todo fiel cristiano. Quejóse a Juan Pedro Folla, el cual, habiendo reconocido la sangría y visto que dejaba el brazo estropeado, me dijo que si me había examinado de albéitar o de barbero. Respondíle que del cansancio del camino traía alterado el pulso, y que esto había sido la causa de no dar satisfacción de mi persona; pero que a la segunda habría enmienda, porque, como decía el doctor Juan Pérez de Montalván en su libro cómico, de dos la una, no se yerra en el mundo cosa alguna. Mas perdóneme su cadáver, que él también se erró en escribir esto, porque a la deciochena sangría hice lo mismo, sin haber acertado ninguna en las demás.

Había entrado un soldado de los adocenados de bravo y rumbo a curarse de unas tercianas, y porque le asistiese con cuidado en su enfermedad me había dado un real de a cuatro, y quiso su pecado que me tocó estar de guardia el día de su purga. Viéndose fatigado de sed, imploró mi auxilio, confiado en el plateado unto. Yo, haciendo desvíos de sabio doctor y ademanes de ministro roto, me cerré de campiña a su demanda, y él, representando conmigo el auto de Lázaro y del Rico avariento, y sacando la lengua como jugador de rentoy y seña de malilla, me tenía fatigadas las orejas; mas viéndome inmóvil a sus voces y endurecido a sus quejas, haciendo duelo lo que era piedad y pareciéndole descrédito de su persona no darle lo que pedía, habiéndome cohechado para que le asistiese y sirviese, me dijo:

—Señor estornudo de barbero y remendón de cirujano, trate por su vida de mitigar mi sed, porque si no

yo le prometo que, demás de que no me lo irá a penar al otro mundo, dé cuenta al mayordomo de este hospital de los sobornos que recibe a los que entran a curarse en él.

Yo le respondí que se reportara, que por mirar por su salud me había excusado, pero que yo le cumpliría de justicia. Bajé abajo, y subiéndole encubiertamente un jarro con cuatro potes de agua fría, y metiéndoselo debajo de la cama, le dije:

—En acabándose ese recado, vuesa merced avise, que será servido en todo y por todo.

Tomó al proviso el cangilón, y alzando a menudo los codos, a pocas idas y venidas le dió fondo y descubrió el suelo, mirando hacia la parte donde yo me estaba paseando y diciendo:

—Dios te consuele, pues me has consolado el alma.

Por cuya consolación dentro de media hora pasó la suya de este mundo al otro. Vive Dios que reviento por desbuchar aquí los males que causa untar como brujas; pero allá se lo haya Marta con sus pollos. Escondí el malhecho, dije que había muerto de repente, pero con todos sus sacramentos, y diéronle sepultura; partió contento y yo quedé pagado. Tenía por flor que todas las veces que me tocaba repartir los consumados, que ordinariamente se dan a las doce de la noche, de tal modo me alegraba, siendo pecador, que de veinte que me entregaban los multiplicaba en treinta, y con una santa caridad y amor a los prójimos cobraba contribución de los diez. Sucedióme una noche que estaba de guardia visitar a menudo a un estudiante, por verlo que estaba muy fatigado y lleno de bascas, y como mis ojos eran lince y mis manos barrederas, al tiempo



de alzarle la cabeza para que arrimase el cuerpo a ella, por ver si de aquella suerte podía mitigar una tos que le ahogaba, columbré una bolsa que tenía debajo de la almohada con doce doblas por piedra fundamental y cincuenta reales de a ocho por chapitel. Reconocí que estaba alerta a la buena guardia y así dilaté el lance para mejor ocasión, y porque no se sospechase en mí, después de cumplida mi pretensión, me puse a lo largo, como compañía de arcabuceros, y por sobrevenirle unos desmayos mortales, me dieron muchas voces los enfermos que estaban más cercanos a su cama, diciéndome que acudiera presto a ayudar a bien morir a aquel licenciado y a traerle un confesor. Yo, viendo que se llegaba la hora en que él diese cuenta a Dios y yo tomase cuenta a su bolsa, envié con un compañero mío a que le trajese el capellán mayor, y yo, haciendo del hipócrita desalado, más por el dinero que por el medio difunto, me eché de bruces sobre la cabecera, y diciendo: «¡Jesús, María, en manus tuas Domine encomiendo spiritum meum!», le iba metiendo la mano debajo de la cabecera, y al instante que agarré con la breve mina de tan preciosos metales, la fui conduciendo a mi faltriquera, volviendo a repetir: «¡Jesús, Jesús, Dios vaya contigo!» Pensaban los circunstantes que el Dios vaya contigo lo decía al enfermo, siendo muy al contrario, porque yo lo decía a la bolsa por el peligro que corría desde la cabecera hasta llegar a ser sepultada en mis calzones. Llegó el confesor, y hallándome muy ronco y fatigado de ayudarle a bien morir, me tuvo de allí adelante en buen concepto y agradeciéndome la caridad. Sentóse sobre la cama del enfermo a oírle de penitencia, porque aún tenía su alma en su cuerpo y sus

sentidos muy cabales, porque yo solamente era el que apresuraba su vida por dar fin y muerte a su dinero.

Fué Dios servido, que estando en la mitad de la confesión le dió un parasismo tan terrible, que a un mismo tiempo lo privó de sentido y de vida. Yo acudí con toda voluntad al difunto cadáver, mientras que lo mudaron de la cama de madera a la cuna de tierra, y después le hice decir un par de misas; y por ser cuando di la limosna para ellas después de haber almorzado y cargado de delantero, mandé que fuesen de salud, que estas obligaciones me corrían por haber quedado su legítimo heredero sin cláusula de testamento. Abrí aquella mañana la bolsa, y habiendo registrado las tripas de ella, la metí en el lado del corazón y di por bien empleadas las voces y la mala noche.

Viéndome, pues, con tanto dinero y en vida tan estrecha que apenas tenía hora de sosiego ni lugar de echar y derribar con gente de toda broza, pretendí comodidad con más ensanchas, y andando con este presupuesto me salí una tarde a desenfadar al muelle de aquella ciudad. Estando despacio contemplando tan lindo sitio, pasó a este tiempo por junto a mí mi amo el alférez don Felipe Navarro de Piamonte, a quien serví en la embarcación de Levante. Conocíle al punto y lleguéle a hablar y a ofrecerme de nuevo en su servicio y a contarle en lo que me ocupaba en aquella Corte. Holgóse mucho de verme y díjome cómo era alférez de la compañía del maestre de campo don Melchor de Bracamonte y que estaba de partida para Lombardía, para cuyo efecto se había hecho aquel tercio; que si quería volver a ser su segundo alférez y esguazar como de primero, que me llevaría de buena gana. Yo, por ver a



Milán y por salir de la clausura en que estaba y no ser atalaya de muertos y centinela de enfermos, y pareciéndome mucho mejor el son de las cajas que el de las flautas o jeringas, dejé el oficio de arrendajo de cirujano y tomé el de abanderado. Embarcámonos en una escuadra de galeras, y sin suceso adverso ni cosa memorable llegamos a Lombardía. Estuvimos alojados en una villa que se llamaba la Costa, comiendo a costa del patrón y diciendo aquello de: huésped, máteme una gallina, que el carnero me hace mal. Eché de ver que aquella vida era mejor que la de cirujano, si durase siempre estar sobre el villano. Mandaron a mi tercio que marchase a los Países Bajos, cuya nueva me dejó sin aliento por ser camino tan largo, y que lo habíamos de caminar en mulas de San Francisco. Estaba en mi compañía un soldado que había servido en aquellos estados en tiempo de treguas, y para informarse de él qué tierra era adonde nos mandaban ir, lo convidé a beber dos frascos de vino en una ermita del trago, y después que estaba como el arca de Noé, habiéndole yo dicho cómo estaba de camino para ir a ver la gran Corte de Bruselas, me dijo lleno de vaguidos de cabeza y de abundancia de erres:

—Camarada del alma, tome mi consejo y haga lo que quisiere; pero a Flandes, ni aun por lumbre, porque no es tierra para vagamundos, pues hacen trabajar los perros como aquí a los caballos, y tan helada y fría, que estando yo un invierno de guarnición en la villa de Gueldres, tuve una pendencia con un soldado de nación albanés sobre cierta matresa, y habiendo salido los dos a la campaña y metido mano a nuestras lenguas de acero, ayudado yo de mi destreza, le hice

yo una conclusión, y con una espada ancha de a caballo que yo traía entonces le di tal cuchillada en el pescuezo, que como quien rebana hongos, di con su cabeza en tierra, y apenas lo vido don Alvaro de Luna, cuando quedé turbado y arrepentido, y viendo que palpitaba el cuerpo y que la cabeza tremolaba, la volví a su acostumbrado asiento, encajando gatzate con gatzate y venas con venas, y helándose de tal manera la sangre, que sin quedar ni aun señal de cicatriz, como aún no le había faltado el aliento, volvió el cuerpo a su primer ser y a estar tan bueno como cuando lo saqué a campaña, y la cabeza aún más firme que antes. Yo, atribuyéndolo más a milagro que a la zurcidura y brevedad de la pegadura, lo levanté de tierra, y haciéndome su amigo, lo volví a la villa y llevé a una taberna, donde a la compañía de un par de fogotes nos bebimos teta a teta media docena de potes de cerveza, con cuyos estufados humos y bochornos de los fulminantes y abrasados leños, se fué deshelandó muy poco a poco la herida de mi compañero, y yendo a hacer la razón a un brindis que yo le había hecho, al tiempo que trastornó la cabeza atrás para dár fin y cabo a la taza, se le cayó en tierra como si fuera cabeza de muñeco de alfeñique y se quedó el cuerpo muy sosegado en la misma silla sin hacer ningún movimiento, y yo, asombrado de ver caso de tanta admiración, me retiré a una vecina iglesia. Diéronle sepultura al dos veces degollado, y yo, viendo el peligro que corría si me prendiesen, me salí de Gueldres en hábito de fraile por no ser conocido de la guardia de la puerta, y pasando muchos trabajos llegué a este país, que aunque es frío, no tiene compa-

ración con el otro, como vuesa merced echará de ver en lo que en buena amistad le he contado.

Agradecile el aviso y di tanto crédito a su fábula de Isopo, que incité a la mitad de mi compañía a que fuésemos a buscar tierra caliente, y cargando con quince tornillos novillos amadrigados del cuartel de Nápoles, los llevé a la vuelta de Roma a que hiciesen confesión general y a que ganasen indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados. Llegamos a ella, unas veces pidiendo y otras tomando, y las más cargados de monsieur de la Paliza. Apartéme de la tal compañía, y encontrando con un amigo mío, me informé cómo mi padre había ido a Palermo a cobrar un poco de dinero que le debía un criado del duque de Alburquerque, que en aquella ocasión era virrey de Sicilia. Celebré la buena nueva y entréme con mucho desembarazo en mi casa, haciéndome absoluto señor de ella. Recibiéronme mis hermanas muy tibiamente, mirándome las dos con caras de probar vinagre, dándome cada día en cara mis travesuras y los cien ducados que habían pagado por mí a mi segundo maestro. Hacíame regalar como a mayorazgo de aquella casa, estimar como heredero de aquella hacienda y respetar por haber nacido varón. Tenía con ellas mil encuentros y rebates cada día, particularmente porque me aguaban el vino, bebiéndolo ellas puro.

Llegó el rompimiento a tal extremo, que no viendo en su boca enmienda, me resolví a que oliese la casa a hombre echando el bodegón por la ventana, y una tarde que me dieron una folleta de vino, bebí de él, bautizado en una vecina fuente, estando la mesa con la vianda y todos sentados a ella; dándole a la mayor con

los platos y a la menor con el frasco, y echando a rodar la mesa, las dejé a las dos descalabradas, y yo me volví a mi hospital de Nápoles, donde haciendo la gata muerta y dando por disculpa de mi ausencia cuatro mil enredos, fui segunda vez admitido, y teniendo nuevas a los primeros días de mi ejercicio de que mi padre había muerto en la ciudad de Palermo, por no meterme en costa de lutos ni dar que murmurar a mis superiores, me embarqué para Sicilia, con más intención de aprovecharme de la herencia que de hacer bien de su alma. Llevéme bien con los albaceas, y viendo el testamento, hice yo mi negocio y ellos su agosto. Vendílos, y algunos muebles que había dejado, y con el dinero que saqué de ellos, empecé a ser imán de los de la hoja y norte de la hampa; los unos, yesca para galeras, y los otros, pajuelas para la horca, y todos juntos, tea para el infierno. Viendo que me comían de polilla y que eran carcomas de mi corta herencia, los dejé con la miel en los labios, por ver que mi bolsa iba dando la hiel. Traté de acomodarme en casa del virrey, y por haber sido mi padre muy conocido de todos los criados de aquella casa, fui recibido por mozo de plata en ella. Acudían a verme y darme el parabién toda la amontonada valentía, y yo, por darles a entender lo sobrado que estaba, les sacaba a todos el vientre de mal año. Fueron tan a menudo estas visitas, que con andar yo cuidadoso, como aquel que conocía la gente-cilla de aquel arte, que en menos de tres meses me faltaron algunos talletes de plata y aun anduvieron conmigo comedidos, pues no se llevaron los demás. Sabiendo Su Excelencia la buena cuenta que había dado de lo que se me había entregado y que a aquel paso

presto daría fin de toda su vajilla, habiéndose satisfecho no ser yo el que había hecho el tiro, sino aquellos honrados que me venían a visitar, y que yo no tenía con qué satisfacer la pérdida, mandó despedirme y que me aconsejaran que me apartara de la compañía de gente tan perniciosa. Salí de palacio muy bien puesto por los grandes provechos que tenía y por tirar plaza de soldado en una compañía que tenía 60 soldados efectivos para entrar en guardia y 150 para el día de la muestra. Harto pudiera decir acerca de esto, pero me dirán que quién me mete en esto ni en gobernar el mundo teniendo doctores la iglesia.

En este tiempo estaba de partida un delegado de esta Corte a hacer una ejecución sobre cierta cantidad de dinero dentro del reino, y viéndome tan bien adornado y que había sido criado de un virrey, me nombró por su alguacil y llevó consigo, saliendo de la ciudad y caminando hasta que llegamos adonde íbamos a caballo, con botas y espuelas, y armas ofensivas y defensivas, y vara alta de justicia, que parecía en mí de varear bellota. Iba delante de tal juez, y de tal suerte llevaba el rey en el cuerpo, que daba a todos una voz, y a un ven acá, pagaba en las hosterías no más de aquello que me parecía. Habiendo fenecido nuestro viaje, prendí el primer día que llegamos tres labradores en virtud de mi comisión con ayuda de vecinos y porque ellos gustaron de dejarse prender, y con ser su causa civil, les hice echar grillos y cadenas y meter en calabozo hasta tanto que pintaron y pidieron misericordia. Banqueteáronme un día los parientes de estos prisioneros porque intercediese por ellos con el delegado. Hice en el convite tantas razones, que quedé sin ella, pro-

metiéndolos soltar dentro de una hora, y dando muchos traspiés, con ser la tierra llana, me fui a la posada y le pedí a mi juez competente que soltase aquellos desdichados porque no tenían con qué pagar, y que el que no tiene el rey le hace libre. Echó de ver el mal que traía y preguntóme por verme inquieto que si me había picado la tarántula. Yo le respondí que aprendiese a hablar bien o que yo le enseñaría, que él sólo era el tarantulero y el atalantado, y el hijo de Atalanta. El, riéndose de mí, se me acercó, y alargando la mano, me tomó la barba e hizo en ella presa. Yo, agraviado de aquello, pareciéndome que era menosprecio y atrevimiento grande a un alguacil real, agarréle de los cabezones y pidiendo favor a la justicia y dándole recios enviones para llevarlo a la cárcel, le hice tiras la valona y le desabotoné la ropilla. El, al principio lo llevó en chanza, por ver que no obraba yo, sino mi criado; mas después, viéndose ultrajar delante de mucha gente que ocurrió a mis voces, se enojó como un satanás, y quitándome la vara, me hizo pedazos el rey en los cascós. Tuve dicha en que fuese delgada, que a no serlo, daba fin de su nuevo ministro. Volvíme a pie y apelando a Palermo a acumular la resistencia, y advirtiendo cuando se pasaron los terremotos de la cabeza haber sido yo el culpado, me quité de historias y me volví a juntar con mis valientes.

Hiciéronme salir una noche en su compañía, cosa que jamás había hecho, en la cual uno de ellos, haciendo el oficio de San Pedro, abrió una puerta, y por aligerar de ropa a su dueño, lo dejaron sin baúles. Fueron sentidos de las centinelas de unos gozques, y saliendo toda una familia en su seguimiento, les obliga-

ron a dar con la carga en tierra y a darles a los que los seguían un refresco de cuchilladas. Yo, que estaba temblando de miedo antes del hurto y en el hurto y después del hurto, y siempre apartado de ellos y pesoso de no haber conocido su modo de vivir antes de salir de mi posada para no haberme puesto en aquel riesgo, viendo a mis compañeros huir y a los heridos volverse a sus casas a curar metiendo los lamentos en el cielo, por no hacerme hechor, no lo siendo, me estuve quedo y tan cortado, que cuando me quisiera ir es cierto que no pudiera. Acudió al ruido de las voces la justicia, y hallando tres baúles en la calle, y cuatro hombres bien heridos, y yo no muy lejos, me llegaron a reconocer, y confiriendo de mi turbación que era de los que habían hecho el daño, sin valerme el alegar haber servido al virrey, ni sido alguacil ejecutor del legado, me llevaron por mis pies (que aun no tuve ventura que fuese en volandas) adonde hice experiencia de amistades y prueba de amigos, saliéndome todo como yo merecía. Tomáronme otro día la confesión, y por variar en las preguntas que me hicieron y contradecirme en los descargos, me sentenciaron a *sursum corda* y encordación de calabaza. Mas antes que cantase aquello del potro rucio, por tener atención que había servido al duque mi señor, me condenaron a salir desterrado, poniéndome en libertad. Y sacándome fuera de las puertas de Palermo, encaminéme a Nápoles, y escarmentado de la causa de mi destierro, me junté así que llegué con otra tropa aún peor que la referida. Fuímos a bañar una noche al muelle, y a la vuelta, queriendo dar garrote a una reja, pasaron dos ciudadanos, y por quererlos descobijar y dejar sin nubes, dieron

gritos de: ¡Guardia, guardia! Desmayó toda la gavilla viendo venir al socorro una escuadra de soldados de la garita de don Francisco; huyó la gente de la carda y yo en vanguardia de todos. Fuímonos a la posada, hallámosla abastecida de pavos de Indias, que había traído otra patrulla que había salido del mismo cuartel. Comí con ellos con sobresalto, dormí sin ellos con desasosiego, y a la mañana écheles la bendición, y por verme libre de justicia, que cada instante pensaba que me venían a prender para que escotase los pavos, senté plaza de soldado de a caballo en la compañía de don Diego Manrique de Aguayo. Estábame siempre muy de asiento en Nápoles, buscaba soldados para mi compañía, dábame mi capitán a dobla por cada uno, los cuales embaucaba y daba a entender para conducirlos dos mil embelecos y otros tantos al capitán para encarecerle la cura y el trabajo y gastos, aún no imaginados, del oficio de la corregiduría, con que demás de quedarse agradecido, añadía nuevos socorros a lo capitulado. Ibame los viernes y los sábados a la marina, adonde por aprendiz de valiente estafaba a la mayor parte de sus pescadores; traía alborotado el cuartel con trapazas, enredadas sus damas con tramoyas, cansadas sus tabernas con créditos, y el chorrillo y guantería con fianzas, de suerte que de todos me hacía conocer, y con todos campaba, y a todos engañaba. Y temiendo que se descornase la flor y se acabase el crédito y dinero, dejando a muchos llorando por mí, y no por finezas de voluntad, hallando embarcación para España, me embarqué secretamente y dí con mi cuerpo en Barcelona.



CAPITULO CUARTO

De cómo llegó a España, y viaje que hizo a Zaragoza, Madrid y peregrinaje a Santiago de Galicia, y otros ridiculos sucesos que le pasaron en Portugal y Sevilla, hasta que entró a ser mozo de representantes.

DESPUÉS de haber llegado a Barcelona, estuve en ella algunos días por descansar de la larga embarcación, y al cabo de ellos fui acompañando hasta Zaragoza a una dama, con quien había hecho conociencia, por haber posado los dos en una misma posada, la cual era en sí tan generosa y tan amiga de agradar a todos y de no negar cosa que le pidiesen, que en virtud de los regalos y mercedes que me hizo por el camino, comí dos meses de balde en el hospital de Nuestra Señora de Gracia, que es uno de los más ricos de España y adonde con más amor y cuidado se asiste a los enfermos y adonde con más abundancia se les regala. Después de salir de la convalecencia me metí en un carro cargado de frailes y de mujeres de buen vivir, carga de que jamás han ido ni van faltos. Fuime con él a Madrid por la noticia que tenía de ser esta villa madre de todos. Llegué a la que es corte de cortes, leonera del real león

de España, academia de la grandeza, congregación de la hermosura y quintaesencia de los ingenios. Al segundo día que estuve en ella, me acomodé de paje de un pretendiente, tan cargado de pretensiones como ligero de libranzas. Dábame diez cuartos de ración y quitación, los cuales gastaba en almorzar cada mañana, y lo demás del día estaba a diente como haca de buhonero, siendo a más no poder paño veintiquatreno. Comía mi amo tarde, por ser costumbre antigua de pretendientes, y era tan amigo de cuenta y razón, peso y medida, que comía por onzas y bebía por adarmes, y tan amigo de limpieza, que pudo blasonar no tener paje que fuese lame platos, porque los dejaba él tan lamidos y escombrados, que ahorrraba el trabajo a las criadas de la posada.

Viéndome sin esperanza de librea, y con posesión de sarna y de tripas como trancahilo, traté de ponerme en figura de romero, aunque no me conociese Galván, por ir a ver a Santiago de Galicia, patrón de España, y por ver la patria de mis padres y principalmente por comer a todas horas y por no ayunar a todos tiempos. Dejé a mi amo, vestíme de peregrino con hábito largo, esclavina cumplida, bordón reforzado y calabaza de buen tamaño. Fui a la imperial Toledo, centro de la discreción y oficina de esplendores, adonde después de haber sacado mis recados y licencia para poder hacer el viaje, me volví por Illescas a visitar a aquella divina y milagrosa imagen, y dando la vuelta a Madrid, me partí en demanda de El Escorial, adonde se suspendieron todos mis sentidos viendo la grandeza incomparable de aquel suntuoso templo, obra del segundo Salomón y emulación de la fábrica del pri-

mero, olvido del arte de Corinto, espanto de los pinceles de Apeles y asombro de los cinceles de Lisipo. Diéronme sus reverendos frailes limosna de potaje y caridad de vino, piedad que en ellos hallan todos los pasajeros. Partí de allí a Segovia, y habiendo descansado tres días en un hospital, pasé a la ciudad de Valladolid: juntéme en ella con dos devotos peregrinos, que hacían el propio viaje, y eran, cuando no de mi cantidad, por lo menos de mi calidad y costumbres. Era el uno francés y el otro genovés y yo gallego romano, y todos tan diestros en la vida poltrona, que podríamos dar papilla al más entendido gitano, y en efecto trinca, que se escaparon muy pocos de nuestras garatusas. A las primeras vistas nos conocimos los humores, como si nos hubiéramos criado juntos, y al fin, por conformidad de estrellas o concordancia de inclinaciones, hicimos liga y monipodio de ir a pérdida y ganancia en todos los lances que nos podían suceder en esta jornada, guardando las leyes de buena compañía, y para que mejor las observásemos, el genovés, como hombre más experimentado, con tono fraternal nos informó en las ceremonias y puntos de la vida tunante. Doróla con tantos epítetos y atributos, que para gozar de sus excepciones y libertades dejara los títulos y grandezas del mayor potentado de Europa. Acabó el Cicerón a lo pícaro su compendiosa oración, que además de ser gustosa, penetró de tal manera en nuestros corazones, que no hubo punto, por delicado que fuese, que no nos obligásemos a repetirlo y a ejercitarlo, y principalmente cuando, en lugar de *quam mihi etc. vobis*, nos encargó aquella santa palabra de quémese la

casa y no salga humo, con que quedó tan pagado como nosotros contentos.

Proveídas las calabazas a discreción, dimos principio a nuestra romería con tal fervor, que el día que más caminábamos no pasaba de dos leguas, por no hacer trabajo lo que habíamos tomado por entretenimiento. En el camino vendimiábamos las viñas solitarias y cogíamos las gallinas huérfanas, y con estas chanzas y otras salimos cargados de dineros y limosnas, de las cuales comíamos los canterones y rebanadas de pan blanco, y lo negro, quemado y mal cocido vendíamos en los hospitales, para sustento de gallinas y aumentación de alajú. Con esta mala ventura, con coles pasábamos por Benavente y llegamos a Orense, adonde mis compañeros, como corsarios de aquel camino, me dijeron que allí los peregrinos de toda broza lavaban sus cuerpos y en Santiago las almas, y es la enigma que hay en esta ciudad unas fuentes cuyas aguas salen por todo extremo cálidas que sirven de baño a los moradores de ella. Aquí los peregrinos pobres lavan sus cuerpos y hacen colada de su ropa. y en Santiago, como se confiesan y comulgan, lavan sus almas. Nosotros, por gozar de todo, nos echamos en remojo como abadejos, y dando envidia nuestras ropas a las de Inesilla, sin gran daño del jabón, sacamos nuestras túnicas transparentes.

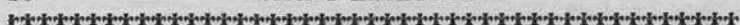
Llegamos a la ciudad de Santiago, que porque no me tengan por parte apasionada, por lo que tengo de gallego, me excuso de decir lo mucho que hay en ella que poder alabar. Ajustámonos nuestras conciencias, que bien anchas las habíamos traído, y cumpliendo con las obligaciones de ser cristianos y de ir a visitar

aquella santa casa, quedamos tan justificados, que por no usar de nuestras mercancías andábamos lacios y desmayados. Por cuya causa y por ser muchos los peregrinos que acuden a la dicha ciudad y pocos los que dan limosna, me despedí de mis camaradas, y con deseo de ver y vivir con capa de santidad, caminé a la vuelta del reino de Portugal. Llegué a Pontevedra, villa muy regalada de pescado, adonde siendo ballena racional, hice colación con medio cesto de sardinas, dejando atónitos a los circunstantes. Pasé de allí a Salvatierra, solar esclarecido de los Muñatones y patria de mis padres, que no oso decir que es mía, por lo que he referido de mi nacimiento y porque todos mis amigos, llegando a adelgazar este punto, me dicen: *Antes puto que gallego*. Informéme del nombre de un tío mío, y en creencia de una carta que fingí de mi padre contrahaciendo su firma, fuí ocho días regalado de él, y a la despedida me dió cincuenta reales y respuesta de la carta, por haberle asegurado que me volvía a Roma. Proseguí el camino de Portugal, y pasando por Tuy y llegando a Valencia, alcancé en ella la carta de misericordia que se da a todos los pasajeros pobres, con cuya carta se puede marear muy bien por todo aquel reino, pues en cualquier ciudad o villa que la muestran, juntan y dan con que puede comer cualquier hombre honrado, y como yo lo era, y con más quilates que hierro de Vizcaya, comía a dos carrillos y hacía dos papadas. Dióme en Coimbra el obispo de ella un tostón, que es su acostumbrada limosna, y llegando a Oporto, me desgradué de peregrino, y por no colgar los hábitos, los di a guardar a la huéspeda de la posada en que estaba, y con los dineros de mi

peregrinaje y con los que me había dado mi tío, compré una cesta de cuchillos, rosarios, peines y alfileres y otras buhonerías: transforméme de peregrino en buhonero. Ibame tan bien en mi mercancía, que iba el caudal adelante, con menudear en visitar las tabernas y mamarme a cada comida un par de tajadas de raya, con que se me pudiera atribuir aquel vocablo placentero de mamarraya. Encontróme una tarde el alguacil de vagamundos, y preguntóme cómo podía pasar con tan poca mercancía. Yo le respondí:

—Señor mío, vendiendo mucho y comiendo poco.

Cuya razón le agradó y no trató de molestarme. Llegó a esta sazón un bajel de aquella ciudad, que es flor de Andalucía, gloria de España y espanto de África, en efecto, la pequeña Sevilla y la sin segunda Málaga. Saltaron en tierra una docena de bravos de sus percheles, que venían a cargar de arcos de pipas, y como siempre he sido inclinado a toda gente de heria y pendón verde, al punto que vi esta cuadrilla de bravos, me hice camarada con ellos, y como no son nada lerdos, convidábanme a beber, y llevándome a la taberna, hacían quitar el ramo. Colábamos hasta tentebonete, sin que yo echase de ver hasta el fenecer de las aceitunas que era el tal convite el de Cordobilla. Al fin, unas veces gastando por mi gusto y otras por los ajenos, di al través con toda mi buhonería y perdí la amistad de mis rajabroqueles, pues así que me vieron descaudalado huían de mí como si tuviera peste. Viéndome pobre y buhonero reformado, me volví a embanastar mi vestido de peregrino, y con mi carta de misericordia me fui a la ciudad de Lisboa, donde quedé fuera de mí viendo la grandeza de su habitación, lo suntuo-



so de sus palacios, la generosidad y valor de sus títulos y caballeros, la riqueza de sus mercaderes y lo caudaloso de su sagrado Tajo, sobre cuyas espaldas se veía una copiosa selva de bajeles, tan a punto de guerra, que atemorizando el tridente hacían temblar el caduceo. Era la causa del apercibimiento y junta de esta armada estar con recelo que el inglés venía sobre esta ciudad. Empeñé el segundo día que me ocupé en su admiración mi vestido de peregrino por un frasco lleno de aguardiente, por ver si daba mejor cuenta de este trato que del de buhonero. Ganaba cada día dos reales, y pareciéndome poco por ser mucho el gasto, me iba a los bajeles de la dicha armada todas las mañanas, y en ellos trocaba brandavin por bizcocho, y a veces por pólvora y balas, que aunque era cosa defensiva, como la ganancia sufría ancas, dábales parte de ella a los cabos de escuadra, y derrengábanse y ensordecían. Aquí me hacen cosquillas mil cosas que pudiera decir tocantes a lo que pueden las dádivas y a lo que mueve el interés, y lo presto que se convencen los interesados, y los daños que resultan por ellos, y las penas que merecen; pero como es fruta de otro banasto y no perteneciente a Estebanillo, no doy voces porque sé que sería darlas en desierto.

Apliquéme de suerte a trabajar cebado en la ganancia, que después de haber hecho mil trueques al alba y revendíolos en tierra a las once del día, en dando las doce horas, en que nadie me daba provecho, y yo me hallaba ocioso, me iba al tranco de los castellanos, que es la cárcel de ellos, donde, porque les hacía algunos servicios y mandados, me daban muy bien de comer y algunos dineros, con lo cual ahorraba el gas-

to de la comida y llevaba para pagar la cama y cena en la posada, y me quedaba libre la ganancia del aguardiente. Dividióse la armada, y por ver que ganaba muy poco en la ciudad por haber tantos de este trato, dejándome el hábito de peregrino, empeñado que estaba, vendí los frascos y caudal de que había hecho provisión, y con lo que saqué de la venta y lo demás que yo tenía, compré una buena cantidad de tabaqueras, y con ellas me fuí camino de Setúbal. Llegué a Montemoro, donde aficionados los vecinos de ellas, por ser curiosas, bien labradas y a moderado precio, en tres días di fin de todas y doblé mi dinero. Juntéme en esta villa con un mozuelo de nación francés que andaba bribando por todo el reino y era uno de los más taimados y diestros en aquel oficio, que aunque es tan humilde y tan desdichados los que lo usan, tiene más malicias y hay en él más astucias y ardidés y engaños, que en un preñado paladino.

Descubríome, por habérsele ido un alatés suyo, el modo de su gandaya, el provecho que sacaba de ella y de la suerte que disponía su enredo: pidióme que le ayudase. Prometióme el tercio de lo que se adquiriera, después de pagados los gastos, y al fin me redució a su gusto. Llegamos cerca de Evora, ciudad, en tiempo que hacía muy grandes fríos, y antes de entrar en ella se desnudó mi Juan Francés un razonable vestido que llevaba, y quedándose en carnes abrió una talega de motilón mercenario, sacó de ella una camisa hecha pedazos, la cual se puso, y un juboncillo blanco con dos mil aberturas y banderolas, y un calzón con ventanaje de alcázar, con variedad de remiendos y diferencias de colores, y entalegando sus despojos quedó

como Juan Paulín en la playa, entrándose de aquella suerte en la ciudad, habiéndome dejado antes la cumplida talega, y advirtiéndome que entrase por otra puerta y le esperase en el hospital. Obedecile e hice lo que me mandaba, reconociendo su superioridad por ser el autor de aquella máquina picaril. Iba por las calles mi moderno camarada haciendo lamentaciones que enternecían a las piedras, dando sombreradas a los pasantes, haciendo reverencias a las puertas y cortesías a las ventanas, y dando más dentelladas que perro con pulgas. Descubría los brazos, echaba al aire las pechugas y mostraba los desnudos pies. Unas veces lloraba, otras suspiraba, y jamás cesaba de referir su miseria y desnudez. Dábanle los caritativos lusitanos limosna de dineros; las piadosas portuguesas, camisas viejas y vestidos antiguos y zapatos desechados; y él, haciendo unas veces la guaya y otras la temblona, y tendiéndose en tierra, haciendo rosca y fingiendo el súbito desmayo, iba recogiendo alhajas, juntando pitanzas y agregando china. Cargó con todo a boca de noche y vínome a buscar al hospital, adonde tuvimos una mesa de príncipes y nos dimos una calda de archiduques. Madrugamos muy de mañana, y saliendo ambos bien arropados del hospital y ciudad, marchamos a buscar nuevos ignorantes.

Hacía cada día el tal tunante su compasiva representación, y a la noche vendíamos la variedad de alhajas sin reparar en precios, y esto no en las partes donde se habían juntado. Con esta guitonería provechosa anduvimos doce días haciendo lamentaciones y enajenando muebles, hasta tanto que al último de ellos, estando mi gabacho en la plaza de una villa dando más

voces que un morabito al dar los buenos días, llegó a él a darle limosna un ropavejero de otra villa cercana a quien la noche pasada habíamos vendido y traspasado una carga de baratijas, y habiendo venido aquel día a esta villa a negocios de sus mercancías, nos había visto a la entrada en diferente hábito del que de presente tenía, y habiéndolo reconocido despacio, dió parte a la justicia, la cual, trocando en ira la piedad que hasta entonces le habían tenido, lo llevaron a la prisión con más voces y algazara que alma de sastre en poder de espíritus.

Hallóse en el prendimiento cierto gorrón que a título de ir a proseguir sus estudios a Salamanca ocupaba de día las porterías y las noches los hospitales, el cual me dió aviso de ello, ignorando ser yo cómplice de aquel delito. Yo, por la experiencia que tenía de barbero, viendo aquella barba pelar, eché la mía en remojo. Pues sin reparar en que estaba lloviendo a cántaros o a botijas, cargando con toda la mochila y ropa de él, que sin ser escarramán habitaba calabozo obscuro, y saliéndome de la ciudad a la hora que peinaban el aire murciélagos y que mozuelos fatigaban las selvas, y habiéndome informado del camino de Yelves, empecé a marchar a lo de soldado de Orán, y después de haber caminado hasta dos leguas sirviéndome de norte una luz que estaba algo apartada, y pensando que fuera algún pastoral albergue, apresuré el paso a ella con deseo de enjugar mi mojada ropa y tener un poco de descanso. Y al cabo de un rato, hollando lodos y enturbiando charcos, llegué en traje de alma en pena adonde, aligerando mi conciencia, pagué todos mis pecados. Hallé debajo de la clemencia de un desollado al-

cornoque, que demás de servir de pabellón el verano, servía de resguardo y chimenea el invierno, a una cuadrilla de gitanos más astuta en entradas y salidas que la de Pedro Carbonero, los cuales aquella misma noche habían hecho extramuros de la dicha ciudad un hurto de dos mulas y cinco borricos, y por no poder caminar por el rigor de la noche y parto de las nubes, habían hecho alto en aquel despoblado sitio y hecho lumbre para enjugar sus mal ganadas vestiduras. Saludélos de tal manera, que excedí los límites de la cortesía, más por temor de haber dado en sus manos que por amor ni afición, que jamás les tuve, porque ¿quién es tu enemigo? El que es de tu oficio.

Recibiéronme con el mayor agrado que se puede significar, y compadecidas las taimadas gitanas de verme de la suerte que estaba, aun antes de informarse de la causa de mi llegada ni de lo que me había obligado a venir a tales horas a su morada campesina, me empezaron a desplumar como a corneja, a título de enjugar en su gran lumbre mi muy mojada ropa, por librarme de algún catarro o resfriado, y aunque me quise excusar de dársela, por hacer su robo con rebozo de tenerme compasión, me dejaron en pelota, dándome para cubrir mis desnudas carnes una capa vieja de un gitano mozo. Yo enternecí la soledad de aquel monte y sus robustos árboles con los suspiros que daba de ver mi hacienda en monte tan sin piedad y en banco tan roto, no quitando los ojos de mi amado jubón, compañero en mis trabajos y depositario de mi caudal. Temí que por el peso reconociesen sus colchadas doblas y sus emboscados reales. Parecíame que, aun siendo insensible, sentía el apartarse de mí y que me decía

con muda lengua: «Adiós, Estebanillo, que ya no nos hemos de ver más.» Estaba ocupado todo el rancho en enjugar mis funestos despojos, teniendo para este caso cercado todo el fuego y sitiada toda la hoguera.

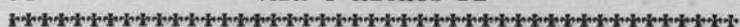
Tenían entre ellos una algazara como gitanos, una alegría como gananciosos y un temor como salteadores, pues cada instante volvían las cabezas por si llegaban en su seguimiento los dueños de su botín y cabalgada. Estando todos de la suerte que he dicho y yo del modo que he pintado, llegaron de repente a vistas del rancho hasta veinte hombres, que, a lo que pareció y después supe, eran escribas o ministros de justicia, y a la voz de decir: «¡Favor al rey!», como si fuera nombrar el nombre de Jesús entre legiones de demonios, se desapareció toda esta cuadrilla de Salanás con tanta velocidad que imaginé que había sido por arte diabólica. Yo, hallándome solo y pensando que venían en busca mía para que acompañase al triste francés en la soledad de su prisión, por saber que tanta pena tiene el ladrón como el encubridor y hallarme ligero de ropas y desembarazado de vestido, atravesando y saltando pantanos me libré de sus uñas, no habiendo podido de las de los gitanos, y como fui el postrero y la capa era corta, y por debajo de sus harapos daba reflejos la jaspeada camisa, seguían por estrella la que era palomar; iban todos tras mí implorando el favor de la justicia, y yo, con el de mis talones, después de haber corrido más de media legua, los dejé muy atrás, quedando tan rendidos como yo cansado. Caminé toda la noche por temer la voz del pregonero y por no quedarme helado en aquella desabrigada campaña. Anduve dos días fuera de camino, asombrando pastores y

atemorizando ermitaños, y al cabo de ellos llegué a Yelves, frontera de Extremadura, y valiéndome del poder del corregidor y de la caridad del cura, y contándoles haber sido robado de gitanos, el uno mandó echar un plato y el otro un guante, con que de veras se hizo el juego de quien viste al soldado, quedando yo agradecido y algo remediado. Contáronme ambos cómo los dichos gitanos habían hecho un hurto junto a Alhora y que había salido la justicia en su seguimiento, y que habiéndolos hallado a todos en la campaña al amparo de un gran fuego, se les habían huído sin poder coger a ninguno, mas que al fin habían dejado el hurto que habían hecho.

Llegóse a mí un labrador y preguntóme que si quería detenerme allí a coger aceituna, que me daría cada día medio tostón y de comer, con lo cual me podía remediar y tener para hacer mi viaje. Parecióme que era buena conveniencia, y así tuve por bien de servirle y estar con él más de veinte días, donde en cada uno de ellos hacía tres comidas a toda satisfacción; mas por hallarme afligido de la soledad del campo, de la frialdad del tiempo y falta de tabernas, y parecerme cargo de conciencia llevar de jornal más que valía la aceituna que cogía, pues antes servía de estorbo y embarazo a los que me ayudaban, cobré un día de fiesta lo que me debía mi amo, con lo cual me fuí a la vuelta de Sevilla, después de haberme fardado conforme a la posibilidad del dinero. Llegué a Mérida, puente y pasaje del memorable río de Guadiana, en donde se acababa de fabricar un convento de monjas de Santa Clara, y por causa de haber falta de peones para su obra y por ir yo algo despeado, me puse a peón de albañil. Dában-

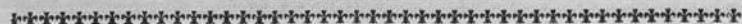
me cada día tres reales de jornal, y por juzgarme no tener malicia, no consentía la priora que ninguno sino yo entrase en el convento a sacar la cal que estaba dentro de él para que se fuese trabajando. Ocupaba en esto algunos ratos, y todas las veces que entraba en el dicho convento iba delante de mí la madre portera tocando una campanilla para que se escondiesen y retirasen las religiosas; pero yo imagino que no estaban diestras en el son, pues antes parecía llamada que retirada, pues sin bastar cencerrear, todas, compadecidas de mi gran trabajo y de mi poca edad y de mi agudeza, en lugar de retirarse se acercaban a mí y me daban algunas limosnas, aconsejándome que me volviese a mi tierra y no anduviese tan perdido como andaba.

Sucedíome en esta villa un gracioso caso, y fué que un domingo de mañana me llevó un labrador honrado a una bodega suya a henchir en ella un pellejo de vino para llevar a su casa. Entramos los dos a hacer prueba del que fuese mejor, y habiendo hecho a puras candelillas un cirio pascual, me hizo tener la empegada vasija con un gran embudo que había metido en ella agarrada con ambas manos; iba sacando de la tinaja cántaras de vinos y vaciándolas en el cóncavo de botanas y engendrador de mosquitos, y mientras él volvía la cara a ir escudillando, me echaba yo de bruces en el remanso que hacía el embudo, y en el ínter que él henchía su pellejo, yo rehenchía el mío. Atólo muy bien y echómelo a cuestras para que gozara la bodega de ver cuero sobre cuero y pellejo sobre pellejo, y apenas lo tuve sobre mí, cuando me derrengué y eché con la carga, cayendo en tierra a un mismo tiempo dos líos de vino o dos cargas de mosto. Probó el labrador a le-



vantarme, pero cansóse en balde, porque sólo la cabeza me pesaba cien quintales, demás de ser mi barriga segunda cuba de Sahagún. Salió a la calle, buscó un hombre que le sacase el pellejo y cuatro que me sacasen a mí. Pusiéronme a pura fuerza de brazos de patas en la calle, y no pudiendo sostenerme sobre ellas por haberme sacado de mi centro como atún a la puerta de la bodega, adonde no bastando inquietudes de muchachos, burlas de barbados y socorros de calderos, dormí como un lirón todo aquel día y toda aquella noche, y tuve a gran milagro despertar el lunes a las once. Hallándome lavado de fregados y espulgado de faltriqueras, levantéme como pude, y seguido de estudiantes mínimos y de muchachos de escuela, me salí al campo medio avergonzado, preguntando a los que me encontraban y se reían de mí: «Camaradas, ¿por dónde va la danza?»

Volví a proseguir el camino de Sevilla; detúveme una semana en Cazalla, ayudando a cargar vino a unos arrieros de Constantina, adonde cada día cogía una zorra por las orejas y un lobo por la cola. Desde allí fui a Alcalá del Río, que está a dos leguas de Sevilla, y al pasar una barca que hay en su ribera me preguntó un labrador si quería estar con amo. Y por responderle que sí, me llevó a media legua de allí y me entregó a un cabrero suyo para que le ayudase a guardar un hato de cabras que tenía, y al despedirse de mí me dijo que tuviera buen ánimo y que sirviese bien, que con el tiempo podría ser que llegase a ser cabrero. Y pienso que ya lo hubiera sido muchas veces si Dios no me hubiera guardado mi juicio y quitádome de la cabeza el no haberme casado. Comimos al mediodía un



gazpacho que me resfrió las tripas, y a la noche un ajo blanco que me encalabrinó las entrañas, y lo que más sentí fué que teníamos un pollino por repostería, el cual, debajo de los reposteros de dos pellejos lanudos, nos guardaba y conservaba dos mortijas, cuyo licor, no siendo ondas de Ribadavia, eran olas del Betis. Y como yo estaba enseñado a diferentes licores y a regalados manjares, me hallé arrepentido de haber vuelto media legua atrás de mi derecho camino, y así, dejando dormido a mi compañero y madrugado dos horas antes del alba, pesqué el mejor cabrito de la mañana, y echándomelo a cuestras me hallé avergonzado de que me vieses solo aquel día con pitones sobre la cabeza, a causa de ser el animalejo de buen tamaño. Dime tan buena diligencia, que llegué muy temprano a Sevilla, aunque en mala ocasión, por ser en tiempo de la gran avenida de su río, aunque ya había dos días que era pasada. Vendí mi hijo de cabra en cuatro reales; aplaqué el cansancio con ostiones crudos y camaroncitos con lima. Fuíme a dormir a la calle de la Galería, donde de ordinario hospedan la gente de mi porte.

A la mañana visité las Cuevas; diéronme sus santos monjes potaje de frangollo y ración de vino, y dándome demás de esta limosna dos reales cada día, me entretuve algunos en sacar cieno hediondo de su cantina, de lo que había traído la creciente; y cansado de andar en bodegas vacías y de sacar ruinas aguadas, di la vuelta a Sevilla, y encontrando un día un aguador que me pareció letrado, porque tenía la barba de cola de pato, me aconsejé con él para que me adiestrase cómo tendría modo de vivir sin dar lugar que los alguaciles me mirasen cada día las plantas de las ma-

nos sin decirme la buenaventura. El, sin revolver libros, me dijo que aunque era verdad que el vino que se vendía era sabroso, oloroso y substancioso, que no por eso dejaba de marearse muy bien la venta del agua, por ser muy calurosa aquella tierra y haber tanta infinidad de gente en ella, y que era oficio que, con ser necesario en la república, no necesitaba de examen ni había menester caudal. Di por bueno su parecer, y comprando un cántaro y dos cristalinos vidrios, me encastillé en el oficio de aguador y entré a ser uno de los de su número. Empecé a vender agua fría de un pozo que había en casa de un portugués, en cuyo sencio parecía, según su frialdad, o que usurpaba los ampos al Ampo, o que robaba los copos al Apenino. Costábame cada vez que lo llevaba no más de dos maravedís, y sacaba de él dos reales. Hacía creer a todos los que acudían al reclamo del agua fría que era agua del Alameda, y para apoyar mejor mi mentira ponía en el tapador un ramo pequeño, que hacía provisión para toda la semana, y con él daba muestras de venir donde no venía, siendo la mercancía falsa y sus armas contrahechas. Servía el tal ramo de acreditar el trato, adorno, garzota y penacho de mi carambanado cántaro. Algunos curiosos me preguntaban la causa de tenerla yo más fría que los que la traían de la misma parte, y satisfaciales con decirles que por vender más la tenía toda la mañana en nieve, y que a la tarde, mientras vendía un cántaro, dejaba otro resfriando, y que la ganancia suplía el gasto, con cuyo engaño vendía yo más en un día que los demás de esta profesión en una semana, teniendo menos trabajo y más opinión. Ibane todas las tardes al corral de las comedias, y todos los caballeros,

por verme que era agudo y entremetido, me enviaban en achaque de dar de beber a las damas a darles recados amorosos. Bebían ellos por agradarme, y hacían lo mismo ellas por complacerme, de manera que usaba a un mismo tiempo dos oficios, tirando del uno ración y del otro gajes, pues demás de pagarme diez veces doblada el agua, me gratificaban el ser corredor de oreja. Hallábame tan bien en este comercio, que jamás lo hubiera dejado si el cántaro no pesara y fuera verano todo el año. Quejábanse cada día mil parroquianos de que padecían dolor de tripas y mal de ciática, y atribuyéndolo a otros desórdenes, echaba yo de ver que lo causaba la gran frialdad del pozo.

Vendían algunos aguadores por las mañanas, por no ser tiempo de tratar su mercancía, naranjas secas, en cuyo trato ganaban razonablemente. Y yo, o ya fuese de envidia, o porque ninguno de ellos me echase el pie delante, trabajé de un golpe tres diferentes mercancías, provechosas para la bolsa y ocasionadas a tener entrada en todas partes, con cuyo achaque daba recados a las doncellas más recatadas y muecas a los maridos más celosos. Eran jaboncillos para las manos, palillos y polvos para limpiar los dientes. Hacía los jaboncillos de jabón rallado, de harina de chochos y de aceite de espliego, y daba a entender que eran jaboncillos de Bolonia. Cogía raíces de malvas, cocíaslas en vino y sangre de dragón, tostábalas en el horno y despachábalas por palillos de Moscovia. Formaba los polvos de piedras pómez cogidas en la margen de aquella celebrada ribera, y habiéndolos bien molido, los mezclaba con pequeña cantidad de polvos venimios, en cuya virtud se volvían rojos y pasaban plaza de polvos

de coral de Levante. Puse mi mesa de montabanco, y ayudándome del oficio de charlatán, ensalzaba mis drogas, y encarecía la cura, y vendía caro, porque la persona que quisiere cargar en España para vaciar en otros reinos ha de vender sus mercancías por buhonerías de Dinamarca e invenciones de Basalicata y curiosidades del Cuzco y naturalizarse el dueño por Grisón o Esquízar, porque desestimando los españoles lo mucho bueno que encierra su patria, sólo dan estima a rate-rías extranjeras. Vendíalo todo tan caro y tan por sus cabales, que a los compradores obligaba a que lo estimasen, y a los que se hallaban presentes, a que lo comprasen. Y como todas estas mercancías son cosas pertenecientes a la limpieza de la boca y a la blancura de las manos, eran las damas las que más las despachaban, por ser las que menos las conocían, particularmente las representantas, por salir cada día a vistas en la plaza del mundo.

Hallábase en esta ocasión entreteniéndose en esta ciudad una de las mejores compañías de toda España. Era su autor, cuando no de los doce pares de Francia, por lo menos uno de los doce de la fama. Tuve en virtud de estos dos badulaques conciencia con sus reinas fingidas y príncipes de a dos horas, y como en ellas no reina la avaricia ni aun han conocido a la miseria, yo cargaba de reales y ellas de piedras pómez, que puedo añadir por blasón al escudo de los González por haber engañado a representantas, habiendo salido los que más presumen de entendidos engañados. De ellas había una que, por razón de prenderse bien, prendía las más libres voluntades. Tenía un marido a quien no tocó las tres virtudes teologales, sino las tres dichas de los de

su arte, que son tener mujer hermosa, ser pretendida de señores generosos y estar con autor de fama. Era esta diosa, con tener partes sobrenaturales, medio motilona o picaseca de la compañía, porque no hacía en ella más de una parte, que era cantar; pero con tanto extremo, que era sirena de estos siglos y admiración de los venideros. Tenía la edad de los versos de un soneto y caminaba a tener conterilla. Era su posada patio de pretendientes, sala de cancillería y lonja de mercaderes, porque siempre estaba llena de visitas y sobrada de letras y memoriales. Yo, que todo lo trascendía, apenas vi el ramo cuando me entré en la taberna. Iba siempre apercebido y cargado de mis jaboncillos, polvos y raíces, y sobre quién se los había de feriar se alborotaba todo el cónclave, y al que después de la competencia salía elegido, él, no muy rico, gastó muy bien su bolsa, y quedando ufano, partía yo satisfecho. Díjome la tal dama una tarde que se había aficionado de mí por verme muchacho entremetido, agudo y desenfadado; que si quería servir, que me recibiría de mil amores, y que no era uso dar salario a los mozos de comedia porque no necesitaban de nada, por los provechos que tenían; que si éstos faltaran en su casa, que ella alcanzaría con el autor que tocara la caja en las villas o que pusiese los carteles. Yo, pareciendo ser aquella una vida descansada, y que a costa ajena podía ver las siete partidas del mundo, como el Infante de Portugal, no quise hacerme de pencas ni que me rogasen lo que yo deseaba; dile el dulce *fiat* y pedile dos días de término para deshacerme de mi botica y vender los cántaros y vasos, lo cual me concedió muy afable-

mente, y encomendándome el no faltar a mi palabra, me dió un real de a dos para que refrescase.

En este plazo hice baratillo de mis drogas y almoneda de mis pocos trastos, y no viendo la hora de ser solicitador de tanto pretendiente, me fuí a casa de mi ama, la cual me ocupó en cuatro oficios por verme hábil y suficiente para todos ellos. Era el primero cansado, el segundo fastidioso, el tercero flemático, el cuarto peligroso. Servíale de camarero en casa, doblando y guardando todos sus vestidos; de faquín en la calle, llevándole y trayéndole la ropa a la casa de la comedia; de escudero en la iglesia y en los ensayos, y de embajador en todas partes. Tenía cada noche mi amomil cuestiones con ella sobre que yo la descalzaba, por presumirse que no era yo eunuco y por verme algo bonitillo de cara y no tan muchacho que no pudiera antes calzar que descalzar, por lo cual andaba en busca de un criado para despedirme a mí. Eran tantos los que acudían al galanteo de mi ama, picados de su resistencia y estimación o celosos de verse desdeñados y juzgar a otros por favorecidos, que el aposento, que era cátedra de representantes, se había transformado en cuarto de contratación. Contábanme todas sus penas, referíanme sus ansias y dábanme parte de sus desvelos. Unos me presentaban dádivas, otros me ofrecían promesas y otros me notificaban amenazas y otros me daban billetes en verso, los cuales amanecían flores del Parnaso y anohecían biznagas del Pegaso, y yo, como privado de rey o secretario de estado y guerra, recibía los dichos memoriales y la untura que venía con ellos por el buen informe y brevedad del despacho. Unas veces los consultaba, y otras veces, por ver la detención

de mi ama, los decretaba en esta forma: a los de los miserables o pobres, no hay lugar; a los de hijos de familia en vísperas de herencia, acuerde adelante, y a los de ricos y generosos, désele lo que pide. Ibalos a todos dilatando el pleito, y a ninguno desconfiaba, antes los cargaba de esperanzas. Fingía muchas veces estar mi ama acatarrada de achaque del sereno de un particular por hartarme de caramelos y azúcar cande, y otras les hacía creer que tenía convidadas, con que me daba un verde de confituras, empanadas y pellas de manjar blanco el día que jugaba y perdía, porque de pícaro es dificultoso el sentar baza. Al tiempo de abrir los baules para sacar los vestidos o para meterlos, me henchía la faltriquera de cintas y listones, y dándolos a los amantes por su favor y en su nombre, me satisfacían de suerte que había con que comprar la cantidad de lo que había sacado y con que probar la mano toda la semana.

Quiso Belcebú, que dicen que jamás duerme, que habiéndose ido mis amos un día que no se representaba a pasear al arenal en un coche que habían pedido prestado, y habiendo quedado yo solo en la posada a limpiar y doblar todos los vestidos, porque estábamos en víspera de partirnos, entraron a llamarme dos mozos de la comedia y el guardarropa para que nos fuésemos a holgar, por ser día de vacación. Salí con ellos; entramos en una taberna, bebimos seis cuartillos de lo caro, jugamos a los naipes quién había de pagar el escote, y por ser yo el condenado en costas, quedé tan picado, que desafié al guardarropa a jugar a las pintas, el cual, no siendo escrupuloso y teniendo más de negro que de blanco, a cuatro paradas me dejó sin blan-

ca. Yo, abrasado de ver mi poca suerte, le dije que si me quería aguardar iría por dineros. Y diciéndome que sí, partí de carrera a mi posada, y sacando un manteo cubierto de pasamanos de oro que tenía mi ama, lo llevé a casa de un pastelero conocido mío, al cual le pedí veinte duros prestados, diciendo que eran para mi ama que le faltaban para acabar de pagar una joya que había comprado, y que al instante que mi amo viniera se los volvería, demás de darle su ribete por el trabajo de contar el dinero. El pastelero, viendo la prenda de tanta satisfacción, me dió la cantidad que le pedí, con la cual volví a jugar y a perder como de primero. Tómeme dos reales de a ocho al ganancioso por vía de alcantina y con rebozo de préstamo, con los cuales me salí a la calle, y viéndome desesperado y lleno de congojas de haber perdido, por dar gusto a las manos, oficio tan provechoso para el cuerpo, me fui a mi posada antigua de la calle de la Galera, adonde cené y dormí aquella noche con harta inquietud y desasosiego.



CAPITULO QUINTO

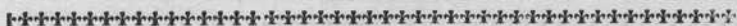
En que hace relación de la ausencia que hizo de Sevilla a ser soldado de leva, y los varios acaecimientos que le sucedieron en Francia e Italia, y de cómo estuvo en Barcelona sentenciado a muerte.

 sí que por unas pequeñas celosías de la misma morada descubrí los reflejos de la luz del venidero día, cuando me vestí, teniendo el corazón lleno de pesares y los ojos llenos de ternezas de ver la coz galiciana que le había dado a mi amá en satisfacción del buen tratamiento que me había hecho; y considerando el daño que me podía venir en echando de menos el manteo, me salí de aquella ciudad, única flor de Andalucía, prodigio de valor del orbe, auxilio de todas las naciones y erario de un nuevo mundo, y tomando el camino de Granada a gozar de su apacible verano, di alcance a dos soldados de estos que viven de tornillo, siendo siempre mansos y guías de todas las levas que se hacen. Dijéronme, después de haber platicado con ellos, que iban a la vuelta de la villa de Arahal, por haber tenido noticia que estaba

allí un capitán haciendo gente y que era villa que no perecerían los que militaran debajo de su bandera. Yo, mudando de propósito y de viaje, los fui acompañando, pagando todos el gasto que se hacía a rata por cantidad. Llegamos segundo día a la dicha villa, y siendo bien admitidos del capitán y sentado la plaza, gozamos quince días de vuelo, pidiendo a los patrones empanadas de pechugas de fénix y cazuelas de huevos de hormigas. Vino orden de que marchásemos, y saliendo de la villa una mañana, hacía nuestro capitán la marcha del caracol, dejando el tránsito a la mano izquierda y volviendo sobre la mano derecha. Prosiguió tres días con esta disimulada cautela; pero al cuarto, enfadados todos los soldados que tenía, que éramos cerca de cincuenta, a la pasada de un bosque lo dejamos con solo la bandera, cajas, alférez y sargento y con cinco mozas que llevábamos en el bagaje, que mal puede conservar una compañía quien siendo padre de familia de ella trata sólo de adquirir para sí a costa de sudor ajeno, sin advertir que es cosa muy fácil hallar un capitán y muy dificultosa juntar cincuenta soldados.

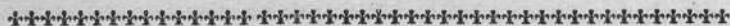
Marché con esta compañía sin oficiales a la ciudad de Alcalá la Real, a juntarnos con la gente de la flota que de presente estaba en ella alojada, estando por cabo don Pedro Orsúa, caballero del hábito de Santiago, adonde, demás de ser bien recibidos, gozamos de buenos alojamientos y socorros. Andaba cada día con una docena de espadachines a caza de corchetes, en seguimiento de soplones y en alcance de fregonas. Hacíamos de noche cacarear las gallinas, balar a los corderos y gruñir a los lechones. Llegó el tiempo de la embarcación, y siendo langostas de los campos, raposas de los

cortijos, garduños de los caminos y lobos de las ca-
bañas, pasamos a Montuque, Puente de Don Gonza-
lo, Estepa y Osuna. Ibamos yo y mis camaradas media
legua delante de la vanguardia; embargamos recuas de
mulos, cáfilas de cabañiles y reatas de rocines, y fin-
giendo ser aposentador de compañía, a falta de bagaje,
cogía los cohechos, alzaba los embargos y partía la
presa, aconsejando a los despojados se apartasen del
camino por el peligro de otros aposentadores, a fin que
no llegase queja a mi capitán. Llegamos a Cádiz, y al
tiempo de embarcarnos me pareció ser desesperación
caminar sobre burra de palo, con temor de que se echa-
se con la carga o se volviese patas arriba, por cuya con-
sideración me escondí a lo gazapo y me zambullí a lo
de jabalí seguido. Partió la flota al golfo y yo al puer-
to, pues en el ínterin que ella pasó el de las Yeguas, yo
senté plaza en el de Santa María. Y como mi natural
ha sido de quebrantar el séptimo y de conservar el
quinto, tuve a dicha ser soldado de la galera Santo
Domingo en la escuadra de España y debajo del gobier-
no del duque de Fernandina, por razón de ser esta ga-
lera de las más antiguas y de ser hospital, cuyo nom-
bre siempre reverencié por la comodidad que continua-
mente hallé en ellos, y tan abuela de las demás que es-
taba sin dentadura de remos y jubilada por ser viejos,
con que pensé ser cuervo de la tierra y no marrajo de
la mar. Serví en ella de tercero al capitán, de despen-
sero al alférez y de mozo al alguacil. Enviábame el al-
férez a comprar carne a la carnicería de esta villa, don-
de continuamente abundaba la gente, sobraban las vo-
ces y faltaba la carne; acercábame al tajón, daba señor
al carnicero y atronaba las orejas a los oyentes; recibía



la carne, metía las manos en las faltriqueras y los ojos en el rostro del cortador, y en viéndolo ocupado en llamamientos de alguaciles o en partición de tajadas, bajaba todo el cuerpo, encubríame entre la bulla, fingía haber perdido algún dinero, y agachándome, como quien andaba a caza de lúganos, salía a lo raso y ganaba los perdones del que hurta al ladrón. Quedábame con el dinero, sisaba en el camino la tercia parte de la carne y a mediodía me comía la mitad de lo que llevaba al alferez.

Entré un día con un amigo, soldado de la galera Santa Catalina, a refrescar en su rancho, y hallé amarrado a un banco y amarrado a su ballestera a mi buen amigo Juan Francés, el inventor de la temblona y el autor de los tunantes que dejé en prisión en la ciudad de Evora, cuando salí a hurga a dar en manos de gitanos. Conocióme así que me vió, y dándome tiernos abrazos al son de duras cadenas, me dijo cómo después de haberse hecho de pencas y dándole ciertos tocinos a traición le habían echado toda la ley a cuestras; mas que estaba consolado, que ya no le faltaban más de ocho años y que saldría de aquel trabajo en la flor de su edad para poder proseguir con su industria. Favorecíle con lo que pude, y volviéndome a mi galera supe cómo había enviado a pedir don Antonio de Oquendo al duque de Fernandina dos compañías prestadas, como libras, para salir a recibir la flota, y que, sin que me preservara a mí aquella seguidilla que dice que *quien no fué hombre en la tierra, menos lo sería en la mar*, había tocado a mi compañía ir por una de las llamadas y yo por uno de los escogidos. Embarcámonos en doce bajeles de Nueva España, y apartándonos de la



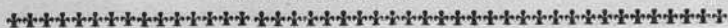
vieja, seguimos el rumbo de Colón y el camino de la codicia. En el poco tiempo que duró esta embarcación no eché menos la Mancha, pues por ser aguados mis camaradas y haberse todos mareado, fué siempre mi barriga caldero de torreznos y candiota de vino. Hallábame gordo y sucio, en blanco la bolsa y en oscuro la camisa, los cabellos emplastados con pez y los calzones engomados con brea. Sobrevinonos una fiera tormenta, y apareciéndonos San Telmo después de pasada, nos volvió al puerto derrotados y sin flota. Y como de los escarmentados se hacen los arteros, pedí licencia a mi capitán para ir a cumplir un voto que le di a entender había hecho en la tormenta referida; y atribuyéndolo a chanza, se sonrió y calló como en misa. Yo, como había oído decir que quien calla otorga, me juzgué por licenciado y me determiné como bachiller. Fuíme entrando en el Andalucía y apartándome de los tránsitos de la venida por no pagar en alguna fiesta lo que hice en muchas semanas.

Llegué a Córdoba a confirmarme por angélico de la calle de la Feria y a refinarme en el agua de su potro, porque después de haber sido estudiante, paje y soldado, sólo este grado y caravana me faltaba para doctorarme en las leyes que profeso. Y acordándome de lo bien que lo pasaba con mis tajadas de raya y colanas de vino cuando era buhonero, me determiné de volver al trato; mas por hallarme escaso de caudal, lo empleé en solas mil agujas y me salí de la ciudad a procurar aumentarlo. Y después de haber corrido a Hernán-Núñez y otras dos villas, llegué a la de Montilla a tiempo que con un numeroso senado y un copioso auditorio estaba en su plaza sobre una silla sin

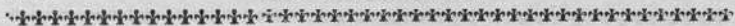
costillas y con sólo tres pies como banqueta un ciego de *nativitate*, con un cartapacio de coplas harto mejores que las famosas del perro de Alba, por ser ejemplares y de mucha doctrina y ser él autor, el cual, chiriando como garrucha y rechinando como un carro y cantando como un becerro, se rascaba el pescuezo, encogía los hombros y cocaba todo el pueblo. Empezaban las coplas de aquesta suerte:

Cristianos y redimidos
por Jesús, suma clemencia,
los que en vicios sois metidos,
despertad bien los oídos,
y examinad la conciencia.

Eran tantas las que vendía, que a no llegar la noche diera fin a todas las que traía. Fuéronse todos los oyentes encoplados y gustosos del dicho autor, y él, apeándose del derrengado teatro, por verse dos veces a obscuras y cerradas las ventanas, empezó a caminar a la vuelta de su casa. Tuve propuesto de ser su Lazarrillo de Tormes; mas por parecerme ser ya grande para mozo de ciego, me aparté de la pretensión, y llegándome a él le dije que como me hiciera conveniencia en el precio de las coplas, que le compraría una gran cantidad, porque era un pobre mozo extranjero que andaba de tierra en tierra buscando dónde ganar un pedazo de pan. Enternecióse, y no de verme, y respondióme que la imprenta le llevaba un ochavo por cada una, demás de la costa que le tenían de traerlas desde Córdoba, y que así, para que todos pudiésemos vivir, que se las pagara a tres maravedís. Yo le respondí que se había puesto en la razón y en lo que era justo; que fué-



semos adonde su merced mandara para que le contasen el dinero de cien pares de ellas y para que me las entregasen con su cuenta y razón. Díjome que le siguiera a su casa, y alzando el palo y haciendo puntas a una parte y a otra, como ejército enemigo, aporreando puertas y descalabrando paredes, llegamos con brevedad a ella. Tenía una mujer de tan mal arte y catadura, que le había Dios hecho a él infinitas mercedes de privarle de vista porque no viera cosa tan abominable, y sobre todas estas gracias tenía otras dos, que era ser vieja y muy sorda. La cual, así que vió a su marido, lo entró de la mano adiestrándolo hasta la cocina, quitóle el ferreruelo y el talego de las coplas y sentólo en una silla. Dijole en alta voz que sacase del arca dos legajos que había de su obra nueva, que era cada uno de cincuenta pares, y me los diese y recibiese el dinero a razón de seis maravedís cada par; mas todo su quebradero de cabeza era dar voces al aire, porque demás de ser sorda, al punto que lo dejó sentado, había salido al corral a traer leña para hacerle fuego; yo, reventándome la risa en el cuerpo, le di parte de la ausencia, el cual me rogó que le avisara cuando viniera para que tratase de despacharme. Llegó en esta ocasión, echó la leña en tierra. Sintió él el ruido del golpe, y acercando la silla hacia la parte que le pareció estar, dió conmigo, y tentándome al ferreruelo y pensando que eran faldas, volvió a dar el segundo pregón, dejándome atronados los oídos, y ella, mirándonos a los dos, estaba como suspensa. Hícele señas de que llegase a oír a su marido y adviértile a él el engaño, y descolgando ella un embudo grande de hoja de lata, se metió la punta en el oído, y poniendo la boca de él en la



del relator de coplas, le preguntó que quién era yo y que para qué me había traído a su casa. El, después de haberle satisfecho, en tono de predicador de mandato, por el cañón de su embudada corneta, volvió a referir tercera vez lo que dos veces había mandado. Sacó ella los legajos, y después de haber recibido el pagamento hizome el entrego de ellos, y yo, cargado de agujas falsas y de coplas de ciego, me fui a dormir al hospital.

Salí al amanecer de la villa, y estando algunos días en la de Aguilar pasé a las de Cabra y Lucena; vendía las agujas a las mozas y cantaba las coplas a las viejas, y como se dice que *al andaluz, hacerle la cruz*, a las andaluzas, para librarse de sus ingenios, les habían de hacer un calvario de ellas. Hurtábanme las redomadas de aquellas ninfas mirándome a lo socarrón mis agujas, haciendo ayuntamiento de belleza y tratos de gitanos. Andaban mis papeles de mano en mano, haciendo con mis puntas aceradas dos mil modos de pruebas, que yo reniego de tantas probadas. Quedaba pasmado de oír lo donairoso de su ceceo y de ver el brío de su desgarró, y mientras tenía cuenta con las unas, las otras me empandillaban la vista y las agujas, pues jugando con ellas al escondite, unas me las quitaban y otras me las diezmaban, emboscándolas en los tocados y ocultándolas en la bocamangas, de manera que, después de haber cobrado dacio, feudo y tributo de este pobre buhonero de poquito, después de regatear dos largas horas, me compraban un cuarto de ellas, y de corsario a corsario me dejaban sin vales. Oían las coplas las viejas, y después de haberme roto los cascos y secado los gznates con aquello de a las más du-

ras, con sus boquitas papandujas me las alababan, y entre todas las vecinas de un barrio apenas me compraban un par de ellas. Por lo cual, y por ser tierra de buenos vinos, llevé tan adelante mi caudal, que en pocos días pudiera jugar las hormas. En efecto, di al traste con todo y quedé hecho mercadante de banco roto. Encaminéme a la vuelta de Gibraltar con intención de ser pícaro de costa, y estando a vista de sus muros, me dieron nuevas de cómo prendían a todos los vagamundos y los iban llevando a la mazmorra para que sirviesen en ella o de soldados o de gastadores. Yo, por ser uno de los comprendidos en aquel bando y por no ir a tierra de alarbes a comer alcuzcuz, me fui a la Sabinilla a ser gentilhombre de jábega y corchete de pescados. Concertéme con un armador por dos panecillos cada día y dos reales cada semana. Volví los calzones, eché las piernas al aire y púseme en lugar de banda un estrobo, insignia y arma de aquella religión, y al tiempo de tirar la red hacía que echaba todo el resto de la fuerza, y la tiraba con tanto descanso y comodidad, que antes era divertimento que trabajo. Y al tiempo que salía el copo a ser celosía de bogas, jaula de sardinas y zaranda de caballas, por ver el armador con bastón de general de jabegueros, mirando a las manos y sacudiendo en las cabezas, haciendo yo oficio de escribano contrahecho, la causa perteneciente a las manos la remití a los pies, porque donde no alcanzan las fuerzas es menester valerse de la industria. Hacíame Clicie de aquel sol de bodegón de la cara de mi amo, y haciendo reverencias con los pies, sin haber en aquel distrito persona que mereciese hacerle cortesía, retira-

ba con los dedos de los cuartos bajos angelotes y con los talones rayas.

Tenía un camarada detrás de mí, el cual recogía los despojos, sirviéndole unos de estomaguetes y otros de ventosas de mal de madre; los alojaba entre la camisa y la barriga, y otras veces les daba fondo por el resquicio de los zaragüelles, de modo que llegué a tiempo que ejercitaban los pies el oficio de las manos; y en faltándome sacristán que me ayudase a dejar el armador de *Requiem* y dar sepulcro a sus pescados, escarbaba con un pie sobre la arena como un toro en coso, y formando anchurosa fosa, daba con el otro sepultura a la presa, y con ambos cubría a los difuntos para sacarlos en quedando en soledad. Venían los arrieros, compraban el lance, y en corriendo por su cuenta, descansaban los pies y trabajaban las manos, que si es desdicha verse en poder de muchachos, harta desdicha será hallarse cercado de pícaros. Dígolo porque al instante que no corría el lance por el armador y que volvía las espaldas y desamparaba el montón de escamas plateadas a bien librar, les hurtábamos a los arrieros más de la tercia parte, por más bellacos que fuesen y por más cuidadosos que se mostrasen. Con el provecho de estos percances, ración y salario que ganaba, comía con sosiego, dormía con reposo, no me despertaban celos, no me molestaban deudores, no me pedían pan los hijos ni me enfadaban las criadas, y así no se me daba tres pitos que bajase el turco, ni un clavo que subiese el persiano ni que se cayese la torre de Valladolid. Echaba mi barriga al sol, daba paga general a mis soldados y me reía de los puntos de honra y de los embelecos

del pundonor, porque a pagar de mi dinero, todas las demás son muertes y sola es vida la del pícaro.

Habiéndome asegurado que en la ciudad de Málaga hacían levas de mozos de jábega unos pescadores antiguos con patentes de armadores, y que daban cincuenta reales a cualesquier bisoño que se alistase debajo de sus redes, dejé la Sabinilla y me fui al promontorio de la pasa y almendra y al piélago de la palata. Senté plaza de holgazán, cobré paga de mandria. Pero cansado de andar atrás sin ser cabestrero, fingiendo haberle dado a un chulo una mojada con la lengua de un jífero, me retiré a sagrado y pedí iglesia, y cuando el armador venía a pedirme el dinero, dábale largas diciéndole que el herido había ya pasado del sereno y que en habiendo declarado los cirujanos volvería a trabajar y desquitar lo que había recibido y gastado. Pero viendo que hacía diligencias para buscar al doliente, y que por no hallar rastro ninguno me quería echar en la prisión, y que me andaba acechando para cogerme fuera de sagrado, me fui una tarde al muelle, y hallando de partida un bajel francés que iba a Francia de poniente, y haciéndole creer al capitán que tenía unos parientes muy ricos en Burdeos y que me habían enviado a llamar, llevándome cosa muy poca por el flete me embarqué en su navío, porque es de hombres como yo el urdir una mentira y es muy fácil de engañar un hombre de bien. Pasamos el Estrecho de Gibraltar, que en lo borrascoso y apretado parece título moderno. Corrimos una tormenta hasta el cabo de San Vicente, y desde allí, ayudados de un viento fresco y favorable, llegamos a San Malo de Lila, puerto de Francia y provincia de Bretaña. Hay en esta villa veinticuatro perros de

ayuda asalariados, los cuales están a cargo de un soldado, que los asiste y cuida de ellos, que como hay soldados particulares, hay también soldados perreros. Este tal tocaba cada día, al querer anochecer, una media luna o llave de Medellín o madera de tinteros, a cuyo horrendo son acudían todos los perros a una puerta sola que tiene la dicha villa, y echándolos fuera, hacían tal guardia y ronda toda la noche, que cualquiera persona forastera que llegase ignorante de tales centinelas lo hacían dos mil pedazos, con que estaba asegurada de cualquier antepresa y de cualquier cautela enemiga; y sin pretender esta escuadra perruna avanzamientos, ventajas ni ayudas de costa, entraban cada noche de guardia, y estando siempre alerta, jamás estaban quejosos.

Tocaban caja en esta villa levantando gente para ir en corso contra el inglés, y daban a cada soldado una dobla. Yo, viéndome necesitado y en tierra extraña, y por gozar de todo y dejar en todas partes mi memoria eterna, cogí la dobla, senté la plaza y levantando los talones amanecí al tercero día en Land, puerto y provincia de Normandía, adonde, por ser tiempo de guerra, juzgándome por espía del inglés, me hicieron una salva de horquillazos y puntillones que fué poco menos que la de Borbón sobre Roma, y por hallar entre tantos malos algunos buenos, me dejaron pasar libre y me escapé de una larga prisión. Y valiéndome de mi acostumbrado oficio y arrepentido de haber dejado en la ciudad de Lisboa mi socorrido hábito de peregrino, llegué a Ruan, cabeza de Normandía, a quien el caudaloso Sena, después de haber sido cinta de plata de la gran corte de París, es tahalí escarchado de esta

rica y poderosa villa, y en una de sus primeras posadas me previne de una poca de ceniza, en achaque de ser para secar unas cartas, y metiéndola en un poco de papel y aposentándola en el lado del corazón, me fui a la bolsa, que es la parte del contratamiento y junta de todos los asentistas y hombres de negocios, y hallando un agregamiento de mercaderes portugueses, metiéndome en su corro, y no a escupir en rueda, sino a hacerlos escupir en corrillo, les hablé con la cortesía y sumisión que suele tener el que ha menester a otro, y en su misma lengua, porque no excusasen la súplica, porque como mis padres se habían criado en la raya de Portugal, la sabían muy bien y me la habían enseñado, y después de haberles dado a entender ser lusitano, les pedí que me amparasen para ayuda de poder llegar a la ciudad de Viena, adonde iba en busca de unos deudos míos y por venir pobre y derrotado, huyendo de familiares a quien no bastaban conjuros ni compelimientos de redoma, y que por lo que sus mercedes sabían habían quemado a mi padre, cuyas cenizas traía puestas sobre el alma al lado del corazón. Ellos, con semblantes tristes, algunos con preñeces de ojos, que sin ser medos esperaban partos de agua, me llevaron a la casa del que me pareció el más rico y respetado. Pidiéronme la ceniza, y habiéndosela dado sin ser primer día de cuaresma, fué cada uno besando el papelón por antigüedad. Pidiéronme licencia para repartir entre ellos aquellas reliquias de mártir, y yo, mostrando poco de sentimiento, les di amplia comisión como se reservasen algunas para mí, pues en virtud de unos polvos que había echado al mar me había librado de una gran tormenta que había corrido en el estrecho de Gibraltar.

Suspiraban todos por el trágico suceso que les había hecho creer, y decían con tiernas lágrimas:

—El Dios de Israel te dé infinita gloria, pues mereciste corona de mártir.

Repartieron las cenizas de la dicha posada o bodegón, y mostrándome todo amor y benevolencia me volvieron a la referida bolsa, y echando un guante en todos los de su nación me juntaron veinticinco ducados, los cuales me dieron, y una carta de favor para un correspondiente suyo, mercadante en la Corte de París, para que me socorriese para ayuda a proseguir mi viaje, y después de haberme encargado que procediese como quien era y que jamás pusiese en olvido la muerte de mi padre y mi felicidad en haber merecido ser su hijo, me despedí de ellos, alegre de haber salido tan bien de gente que siempre engañan y jamás se dejan engañar. Tomé el camino de París, comiendo y a tabla de patrón, y apenas llegué a verlo y reconocerlo, cuando empecé a dar voces, diciendo:

—Cata Francia Montesinos, cata París la ciudad.

Halléme corrido y avergonzado cuando entré y atravesé sus espaciosas calles de la vaya que me daban algunos remendones y desculadores de agujas, diciendo a voces:

—Señor don Diego, daca la borrica.

Compré al pasar por una botica unas cantáridas y otros requisitos tocantes a mi oficio de cirugía, y yéndome a posar al Burgo de San Germán, a la posada de uno de los expelidos de España, que se llamaba Granados, aquella misma noche me eché en el pescuezo dos emplastos o vejigatorios, y a la mañana, por haber amanecido muy hinchado, me puse cantidad de paños so-

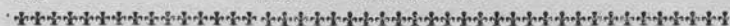
bre él y me fui al palacio del embajador de España, que era el marqués de Miravel, y diciendo venir de Galicia a curarme del mal de los lamparones, me dió su limosnero tres cuartos de escudo por la llegada y uno cada semana, hasta que fui sano, sin llegar a pies reales. Di la carta de favor, y tuve por ella otro socorro harto razonable. En esta corte o confusa Babilonia, olvido del gran Cairo y lauro de todo el orbe, gastaba como mayorazgo y comía como recién heredero, con que di fin a la limosna de la tribu de Abraham y a la caridad de los lamparones. Y por no volver a ser seguido de gozques y de andar dando aldabadas, me quité los emplastamientos y trapos del pescuezo y me acomodé por paje de un caballero natural de Roma, dándole a entender ser su paisano e hijo de un caballero romano de honor de Su Santidad, de los que llaman del Esperón. Tratóme a los principios como a hijo de tal; pero en muy poco tiempo conoció del pie que cojeaba, y descubriendo toda la tramoya me quitó las calzas folladas y la procesión de agujetas y me despidió de su servicio.

Viéndome desamparado y pobre y tan apartado de mi patria, por tener algún refrigerio para ayuda de llegar a ella, pues ya tenía de ayuda de costa el haber aprendido la lengua francesa, compré seis mil agujas de lo que había buscado en el oficio pajeril, sin acordarme de lo bien que me fué con las andaluzas, y saliéndome de París, tomé el camino de León de Francia. Y vendiendo mi mercancía y gastando lo que sacaba de ella en los mejores vinos que hallaba, por tener valor y esfuerzo para poder hacer tan largas jornadas, hallé cerrados los pasos de aquella villa por causa de la con-

tagión, y así me fué forzoso buscar nuevas trochas y seguir modernos rodeos. Pasé por Montelimar y por Orange, y queriendo entrar por Aviñón, me tiraron dos mosquetazos los guardas de sus puertas y me hicieron volver atrás por no llevar boleta de sanidad. Viéndome imposibilitado de remedio y que sin ser avestruz me había comido toda la acerada mercancía, y habiéndome hecho voto de no comer ni comprar ni aun carne de agujas por no acordarme de tan ruin buhonería, me encomendé a Dios, y sin ser potro de Gaeta, me aparté reculando de la villa y me volví por el mismo camino que había traído. Hallé en un villaje un sargento que estaba levantando gente, el cual me preguntó que si quería ser soldado y servir al cristianísimo rey de Francia. Yo, viendo que me apretaba el hambre, y que en aquella ocasión por sólo mitigarla serviría al mameluco, le respondí que sí. Llevóme a su cuartel, que era en una villa llamada Sabaza, entregóme a su capitán, cuyo nombre era monsieur Juni, del regimiento del barón de Monteme. Hízome con él, y poniéndome un cuarto de escudo en la mano, me hizo sentar plaza en su compañía, dándome por nombre monsieur de la Alegreza, porque como el capitán era más fino que un corral y me vió en la comida alegre de cascos y me conoció el humor, me confirmó sin ser obispo, dándome nombre conforme a mi sujeto. Marchamos por el Delfinado, haciendo buena cherra; y en cada tránsito había avenidas de brindis al tenor de: Abu, monsieur de la Fortuna; Abu, monsieur de la Esperanza. Hallábame más contento que una pascua de flores; juzgaba aquella vida por la mejor que había tenido, y llamaba a aquella provincia la tierra del Pipiripao. Fuimos a guarnición a

la villa de Román, adonde a costa de los patrones comíamos a dos carrillos y pedíamos a discreción, y había libertad de conciencia, siendo rey chico Juan soldado, adonde persuadidos de los oficiales, por hacer ellos mejor su negocio, molestábamos los vecinos, gastábamos cada día cien cubas de vino y cada noche un bosque de leña en los fuegos disformes que hacíamos en nuestras posadas y en el cuerpo de guardia. Vino el unto a los mayores, recibieron el soborno, y echando rigurosos bandos, nos hicieron ayunar hartos meses lo que comimos pocos días. Mucho paño tenía aquí adonde poder cortar; pero se embotarán mis tijeras, y pensando ganar amigos, cobraré enemigos.

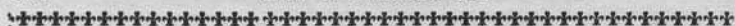
Diéronnos un tapaboca Bartolo, con darnos cada día medio cuarto de escudo, que para henchir los oficiales las bolsas es necesario que los soldados aflojen las barrigas. Embarcámonos al cabo de una temporada en una villa del duque de Guisa llamada Mondragón, y conducidos de las soberbias corrientes del caudaloso río, llegamos a desembarcar en la Provenza, adonde nos agregamos a una armada que tenía el dicho duque para socorrer el Casar de Monferrat, a cuya oposición estaban en Villafranca de Niza las galeras de Nápoles y por general de ellas don Melchor de Borja. Enfadábame ya de oír tanto *alon, alon*, sin haber alguno de gallinas ni de capones, y el gastarme todos el nombre con monsieur de la Alegreza acá, monsieur de la Alegreza allá, y sobre todo, estaba temeroso de ver que algunas veces que me había puesto como el arco Iris cantaba en fino español, por lo cual dieron en tenerme por sospechoso y llamarme espión, que el hombre que llega a beber más de aquello que es menester, no solamente



no guarda sus secretos, pero descubre los ajenos. Die-ron a toda la armada una paga, que es la extremaun-ción de los franceses cuando entran en países extraños, la cual cogí con ambas manos y apresurando ambos pies, fui a resollar a Villafranca; hablé a la guardia de la puerta en italiano, por lo cual me dejaron entrar. Fui a ver a don Melchor de Borja y contándole todo mi suceso lo celebró mucho, y por parecerle soldado entretenido, me mandó dar dos doblas y que acudiese a comer a su casa. Vínole orden del duque de Saboya para que marchase con los españoles y dejase los sa-boyardos y otras naciones que estaban a su orden, y que dejase a los franceses a que siguiesen su camino. Embarcóse así que la recibió, y fatigados de una pro-celosa borrasca, llegamos a Mónaco, y de allí zarpamos a la ciudad de Génova, desde adonde envió nuestro ge-neral dos galeras de su escuadra por bastimentos a la villa de Liorna. Embarquéme en una de ellas, y habien-do tenido un feliz viaje, al desembarcar en el muelle de la dicha villa supe cómo Su Alteza el gran duque de la Toscana levantaba gente para enviar al estado de Milán. Alistéme al instante por no perder el tiempo ni la oca-sión. Diéronme ocho ducados de contado y tuve cuatro meses desvedada la bellota en casa de patrones, adonde daba de puntillazos al sol y me burlaba de la fortuna.

Envió el gobernador de Milán a dar aviso a Su Al-teza de que al presente no necesitaba de aquella gente, por lo cual dieron licencia a muchos soldados, siendo yo uno de los primeros, por ser pequeño de cuerpo y por constarle a mis superiores no ser grande de virtu-des. Púseme en camino a la vuelta de Sena, y pasando por Viterbo del papa, llegué cuarta vez a la gran ciu-

dad de Roma. Fui a ver a mis hermanas, de quien fui mal recibido, y queriendo hacer del esmarchazo, llamaron un vecino suyo, barrachel de justicia, el cual, cantando aquel verso de: *Mira, Zaide, que te aviso*, me puso en la calle tomando a su cargo el amparo de mis hermanas. Fuíme al palacio del conde de Monterrey, que estaba entonces por embajador de España, adonde me junté con un portugués, que era criado de don Juan de Eraso, y volviendo a continuar la vida de los temerarios, estafábamos cortesanas y agotábamos tabernas. Abrile trinchera a un pintor en la cara sobre ciertos arrumacos que hacía a una conocida mía, por cuyo delito fué fuerza retirarme al palacio de dicho embajador, y viendo mi pleito en mal estado y que mis hermanas aún no me daban un Dios te ayude (cosa que se da cada instante a uno que estornuda), me ayudé de mi hacienda trocando secretamente una casa que me había dejado mi padre en la calle de Ferratina por una gran suma de pinturas, las cuales envié por la conducta a Nápoles. Y yendo después a tratar de su enajenación, di tan buena cuenta de ellas, que en menos de un mes, la mayor parte me la chuparon damas y me la comieron rufianes, y algunas cincuenta que me habían quedado, las perdí una noche al juego de las pintas, parando a pintura y pintura y diez en la quinta. Viendo que se me había caído la casa por haber perdido, no por falta de ciencia, sino por haberme encontrado con otro más diestro que yo, senté plaza en una leva que se hacía para España, en la compañía, sin caballos y con esperanza de rocines, del prior de la Rochela, y volví de nuevo a escandalizar con embustes el cuartel, a alborotar los cuerpos de guardia y a inquietar los bode-



gonos, cargado más de miedo que de hierro y con una letanía de valentía amontonada.

Metíome en prisión mi capitán por cabeza de estos banderizos porque temía que me huyese con ellos, y dióme en lugar de castillo, el alcázar del Tarazanal, porque a gran río gran puente. Embarcámonos en una fuerte armada para ir a España, yendo por generales de ella el marqués de Campolátaro y el de Santo Luchito, y por general de la caballería mi capitán, y por comisario general don José de Palma. Arriméme todo el tiempo que duró la embarcación, por tener razonable pluma y por saber algo de cuenta, a la despensa del bajel adonde iba embarcado para ayudar a dar ración a la gente de mar y guerra, y por andar al uso y no querer asentar en oficio que todos yerran, daba el dispensero el bizcocho más menudo a los soldados, preservando siempre las costras mayores y enteras. Ibales dando raciones de atún de lo que se iba pudriendo, y guardaba lo que estaba bueno. Metía un punzón en el tocino, y el que estaba oloroso lo iba ocultando y distribuyendo el que no lo estaba, haciendo lo mismo con el vino y con lo demás que está a su cargo, porque ya es plaga antigua ser lo peor para el soldado. Tenía cuidado de regalar al cabo de la guardia y al capitán que venía por cabo del bajel, con que todos callaban y amorran, y al compás que lo pasaban mal los soldados, triunfábamos nosotros. Llegamos a dar fondo en Rosas, adonde se embarcó toda la infantería; salimos del puerto, la caballería desmontada, y tomamos tierra a seis leguas de Barcelona. Quedamos aquella noche en la playa, escribiendo sobre el socorrido papel de su arena la pena de quedarnos sin patrón y hechos lobos marinos

de la playa; a la mañana nos alojaron donde tuvimos de *ella con ello*, pues detrás de un regalo oíamos un *cap de Deu*, y veíamos media docena de pistoletes. Estaba muy mal mi capitán conmigo por haberme retenido una paga y haber yo dado queja sobre la restitución. Era yo siempre su ceja, pues que me tenía sobre su ojo, que el soldado que no se dejare pasar por cima en materia de interés y tratare de dar quejas o capitular a sus oficiales, su verdad será mentira, y demás de no avanzar, será malquisto y aborrecible, y en achaque del servicio del rey, le darán con que no quede de servicio.

Pasábalo yo mejor que todos los de mi compañía por estar alojado en una taberna y ser intérprete con los catalanes y napolitanos, pagándome el corretaje en ponerme a veces que por hablar catalán hablaba caldeo y por hablar napolitano hablaba tudesco. Tuve un día una pendencia con un soldado sobre un mentís por la gola, y dándole por debajo de ella una estocada, di con él patas arriba, por haberse él mismo (no haciendo caso de mí) entrado por los filos de mi espada, de manera que le hirió su gran soberbia y no mi mucha modestia. Y por no dar venganza a mi capitán ni dar lugar a que satisfaciese su rencor con hacerme prender y castigar o querer él mismo abrirme de grados y corona, me fui a la ciudad de Barcelona, adonde de presente estaba el que nació infante, y gobernó cardenal, y murió santo. Tomé tierra del papa, y por no estar a merced de la justicia, me amparé de la piedad del convento de la Merced. Mi capitán, como si yo le hubiera muerto a su padre, robádole su hacienda o quitádole su dama, envió tras mí a hacerme prender en Barcelona, y anduvo tan diligente un quitapelillos suyo, abanillo de la com-

pañía e hijo de huevo de la armada, que sin valerme antana, ni defensa de motilones, ni aquello de iglesia me llamo, me hizo, con una cuadrilla de alguaciles y corchetes, sacar de grado y meterme en la cárcel del Tarazanal, que hay soldado que por agradar a su capitán prenderá al mismo que le dió el ser, con razón o sin ella.

Echáronme grillos y cadena, y una argolla al pescuezo con un virote que siempre señalaba al norte y apuntaba las vigas. Fulminaron un proceso de soldado huído y alborotador de la armada, y sin reparar en el dolor que le costé a mi madre cuando me parió, el trabajo que tuvo en envolverme, ni el molimiento que pasó en columpiarme, me dieron un susto con el *debo condenar y condeno*, por ser cosa que tenía con qué pagarla, que a echarme la ley de la *numerata pecunia* fuera irremediable el dar satisfacción. En efecto, como quien no dice nada o como quien no quiere la cosa, me sentenciaron a oír sermoncito de escalera, a santiguar el pueblo con los talones y a bambolearme con todos los vientos, como si yo tuviera otra vida al cabo de un arca y como si la que yo tenía me la hubiera dado el Pilatos que dió la sentencia. Notificóme un notario, tan buen cristiano, que no pidió albricias por la buena nueva ni derechos de lo procesado. Hice algunos pucheros cuando la oí; atragantéme algunos suspiros, echando por los ojos ciertos borbotones de lejía de panilla. Díjome el carcelero que me pusiera bien con Dios, sin haberme dado para aquel último trance con qué ponerme bien con Baco. Y acordándome del tránsito que había de pasar, para probar si era como los que había hecho siendo monsieur de la Alegreza, me apretaba con la mano



el gazarate, y con ser sobrepeine, no me agradaban aquellas burlas, diciendo entre mí: Si esto hace la mano, siendo de carne blanda, ¿qué hará la sogá, siendo de esparto duro? Hincándome de rodillas pedía misericordia al cielo, prometíale, si me viera en libertad, hacer penitencia de mis pecados y mudar de vida; mas al cabo vino a ser el juramento de Pelaya. Pasó la voz por toda la ciudad y acudieron muchos amigos a verme y vecinos de ella a censurarme. Los amigos me consolaban diciéndome que me animara, que aquel era camino que lo habíamos de hacer todos, que sólo les llevaba la delantera, y en lo último se engañaron, porque yo me he quedado de retaguardia y ellos han llevado la delantera, perdonando verdugos, pidiendo misas y haciendo alzar los dedos. Decían algunos catalanes que era compasión por cosa tan poca privarme de la vida en lo mejor de mi edad; otros, que tenía cara de grandísimo bellaco; otros, que no por bueno estaba en tal aprieto. Entró a este tiempo un fraile francisco muy trasudado y fervoroso preguntando:

—¿Dónde está el sentenciado?

Yo le respondí:

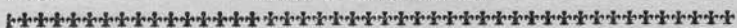
—Padre mío, yo lo soy aunque no lengo cara de ello.

Díjome:

—Hijo, ahora es tiempo de tratar de tu salvación, pues ha llegado la intemerata, y así este poco de vida que le queda es menester emplearla en confesar sus culpas y en pedir a Dios perdón de sus pecados.

Respondíle:

—Padre mío, si un buen amigo es espejo del hombre, uno que tuve en Sicilia, tan intrínseco que me hizo



medio carnal a costa de un ojo, me decía que antes mártir que confesor, demás que por cumplir los mandamientos de la santa madre Iglesia, no me confieso sino una vez en el año, y esa por la Cuaresma. Pero si es ley humana que pague con la vida el delito que he cometido, vuestra reverencia advierta, pues es tan docto, que no hay mandamiento ni precepto divino que diga: No comerás, ni beberás, y así, pues, no voy contra lo que Dios ha ordenado; vuestra paternidad trate de que se me dé de comer y beber, y después trataremos de lo que nos está bien a los dos, que en tierra de cristianos estoy e iglesia me llamo.

El padre, algo enojado de oírme decir chilindrinas en tiempo de tantas veras, sacó de su manga un crucifijo pequeño y empezóme a predicar aquello de la ovejuela perdida y lo del arrepentimiento del buen ladrón, y esto dando tantas voces que atronaba todo el Tarazanal, y derramando tantas lágrimas que inundaba aquel pequeño retrete. Yo, que más ganas tenía de comer que de oír sermones, por haber veinticuatro horas que no me había desayunado, decía entre mí viendo las crecientes de llantos que destilaba por sus ojos: Aunque más lágrimas deis, en vano las derramáis. Mas viendo que alguna razón tenía, pues daba tantas voces, y que sin ser víspera de San Esteban me querían colgar como racimo de uvas, alargarme el gáznate como si fuera ganso, despejé el rancho, e hincando una rodilla y poniéndome en postura de ballestero, desembuché la talega de culpas y dejé escueto el almacén de los pecados, y habiendo recibido la bendición y el *ego te absolvo*, quedé tan otro, que sólo sentía el morir, porque juzgaba, según estaba de contrito, que se habían de tocar de

su mismo motivo todas las campanas y alborotarse toda Barcelona y dejar de ganar su jornal la pobre gente por venirme a ver. Mas por conservar y alargar la vida, como es prenda tan amable, hice dar un memorial en mi nombre al marqués de Este, que ejercía el puesto de general de la caballería, por haber muerto el prior de la Rochela, alegando en él ser hijodalgo y que conforme los fueros de los que lo eran, me tocaba morir en cadalso, degollado como carnero, y no en horca, ahogado como pollo. Pensaba que me pediría información de ello y que me daría término para enviar a hacer las pruebas a Roma y a Salvatierra, y que en el inter no me faltaría una lima sorda para limar la cadena y grillos o una ganzúa para abrir las puertas de la prisión; pero salióme todo en vano, porque el marqués respondió que él no pretendía otra cosa sino que yo muriese ajusticiado, que en lo demás, escogiera yo la muerte que quisiera. Agradecíle la cortesía, y tomando una piedra, y pareciendo un penitente Jerónimo, me daba con ella infinidad de golpes en los pechos; pero con tanto tiento y con tanta blandura que no se rompieran aunque fueran de mantequillas. Perdí el color, faltóme el aliento y trabóseme la lengua cuando oí que en mis tristes oídos clamoreaban los ecos de esquilones y campanillas de la Santa Caridad. Estando con este susto, que se le doy de barato al que lo quisiere, entraron acaso en el dicho Tarazanal don Francisco de Peralta, secretario de cámara de Su Alteza, y José Gómez, su barbero, y habiéndose informado de todo, mostrando algún sentimiento, llegaron a darme el pésame de mi desgracia. Pero viéndome que como si me hubieran de sacar a bodas hablaba bernardinas y echaba chiculios, y

que había convertido la piedra, sin ser domingo, de tentación en dos libras de pan que me había enviado el carcelero, y que haciendo monipodios, por haber venido acompañadas con un jarro de vino, me estaba saboreando con ellas, volvieron el sentimiento en alegría y me dijeron que cómo no sentía el haber de morir. Respondíles que harto lo había sentido mientras no me habían dado de beber; pero que tenía para conmigo el vino tal virtud que al instante que lo bebía me quitaba y desarraigaba toda melancolía. Y que advirtiéndome que aquel día salía de poder de soplones, alguaciles y escribanos, daba por bien empleada la muerte; pero que si sus mercedes pudieran alcanzar con mi general que debajo de mi palabra me diera licencia por tres meses para ir a Roma a confesar ciertos pecados reservados a S. S. para descargo de mi conciencia y salvación de mi alma, me harían muy grandísima merced y favor, y que yo les haría pleito homenaje, como infanzón gallego, de volver en cumpliéndose el término a ofrecerme al funesto suplicio y a entregar al trinchete de gargueros la mejor cabeza que jamás ciñó garzota.

Cayóles tan en gracia mi demanda, que habiendo conocido mi buen humor y el buen tiempo que gastaba, me prometieron ayudar, y le fueron a informar de todo a Su Alteza Serenísima al mismo instante por el peligro que corría en la tardanza, el cual, como príncipe tan piadosísimo, y por constarle que tenía iglesia, mandó que se suspendiese la ejecución y que se revocase la sentencia de muerte, y que me echasen por diez años en galeras. Estaba tan de mi parte el marqués de Este, como si yo le hubiera hecho alguna sangría estando con resfriado, que replicó a la gracia que se había con-

cedido, y dijo que era muy tierno y delicado para traspalar sardinas, y que así era mucho mejor, para que fuese un ejemplar a toda la armada, quitarme de este mal mundo, y que cuando se hubiera hecho tres o cuatro años antes no se hubiera perdido nada. Mas de tal manera abogaron por mí mis dos defensores y abogados, y de tal suerte encarecieron a Su Alteza mi despejo y taravilla de donaire, que le dió deseo de verme y mandó sacarme de la prisión, libre y sin costas, y que yo le fuese a besar los pies por la merced que me había hecho. Lleváronme la buena nueva y mandamiento de soltura, y dejando burlado al pueblo, cansados los campanilleros y sin provecho el verdugo, me fui contoneando a palacio, recibiendo parabienes y haciendo pago de ellos con una pluvia de gorradas. Echéme a los pies de Su Alteza Serenísima, dile las gracias por la recibida, y después de haberme oído algunas agudezas y contándole algunos chistes graciosos, quiso premiar mis servicios haciéndome Grande de España, pues mandó que me cubriese, prometiéndome que con el tiempo me haría de la llave dorada de las despabiladeras. En efecto, me trató como a bufón y me mandó dar de beber como a borracho. Pero aunque estuve a pique de cubrirme y de tomar posesión de tal oficio, lo dejé de hacer por ciertos sopapos y pescozadas que me dieron sus pajes con manos pródigas y por la grande afición que tenía al hábito de soldado, por lo cual me salí de palacio y me fui a dar dos sangrías para atajar el daño que me pudiera venir del susto que había pasado.



CAPITULO SEXTO

En que da cuenta del presidio que tuvo en Rosas, el viaje que hizo a Milán, y cómo pasó a la Alsacia y se halló en la batalla de Norlinguen.

DESPUÉS de haber desistido el temor y olvidado el peligro en que me vi y recuperado en una taberna la sangre que me había hecho sacar, yéndome un día paseando hacia la vuelta del muelle, supe cómo el duque de Cardona levantaba un tercio para enviarlo a Lombardía, y que era maestro de campo don Felipe de Cardona, su hijo; y por coger ciertos reales que daban, con que se engañaban muchos bobos, senté plaza de soldado; pero apenas mi capitán me vió tan mozo y nada pesado, cuando me metió en galera con los demás de sus soldados, temiendo que me perdería y que necesitase que me pregonasen. Zarpamos de allí a estar de presidio en Rosas, hasta tanto que el tercio se acabase de hacer, adonde teníamos cada tarde un pequeño socorro; mas porque era menos que moderado y nada bastante para aplacar mis buenos apetitos al cortar la cólera, procuré de va-

lerme de uno de tantos oficios como sabía y había ejercitado, y después de haber estado entre mí toda una siesta procurando, sin estar en cónclave, hacer una buena elección, elegí el de cocinero, por cogerles con suavidad los socorros a los soldados y por socorrer con ellos mis necesidades, para cuyo efecto armé un rancho que ni bien era bodegón, ni bien casa de posadas; pero un bodegoncillo tan humilde, que pudiera la guerra dejarlo por escondido o perdonarlo por pobre. Estaba hecho a dos aguas, y no tenía defensa para ninguna. Era todo él ventanaje y necesitaba de ventanas, y con tener mil entradas y salidas, usos y costumbres, veredas y servidumbres, y libre de censo y tributo, no tenía puerta ni cerradura ninguna. Eran sus mesas retazos viejos de tajones de cortar carne; sus asientos, de grandes y torneadas losas que habían servido de tapaderos de caños; sus ollas y cazuelas, de cocido y no vidriado barro, y su vajilla, de pasta del primer hombre. Pusiéronle por nombre la plaza de armas, por su poco abrigo y menos limpieza, pues no había en toda ella más rodilla para limpiar los platos que mi falda de camisa. Hacía cada día un potaje que aun yo mismo ignoraba cómo lo podía llamar, pues ni era jigote francés ni almodrote castellano; mas presumo que si no era hijo legítimo, era pariente muy cercano del mal cocinado de Valladolid, porque tenía la olla en que se guisaba tantas zarandajas de todas yerbas y tanta variedad de carnes, sin preservar animal por inmundo y asqueroso que fuese, que sólo le faltó jabón y lana para ser olla de romance, aunque lo fué de latín, pues ninguno llegó a entenderla ni yo a explicarla, con haber sido estudiante. Con esto engrasaba a los soldados, y

despachando escudillas de contante y platos de fiado, ellos cargaban con todo el bodrio y yo con todos los socorros.

Después de haber durado algunos días esta industria o disimulado robo, prueba de mi buen ingenio y remedio de mi necesidad, nos embarcamos en un bajel y fuimos a dar fondo junto a la bahía de Génova, adonde aún no hube puesto los pies en tierra cuando traté de escurrirme sin ser anguila; mas por andar mis oficiales alerta, por saber la retirada que había hecho a Barcelona, no pude salir con mi intento. En efecto, marchamos la vuelta de Lombardía, teniendo siempre tapa al son del tapalapatán, y descubriendo tapaderos de cubas a la sombra de la sábana pintada, llegamos a Alejandría de la Palla, adonde por ir derrotados, y no de batallas ni encuentros, nos dieron vestidos de munición, que en lengua latina se llaman vestidos mortuorios y en castellano mortajas. Yo, temiendo vestirme de finado y de hacer mis exequias en vida, y por no parecer bisoño siendo soldado viejo y habiendo hecho servicios particulares (que si es necesario me darán certificaciones y fes, por ser mercancía que jamás se ha negado a ninguno), me fingí enfermo y me fuí a un hospital, valiéndome del ardid del diente de ajo, gustando más de estar en carnes vivas que en vestidos difuntos. Repartieron todas las gentes en castillos y guarniciones, y al punto que supe me habían dejado solo, que era lo que yo deseaba, saqué la cabeza como galápago de mi santo retiro, y saliendo como caracol en verano, con toda la casa auestas, cuyo peso era bien ligero, me fuí a la ciudad de Milán. Y viéndome que por causa de ser soldado estaba con más soldaduras que

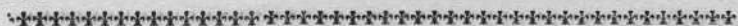
una caldera vieja, arrimé a una parte como a gigante la milicia, y siguiendo la malicia de la corte, reconocí su ventaja y asenté el pie, volviendo de muerte a vida y de pobre a rico. Salí el día que llegué a ver despacio aquella famosa ciudad, y me pareció una de las buenas de todas cuantas había andado, y que a gozar de mar, como muchas de ellas, no sufriendo igualdad, les llevara conocidas ventajas. Vi que sus templos competían con los de Roma, que sus palacios aventajaban a los de Sevilla, que sus calles excedían a las de Lisboa, sus sedas a las de Génova, sus brocados y cristales a los de Venecia y sus bordaduras y curiosidades a las de París. Visité el palacio y corte, habitación de Su Alteza Serenísima el señor infante cardenal, que había acabado de llegar de Barcelona a gobernar tan hermosísima ciudad y a defender tan inexpugnable estado. Hablé con todos los conocidos y dime a conocer a los que no lo eran, y enfadado de los oficios pasados, por haber medrado tan poco en ellos, sabiendo cuán agradable es el *troppo variar*, me hice padre de damas, defensor de criadas y amparador de pobretas. Vendíme por natural de Alcaudete, picaba a todas horas como alguacil y cantaba a todos ratos como alcaudón; tenía aposentos de congregación de ninfas de cantón, salas de busconas, palacios de cortesanas y alcázares de tusonas. Vendía sus mercancías a todos precios, vivía siempre con el adelantado, por tener esculpido en la memoria aquellos versos conceptuosos que dicen que quien no paga tentado mal pagará arrepentido. Señalaba horas sin ser mano de reloj, hacía amistades sin ser valiente y llevaba cada instante a vistas sin ser casamentero. Era, cuando me hallaba a solas



con ellas, el Píramo de su aldea; en habiendo visitas, era su criado; en habiendo pendencias, su mozo de golpe, y en hacerles los mandados, su mandil. Incitábalas a ser devotas de San Roque y aconsejábales que siempre que lo visitasen se acercasen al ángel y huyesen del perro. Campaba como mercader, vivía como gran turco y comía a dos carrillos como mona. Llegábame siempre a los buenos, por ser uno de ellos; acercábame a los ricos y huía de los pobres, tratando muy ordinariamente con gente de naciones sin necesidad de aprender lenguas.

Confirmé este oficio por uno de los mejores que han inventado los hombres, si no hubiera descendimientos de manos, rasguños de navajas y sopetones de machetes. Pero viendo que por ciertos estelionatos del signo de Virgo me querían dar colación de la referida, me amparé del palacio de don Marco Antonio de Capua, hermano del príncipe de Roca Romana, caballero napolitano; y por habérsele ido el cocinero, entré en el reinado de la cocina y empuñé el cetro de la cuchara. Y después de haber estado algunos días en quietud y regalo, complaciendo a mi amo y haciendo alarde de mis estofados y reseña de mis aconchadillos, marchó su excelencia el duque de Feria con un lucido, aunque pequeño ejército, para dar socorro a la Alsacia, yendo mi amo por capitán de una compañía y yo por su soldado y cocinero. Pasamos los dos tan dilatado camino con muchísimo descanso y regalo, abundando siempre de truchas salmonadas y diferencias de muy suaves y odoríferos vinos, porque como llevaba pella de doblones, hallábamos aún mucho más de aquello que queríamos. Pasamos el Tirol, y juntáronse nuestras fuerzas espa-

ñolas con las imperiales, que estaban a cargo del mariscal Aldringer, y hecho de todas un cuerpo, socorrimos a Constanza y Brisaque, y volviendo a separarse, nos fuimos a invernar a la Borgoña, adonde me fué fuerza reformarme del oficio y cargo que me habían dado de la cocina, por hallarla en todas las visitas que le hacía hecha un juego de esgrimidor, sus ollas vagamundas, sus cazuelas holgazanas y sus calderos y asadores rompepoyos, siendo causa de este daño la destrucción de la tierra y la falta del dinero. Viéndome, pues, cocinero reformado, busqué otro modo y otra novedad de trato, y haciéndome mercante de hierros y clavos de herrar caballos, y marchando a la vuelta de la Baviera, en pocas jornadas quedé desenclavado y conocí el yerro que había hecho en emplear mi caudal en cosa que no podía acertar, de modo que lo que fiaba no me pagaban, lo que me estafaban aun no lo agradecían y lo que me hurtaban jamás me lo restituían, con que al cabo de la jornada hallé el carro de mi capitán, adonde yo llevaba la indigestible mercancía, muy vacío y mi bolsa muy anublada. Fuése en esta ocasión mi amo a Italia a cosas que le importaban, dejándome a mí desherrado y desollado, pues quedaba sin el amparo de sus ollas y perdido el trato de los hierros. Hallóse al presente sin cocinero don Pedro de Ulloa, capitán de caballos, y por haberle informado que yo era el mejor de todo el ejército, me recibió para que le sirviese en el dicho oficio, porque en la tierra de los ciegos el que es tuerto es rey. Contóme mi amo el pretendiente a quien serví de paje en Madrid que hallándose en una aldea cercana a él una víspera del Corpus, llegó una tropa de infantería representanta que ni era com-



pañía ni farándula, ni mojiganga, ni bolulú, sino un pequeño y despeado ñaque, tan falto de galas como de comedias, el cual, a título de compañía de a legua, pretendió hacer la fiesta del día venidero, ofreciendo satisfacción de muestra, y que habiéndose juntado todo el concejo, gustaron de oírlos para ver si eran tales como ellos presumían. Llamáronlos en casa del alcalde, y delante de mi amo y de los jurados representaron el auto de *La locura por el alma*, adonde el que hacía a Luzbel, por dar más voces que los demás, pareció mejor que todos, siendo todos harto malos. Acabóse la muestra; salió mi amo a la plaza con todo el ayuntamiento, adonde hallaron al cura, que por haber estado diciendo visperas no se había hallado en la representación; él preguntó al alcalde que qué tales eran los representantes. Satisfizole con decirle que no habían parecido mal, pero que uno que representaba el diablo era el mejor de todos. A lo cual le respondió el cura:

—Si el diablo es el mejor, ¿qué tales serán los demás?

Por lo cual aplico y digo que si yo pasaba plaza del mejor cocinero del ejército no sabiendo lo que me hacía, ¿qué tales serían los demás? En efecto, a falta de buenos, me hizo mi amo alcalde de su cocina y soldado de su compañía. Prosiguiendo la dicha marcha, llegamos a alojar a las sierras de Baviera, adonde nos dieron por patrón uno de los más ricos de ellas, aunque, por tener retirado todo su ganado y lo mejor de sus muebles, se nos vendió por pobre; mas no le valió nada su fingimiento, porque sus mismos criados me dieron aviso de ello, porque demás de ser enemigos no excusados son los pregoneros de los defectos de sus amos.

Hablaba nuestro patrón tan cerrado alemán e ignoraba tanto el lenguaje español, que ni él nos entendía lo que nosotros decíamos, ni nosotros entendíamos lo que él hablaba. Pedíamole por señas lo que habíamos menester, y él, aunque las entendía, como no eran en su provecho, se daba por desentendido y encogíase de hombros. Díjome el criado, que me había advertido de lo demás y entendía un poco la lengua italiana, que su amo era buen latino, que si había alguno entre nosotros que hubiera sido estudiante le daría a entender lo que le pedíamos. Alegráronseme las pajarillas por ver que yo solo quedaba señor absoluto de la campaña y que podía hacer de las mías sin que nadie me entendiera. Acerquéme al patrón y díjele muy a lo grave que yo era furriel, mayordomo y cocinero de mi amo, y que así le advertía que tenía un capitán de caballos del rey de España en su casa y persona de mucha calidad, que tratase de regalarle muy bien a él y a sus criados, y que porque venía cansado y era ya hora de comer, que hiciese traer todo lo que era necesario. Respondióme que le dijera la provisión que había de hacer en la cocina y que haría a sus criados que lo trajesen al punto. Díjele que era menester para la primer mesa de los gentileshombres de la boca y para la segunda de los pajes y meninos y para la tercera de los lacayos, estaferos y mozos de cocina una vaca, dos terneras y cuatro carneros, doce gallinas, seis capones, veinticuatro palominos, seis libras de tocino de lardear, cuatro de azúcar, dos de toda especia, cien huevos, cincuenta libras de pescado para escabeche, medio pote de vino para cada plato y seis botas de respeto. El, haciéndose

más cruces que hay en el monte santo de Granada, me dijo:

—Si para las mesas de los criados es menester lo que vuesa merced pide, no habrá tanta hacienda en este villaje para la del señor.

Respondíle:

—Mi amo es tan gran caballero, que más quiere tener contentos a sus criados que no a su personal, y así, él y sus camaradas no hacen de gasto al día a ningún patrón sino un relleno imperial aovado.

Preguntóme que de qué se hacía el tal relleno. Respondíle que me mandase traer un huevo y un pichón recién nacido y dos carros de carbón, y mandase llamar a un zapatero de viejo con alesna y cabos, y un sepulturero con su azada, y que sabría todo lo que se había de buscar para empezar a trabajar en hacerlo. El patrón, medio atónito y atemorizado, salió en busca de lo necesario al tal relleno. Y al cabo de poco espacio me trajo todo lo que le había pedido, excepto los dos carros de carbón. Toméle el huevo y el pequeño pichón, y abriéndolo con un cuchillo de mi sazónada herramienta, y metiéndole el huevo después de haberle sacado las tripas, le dije de esta forma:

—Repáre vuesa merced en este relleno, porque es lo mismo que el juego del gato al rato; este huevo está dentro de este pichón, el pichón ha de estar dentro de una perdiz, la perdiz dentro de una polla, la polla dentro de un capón, el capón dentro de un faisán, el faisán dentro de un pavo, el pavo dentro de un cabrito, el cabrito dentro de un carnero, el carnero dentro de una ternera y la ternera dentro de una vaca. Todo esto ha de ir lavado, pelado, desollado y lardeado, fuera de la



vaca, que ha de quedar con su pellejo. Y cuando se vayan metiendo unos en otros, como cajas de Inglaterra, porque ninguno se salga de su asiento, los ha de ir el zapatero cosiendo a dos cabos, y en estando zurcidos en el pellejo y panza de la vaca, ha de hacer el sepulturero una profunda losa y echar en el suelo de ella un carro de carbón y luego la dicha vaca, y ponerle encima el otro carro, y darle fuego cuatro horas poco más o menos, y después, sacándola, queda todo hecho una substancia y un manjar tan sabroso y regalado que antiguamente comían los emperadores el día de su coronación. Por cuya causa, y por ser el huevo la piedra fundamental de aquel guisado, le daban por nombre relleno imperial aovado.

El patrón, que me estaba oyendo la boca abierta y hecho una estatua de piedra, lo tuvo tan creído y se persuadió tanto a ello, viendo mi entereza y la priesa que le daba a la brevedad de traer todos los requisitos que le había ordenado, que tomándome la mano, harto sin pulsos la suya, me la apretó y me dijo: «*Domine pauper sum*», a lo cual, entendiendo la seña, le respondí: «*Nihil timeas*.» Y llevándolo a la cocina, nos concertamos de tal modo, que restaurando la pérdida de los hierros me sobró con que poder comprar dos pares de botas, haciéndole a mi amo creer que era el patrón muy pobre y que le habían robado todo el ganado gente de nuestras tropas, por lo cual lo habían dejado destruido, por cuya causa, teniéndole compasión, me mandó, por saber que yo sólo lo entendía, que me acomodase con él lo mejor que pudiera, de suerte que no le hiciese mucha costa en el gasto de la comida. Pero viendo los criados que me abundaba el vino en la co-

cina y que me sobraban los regalos que el patrón me enviaba, dieron cuenta a mi amo, recelosos de la cautela, el cual hizo diligencia de saber si era verdadero lo que yo le había asegurado, y hallando ser todo al contrario y que estaba alojado en la casa más rica de aquel villaje, llamó al patrón, y con un intérprete borgoñón que entendía las dos lenguas, supo de él la contribución que me había dado, y que le había dicho que era su furriel, mayordomo y cocinero, y lo demás que he referido.

Bajó mi amo a la cocina, y tomando un palo de los más delgados que había en ella, me limpió tan bien el polvo, que más de cuatro días comió asado y fiambre por falta de cocinero. Yo le dije, viéndome más que aporreado, que si quería servirse de hombre de mi oficio que fuese fiel que lo enviase a hacer a Alcorcón, y que se persuadiese a que no había cocinero que no fuese ladrón, saludador que no fuese borracho, ni músico que no fuese gallina. Salimos de allí y fuimos a hacer plaza de armas general en la campaña, llevando yo, por la obligación de ser soldado, una carabina con braquero, por habérsele roto caja y cañón, y un frasco lleno de pimienta y sal para despolvorear los haberes, y por armas tocantes a la cocina, un cuchillo grande, cuchillo mediano y cuchillo pequeño, que a tomar transformación y convertirse en perros se pudiera decir por mí que llevaba *perri chiqui*, *perri grandi*, *perri de tuli maneri*. Pasamos de la plaza de armas a juntarnos con el ejército que traía Su Alteza Serenísima el infante cardenal para pasar a los estados de Flandes, y habiéndonos agregado a él, siguiendo la dicha derrota, ganamos algunas villas cuyos nombres no han

llegado a mi noticia, porque yo no las vi ni quise arriesgar mi salud ni poner en contingencia mi vida, pues la tenía yo tan buena, que mientras los soldados abrían trinchera, abría yo las ganas de comer, y en el inter que hacían hosterías, se las hacía yo a la olla, y los asaltos que ellos daban a las murallas los daba yo a los asadores.

Y después de ponerse mi amo a la inclemencia de las balas y de venir molido, me hallaba a mí muy descansado y mejor bebido, y tenía a suerte comer quizás mis desechos y beber (sin quizás) mis sobras. Fuimos prosiguiendo nuestra jornada hacia la vuelta de la villa de Norlinguen, juntándose en el camino nuestro ejército con el rey de Hungría, con lo cual se doblaron las fuerzas y nos determinamos a ir a ganar la dicha villa. Y al tiempo que la teníamos bloqueando y esperando cura, cruz y sacristán, el ejército sueco, opuesto al nuestro, pensando darnos un pan como unas nueces, vino por lana y volvió trasquilado. Yo, si va a decir verdad, aunque no es de mi profesión, cuando lo vi venir me acoquiné y acobardé de tal manera, que diera cuanto tenía por volverme Icaro alado o por poder ver la batalla desde una ventana. Cerró el enemigo con un bosque sin necesitar de leña ni carbón, y ganándolo a pesar de nuestra gente se hizo señor absoluto de él. Llegó la nueva a nuestro ejército, y exagerando algunos de los nuestros la pérdida, pronosticaban la ruina, que hay soldados de tanto valor que antes de llegar a la ocasión publican contentarse con cien palos. Yo, desmayado del suceso y atemorizado de oír los truenos del riguroso bronce y de ver los relámpagos de la pólvora y de sentir los rayos de las balas, pensando que

toda Suecia venía contra mí y que la menor tajada sería la oreja, por ignorar los caminos y haberse puesto capuz la señora doña luna, me retiré a un derrotado foso cercano a nuestro ejército, pequeño albergue de un esqueleto rocín, que patiabierto y boca arriba se debía de entretener en contar estrellas. Y viendo que avivaban las cargas de la mosquetería, que rimbombaban las cajas y resonaban las trompetas, me uní de tal forma con él, habiéndome tendido en tierra, aunque vuéltole la cara por el mal olor, que parecíamos los dos águilas imperiales sin pluma. Y pareciéndome no tener la seguridad que yo deseaba y que ya el contrario era señor de la campaña, me eché por colcha el descarnado Babieca, y aun no atreviéndome a soltar el aliento, lo tuve más de dos horas auestas, contento de que, pasando plaza de caballo, se salvaría el rey de los marmittones.

Llegó a esta ocasión al referido sitio un soldado de mi compañía poco menos valiente que yo, pero con más opinión de saber guardar su pellejo (que presumo que venía a lo mismo que yo vine), y viendo que el rocín se bamboleaba por el movimiento que yo hacía, y que atroné todo el foso con un suspiro que se me soltó del molimiento de la carga, se llegó temblando al centauro al revés, preguntándole a bulto:

—¿Quién va allá?

Yo, conociéndole en la voz, le llamé por su nombre y le supliqué me quitara aquel hipogrifo de encima, que por ser desbocado había dado conmigo en aquel foso y cogídomelo debajo; hizo lo que le rogué; mas reconociendo que el rocín era una antigua armadura de huesos, no pudiendo detener la risa, me dijo:

—Señor Estebanillo, venturosa ha sido la caída, pues el caballo se ha hecho pedazos y vuesa merced ha quedado libre.

Respondíle:

—Señor mío, cosas son que acontecen y aun se suelen premiar. Calle y callemos, que sendas nos tenemos, y velemos lo que queda de la noche a este difunto porque Dios le depare quien haga otro tanto por su cuerpo cuando de este mundo vaya.

Concedió con mi ruego y tomó mi consejo, y al tiempo que la aurora, atropellando luceros, daba muestras de su llegada, despidiéndome de mis dos camaradas de cama, me fui a una montañuela apartada del campo enemigo, por no parecer curioso y no tener qué preguntar, y por confiarme en mi ligereza de pies y tener las espaldas seguras. Empezáronse los dos campos a saludar y dar los buenos días con muy calientes escaramuzas y fervorosas embestidas, en lugar de chocolate y naranjada, y al tiempo de cerrar unos regimientos del sueco con uno de alemanes, empecé a dar voces diciendo:

—¡Viva la casa de Austria! ¡Imperio, imperio! ¡Avanza, avanza!

Pero viendo que no aprovechaban mis exhortaciones y que en lugar de avanzar iban volviendo las espaldas, volví yo las mías, y con menos ánimo que aliento y con más ligereza que valor, llegué a nuestro ejército. Encontré en su vanguardia con mi capitán, el cual me dijo que por qué no me iba a la infantería española a tomar una pica para morir defendiendo la fe o para darle al rey una victoria. Yo respondí:

—Si Su Majestad aguarda que yo se la dé, nego-

ciada tiene su partida; demás que yo soy corazo o coraza, y no infante, y por estar desmontado no cumplo con mi obligación.

Díjome que fuese adonde estaba el bagaje y tomara un caballo de los suyos y que volviese presto, porque quería ver si sabía tan bien pelear como engañar villanos con rellenos imperiales. Fuíme al rancho, metíme debajo del carro de mi amo, cubríme todo el cuerpo de forraje sin dejar afuera otra cosa más que la cabeza a causa de tomar aliento, porque al tiempo de la derrota, que ya la tenía por cierta, me sirviera de cubierta, por ser desierto todo aquel distrito de la campaña. Llegó a mí un capitán, que estaba de guardia al bagaje, y me dijo que, pues tiraba plaza de soldado, que por qué me hacía mandria y me cubría de hierba y no acudía a mi tropa. Respondíle que, por haber hecho más de lo que me tocaba, me había el enemigo muerto mi caballo y metídomé dos balas en el muslo, y que porque no se me resfriase la herida me había metido en aquel montón de forraje. Con esta satisfacción se fué adonde estaba su compañía, prometiéndome de enviarme un gran cirujano amigo suyo para que me curase, y yo me quedé cubierto el cuerpo de esperanza y de temor el corazón. Al cabo de un rato, temiendo que viniese el cirujano a curarme estando sin lesión, o que mi capitán enviase a buscarme viendo mi tardanza y me hiciese ser inquieto siendo la misma quietud, me volví a mi montañuela a ser atalaya ganada y a gozar del juego de cañas. Y estando en ella haciendo la consideración de Jerges, aunque con menos lágrimas y más miedo, vi que un trozo del contrario ejército cerró tres veces consecutivamente con el tercio de don Martín de

Idiaquez y que todas tres veces los invencibles españoles lo rechazaron, lo rompieron y lo pusieron en huida. Animóme esta acción de tal manera, que arrancando de la espada y sacando la mohosa a que la diese el aire, con estar a media legua de ambos campos, me puse el sombrero en la mano izquierda para que me sirviese de broquel, y dando un millón de voces a pie quedo, empecé a decir:

—¡Santiago, Santiago, cierra España! ¡A ellos, a ellos! ¡Cierra, cierra!

Y presumo que, acobardado el enemigo de oírme o atemorizado de verme, comenzó a desmayar y a poner pies en polvorosa. Empezó todo nuestro campo a apellidar: ¡Victoria! ¡Victoria! Yo, que no me había hallado en otra como la presente, imaginando que llamaban a mi madre, que se llamaba Victoria López, pensando que estaba conmigo y que la había traído en aquella jornada, respondí al tenor de las mismas voces que ellos daban que dejasen descansar los difuntos, y que si alguno la había menester, que la fuese a buscar al otro mundo. Y contemplando desde talanquera cómo sin ninguna orden ni concierto huían los escuadrones suecos y con el valor y bizarría que les iban dando alcance los batallones nuestros, rompiendo cabezas, cortando brazos, desmembrando cuerpos y no usando de piedad con ninguno, me esforcé a bajar a lo llano por cobrar opinión de valiente y por raspar a río vuelto, y después de encomendarme a Dios y hacerme mil centenares de cruces, temblándome los brazos y azogándoseme las piernas, habiendo bajado a una apacible llanada a quien el bosque servía de vergel, hallé una almadra de atunes suecos, un matadero de novillos arria-

nos y una carnicería de tajadas calvinas, y diciendo que buen día tendrían los diablos, empecé con mi hojarasca a punzar morcones, a taladrar panzas y a rebanar tragaderos, que no soy yo el primero que se aparece después de la tormenta ni que ha dado a moro muerto gran lanzada. Fué tan grande el estrago que hice, que me paré a imaginar que no hay hombre más cruel que un gallina cuando se ve con ventaja, ni más valiente que un hombre de bien cuando riñe con razón. Sucedió-me (para que se conozca mi valor) que llegando a uno de los enemigos a darle media docena de morcilleras, juzgando su cuerpo por cadáver como los demás, a la primera que le tiré despidió un ¡ay! tan espantoso, que sólo de oírlo y parecerme que hacía movimiento para quererse levantar para tomar cumplida venganza, no teniendo ánimo para sacarle la espada de la parte adonde se la había envasado, tomando por buen partido el dejársela, le volví las espaldas, y a carrera abierta no paré hasta que llegué a la parte adonde estaba nuestro bagaje, habiendo vuelto mil veces la cabeza atrás por temer que me viniese siguiendo. Compré de los que siguieron la victoria un estoque de Solíngues y algunos considerables despojos para volverlos a revender, blasonando por todo el ejército haberlos yo ganado en la batalla y haber sido rayo de la campaña. Encontré a mi amo, que lo traían muy bien desahuciado y muy mal herido, el cual me dijo:

—Bergante, ¿cómo no habéis acudido a lo que yo os mandé?

Respondíle:

—Señor, por no verme como vuesa merced se ve, porque aunque es verdad que soy soldado y cocinero,

el oficio de soldado ejercito en la cocina y de cocinero en la ocasión. El soldado no ha de tener, para ser bueno, otro oficio más que ser soldado y servir a su rey, porque si se emplea en otros, sirviendo a oficiales mayores o a sus capitanes, ni puede acudir a dos partes ni contentar a dos dueños.

Lleváronlo a la villa, adonde, por no ser tan cuerdo como yo, dió el alma a su Criador. Dejóme, más por ser él quien era que por los buenos servicios que yo le había hecho, un caballo y cincuenta ducados; que cincuenta mil años tenga de gloria, por el bien que me hizo y cien mil el que me diere ahora otro tanto por el bien que me hará.



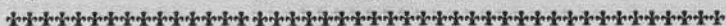


CAPITULO SEPTIMO

*Que trata del viaje que hizo a los estados de Flandes;
una pendencia ridícula que tuvo con un soldado; la
junta que hizo con un vivandero, y otros
muchos acaecimientos.*

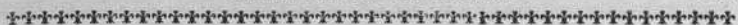
DESPUÉS de haber celebrado una de las mayores victorias que se han visto en los siglos presentes y en la mejor ocasión que han visto los humanos, se despidió Su Alteza Serenísima de su primo hermano el rey de Hungría y volvió a continuar su jornada sin haber quedado contrario que se le opusiese. Halléme en esta marcha huérfano de amo, viudo de cocina y temeroso de gastar la herencia, todo lo cual me obligó a sustentarme de mi trabajo y a poner nuevo trato. Di en hacer empanadas alemanas por estar en Alemania (que a estar en Inglaterra fueran inglesas); buscaba la harina en los villajes, donde sus moradores se habían huido, y la carne en la campaña, adonde sus dueños de ella se habían desmontado; hacía cada noche media docena, las dos de vaca y cuatro de carne de caballo, echábalas a la mañana a las ancas de la yegua sin ser ninguna de ellas la bella Tartagona,

y en llegando la hora del rendibú general, apeábame del dromedario, tendía el rancho sobre mi ferreruelo, sacaba dos ternas de dados y hacía rifar mis empanadas a escudo, quedando muchos quejosos de que no hiciese mayor provisión de ellas, como si la campaña fuese tumba común de caballos muertos. Decíanme algunos de los rifadores que era la carne muy dura, pero que estaban muy bien salpimentadas; yo les respondía que era causa el ser la carne fresca, por no tener lugar para manirla, por ocasión de marchar cada día; pero que como tuviesen despacho y pimienta no importaba nada la dureza. Pasamos el Rin y marchamos la vuelta Cruzenaque, y desde allí llegamos a Juliers, adonde Su Alteza Serenísima, acompañado de la caballería de Flandes que le había salido a recibir y convoyar, se apartó del ejército y se fué a dar alegrías a la grandiosa Corte de Bruselas, que por instantes le estaban esperando. Mandó volver atrás muchas de sus tropas, para si se necesitase de ellas en Alemania, juntamente con la gente de liga, del elector de Colonia y Maguncia y la de Su Majestad Cesárea, yendo Mansfelte por cabo de todas. Fuéme fuerza volver la proa por no ser mi oficio para encerrarme a ser cortesano. Añadí al trato de las empanadas aguardiente y tabaco, queso y naipes, y para tener en seguridad mi persona y en guardia mis mercancías, me arrimé a la caballería española, yendo por cabo de ella y por su comisario general don Pedro de Villamor. Pretendía el capitán de campaña que yo le pagase contribución de mi trato conforme lo hacían los demás que proveían la caballería, y yo me eximí de ello de tal suerte, que siempre quedé libre como el cuquillo, porque alegué ser un compuesto de dos, ni



vivandero llevando víveres, ni gorgotero llevando menudencias, porque ni tenía carreta como el uno, ni cesta como el otro, pues en rincones de ajenos carros llevaba todo mi caudal.

Tuve, por ser entretenido, entrada en casa del comisario general, y entraba una vez cada día a visitarle en su mesa, porque sabía que gustaba de ver a monsieur de la Alegría, y tres a sus carros y cantinas por conservar la alegría del nombre; entremetíame con todos los señores, y como es de los tales perder y de mercaderes ganar, jugaba a los naipes y dados con todos, y haciéndose perdidizos por cumplir con la ley de generosos, yo cargaba con la ganancia por mercader de empanadas caballunas. Estando en Andernaque encontré un día en una taberna al soldado que me ayudó a velar el difunto caballo junto a Norlinguen, y dándome vaya de que me había hallado debajo de él, yo le dije que estaba satisfecho de su persona, que a no haber hallado ocupado aquel sitio que hubiera él hecho lo mismo; empezóse a correr y a decir que era más valiente que yo, y pienso que no mentía, aunque fuera más gallina que Caco. Yo, desestimando su persona y encareciendo mi coraje, le desafié a campaña, y descalzándome un zapato, le di un escarpín, guante de mi pie izquierdo, por no tenerlo de las manos, en lugar de gaje y desafío, y por cumplir con las leyes de retador; estaba él hecho un zaque y yo una uva, y así no acertábamos a salir de la taberna. Los soldados que estaban presentes, por ver cuál era el más valiente o porque tal pendencia se ahogase en vino, nos adiestraron a las puertas y nos salieron acompañando hasta fuera de la villa, y después de habernos medido las armas nos dejaron solos y se



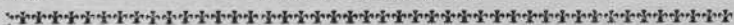
apartaron de nosotros para vernos combatir. Sacamos a un mismo tiempo las espadas, dando algunos traspies y amagos de dar de ojos; empecóme él a tirar cuchilladas a pie quedo, habiendo de distancia del uno al otro una muy larga pica. Yo me reparaba y trataba de ofenderlo a pie sosegado. Decíame de cuando en cuando:

—Reciba ésta, señor gorgotero fiambre.

Y yo, metido en cólera, aunque lo viera tan lejos, de que no me pesaba, le respondía:

—Déjela voacé venir, seo mal trapillo a fernado, y reciba ésta a buena cuenta.

Y esto, tirando tajos tan a menudo, que tenía hecho una criba al prado donde estábamos. En conclusión, acuchillando nuestras sombras y dando heridas al aire, estuvimos un rato provocando a risa a los circunstantes, hasta tanto que la descompostura de los golpes y el peso de las cabezas nos hicieron venir a tierra y nos obligaron a no podernos levantar. Acudieron los padrinos y los demás amigos, y diciendo: «Basta, no haya más, que muy valerosos han andado, y ya los damos por buenos», nos asieron dos de ellos por las manos y no hicieron poco en ponerme en pie. Llegó un camarada mío a querer levantar a mi contrario, y al tiempo que se bajó para ayudarlo, imaginando que era yo y que lo iba a hacer confesarse por mí rendido, alzó la espada, y diciendo: «Antes muerto que rendido», le cortó toda la mitad de un labio. Acudió al ruido el gobernador de la villa, y viendo a mi camarada desangrarse y a los dos con las espadas desnudas, habiéndose informado de que éramos los autores de la pendencia, mandó llevarnos presos y hacer curar al herido. Lleváronme a mí entre cuatro esbirros a la prisión, más en volan-

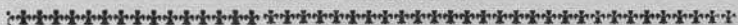


das que sobre mis pies, por no estar para sufrir la carga, y a mi competidor, porque sólo bastara un carro para poderlo menear, lo dejaron tendido en campaña, adonde como animoso combatiente, estuvo de sol a sol. Yo iba tan herido de las estocadas de vino, que ni conocí los que me llevaron preso ni supe si la cárcel era cárcel, mesón o taberna. Estuve en ella cuarenta horas, y en todas ellas no supe qué cosa era despertar. Informaron al comisario general de todo el suceso, y compadecido de mí y por hacerme la merced que siempre me hacía, envió un recado al gobernador pidiéndole que me soltase, supuesto que la pendencia que habíamos los dos tenido se apaciguaba con dos jarros de agua fría. El gobernador, por complacerle, mandó que al punto me sacasen de la prisión. Llegó con la orden un criado suyo, y habiendo hecho no poca diligencia en despertarme, volví en mí. Y pareciéndome estar en otro nuevo mundo, extrañaba el lugar adonde me hallaba; contóme quién había sido la causa de mi libertad, y yo, haciendo cruces y pareciéndome salir de un castillo encantado, fui a toda prisa a darle las gracias del buen tercio al comisario general, el cual, después de haberme hecho relatar todo el origen de la pendencia y sucesos de ella, se rió infinito y mandó satisfaciesen mi traspaso. Y después de haber sacado el vientre de mal año, fui a visitar mi rancho, el cual estaba como cosa sin dueño. Hallé el caballo boca abajo y pensativo y más flaco que caballete de espadador. Miré los frascos del aguardiente y hallélos de vacío, como mulas de retorno, y las demás mercancías, algunas cercenadas y otras que se habían huído en pies ajenos. No me dió cuidado esta no pequeña pérdida, porque eché de



ver que con una docena de empanadas de rocines se satisfacía toda. Llegamos a Chavamburque, villa del elector de Maguncia, la cual hallamos desierta de todos bastimentos, casas yermas y las caballerizas sin ningún sustento para los caballos.

Aquí despaché muy bien una nueva provisión que había hecho de aguardiente; pero no me atrevía a pregonarla por las mañanas por saber cuán bajo es el oficio de pregonero, y así la vendía cantando por no ignorar cuán honroso es el del cantor. Llamábanme todos por ser tan conocido y porque gustaban de oír mis chanzas; brindaban a mi salud, y yo, haciendo la razón, volvía-les a brindar a la de *aliquantum* y a la de sus dineros. Emborrachéme brevemente, y el daño que yo mismo solicitaba lo pagaban los frascos, por lo cual cada día había menester comprarlos nuevos. Tuve vergüenza los primeros días de ir a comer continuamente a la posada del comisario general y a la de don Cristóbal Salgado; pero viendo tantos peinados gorreros acudir con tanta puntualidad y cuidado, pensando que eran tablas de obra pía y que se comunicaban con todo particular viviente, acudí de allí adelante a gozar de la limosna o a comer de bonete, porque si las gorras que se metían fueran lanzas en Orán, ya ha muchos días que estuviera el Africa por nuestra. Gastaba las horas del día en esta forma: desde el alba hasta las nueve ejercitaba el oficio de destilador de aguas, que este título le había dado porque no llamasen aguardentero a quien tenía entrada y amistad con todos los oficiales mayores del ejército; de las nueve a las once hacía mis empanadas y las vendía, y de las once a la una era visitador general de las cocinas ajenas, sobrestante de las ollas, recono-



cedor de las cazuelas, superintendente de los asadores y pesquisidor de los vinos; de la una a las tres era vee-dor de las dos mesas referidas, gracejo de sus dueños y ejecutor de sus despojos, y de las tres hasta ponerse el sol, mercante de quesos y estanquero de naipes.

Tuve un día una pendencia con un marmitón sobre quién sabía fregar mejor una olla. Entramos en la co-cina a hacer la prueba, y por haber él dado mejor razón de su oficio, siendo él aprendiz y yo maestro y hacer burla de mí, le di con los cascós de la olla en los de su cabeza, quedando tan rotos los unos como los otros. Fuime a amparar de don Carlos de Padilla y de otro capitán de corázás. Y estando un día con ellos pensan-do tener asegurada mi persona, llegó el comisario ge-neral, y por habérsele quejado el que tocó casco sin ser jugador de espada negra, me dió media docena de palos tan bien dados, que me obligaron a tenerlos has-ta hoy en la memoria. Viendo que no me valía la inmu-nidad de mi sagrado, les dije a los que tenía por mis valederos que, conforme el libro del duelo, aquel agravio no corría por mi cuenta. Ellos, riéndose al compás que yo lloraba, me llevaron a la casa del dicho comi-sario general, y haciéndome brindis a su salud, hicie-ron las amistades. Marchamos otro día de mañana a la vuelta del Rin, en virtud de una orden que había enviado Su Alteza Serenísima para que volviésemos muy aprisa a socorrer a Brabante. Iba yo muy triste porque me habían informado entre otras cosas no ser bueno aquel país para mis mercancías por la sutileza de ingenio y gran trato de su burguesía, pero alegre por la generosidad de sus príncipes y señores y por ser tierra rica y abundante, adonde si tenía mala venta mi

aguardiente y tabaco, tendría buen despacho el arte de la bufonería. Pasamos a Juliers, a Estevans, Uberta y Diste, y llegamos a Tirlémon, adonde estaba Su Alteza Serenísima opuesto a los ejércitos de Francia y Holanda.

Juntéme en dicha villa con una añadidura de vivandero y una tilde de mercadante. Puso él de su parte la carreta, tienda potes y embudos, y yo un caballo y todo aderezo de cocina. Agregué un poco de dinero que tenía de pequeño caudal con el que él se hallaba, y habiendo hecho una razonable provisión y una escritura de estar a pérdida y a ganancia, él se ocupaba en vender el vino y cerveza, y yo en hacer pulpetas de oveja y ollas de carne mortecina por costarnos a precio moderado. Sentía por extremo el verlo entrar cada momento en la cocina a dejarme desprovisto de guisados, porque sin duda en las muestras que daba presumo que se había hallado en la rota del príncipe Tomás y que los enemigos lo habían tenido alguna semana atado a un árbol de pies y manos sin darle sustento humano. Desbautizábase él en ver que yo visitaba por instantes la pipa del vino, que a la de la cerveza siempre guardé respeto porque me pareció orines de rocín con terciarina. Iba cada día a menos nuestro caudal porque él comía por ocho y yo bebía por ochenta, sobre lo cual venimos a reñir, y cada uno por su parte nos fuimos a quejar al auditor general, el cual, informado de la justicia de cada uno, teniendo a novedad tan gracioso pleito, nos divorció sin ser obispo, mandándonos separar de nuestra alianza. Partimos los bienes muebles que cada uno había traído, mas no los gananciales, por hallarnos de pérdida y con algunas deudas.



No me pareció proseguir más con el dicho oficio, y así me determiné de ir a ver la Corte de Bruselas, por ver si conformaba su vista con su grandiosa fama. Llegué a Lovaina, insigne universidad de Brabante, y refrescándoseme la memoria de mis estudios pasados, por proseguir en ellos, me entré en un escolástico tabernáculo, adonde tomando un Calepino de tragos en poco espacio, pensando hablar romance, hablaba un latín tan corrompido que ni yo lo entendía ni nadie lo llegaba a entender. Salíme fuera de la muralla a desollar en campaña el animal que había cogido en poblado de taza de las primeras letras de la villa; detúveme en quitarle el pellejo no más de treinta horas, por causa de despertarme las cajas y trompetas de guerra, que daban muestras de la llegada de Su Alteza a aquella villa, porque a no servirme de despertador juntamente con la artillería con que se le hizo salva, yo entiendo que durmiera hasta el día de hoy. Levantéme con molimiento de cuerpo, dolor de cabeza y boca de probar vinagre; llegué aquel mismo día a Bruselas, adonde hallé ser excusada toda alabanza para tan grandiosa población. Contempléla por plaza de armas de la Europa, por escuela de la milicia, por freno de rebeldes, por espanto de enemigos, por esmalte de lealtad y por pasmo de hermosura. Vi sus altivos muros, puertas y torreones, que siendo competidores de las pirámides egipcias, son columnas sobre quien el Atlante español fía el peso de su celeste máquina y monarquía. Veneré sus campos por Eliseos, sus salidas por jardines de Venus y sus bosques por recreación de Diana. Hallé toda su nobleza en campaña, por lo cual, y por hallarme sin dineros y ser tierra que quien no

labora no manduca, me volví a seguir el ejército. Y después de haber entrado los ejércitos enemigos con pies de plomo y retirándose con pies de paja, me fui a ver a la celebrada antepresa del fuerte de Escuenque, adonde hallé a don Carlos de Padilla, capitán de corazas españolas, que por haber conocido mi alegre modo y haberme defendido de los palos referidos, se me mostraba aficionado, y como me había visto solícito con el comercio de la bucólica, me hizo vivandero de su compañía, dándome carro, caballos y dinero, debajo de palabra de préstamo y con cláusula de darle los víveres necesarios a su casa al mismo precio que yo los comprase en las villas, costumbre tan antigua en la milicia, en que se ha establecido por ley inviolable.

Fuí a la villa de Calcar, adonde cargué de todo lo competente a mi tráfico, y en particular busqué una criada de las que se usan en campaña, mercadante en la tienda, criada en la mesa, fregona en la cocina y dama en el lecho, de tierna edad, para que no ocupase el carro ni cansase los caballos con el volumen de su persona, y de buena cara, para atraer los huéspedes. Volví a mi cuartel, planté el bodegón y empecé a hacer lo que siempre había hecho y lo mismo que hiciera ahora si volviera a tal oficio. Daba al capitán la mercancía peor y la que menos me costaba y la que se maltrataba por razón de los golpes del carro, contándosela a mucho más de aquello que me costaba. Acudían a mi tienda infinidad de Adonis a la aña-gaza de la criada, y cayendo en la red sin ser martes, despachaba ella su mercancía y yo la mía; pero entre tanta abeja que acudía a los panales, pegados los pañales en la trasera, solían venir unos zánganos y moscones que me llevaban más

de una traspuesta que yo ganaba en veinte asomadas. Pero viéndome corrido y enfadado de que al maestro le diesen cuchillada, me aparté por unos días de mi compañía, por gozar del refrán de *quien se muda, Dios le ayuda*, aunque me ayudó conforme a mi buena intención, y para llevar más tren y ostentación le pedi a un capitán conocido mío una carreta prestada, diciéndole no ser más que para un convoy y ofreciéndome al buen tratamiento del caballo, con la cual y el carro que llevaba me hice vivandero de verdad, habiéndolo sido hasta allí de mentira. Arriméme al mayor grueso de la caballería española, adonde cada día iba creciendo el caudal y aumentándose el crédito y la opinión; mas la codicia, que siempre rompe el saco, y el vicio de hallarme con tanto descanso me incitaban a jugar cada instante con la gente más lucida de las tropas, entendiendo ganar por todas partes. Mas un día, que fué noche para mí, aunque después lo fué de Pascua, habiendo perdido con don Pedro de Villamor lo que quizá en la villa, haciendo el amor, había ganado la criada, le supliqué que me jugara la carreta y caballo, que aunque no era mío corría plaza de serlo. Hizo lo que le pedí, y echando quínolas más que un quebrado y flujes que para mí eran de sangre, me ganó el corto caudal que yo había adquirido y la carreta y caballo que estaban en confianza. Volvíme a mi tendejón cabizbajo y pensativo, adonde pensando hallar consuelo se me doblaron los pesares, añadiendo pena a pena y pérdida a pérdida, porque la criada, habiendo tenido noticia de que había jugado lo mío y lo ajeno, había hecho pella, como el escarabajo, de lo mejor que yo tenía y acogídose sin cañamar, dejándome la tienda

~~~~~

sola. Por cuya causa, aprovechándose algunos caballos ligeros de la ocasión, por salir pesados, la entraron a saco como si fuera pabellón de enemigos.

Halléme fuera de cuidado de no tener que guardar y con sólo el carro y caballos de mi capitán, que por razón de conocer ser suyos, no pasaron por la misma risa. Busqué un pan fiado para que desayunasen, siendo ya las nueve de la noche, y hartándolos de agua, los volví a la estala tan tristes, que me persuadí que habían sabido mi pérdida y no la hubieron de ignorar, pues ayunaron de sentimiento de ella a pan y agua. Venida la mañana, me envió a llamar don Pedro de Villamor, y dando muestras de su valor y liberalidad, me volvió todo lo que me había ganado, dándome de más a más, lo que me alegró el alma, me confortó el corazón y me desterró la tristeza. Salí de su casa hecho un carretero de la Mancha, y dándole tras cada alabanza un millón de bendiciones, volvíme a mi compañía, di la carreta a su dueño, y mi capitán, que ya sabía todo lo que me había pasado, viendo sus caballos que hilaban tan delgado que podían saltar por arco como perros de rezadores, preguntándome si les había dado la ración en dineros, me los quitó tan colérico, que pensando que me quería pagar el porte de habérselos traído, me fui de su compañía antes que él me echara de ella.

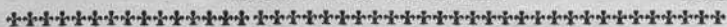
Halléme dos días antes con carro, carreta y criada y mucha mercancía, y en el que de presente me hallaba compré un saco de pan y un rocín viejo y cargado de muermo, el un ojo ciego y el otro bizco a puras nubes, y que se acordaba del asalto de Mastrique por el príncipe de Parma. Carguélo con el costal, y haciéndome dos mil reverencias, o por ver que había en



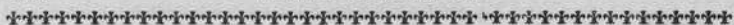


el mundo quien se acordase de él, o por suplicarme que le quitase lo que no podía llevar. Fuíme con el regimiento de caballos del marqués de Vizconte, llevándolo del cabestro para servirle de guía, y refrescándolo a cada tirón de arcabuz, y dejándolo descansar todas las veces que él quería. Vendí mi pan, compré dos frascos de aguardiente, hice mi barraca, y para comprar ollas, sartenes, calderos, potes y tazas, y tener que dar de comer y beber, embauqué a todo el regimiento, sin quedar soldado a quien no pidiese prestado; y como muchos pocos hacen un mucho, junté una buena cantidad, con la cual me volví a armar de nuevo. Pero toda la ganancia y los préstamos no fueron bastantes a poder tener aquel oficio en pie, porque era tanto lo que yo bebía, que cuando pensaba ir muy adelante me hallaba muy atrás. Apretábanme los acreedores, a quien pagaba con buenas palabras, pero jamás con buenas obras; pero advirtiéndolos que a costa suya por la mañana hasta mediodía estaba atolondrado de aguardiente y de mediodía hasta la noche de *pura mente capiamus*, dieron al auditor muchas quejas por *debitoribus nostris*, y una mañana, al son de una trompeta, hicieron almoneda de todos mis asadores, parrillas, cucharas, morteros, rалlos, trébedes y tenazas, y de todos los demás trastos, pareciendo más almoneda de baratillo o mercado viejo que bienes de vivandero. Cada acreedor cargó con lo que pudo y ninguno se atrevió a cargar con el caballito de Vamba.

Yo, viendo que sin valerme las leyes de la espera me habían dado sentencia de remate, me despedí harto tiernamente de mi querido rocín, y él a disculparse conmigo de no hallarse con fuerzas para poder acom-



pañarme. Amparéme de los capitanes, y ayudándome entre todos para ayuda de los gastos del camino, me fui al regimiento del conde de Fuenclara, el cual había ido a Alemania con orden de Su Alteza Serenísima a pedir socorro a la Cesárea Majestad del emperador para poder echar de estos estados los ejércitos agregados de Francia y Holanda. Fui a hablar a don Pedro de Carvajal, su teniente coronel, el cual anduvo tan bizarro (conociendo mi sujeto), que me prestó con que poder levantar cabeza y encastillarme en la vivandaría. Compré una carreta y dos caballos cerrados de edad y abiertos de espinazo, con más faltas que un juego de pelota, pero animales quietos y sosegados y que siempre buscaban su comodidad. Marchamos al contorno de Mastrique a cobrar algunas contribuciones, yendo por cabo de toda nuestra gente el marqués de Leyden, y volviéndonos a retirar, los buenos de mis caballos dieron en decir nones, y aunque los mataba a palos, jamás tuvieron atrevimiento de tirar coces, y esto viniendo la carreta vacía y yo caminando a pie, que a venir cargada, hubiera más de seis horas antes que necesitara de cargar con ellos y traerlos a cuestras. El uno, que era cabezudo como aragonés, dió en que no había de pasar adelante, y salióse con ello hasta ciento y un año, por cuya razón me fué fuerza quedarme muy atrasado de las tropas y venirme en buena conversación con el otro, suplicándole que me hiciese merced por otra tal de no dejarme hasta llegar el cuartel. Tropecé en el camino con seis soldados de una partida de holandeses que habían salido de Mastrique, y al tiempo que llegaron a despojarme vi más adelante una emboscada de hasta otros veinte. Y pensando que eran



de nuestra gente les empecé a dar voces para que me viniesen a ayudar. En el ínter procuré de escurrirme de los que me tenían cercado. Acudió toda la emboscada, con lo cual yo cobré ánimo y empecé a dar voces, diciendo:

—¡Viva España y muera Holanda! ¡Ea, soldados, paguen esos luteranos la amistad que me querían hacer!

Llegó toda la tropa, y como me oyeron que engañado los trataba tan mal de palabra, me dieron media docena de mochazos y me dejaron tan de valentía en el donaire y donaire en el mirar, que me daba el sol por la parte que le dió a don Bueso. Lleváronme a mí y al señor mi caballo presos a Matrique, teniendo a dicha el ser prisionero por vengarme del tal rocín viéndolo en poder de enemigos. Diéronme por cárcel una taberna, que era lo que la mona quería. Pasó la fama que era un vivandero rico, por lo cual esperaban de mí una gran ranzón, y por Dios que se engañaban, no en la mitad del justo precio, sino en todo y por todo. Al cabo de algunos días, viendo que se alargaba la prisión y crecía la costa, pedí licencia para hablar al duque de Bullón, que era gobernador en aquella villa, la cual se me concedió, y cercado de chuzos y alabardas como paso del prendimiento, me llevaron a casa del dicho duque, al cual hallé que estaba comiendo, cercado de camaradas y con grande ostentación. Hice mil cortesías, dime un centenar de tapabocas poniéndome la planta de las manos en los labios, como versos de amantes secretos, écheme a sus pies, y que quiso que no quiso, le di un par de paces de Judas, dejándole los zapatos limpios de polvo y lodo. Hízome levantar y preguntóme

\*\*\*\*\*

que cuánto daría por mi ranzón. Referile muy triste que Su Excelencia me mandara dar de beber para echar aquel susto abajo, y que después trataríamos de cosas de gusto y no de pesadumbre. Mandó que se me diera al instante, y un paje, por lisonjearme, no conociendo mi calidad y buen despacho, me trajo la bebida en una taza tan cristalina como penada. Yo le dije:

—Señor mío, eso es añadir penas a penas; salir yo de las penas de la prisión y darme a beber en taza penada es querer dar conmigo en la sepultura; vuesa merced me traiga una taza de descanso y seremos buenos amigos.

Díjome que no había taza tan grande como a él le parecía que yo había menester, a lo cual respondí:

—Tráigaseme un caldero de hacer colada, que cuando no venga lleno, suelo tiene.

El duque, disimulando la risa, le mandó me trajese una fuente que tenía de vidrio y un frasco grande de vino, y me lo fuesen echando hasta tanto que aplacase la sed. Hízolo así el paje, y yo, hociendo en un artesón que tenía, adonde se despeñaban media docena de caños de artificio, a pocas tiradas dejé la fuente agotada y agotado el frasco. Díjome el duque:

—Con esa pictima aliento tendrá ahora para tratar de su ranzón.

Respondile:

—Excelentísimo señor, *de dignare in fora quanto volite*; yo no tengo plaza de soldado ni calle de vivandero, porque soy caballero aventurero, teniendo más de Galaor que de Espladián. Mi nombre es Estebanillo González entre los españoles, monsieur de la Alegrezza entre la nación francesa. Mi oficio es el del buscón, y

\*\*\*\*\*

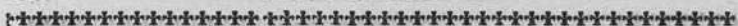
mi arte el de la bufa, por cuyas preeminencias y prerrogativas soy libre como novillo de concejo. Si cada soldado de los que se hallaron a hacerme prisionero quiere una gracia por lo que le puede tocar y Vuesa Excelencia cuatro gestos por lo que le pertenece, júntense todos, que luego de contante serán satisfechos y pagados, y donde no, su daño hacen y mi provecho, porque habiendo descubierto quién soy, no me puede faltar de derecho esta casa, por ser la más principal. y en pocos días que entre en ella se encarecerá el vino, y en pocos meses se morirán todos de sed.

Holgóse el duque de oírme; riéronse sus camaradas, y mandóme dar un plato de la mesa. Me brindaron tan a menudo, que a no ser tan buen piloto, les pudiera decir: «*A espacio penas, a espacio.*» Alzaron la tabla, y llamándome el duque me dijo que por postre de mesa me daba libertad y por principio de conciencia dos doblas para hacer venta en el camino. Agradecile la merced, y recibiendo las dos doblas me despedí de él y sus camaradas, suplicándole encarecidamente que por ninguna ranzón diera libertad a mi rocín, por los mocha-zos que recibí por su causa. Y saliéndome de la villa tomé el camino de Namur, adonde llegué con harto temor, porirme recelando en todo el viaje dar en las leyes de partida, ya que en la pasada renuncié las de la entrega, prueba y paga. Fuí a visitar a Bernabé Vizconte, capitán de caballos, y contándole mi prisión y la causa de mi libertad, y dándome en poco rato a conocer, le agradaron tanto mis burlerías, que después de haberme reparado la esterilidad del camino y añadir otra dobla a las dos que yo traía, me metió en su coche, adonde, encochinados los dos, me llevó a ver



\*\*\*\*\*

el conde Octavio Piccolomini, general de la armada imperial, que en aquella sazón estaba en aquella villa, el cual, habiéndose informado del capitán las partes y méritos que en mí concurrían, se holgó de tener un rato con quien poderse entretener, que no siempre estuvo César venciendo batallas, ni Pompeyo conquistando reinos, ni Belisario sujetando provincias, que hay tiempos de pelear y tiempos de divertirse. Y por ser hora de cortar capas y de echar bendiciones, le pusieron la mesa perteneciente a tal señor y necesaria a tan gran soldado. Mandóme dar silla de la suerte que anda el mundo y honróme con que fuera su convidado. Púso-me un criado la silla al revés, cosa que hasta entonces ignoré, y al tiempo que la quise volver me dijo que no tratase de ello, porque él me daba aquello que me pertenecía. Y como no iba yo a tratar de vanidades de asientos, sino de henchir la talega, corrí más de treinta postas camino de brindis, con estar mal ensillado. Dió fin lo que empezó en comida y acabó en banquete, y usando los camaradas diez de comida hecha, compañía desecha, quedamos solos yo y Su Excelencia y el capitán que me había conducido a que sacase la tripa de mal año. Desafiéronme a jugar a la primera, y sacando en lugar de tantos cada uno un puñado de doblas, las hicieron de resto, y yo, valiéndome de la libertad del nuevo oficio, lo hice de sopapos. Contáronme tantos, y empezamos a jugar un sopapo de vale, treinta de resto y de precio cada dobla de treinta tantos. Hallé que en ley de cristiano no podía jugar aquel juego, por ser como escritura prohibida el ir yo a la ganancia y ellos a la pérdida, pues si me decía bien ganaba doblas y si perdía perdía sopapos, que en tiem-



po de necesidad recibiría veinte al maravedí, y si los dos me ganaban quedaban dolientes de dedos y lastimados de bolsas; pero sin reparar en escrúpulos de cargos de conciencia, por ser cosa que no se usa, jugué sin miedo, como quien tenía resto abierto y bastantes carrillos para pagar cualquier cantidad. Gané a Su Excelencia seis doblas, que por usar siempre de su conocida generosidad presumo que se dejó perder. Gánome el capitán treinta tantos y dióselos de barato a los pajes, los cuales me hicieron hinchar como hombre humilde que se ve en altura y ponerme cariampollado y de figura de bóreas, y dejándome hechos los carrillos salseretas de color granadino, ellos quedaron alegres y yo satisfecho. Preguntéle al criado que me puso la silla que si había pasado hora por ella o por qué razón me la ponía a mí diferente que a los demás que habían comido con Su Excelencia. Respondióme:

—A los que convida mi amo y son gentileshombres se les da la silla a la haz; pero a los que ellos se convidan o son gentileshombres de la bufa, se les da al revés.

Yo le respondí:

—Si siempre me ha de regalar Su Excelencia como ha hecho hoy, más que me ponga vuesa merced albarda.

Y considerando que ya pasaba plaza de caballero alegre y muestra de gentilhomme entretenido, dije entre mí: «Mi gusto es mi honra, y *ande yo caliente y riase la gente*, pues *poco importa que mi padre se llame hogaza si yo me muero de hambre.*» Fuése aquella tarde Su Excelencia corriendo la posta a la corte de Bruselas, mar donde acuden todos los ríos del poder y va-

lor y patria común de todos los extranjeros. Quedéme helado cuando supe su partida, por haberme dejado habiendo sido su camarada de mesa, y de puro sentimiento estuve a pique de renunciar el tal oficio y de volverme a mis platos y escudillas. Fuíme a dar cuenta de ello al marqués Matey, que estaba en aquella villa por coronel de infantería alemana, el cual me animó a que prosiguiese adelante con mis caravanas y que no temiese el año del noviciado, y porque echó de ver que sentía el haberse ausentado Su Excelencia, me dió dineros para que le siguiese por la posta. Púseme en camino, dando a entender a los postillones (porque veía que se reían de mí viéndome tan pobre de vestido) que era un caballero mayorazgo que me había escapado de la prisión de Mastrique. Entré en Bruselas desempeñando calles, pareciendo yo postillón desvalijado y el postillón correo sin asistencia. Y después de haberme apeado y curádome, como penitente de sangre, mis desolladas asentaderas, me fuí en busca del palacio de Su Excelencia, pues sin duda pronosticaba el bien y merced que me había de hacer y el que de presente me hace, pues con tanto extremo me había inclinado a su servicio y con tal agonía le venía buscando. Preguntéle a un cortesano que si conocía al conde Octavio Piccolomini de Aragón y si sabía a qué parte estaba su palacio, el cual respondió:

—Muy poco debe vuesa merced de saber quién es ese señor, pues me pregunta a mí si lo conozco, no habiendo hoy en todo el orbe persona más conocida por su valor, por su fama y por su ilustre nacimiento, pues después de haber sido honor y gloria de Italia y Alcides del sacro imperio, ha sido el Mesías de estos esta-

dos, pues siempre que nos hemos visto oprimidos y molestados de ejércitos enemigos y hemos implorado su santo advenimiento, nos ha sacado del caos de aflicción en que nos hallábamos, pues en virtud de los socorros que nos ha conducido, el gobierno que ha tenido y la lealtad que ha mostrado, hoy se hallan los victoriosos y enemigos campos vencidos y nuestros derrotados ejércitos vencedores, pues después de haber sido con el suyo causa principal de que dejasen Lovaina libre y los estados pacíficos y triunfantes, ha sido el primer motivo y causa de haber ganado la Capela, rendido a Jateleto y conquistado a Corbi, habiendo convertido los cristales del caudaloso Soma en mar de sangre enemiga y sus plateadas márgenes en promontorios de fogosas piras y en libeos de funestos despojos. Pero ¿quién podía dar a la casa de Austria tantas victorias, a Flandes tantos laureles y añadir tantos timbres a sus armas, sino un señor de tan grandiosa calidad y tan antigua casa, originada de los excelentísimos duques de Amalfi, de cuyo esclarecido tronco han florecido sumos pontífices, títulos y señores que han dado asunto con su valor y grandeza a las historias y han inmortalizado sus famas, adornando el un cuartel de su escudo las barras de Aragón por descendiente de su casa real, tan venerada en el orbe por sus poderosos reyes, por sus invencibles conquistas y por sus aplaudidas victorias?

Tenía talle mi entendido cortesano de no cesar en un año, y pienso que tenía bastante materia para ello, a no llamarlo unos amigos suyos, por lo cual le fué fuerza quebrar el hilo de tan verdadera relación y discurso tan notorio. Despidióse de mí, y dándome noticia de la

\*\*\*\*\*

calle donde vivía Su Excelencia, se fué por una parte y yo me escurrí por otra. Quedé alegre por la buena información y triste advirtiéndome que un señor de tantas partes y de tan conocida nobleza no se dignaría de recibir en su servicio un pobre hongo producido del polvo de la tierra, y más viéndome en traje tan distraído y en hábito tan roto, porque el día de hoy no tratan a cada uno más de conforme se trata. Pero considerando que el rey don Fernando de Aragón fué el príncipe más amigo de bufones que han conocido nuestras edades y que Su Excelencia, por descendiente de aquella real casa y por gozar de las bendiciones de aquel adagio que dice: *Bien haya quien a los suyos se parece*, me admitiría, por constarle que semejantes casas jamás están escasas de leones atados y de bufones sueltos, y que fué una borracha la gentilidad en tener por deidades y dar adoración a la poesía, música y olor, y no dársele a la bufonería, siendo arte liberal de que tanto han gustado emperadores, reyes y monarcas, y que solamente es aborrecido de pelones y miserables. y que tratando los romanos de desterrar todos los bufones, por ser gente vagabunda e inútiles a la república, no pudieron conseguir su intento, por alegar todo el senado y los varones sabios y doctos ser provechosos para decir a sus emperadores libremente los defectos que tenían y las quejas y sentimientos de sus vasallos, y para divertirlos en sus melancolías y tristezas.

Animándome estas consideraciones, alargué el paso y resucité la esperanza. Llegué al palacio de este nuevo Marte, y valiéndome de las excepciones y privilegios de mi profesión, sin licencia de porteros ni reca-dos de pajes, me entré hasta su misma sala, adonde



me recibió con rostro alegre, y con su acostumbrada afabilidad mandó que me refrescasen para que apagara el calor del camino, y que de allí adelante me asistiesen con todo lo necesario y me tratarasen como a criado suyo. Agradecíle el favor y honra que me hacía, y pomposo de haber salido con mi pretensión, senté el real y tomé pacífica posesión del provechoso oficio. Mandóme hacer un vestido de su librea para que me sirviese de estimación con los señores y de salvaguardia con los pajes y lacayos, y aunque lo sentí por saber que aunque su nombre empieza en libertad es vestido de esclavitud y munición de galeotes, pues al menor tris hay un topáfuera, me fué fuerza el encajármelo por no contradecirle en su gusto y por remediar mi desnudez. En este tiempo hizo mi amo un viaje a Alemania, a reforzar el ejército imperial que estaba a su cargo en defensa y custodia de estos estados. Partió de esta corte en caballos ordinarios, siendo yo uno de los primeros que le iban sirviendo de norte y no de los postreros en llegarme a comer en su mesa y en silla baja, a uso de corte. Tomaba, por solo tomar, cuanto me daban sus camaradas y los títulos y señores de las villas y ciudades por donde íbamos pasando; yo, por no dar, aún no daba a ningún criado los buenos días. Llegamos a Viena, adonde, sin limpiarme las botas de las salpicaduras del camino, fui a besar la mano a la cesárea Majestad de la emperatriz María, la cual, con ser yo pequeño y no usarse en Alemania chapines, me hizo grande del sacro imperio; mandóme cubrir como a potentado. Yo, viéndome favorecido y en vísperas de privado, me endiosé con tanta gravedad y vanagloria, que en lo hinchado y puesto en asas parecía botija de

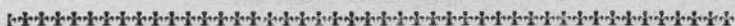
serenar. Llegó un paje por detrás de mí, y viéndome tan espetado y relleno, metió por debajo del envés de la barriga un puntiagudo aguijón que podía servir de lengua a una torneada garrocha y dar muerte con ella al más valiente novillo de Jarama. Disimulé el dolor, aunque era insufrible, por no perder un punto de mi engollamiento, y al cabo de un rato me salí de la sala por no poderlo sufrir, y encontrando al mayordomo mayor le dije:

—Señor, ¿cómo se permite que se atrevan los pajes a los príncipes extranjeros y de tanta calidad que se cubren delante de Sus Majestades cesáreas?

El cual, dejándome con la palabra en la boca y volviéndome las espaldas, me respondió:

—Esos son los postres de los bufones.

Cuyas palabras me dejaron tan mortificado y sin espíritu, que en muchos días no me atreví a volver al palacio. Mi amo (que así me he atrevido a llamarlo, pues comía su pan y vestía su librea, y siempre lo ha sido, lo es y lo será), con la mayor brevedad que pudo hizo su ejército, y dándole orden de marchar la vuelta de Flandes, fué prosiguiendo su viaje. Y yo, por no volverme de vacío, me fui a despedir de la Majestad cesárea de la emperatriz, la cual me mandó dar una taza grande de plata y cien escudos de oro. Al punto que lo recibí, tomé la posta y corrí en ella hasta Praga, cabeza del reino de Bohemia. Fui a visitar a don Baltasar de Marradas, que era virrey de aquel reino; hallélo en la mesa, y celebrando mi buena venida me dió de comer y beber, aún mucho más de lo que me bastaba. Salí a una sala de su antecámara, adonde estaba la tabla de la repostería, en la cual hallé una gran porcelana llena

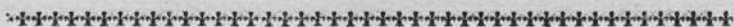


de crema con mucha azúcar y a su lado un plato cubierto de bizcochos. Hízome cosquillas lo dulce, y atreviéndome a embestirle, fiado en mis preeminencias, mojé un bizcocho en aquel piélagos de ampos, y trasladándolo con sutileza de manos a boca, me sirvió de impedimento un criado del repostero, que juzgándolo a atrevimiento o ignorando mi dignidad, me sacó aquel dulce maná de entre los labios, lastimándome todo el frontispicio de marfil. Yo, sintiendo el dolor y no reparando en galas, le encajé la porcelana en la cabeza, dejándosela tan ajustada, que parecía montera redonda de sayal blanco o cofia de aldeana curiosa. Empezáronle a bajar tantas y tan espesas corrientes, que sirviéndole al rostro de albayalde, le aprovechó de enjalbegar el vestido. Tomó un cuchillo que halló a mano y se vino como rayo para mí. Yo, que sabía cuán irremediable es una jiferada picaresca, volvíle las espaldas, y medio rodando unas escaleras abajo, llegué a la cocina, y por ver que me venía siguiendo, puesta la mano en su celada (por temor de no quebrarla), tomé un asador con la mano derecha y una tapa de hierro de una grande olla en la izquierda y me planté de firme a firme con mi mosca en leche; dió chillidos una fregona, a los cuales acudió el mayordomo, y hallándonos a los dos en postura tan ridícula, se puso en medio, y sin dar lugar al criado a que se quitase el nevado tocador, nos llevó a la mesa de su amo, con todas nuestras armas y pertrechos. Rióse mucho el vi-rrey del suceso y de ver la blancura de mi competidor, y después de mandar hacernos amigos me dió una veintena de escudos, la cual recibí con mucha vo-

\*\*\*\*\*

luntad, y con muchísima me salí de su palacio, receloso del encremado alemán.

Marchamos a Wormes, ciudad de las principales del Palatinado y vecina del ameno y caudaloso Rin, adonde estaba hecho alto el ejército imperial, aguardando segunda orden para pasar a Flandes. Venía mi amo tan a la ligera, que no traía consigo ningún bagaje, por lo cual fué fuerza que los pocos criados que le veníamos acompañando le sirviésemos en lo tocante a su comida y regalo y en otros oficios de la escalera arriba, supliendo la falta de los que venían atrás en guarda de su recámara. Encargáronme, por ver mi brío y despejo, la despensa de la comida, la cantina del vino y el pozo de la nieve, que fué lo mismo que meter una zorra en una viña cercada en tiempo de vendimia o hacer a un lobo pastor de ovejas. Diéronme criados pertenecientes a tal amo para que, entretenidos cerca de mi persona, observasen mis órdenes. Estimábanme todos los coroneles y capitanes del ejército como a nevero en verano y pescador en cuaresma. Regalábanme como quien podía y mandaba, como quien tenía a quien; hacía mis sacas de vino y mis vendajes de nieve, y con la calidad del uno y la frialdad del otro, gozaba mi bolsa de un templado temperamento. Habíame dado por cuartel, para que me aprovechase de alguna cosa, la casa de un judío rabí de nación italiana, el cual, por decir que era mi paisano y que me conoció a mí y a mi padre en la ciudad de Roma, alargaba la contribución y me hacía esperar sin ser de su ley; pero viendo que no me aprovechaba el llevarlo por bien ni por mal, me dí por desentendido, y confirmando de nuevo la amistad de la conociencia antigua, lo traje una tarde



a mi despensa a que merendase en ella, y habiendo puesto la mesa con variedad de regalos y escasez de tocino, hicele entrar en el pozo de la nieve en achaque de sacar dos frascos que estaban puestos a enfriar, el uno de vino y el otro de agua de limones, y al tiempo que lo vi en lo hondo, buscando la parte adonde estaban, tiré de la escalera y la subí arriba, dejándolo empozado como a otro José, y volviéndome a asomar a la puerta del pozo, le dije:

—Perro judío, primero te has de volver carámbano que salgas a ver la luz del cielo, hasta que me pagues todo el tiempo de mi alojamiento conforme a los demás oficiales del ejército y con el tres doble a mí, por usar de presente tres oficios en servicio del general, y todos ellos de a dos bocas.

Empezó a gritar y a llorarme pobrezas, y diciéndole que poco importaban sus voces, porque no podían ser oídas, le cerré la puerta y lo dejé empozado en parte donde no se abochornaría. Otro día, por ser forzoso el sacar nieve para el servicio de mi amo, volví a abrir y lo hallé tiritando de frío y casi helado. Volvíle a protestar ser la culpa suya, desahuciándolo de la salida hasta que yo estuviese satisfecho. Reduciose con esto a darme unas señas para que su mujer me diese todo aquello en que quedamos de concierto. En efecto, cobré mi boleta y después saqué al pobre rabí, tan hambriento y helado que en más de cuatro horas que lo tuve al rincón del fuego, dándole caldas y regalándolo, no le pude volver a su primer ser.

Otro día de mañana marchamos la vuelta del país de Henao, y al cabo de algunos días llegamos a hacer plaza de armas cerca de las murallas de Mons, donde



el conde de Boquoy, gobernador de aquel país y señor de los calificados de Flandes, salió a recibir a mi amo, y llevándolo a su palacio, acudiendo al ser quien es y a su conocida liberalidad y largueza, le hospedó y banqueteó, excediendo sus costosos regalos a los de la boda del rey Baltasar y los néctares de sus odoríferos licores a la bebida que dió la célebre Cleopatra al invencible Marco Antonio. Fueron estos banquetes para mí unos juicios finales, porque privándome de lo poco que yo tenía, daban cada instante con mi edificio en tierra. Di en visitar los vivanderos del ejército muy a menudo y en quererlos meter en contribución estando en país libre, por lo cual, y por excesivos gastos que les hacía y no pagaba, tenía cada instante con ellos mil peleonas y les echaba cada día mil roncas. Pero al cabo me venían a derribar y vencer con dos docenas de estocadas vinosas, respetándome por criado de quien era.

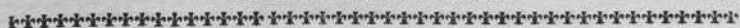
Sucedíome un día un cuento harto donoso, y fué que saliendo de comer de la villa, tan por extremo cargada la cabeza que los niños me parecían hombres y los hombres gigantes, lo blanco azul y lo verde leonado, llegué dando traspiés a una grasería, que estaba toda cubierta y adornada de manojos y hileras de velas de sebo, y pareciéndome los manojos que lo eran de rábanos, le pregunté al dueño que por qué causa les había quitado las hojas. El cual, por no entenderme y conocer de la suerte que iba, dejó de responderme, y se puso muy despacio a reír. Yo, que imagino que la preñez de mi borrachera me había dado antojo de comer rábanos, alargué la mano a una de las hileras que estaba pendiente de un palo largo, y agarrando dos velas y tirando con fuerza para darme un verde de lo que

\*\*\*\*\*

apetecía, di con todo el argadijo en tierra. Viendo el amo toda su mercancía hecha pedazos, antes de dejármela probar tomó el palo y descargólo sobre mí con tal furia que si el vino me había hecho ver estrellas a mediodía, él me hizo ver luceros a las dos de la tarde. Sentía, aunque borracho, de tal suerte el dolor y agravio, que metiendo mano a la espada cerré con él como con tropa de enemigos. Viéndome tan fuera de mí y que sin miedo ninguno me iba acercando a él sin bastarle la defensa del palo, se metió en un aposento cercano a la tienda y cerró tras sí la puerta. Yo, viendo que por más estocadas que daba a la puerta no se me quitaba el escozor de la chimenea y de las costillas, cerré con la procesión de la candelaria, y tirando tajones y reveses, desgajando y desmenuzando escuadrones de sebo y pábilos, rendí a mis pies el número de mil velas o rábanos, dejando la tienda hecha una ruina de grosura. A este tiempo acertó a pasar por cerca de mi palestra una tropa de soldados de los nuestros. y viéndome jugar de montante y tan encendido en cólera, a persuasión de unos vecinos me sacaron a la calle, diciendo a grandes voces:

—¿Palos a mí por un par de rábanos, valiendo a liarle el manojo?

Lleváronme medio en peso, adonde dormí la pendencia, dejando al pobre burgués sin dormir de puro desvelado. Fué la queja a mi amo, con otras muchas que dieron los vivanderos de que yo les estafaba y destruía, por lo cual, indignado contra mí y porque viesan la igualdad de su justicia, me mandó prender y echar una grande y pesada cadena y que me pusiesen a buen recaudo. Los ejecutores infernales, no siendo lerdos



ni perezosos a su mandato (por dar muestras de ministros puntuales), me amarraron a un duro banco, y no de galera turquesca. Allí purgué la batalla de los rábanos, allí pené los pecados cometidos contra los prójimos vivanderos, ayuné sin ser témporas ni vigiliass y hice dieta sin haberme metido en cura. Enternecida de este rigor la señora condesa de Buquoy, sorda a las quejas de tantos demandantes, le pidió a mi amo que trocase el peso de su justicia en la balanza de su misericordia, el cual, viendo la deidad que me amparaba y el ángel que me defendía, mandó que me deseslabonasen y que me diesen cumplida libertad.

Salí de aquel penitente yermo con propósito de no disgustar más a mi amo, ni obligarle a que me volviese a poner en semejante apretura, dejando de allí en adelante de visitar los conocidos vivanderos, que fué el mayor castigo que se me pudiera dar. Pasé aquella campaña tan quieto y sosegado, que más parecía pretendiente de ermitaño que hombre de bureo. Llegó el tiempo de retirarnos, y por gozar de mis anchuras y no andar compungido y recatado, me fuí a desenfadar al bosque de Bodu, tres leguas de Mons, a acompañar al príncipe Tomás, que andaba en seguimiento de un ciervo. Estuve allí muchos días, hecho devanaderas de su distrito y sabueso de su espesura. Cansado de buscar en campaña lo que abunda en poblado, le persuadí a Su Alteza que dejase aquel enfadoso ejercicio y que le bastase por escarmiento haber andado tantos ratos tras de un animal cornucopia sin poderle dar un alcance, porque si aquel molimiento y cansancio era divertimiento de príncipes como Su Alteza, no era vida de caballeros alegres como yo, porque más quería irme a ser rapo-

\*\*\*\*\*

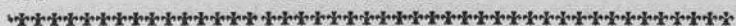
sa de una pequeña despensa que quedarme a ser lobo de un dilatado bosque. Respondiome que me guardaría bien de dejarlo, porque lo pagaría con las setenas. Este mandato me acrecentó el deseo de apartarme de ser seguidor de perros y saltador de matas. Y poniéndome en el camino de Mons sin reparar en la nueva orden, me fui a visitar mis antiguas parroquias y a verme libre de todo dominio. Estúveme holgando en ellas hasta que supe que Su Alteza había conseguido el fin de su caza por haber muerto un disforme y temerario ciervo, por cuya razón le volví a buscar para irle acompañando hasta la corte de Bruselas, adonde estaba mi amo. Preguntóme que cómo me había ido sin su licencia y no obedecido lo que me había mandado. Respondíle que me había perdido en el bosque como el marqués de Mantua, y por no encontrar con algún infante Baldovinos, me había retirado a descansar del trabajo pasado. Parecióle muy frívola disculpa, y descubriendo mi flor y oyendo que todos los caballeros y señores que le acompañaban le pedían a voces mi merecido castigo, se apartó a una parte con ellos a consultar la gravedad del delito y a pronunciar la sentencia que se me había de dar. Yo estaba con rostro de reo y con temblores de atercianado, dando al diablo oficio con tantas zozobras y vida con tantos sobresaltos. Salí de la junta y sala del crimen que en pena de mi desobediencia se me pusiese un peto fuerte y un espaldar reforzado, y que me clavasen en la delantera del peto, como lanzas en ristre, los cuernos del difunto ciervo arbolados en forma piramidal, para que me sirviesen de toldo o pabellón, y en cada gancho de la dilatada cornamenta un cascabel de marca mayor, y que

\*\*\*\*\*

del pellejo se me hiciera una capellina de armas que, cubriendo la cabeza, sirviese de loriga a lo restante de las partes desarmadas.

Notificáronme el fallo, y como si fuera pasado por vista y revista, no se me concedió apelación, y haciendo venir de la villa un armador de rastrillas de dedos y un sastre de coser pieles; me armaron de punta en blanco y me vistieron de animal selvático. Subiéronme a caballo y me mandaron que corriese la posta hasta entrar en Bruselas y dar una vuelta por todas sus calles y paseos y después entrar en su palacio real. Sali del bosque con insignias de marido consentiente, sin que me faltase para el vergonzoso jeroglífico sino sólo un pregonero y una ristra de ajos. y como por calles acostumbradas, seguí el camino real, asombrando pasajeros y alborotando perros (porque pensando que fuese segundo Anteon me seguían y perseguían); entré en Bruselas, donde al son de mis cascabeles y al estruendo de las herraduras de mi rocinante se despoblaban las casas y se colmaban las calles. Absortábanse de ver la diabólica armadura y ridículo traje. Y dándome más silbos que a un encierro de toros, me regalaban de cuando en cuando con algunos manzanazos. Llegué al real palacio, y al punto que puse pie en tierra, tuve orden de Su Alteza Serenísima el infante cardenal que subiese a verlo. Entré en la sala con muchísimo trabajo por el altura de mis ganchosos alcornoques y por el anchura espaciosa de mis aspas de cornicabra, adonde mirando Su Alteza mi espectáculo horrible y espantoso, estuvo tentado de dar un buen rato a sus lebreles; pero venciendo su piedad a su deseo, mandó que me regalasen y que no se me hiciese ofensa ninguna. Yo esta-





ba tan avergonzado de verme gentilhombre de Cervera y de traer astas arboladas sin ser corneta, que estuve mil veces tentado en el dicho camino, villas y villajes y en la entrada de Bruselas de apearme y vengarme a puras cornadas por el escarnio y burla que de mí hicieron. Dejélo de hacer porque no me desjarretasen o me echasen alanos a la oreja.

Después de haber refrescado y tomado algún aliento, volví a subir a caballo y me fuí derecho a casa de mi amo, llevando de retaguardia un grande ejército de muchachos y una grande algazara de gritos y voces. Entré en su cuarto, y admirándose de que siendo yo soltero usurpase armas ajenas, anticipándome para lo venidero, se holgó infinito de lo sucedido por haber dejado de ser cortesano, por andar al reclamo de ciervos y venados. Y por parecerle mi traje tan extravagante y ridículo que no siendo de Sático ni Fauno era trasunto del mismo Barrabás, mandó llamar a un pintor, al cual le hizo que me retratase al vivo, con cuyo favor, por hallarme merecedor de pinceles, prometiéndome de que a otra caza se me levantarían estatuas, olvidé las afrentas pasadas y traté (quitándome aquel endemoniado traje) de gozar de las presentes.

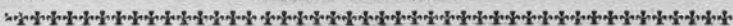
En esta ocasión convidaron a mi amo a un bautismo, dos leguas de Rupelmunda, en un castillo llamado Basel, y dejando de acompañarle me quedé en Bruselas en cierto divertimento, y al segundo día tomé la posta, codicioso de gozar de la colación y percances extraordinarios. Hallé a mi amo tan airado contra mí, que en castigo de mi tardanza mandó que me diesen de beber otro tanto vino como se había gastado en la colación y banquete de la noche pasada y que

\*\*\*\*\*

me apremiasen a que diese fin de ello. No apelé de esta nueva y nunca oída sentencia; antes, supliqué por la brevedad de la ejecución, atento a la sequedad del camino, aunque hallaba imposible el cumplimiento sin echar ensanchas a mi pellejo quitándole todas las botanas. Mas el gran Bailliu, que estaba acompañando a mi amo, por librarme de este tormento, que para mí venía a ser regalo, le dijo:

—Excelentísimo señor, yo estoy informado que Estebanillo es inquieto y que anda desasosegado, y para que pierda los bríos, ande pacífico y acuda sin hacer faltas al servicio, me parece que será provechoso remedio el caparlo, para lo cual hay en esta villa un valiente maestro que con mucha brevedad y poco dolor lo dejará como caballo del país, manso y nada coceador.

Respondióle mi amo que le parecía muy bueno el consejo y que era muy importante para mi persona, porque podría ser guardadamas en casa de un príncipe, músico en una capilla real o privado de un sultán. Yo me reía de todo este discurso y llevaba en chanza los puestos y oficios que me adjudicaban; pero advirtiéndome que llegaron a mí media docena de mosqueteros y me llevaron preso y entregaron a la guardia, quedé tan mortal que, a no cerrar los dientes, se me saliera el alma por la boca. Y viendo que mi amo se volvió a Bruselas y me dejó triste y desamparado en poder de la gura, me acabé de desmayar, juzgándome vecino de Capadocia. Vino a visitarme el gran Bailliu; díjome que no tenía otro remedio mi prisión sino armarme de ánimo y de paciencia y apercibirme para ir al castillo de Rupelmunda; yo le supliqué, hincado de



rodillas y hechos mis ojos dos fuentes de lágrimas, que tuviese lástima de mi juventud y que no me privase de las prendas más necesarias a ella, que en llegando la vejez, entonces podría ejecutar en mí tan riguroso fallo, demás de que desde ahora en adelante yo le hacía donación y renunciación de mi libre y espontánea voluntad, sin premio ni fuerza ni inducimiento alguno, porque no era justo ir contra lo que Dios mandó a nuestros primeros padres en materia de la multiplicación, y que era ir contra las leyes de naturaleza haciendo de una gallina un capón. Volvió la espaldas (quizá porque no le viera reír) y subió a caballo, y con una compañía que había traído de aquel castillo a estar de guardia a mi amo, me llevó a Rupelmunda como a prisionero de importancia, y me dejó muy bien cerrado y en parte segura de toda fuga, diciéndome por despedida que otro día vendría el sastre de cortar bolsas y me aligeraría de peso y cumpliría lo que mi amo dejaba ordenado. No sé cómo encarecer de la suerte que quedé, pues fué tal que, cubriéndose el rostro de un sudor frío y el cuerpo de un mortal desmayo, pienso que lucharon la vida y la muerte por espacio de dos horas, teniéndome privado de sentidos y enajenado de potencias; mas, volviendo en mí al cabo de la lucha y viendo la desdicha que había venido a la casa de los Muñatones, pues quedaba con mayorazgo que no le podía dar sucesor, y acordándome de lo poco que había ganado en el moderno oficio y lo mucho que perdía en haberlo usado, volví a renovar el llanto, y con el mismo sentimiento con que se despide el cuerpo del alma, me empecé a despedir de la carne de mis carnes y no huesos de mis huesos, diciendo: «¡Ay dulces prendas



por mi mal perdidas, nacidas y procreadas con este desdichado cuerpo, compañeras en todas mis aflicciones, causa y origen de mi mal logrado bozo: sabe el cielo lo que siento el dejaros y la falta tan grande que me haréis en esta larga ausencia!» Con este triste sentimiento pasé toda la noche sollozando tan violenta despedida y esperando por horas al maestro del chiste o sastre de coser alforjas.

Venida la mañana, me asomé a una reja del castillo a divertirme un poco mirando la villa y en apacible y deleitosa campaña; al cabo de un grande espacio vi pasar pegado a los muros de mi prisión un gran concurso de señores, capitanes y gente particular, y en retaguardia de todos, Su Altera Serenísima el príncipe cardenal y el príncipe Tomás su primo, gobernador de las armas, con cuya presencia se me volvió el alma al cuerpo, la sangre a las venas y el aliento al corazón, y dando voces como loco desde la ventana del homenaje, le dije a Su Alteza real que tuviese piedad y compasión de mí y que pudiese más su misericordia que no la justicia de mi amo; respondiéndome con aquel semblante afable y vista halagüeña que siempre tuvo que se vería mi justicia y se daría traslado a la parte y que no se me haría agravio ninguno. Pero el príncipe Tomás, poniéndose el dedo sobre los labios, me amenazó a lo genovés, con lo cual se aguló mi alegría, por cuyo efecto tuve una caliente y una fría, como banquete real.

Pasé todo aquel día con esperanzas y desesperaciones, con placeres y pesares, con gustos y disgustos. Llegó la noche, tan oscura y tenebrosa que parecía que anunciaba la angustia en que me había de ver. Entró

\*\*\*\*\*

el carcelero a mi aposento, y por más seguridad de mi prisión me pasó a un lóbrego y fuerte calabozo, adonde hallé otro prisionero que esperaba aún peor susto del que yo había de pasar. Preguntéle la causa de su prisión, y respondiéndome que por unas niñerías que no importaban un puñado de alberjones lo tenían de aquella suerte, porque no se hallaba contra él otra cosa más de que campaba de rapio rapio y de desporqueronar algunas almas cristianas, y que gustaría de saber por qué me habían traído a hacerle compañía. Díjele que por jugar al capadillo me tenían en caponera. Respondiéndome que me declarase más porque no me entendía. A lo cual le repliqué: «Si a ello va, ni yo tampoco he podido penetrar lo que vuesa merced me ha dicho.» No pudimos proseguir con la conversación porque, después de haber oído un gran ruido de llaves, vimos entrar al carcelero con una cara de fullero perdidioso, el cual, asiéndome de los cabezones con una gran furia, como si hubiera de heredar mis lamentados despojos, me sacó a una gran sala, fúnebre teatro de mi desventura, adonde hallé un cirujano con cauterios calientes, estopas frías y huevos setenados, y un alguacil colérico que con mucha priesa le mandaba hiciese su oficio, ejecutando lo que Su Excelencia había mandado. Asiéronme cuatro galafates de pan de munición, lagartos desde la cuna, y bajándome las bragas me montaron sobre un potro que no era de Córdoba: atáronme de pies y manos y pusiéronme una ligadura de un listón en la parte de la división, apartamiento que intentaban hacer tan a mi costa. Tomó el cirujano la navaja y empezóla a enarbolar y a acercarse con ella hacia la parte de mi suplicio. Yo, después de haber dado voces que





podieran romper las vidrieras celestes, comencé a pedir confesión, a cuyos ecos tristes acudió un paje de Su Alteza Serenísima, diciendo en voz alegre: «¡Gracia, gracia!» Pero yo estaba tan turbado y muerto que apenas entendí la venturosa nueva. Quitáronme del pequeño cadalso, y volviendo algún tanto en mí, al tiempo de cubrir las desnudas columnas, quise ver si en aquel trinquete había habido alguna falta; pero hallándome sano y salvo y libre de toda malrota y gabela, empecé poco a poco a tomar respiración. Lleváronme delante de Su Alteza, el cual me dijo:

—¿Qué desdicha es ésta, Estebanillo? ¿O qué pecados has cometido para haberte puesto en tal aprieto? Yo le respondí:

—Señor, éstos son caprichos de señores y pensión de los de mi arte.

Díjome un ayuda de cámara:

—Hermano Esteban, el oficio del gracioso tiene del pan y del palo, de la miel y de la hiel y del gusto y susto, y es menester pasar cochura por hermosura.

Pedí de beber para echar abajo toda la melancolía; a pocos lances y buenos me reventaban los ojos de alegría y la barriga de vino, y echaba de la oseta. Volvíme con Su Alteza a Bruselas, adonde sin ser doctor le visitaba por la mañana en la cama y a mediodía en la mesa. Al cabo de algunos días volvió mi amo segunda vez al imperio, yéndole yo sirviendo en figura de correo hasta llegar a la corte de Viena, la cual hallé llena de máscaras, fiestas y regocijos, por ser Carnestolendas y tierra donde se celebra más que en ninguna parte de la Europa. Y yo, por oír decir: *dondequiera que fueres haz como vieres*, hice media docena de mascaradas los

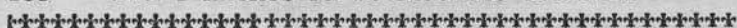
\*\*\*\*\*

primeros días, con ayuda de amigos y conocidos, tan alegres y vistosas, que demás de ser celebradas no perdí nada en la mercancía. Y viéndome cargado de alabanzas y premios, proseguí en dar gusto a los señores y regocijo a la corte. Habiéndome hecho una cadena de dientes y muelas de caballos que estaban como el camarada que tuve en Norlinguen, me vestí de montambanco y me tercié el cabestrillo de raigones; puse en la mano derecha un gatillo de sacar muelas y en la izquierda una cestilla llena de botecillos de ungüentos y emplastos encerados. Llevé conmigo cuatro judíos italianos con vestidos provocativos a risa y con medias máscaras que cubrían de la nariz arriba, por causa de que no fuesen conocidos del vulgo, y subiendo en un caballo me fuí por todas las plazas y cantones de la corte, haciendo paradas y dando voces para juntar la gente; y para encarecer mis medicamentos, llegaban los tres judíos, que estaban apartados de mí, cada uno por su parte, rompiendo el corrillo y concurso de la gente, y compraban de los botes y emplastos, y pagándome por cada uno dos reales, a vista de todo el auditorio, provocaban a muchos ignorantes a que llegasen a lo mismo, llevando en los pequeños botes una poca de harina desleída con agua y en los emplastos un poco de cañamazo bañado con sebo y cera. Llegaba después el cuarto hebreo, fingiendo tener gran dolor de muelas; traía las manos puestas en los carrillos, y quejándose muy a menudo juntábase a las crines de mi rocín, abría una boca de un palmo; mirábale yo despacio la dentadura, como si él fuera caballo y yo albeitar que pretendiese saber la edad que tenía, y abatiendo el gatillo y fingiendo sacarle una muela, ponía en él otra que yo llevaba, pedi-



da para el efecto a un amigo barbero, y dando a entender habérsela sacado sin dolor ni sangre, le hacía que escupiera muchas veces, y alzando el brazo con el gatillo enmolado alababa mi destreza y convidaba a quitárselas a los pobres de gracia, obligándome a dejar todos los vecinos de aquella corte por muy poco precio sin ningunos dientes ni muelas. Dábame el judío un real y volvíase a salir del corrincho, encareciendo mi agilidad y jurando no haberle dolido ni sacándole sangre, por lo cual llegaban algunos inocentes a querer hacer la prueba y remediar sus dolores, y yo, engañándoles con visitarles las andanas y hacerles creer no estar la muela en estado de sacarla, les aplicaba uno de los emplastos, y les quitaba el dinero, y los enviaba muy consolados. Solemnizábanlo los que sabían que era burla y divertíanse los que lo ignoraban, y apenas se deshacía un corrillo cuando a poco trecho juntaba otro y hacía la misma manufactura, encajando la propia presa.

Vine a llegar cerca del palacio imperial a tiempo que Sus Majestades cesáreas estaban a unas ventanas juntamente con el príncipe Matías, hermano del gran duque de Toscana, viendo pasar mucha variedad de mascarados. Y por ver que ponían los ojos en los de mi cuadrilla, empecé a vocear y a juntar un numeroso auditorio, y después de haber hecho mi papel como en las demás partes y hecho su parte los tres cansinos, llegó el doliente del mal de Santa Polonia, y haciendo muy al vivo su figura, abrió la puerta, que le sirvieron sus dientes de rastrillo para que no entrase el tocino, y sus labios de puente levadiza para impedir el paso al vino. Y como estaba asegurado de que jamás le hacía daño



ninguno, echó al aire toda la herramienta de mascar; agarréle con el gatillo una muela, que me pareció la más abultada de todas las demás, y por hacer reír a Sus Majestades a costa de llanto ajeno, tiré con tanta fuerza, que no sólo se la saqué, pero muy grande parte de la quijada con ella. Empezó el judío a dar voces y sus camaradas a emperrarse contra mí, Sus Majestades a reírse y el pueblo a regocijarse. Mas por ver que había algunos en el corro que se amotinaban contra mí, enternecidos del arroyo de sangre que salía de la boca del desquijarado, dije en alta voz:

—Adviertan vuestas mercedes que el doliente es judío y sus camaradas hebreos, y que he hecho aposta lo que se ha visto, y no por ignorar mi oficio.

Con estas razones volvió a renovar el alegría y a celebrar la acción, y a darles tal felpa a los cuatro Zabulones, que, a no valerles los pies, llevaran más que curar, aunque pienso que no llevaron muy poco.





## CAPITULO OCTAVO

*En que declara la vuelta que dió a los estados de Flandes sirviendo de correo, y lo que le sucedió en el socorro y batalla que dió su amo en Tionvila, y de cómo fué recibido en el servicio de Su Alteza Serrentísima el infante cardenal, y otra mucha variedad de sucesos.*

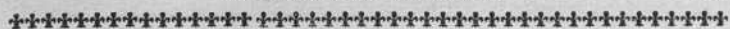


Y amo, que siempre andaba solícito y cuidadoso en el servicio de Su Majestad católica, partió de Viena el primer día de Cuaresma a los estados de Flandes con un nuevo socorro de lucido ejército, y yo me quedé en Viena a cobrar los gajes de haber alegrado a los alemanes y entristecido a los hebreos, y más los donativos competentes a mi oficio. Dióme Su Majestad cesárea una cadena de oro, y otra el archiduque Leopoldo, su hermano, y otra el príncipe Matías, sin otras dádivas de títulos y señores. Al tercer día de mi ocupación y recogimiento de pre-



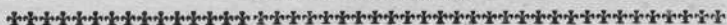
seas me envió el marqués de Castañeda (que estaba en aquella corte por embajador de España) por correo a los Países Bajos, con un despacho de Su Majestad católica para su hermano el Serenísimo infante cardenal. Cuando me vi entronizado en tanta altura, olvidándome de todos mis oficios y beneficios, como no pude decir: de paje vine a marqués, como don Alvaro de Luna, dije: de bufón vine a correo, que fué el primer escalón. Hice tan buena diligencia, que ensanché mi fama y quedé opinado por persona de confianza. Holgóse mucho Su Alteza cuando me vió tan avanzado y supo con la brevedad y cuidado que había traído el despacho, por lo cual toda aquella campaña ejercité el nuevo oficio de andar al trote, volviendo otras dos veces a Alemania, a Lorena, a Luxemburgo, a las fronteras de Francia y al ejército que traía mi amo para socorrer a Tionvila, llevando despachos, zangoloteando postillones y desorejando postas. Quiso mi ventura que me hallé con mi amo al tiempo que, hecho otro segundo dios de las batallas, la venía a dar al ejército de Francia, que nos tenía sitiada y oprimida la dicha villa. Supliquéle, en albricias de la victoria, pues yo la tenía por cierta, por ir el Hércules de Florencia a socorrer la combatida Troya, que en acabando de despachar a la otra vida al ejército contrario, me enviase a llevar las nuevas a Su Alteza. Respondióme:

—Señor Estebanillo, vuesa merced es hombre muy diligente para correo y muy cobarde para estas ocasiones; y así, supuesto que sé yo que no ha de pelear y que ha de hacer lo mismo que hizo en Norlinguen, según me ha contado, yo le concedo lo que me pide, y



así, póngase en otra montaña, y si viere que Dios fuere servido de darme victoria, vaya a darle aviso a Su Alteza, que yo sé que ganará más en ello que en buscar rendidos despojos.

Yo, estimando la merced y tomando su consejo, por no ponerme en contingencia de que pasase detrimento el viaje que esperaba hacer, me subí en una montaña a dos leguas de ambos campos, a tiempo que cerrando mi amo con el del enemigo, obrando prodigios de valor y portentos de bizarría, lo deshizo, venció y arruinó, quedando la villa libre y la campaña por suya, hecha toda ella un cementerio de finados. Viendo, pues, que nuestro valeroso ejército (en virtud de llevar tan heroico e invencible general) apellidaba la victoria y avanzaba al desvalijo, bajé de mi relevado Olimpo a llevar la dichosa nueva a Su Alteza; mas encontrando en el camino a un vivandero de los nuestros, so color de apagar el polvo que había cobrado en la batalla, fingiendo haberme hallado en la primera embestida, bebí de tal modo celebrando el valor de mi amo y brindando a su salud, que dentro de un cuarto de hora me hallé con más ganas de dormir que no de correr postas. Pero animándome lo más que pude por codicia de ganar las albricias, con estar aturrido y medio fuera de mí, con ayuda de un vivandero y de un amigo mío, que le estaba acompañando, volví a subir a caballo; pero en esta ocasión tan desgraciada, que tirando la villa un cañonazo (quizá por salva de la victoria, pues vino acompañado de otros muchos), con pasar la bala más de una legua de mí, fué tanto el pavor y sobresalto que recibí, que pensando que me había hecho



pedazos a mí y a mi caballo, me dejé caer de él tan desatentadamente, que dando con todo el cuerpo una gran caída en tierra, me lastimé con la punta de un desgajado bastón una pierna y me salieron de ella algunas gotas de sangre, las cuales, al instante que las llegué a ver y a sentir el dolor, tuve por cosa cierta que el cañonazo me la había hecho menudas astillas, y empecé a dar voces que atronaba toda la campaña, diciendo: «¡Jesús, que me han muerto! ¡Confesión, confesión!», a cuyas lamentables quejas acudió el vivandero y el conocido amigo, e informándose de la causa de ellas les certifiqué haberme hecho pedazos la pierna una bala de artillería de las que había tirado la villa. Ellos, que habían oído el estallido de los rigurosos bronces y veían los extremos dolorosos que yo hacía y una poca de sangre que campaba en el nevado campo de la calceta, lo creyeron de tal suerte, que llevándome en peso entre los dos, me metieron en el carro y me llevaron a la victoriosa villa.

Buscáronme una buena posada, y porque vieron que iba necesitado de sueño, por lo mucho que había bebido, me recostaron sobre una limpia cama, y dejándome sosegar se salieron en busca de un cirujano para que me curase. Tardaron más de cuatro horas en volver a la posada, por haber hallado todos los cirujanos ocupados en curar algunos heridos de los nuestros y de los muchos prisioneros que se habían hecho. En cuyo término desistí los vapores de la cabeza, y quedé libre del dolor y borrachera. Y estando durmiendo despacio lo que había bebido de prisa, entraron en mi aposento mis enfermeros y un venerable y barbado cirujano, con

\*\*\*\*\*

media docena de platicantes, que al olor de haberle dicho que tenía muy linda china y que era criado del victorioso general, me venía a curar de ostentación. Al instante que llegaron, aligerando todos a un tiempo de capas y sombreros, empezaron a destripar estuches, a limpiar sierras y a afilar navajas, hacer hilas y a romper paños, haciendo capirotadas de huevos y cocimientos de vinos. Al tiempo que estuvo todo a punto, mandó el tal maestro que me despertasen para ver la cura que requería el destrozo de la bala. Y habiéndolo yo hecho (aunque no con mucha facilidad, porque estaba en lo mejor de mi sueño), me senté sobre la cama y quedé muy escandalizado de ver tantos cuervos con herramientas de hacer anatomía. Díjome el maestro que descubriese la pierna para reconocer el golpe y aplicarle el remedio conveniente. Yo, sonriéndome como quien ya tenía su juicio cabal, la eché con brevedad al aire, y haciendo el cirujano acercar una vela encendida y poniéndose apresuradamente unos cristalinos anteojos. le dió una atenta mirada de alto a bajo y un sobado de dedos que parecía que maduraba brevas. Pero hallándola toda sana y buena, sin tener otra lesión más que un pequeño rasguño, me dijo muy atufado y medio corrido:

—¿Vuesa merced acaso hace burla de mí, pues me envía a llamar para curarle sus heridas fingidas y fabulosas?

Respondile:

—Vuesa merced me ponga en el estado que estaba cuando lo envié a llamar y echará de ver que cuando la herida no fuese verdadera, por lo menos me lo parecía; pero porque no se queje de mí ni diga que ha

\*\*\*\*\*

trabajado en balde, tome esta pieza de a ocho para que no salga de aquí lo que ha sucedido y haga cuenta que me ha echado media docena de estopadas.

Recibió el dinero, y riéndose él y la chusma de oficiales, nos desocuparon el aposento. Fui a visitar a mi amo, a quien di el parabién de la victoria y le conté la causa de no haber llevado la nueva de ella a Su Alteza Serenísima y lo corrido que había quedado el cirujano cuando me había hallado aun sin señal de herida, lo cual fué añadir a una alegría otra alegría y a un gusto otro gusto. Salí a recorrer la campaña para ver dónde había mi amo emprendido tan gran resolución, obrado tan grande hazaña y ganado tan gran renombre; halléla toda cubierta de cadáveres sangrientos, que movían a piedad aun a los mismos homicidas. Vi una multitud de prisioneros, adonde demás de estar en ellos la mayor parte de la nobleza de Francia, estaban sus más valientes y animosos soldados. Enseñáronme la gran copia de vencidas banderas, mostráronme la gran suma de sus rendidos estandartes, la grandeza de su artillería y la riqueza de sus despojos. A este tiempo mandó mi amo retirar las piezas y municiones a la villa (la cual, como a su libertador, le aclamaba y aplaudía, dándole, tras infinitos parabienes, infinidad de agradecimientos) y llevar todos los prisioneros a Bruselas. Y después de haber hecho hacimiento de gracias al Señor, cuya mano poderosa es la guía de todas las victorias y prosperidades de este mundo, le dió aviso por entero a Su Alteza Serenísima, con cuya victoriosa nueva se alegraron todos los países, y tocando la trompa su invencible fama, se acobardaron los extraños y se animaron las plumas por tener tan valeroso asunto los no apasio-



\*\*\*\*\*

nados cronistas. Y habiendo hecho enterrar todos los difuntos y curar los heridos y refrescar su ejército, se entró a tomar algunas villas de la Francia, molestando sus fronteras y poniendo horror a toda aquella provincia. En cuyo tiempo, en premio de tantos y tan reales servicios, y en recompensa de tantos socorros y hazañas victoriosas, le envió su Real Majestad la merced y título del ducado de Amalfi, estado que fué de sus ilustres progenitores y restauración de tan valeroso soldado. Hizo aquel día mercedes a todos sus criados, y demás de ser yo uno de los favorecidos, me prometió dar en el dicho estado con que pudiese descansar y vivir en marchitándose la flor de la juventud y llegando a los umbrales de la vejez. Yo acepté la promesa, como aquel que no sabía el fin que vendría a tener ni el estado en que me hallaría en aquella edad, y pues *no hay plazo que no llegue, ni deuda que no se pague*, y es refrán italiano el asegurar que *ogni promessa é debito*, tengo por cosa cierta y por caso asegurado, como quien tan bien conoce su generosidad, que si Dios me da vida veré este plazo cumplido y esta deuda pagada. Y por aumentar el regocijo de tan alegre día y darle a mi amo muestras de agradecimiento, compuse un soneto en su alabanza, no conforme a su gran merecimiento, pero por lo menos harto trabajado, por declarar sus primeras letras su gloriosa estirpe de Aragón, por cuya atención y hazañas notorias se le había hecho la merced, y en las letras de en medio el nombre de su ducado, y en las últimas líneas los atributos tan debidos a su persona y tan conocidos en la Europa, el cual, si no me he olvidado, decía de esta manera:

|                    |                     |             |
|--------------------|---------------------|-------------|
| Guerrero insigne,  | Llustre y           | Poderoso,   |
| Laureado de        | Daphne por          | Prudente,   |
| Onor del Orbe,     | Clises              | Eminente,   |
| Romano César.      | Que triunfó         | Animoso,    |
| Iris de Flandes,   | Ancedor             | Famoso,     |
| Alejandro sin par, | Ector               | Valiente,   |
| De cuya fama       | Dulce y             | Refulgente, |
| Está el imperio    | Eterno, y           | Victorioso, |
| Atlante en fuerza, | Aquiles             | Aplaudido,  |
| Rayo en la guerra, | Marte en ser        | Soldado,    |
| Aníbal de Cartago, | Amón                | Temido,     |
| Gloria de Siena,   | Tauro               | Venerado,   |
| Onor de            | Flandes, donde sois | Querido,    |
| Norte de           | Italia, donde sois  | Amado.      |

Contentóme a mi amo la novedad de la curiosidad de la compostura, y aunque no creyó que los versos fuesen hijos de mi ingenio, se satisfizo de mi grande voluntad. Despachóme por la posta en busca de Su Alteza Serenísima a llevar ciertos pliegos de importancia, y dando tres higas a Atalanta y cuatro a los irracionales partos del Betis, le hallé en Esteque, el cual, habiendo recibido los despachos, tuve, demás del premio, el tenerme siempre en su gracia. Allí fui bravamente favorecido de los señores del país, porque como yo les contaba todo el suceso de la batalla y como me veían en servicio de tan esforzado y valeroso general y amparado de un príncipe, hermano de un rey de España, se inclinaban todos a hacerme mercedes y yo a recibirlas. Marchó después de lo referido Su Alteza la vuelta de Dunquerque, por estar aguardando la armada, que venía a cargo de don Antonio de Oquendo y de don Andrés de Castro. Derterminéme a irle acompañando, por lo que se me pegaba y porque sabía que

\*\*\*\*\*

gustaba mi amo de ello. Llegamos a aquella pequeña villa, que por ser grande en valor es terror de Holanda y opresión de las demás armadas enemigas, cuyos invencibles bajeles, siendo ruina y destrucción de las flotas holandesas, son los que abastecen y enriquecen estos países. Llegó la referida armada con más grandeza que gobierno y con más velocidad que ventura. Salióla a recibir la holandesa con menos fuerza y mejor disposición, y al tiempo que se empezaron a pelotear, no agradándome aquel juego de raqueta por no llevar algún pelotazo de barato estando en tierra y las armadas dos leguas a la mar, dejando a Su Alteza Serenísima en campaña, me fui a la villa y me entré en una cantina adonde se vendía cerveza, por si acaso diese algún cañonazo en su edificio no me pudieran empecer sus obras muertas, y pidiendo cerveza, cosa que jamás había probado (porque me dejasen estar en ella), estuve bebiendo toda una tarde de potes de purgas por no recibir récipes de píldoras holandesas, y con hallarme las tripas encharcadas como rana, no tuve ánimo para salir hasta tanto que cesó el ruido de la refriega y me aseguraron haber dado fin la disputa de las dos armadas.

Entró el proceloso invierno, coronáronse los montes de escarchados turbantes, vistiéronse las sierras de tersas alcandoras, y el tirano de las flores y bandolero de las hojas asaltó el bosque y combatió la selva. Volvió el león español a su leonera, y yo, como oso colmenero, le fui acompañando para lamerme los dedos en la cueva de la corte. Al cabo de mucho tiempo marchó mi amo, el duque de Amalfi, con su ejército, la vuelta del imperio, por orden de la Majestad cesárea, habien-

\*\*\*\*\*

do enviado para conducirlo al conde de Lesen. A esta ocasión me sobrevino una tan rigurosa enfermedad, que me obligó a no poder seguirlo y a quedarme en Bruselas. Publicóse mi dolencia por toda la villa, por lo cual me venían a ver muchos amigos y conocidos. Visitábanme los mejores doctores, servíame con mucha puntualidad la huéspedada de la posada, asistíanme las criadas y regalábanme los vecinos. Faltóme el dinero, añadiéndose a una enfermedad otra; presumo que es mucho mayor la de la bolsa que la del cuerpo. Faltáronme a un mismo tiempo amigos y conocidos, doctores, huéspedada, criadas y vecinos, con que me desengañé que aquellas visitas no se hacían por ganar una de las obras de misericordia, ni por ver a Estebanillo, sino a la fama de mi dinero y para ser esponjas de él. Este ejemplar me ha hecho conservar el tiempo que lo he tenido, aunque en ello he ido contra los preceptos y reglas de mi profesión.

Y porque con razón se diga que *cosa mala no se muere*, tuve entera y cumplida salud en muy pocos días, y hallándome convaleciente fui a visitar a Su Alteza Serenísima y a pedirle licencia y ayuda de costa para ir a buscar a mi amo, el cual, no consintiendo que me fuese a Alemania, me mandó quedar en su servicio. No repliqué a esta proposición, por verme muy débil para ponerme en camino. Y por lo bien que me estaba, entré a servirle con muchísimo gusto, y aunque mi oficio no era jurado, tiraba ración cada día y provechos cada hora. Aquí fué donde se me infundió un abismo de gravedad viendo que de bufón de una Excelencia había llegado a serlo de una Alteza Real; y como otros dan en querer perros, monos y otros diferentes animales,

\*\*\*\*\*

dió Su Alteza en quererme bien (que hay ojos que de legañas se enamoran, y como hay hombres de bien con poca dicha, hay pícaros con mucha suerte) y mostrarlo en mandarme hacer muy ricos y costosos vestidos. Gustaba de llevarme a la caza a caballo y en sus coches cuando salía a tomar descanso del peso de su gobierno y a dar alegrías a sus súbditos y regocijo a la corte, en cuyo apacible estruendo y sonoro ruido me hallaba como el pez en el agua o como el aceite sobre ella. Tocóme la desvanecida por línea de presunción por verme favorecido y premiado, y como tal sólo trataba de la comodidad de mi persona, aseo y regalo de ella. Y para que se entienda el mal tiempo que gozamos, hubo más de cuatro pares de presumidos que llegaron a tenerme envidia y procurar que cayese de la privanza, sin advertir que no era yo segundo Ruy López de Avalos, sino un pobre caballero alegre con quien gustaba de entretenerse un príncipe, y que ellos, si querían usar mi oficio (pues tanto lo envidiaban), lo podían hacer y se hallarían tan favorecidos como me juzgaban. Viéndome cargado de tantos émulos, traté (por si acaso de la próspera llegase a la adversa) de hacer recluta de doblones, que son los amigos del alma y regaladores del cuerpo, para lo cual hice una lista de todos los príncipes, duques, condes, marqueses y barones del país, llenando un pliego de la letanía de sus nombres, con anotación al margen (en lugar de *Ora pro nobis*) de las calles y palacios en que vivían, y conforme la lista, los iba visitando al tiempo que estaban sobre la tabla, por ser propio (demás de gozar yo de muchos regalos) de hacer los señores mercedes, porque a las mañanas se levantan mustios y desabridos, y a las tardes se hallan



enfadados de negocios o fatigados de acreedores. Hallaba en los señores referidos tanta liberalidad y magnificencia y ostentación, que echaba de ver que ni había otra Flandes en el mundo ni otra generosidad en la Europa. Iba por mis turnos cogiendo la ofrenda y agradeciendo el beneficio. El día que me hallaba melancólico no visitaba a nadie, porque fuera contra razón ir a buscar a quien me alegrase siendo mi oficio alegrar a todos, ni entrar pensativo y murrio quien iba a pedir dinero sin llevar prendas de oro, sino una poca de parolina.

Llegóse el tiempo de las carnestolendas, y yo, por agradar a Su Alteza y alegrar a todos los señores de la corte (por el bien que me hacían), saqué un carro triunfal muy compuesto y adornado, y dentro de él una docena de bebedores escogidos a moco de candil, que con ser tan buenos despabiladores quedaron a la noche de moco de pavo. Llevaba una redonda mesa, donde los doce comían pan, muy espléndida de fiambres y cecina salada, y dos botas de cerveza para apagar los apetitos de la carne. Representaba yo el zambo mayor de aquellos doce monos, teniéndolos instruidos a mis órdenes y mandatos. Iba en cabecera de mesa uno que, por ser tan amigo de Baco, lo representó aquella tarde muy al vivo. Iba desnudo en carnes, y con una guirnalda de hojas de parra contrahechas que le ceñía toda la cabeza, y otra enramada de las mismas hojas que le tapaba las pertenencias y bosques de la baja Alemania. Iba sentado sobre una bota de vino, y por ser tiempo de invierno y tierra no muy acomodada para triunfar en carnes, con tener asiento cálido de vapores y con ir menudeando jarros de su tridente, iba tan de Baco in-

vernizo, que más parecía alma penando en sierra nevada que pellejo encima de tonel. Llevaba cada uno de los de mi cuadrilla, en lugar de cifras y cañas, un gran vaso en la mano derecha lleno de cerveza, y en emparejando con cualquier coche de damas o señores les brindaba yo a su salud, y mis compañeros, a un mismo tiempo y compás (sin saber puntos de solfa), empinaban los codos y hacían la razón. Llevaba de más a más otros tres criados: el uno para que fuese sacando la cerveza de los toneles, y los dos para que fuesen hinchendo las tazas que se iban vaciando, con tal cuidado y puntualidad, que jamás parecimos vírgenes locas, porque siempre estuvieron llenas las lámparas y las orejas encendidas. Dimos tres o cuatro vueltas al tur, bebiendo a tantas saludes, que padecieron detrimento las nuestras; y cuando ya iba el aduar cuesta abajo, y nos hacía el vino y la señora doña cerveza, a unos estar de *Asperges me Domine* y a otros de *Humiliate capita vestra*, acertó a pasar Su Alteza, haciéndole todos una salva real de tragos puros y refinados, no fué forzoso salir rendidos, habiendo entrado triunfantes. Cayó nuestro desnudo Baco de la esfera de su tonel encima de la mesa de la comida, y echando abajo tablas, jarros, platos y vianda, se puso en postura de paciente en espera de ayuda; acudimos todos a ayudar a levantar a nuestro jefe, y demás de no poder conseguir nuestro deseo, nos quedamos de paso de judíos de la Resurrección, sin poder ninguno levantarse del puesto. Viendo los carroceros que llevábamos que habíamos dado fin a los toneles y a la representación, y que todos habíamos caído sin ser Faetones, y que, por ser a vista de todo un pueblo, nos empezaban a tirar lágrimas de Moisés (qui-

\*\*\*\*\*

zá porque pasara yo el martirio de mi santo, aunque lo sintiera mucho menos), dándoles rienda a los caballos nos sacaron del paseo bien acompañados de silbos y voces. Nos llevaron a una posada que tenía yo fuera de palacio, y como quien descarga pellejos de vino de carro manchego, nos fueron poniendo en tierra tan domésticos y pacíficos, que ninguno meneó pie ni mano. Bajaron a mi helado Baco, y a pueros azotes de los carroceros y de un concurso de muchachos que se habían juntado, le volvieron toda la frialdad en calor. Era tanto el tumulto de la gente que iba acudiendo, que tuvo por bien la patrona, por ver desembarazada la puerta y por saber que había de quedar satisfecha (por ser yo el autor de aquella danza), de entrarnos adentro y tendernos en un patio a que nos diese el sereno. Allí pasamos la noche sin picarnos pulga, ni inquietarnos mosquitos, ni despertarnos gallos.

Venida la mañana, volví en mí y me hallé harto molido el cuerpo de la cama de losas en que había dormido. Contemplé la parva lobuna que cogía todo el distrito del patio y a mi amigo y compañero Baco en medio de ella en cueros (metido entre cueros) y roncando más y mejor. Despertélos a todos, y pagándoles su jornada de ración y representación, y habiendo contentado a la huéspedea, me fuí a palacio a esperar que Su Alteza se levantara, para que por mayor me pagara los gastos de la fiesta y la salva real que se le había hecho, porque se reiría el mundo de mí si después de haber bebido dos botas de cerveza y una de vino, y dormido una noche al sereno por el mes de febrero y en Flandes, fuera condenado en costas. En efecto, alcancé aún más de lo que pretendía, porque yo siempre pe-

\*\*\*\*\*

día como criado de los más pequeños, y Su Alteza me daba como príncipe de los más grandes.

Determinéme, por razón de estado, o por satisfacer al vulgo de la sospecha que de mí tenía de lo de la prisión de Rupelmunda, o, por mejor decir, por andar al uso como los demás, de tener un poco de quebradero de cabeza con entretenimiento de galanteo. Aficionéme de una doncella de su señora y dama de dame, labradora en el aseo y cortesana en guardar fe. Tenía pocos años y muchas astucias. Traía todo su dote y ajuar a cuestras, y el testamento en la uña. Servía (por ser huérfana y por estar en parte recogida) a una tía suya tabernera, adonde yo tenía conocimiento y entrada los ratos de mi ociosidad. Puse los ojos en la tal polla, y pareciéndome que estaba ya en edad de poner huevos, la di un día un pellizco tan apretado como el amor que la tenía, y ella me pagó la lisonja con una coz tan desigual a su adamadura, que malos años para la más briosa yegua. Y como es muy propio de pollinos el hacer el amor a coz y bocado, no extrañé el son de la castañeta. Entróse ella en su aposento muy enojada de mi atrevimiento, y yo me quedé en el portal muy alegre por el favor de su coz. Huía de allí adelante de mí como del demonio, y no tenía poca razón, porque es muy fuera de las leyes del interés entrar enamorado con las pertenecientes a Cupido, porque ni Lucrecia tomara el acero ni Porcia píldoras de brasas si sus pretendientes hubieran entrado en lluvias de oro y no en torbellinos de conceptos, dando, en lugar de galas, pesadumbres, y pidiendo, en lugar de favores, celos, hinchándoles la cabeza de aire y los cofres de sonetos, como si fuese mercancía que se hallase sobre ella para los forzosos

\*\*\*\*\*

gastos. En efecto, viendo que no llevaba bien los dedos para organista, y que galanteaba al tiempo antiguo, y que en el presente no hay Elisás, Heros ni Tisbes, y que es más estimado el reloj que da que no el que señala, le envié un buen regalo a mi señora Dulcinea con un criado mío, retrato de Sancho Panza, y un amoroso billete dándole a entender mi pretensión. La tal bobilla, como había sido niña de muchos Gómez Arias y de aquellas *nunca en tal me vi*, agarró la dádiva, recibió el recado y remitió el decreto para la consulta de su tía, dándome licencia para que, en achaque de entrar a apagar la sed del cuerpo, entrase a mitigar el calor del alma. Desde aquel día empecé a menudear en las visitas, y desde aquella hora comenzó la cordecilla a pelarme y la tía a desplumarme. Dióme por primer favor una rosa de listón, diciéndome que me la pusiera en su nombre porque era el primer galán que había dado. Yo le dije:

—Reina mía, el galán yo lo soy, y me vengo a entregar a la prisión de los ojos que me han cautivado; damas son las que busco y no galanes. Nómbrase vuesa merced por mía e irán las cosas derechas, pues tendré yo dama y vuesa merced galán.

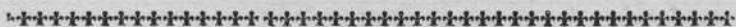
Agradóle a la tía el discurso, y agarrándome la cinta dijo:

—El señor Esteban tiene razón, que a las damas se han de dar galanes y a los galanes damas, y por derechos de esta sentencia me quedaré yo con este favor, que no faltará ocasión en qué emplearlo.

Llegó nuestro amor tan adelante con el curso del tiempo, que nos miraban con cuidado los cofrades que acudían a la ermita y que nos murmuraba el barrio y



la vecindad, y porque no perdiese su buena reputación, que era reputada por doncella, sin ser piadoso Eneas, la saqué una noche de aquella encendida Troya y di con ella en mi casa. No tuve a poca suerte, sino a gran milagro, el haberme librado del emplasto de atutía, por ver que jamás le dió para libros. Era tan melindrosa esta dama que no comía caracoles porque tenían cuernos; pescado, porque tenía espinas; ni conejos, porque tenían colas. Desmayábase de ver salir un ratón de su nido, y alegrábase de ver entrar una compañía de mosqueteros en el cuerpo de guardia. Comía en mi presencia por adarme y en mi ausencia por arrobas. Era enemiga de reclusión y amiga de libertad, y con rebozo de melancolía era celosía de la ventana y umbral de la puerta. Recibía al principio muchas visitas con achaque de primos, y por informarme yo que todos los que la venían a visitar lo eran carnales, no queriendo sufrir segunda vez las armas que me hizo poner el príncipe Tomás, la metí en clausura y tomé aposento sin ventana a la calle y en calleja sin salida; no me faltó sino ponerle un torno para parecer el celoso extremeño. Dejábale cuando salía fuera de casa a mi criado para que estuviese de centinela de vista y que fuese espía de aquel campo; pero entiendo que esta diosa lo adormecía como a Argos o que me servía de espía doble. Cantábame ella cada noche que venía a casa, aquella copla de *madre, la mi madre, guardas me ponéis, etc.* Iba todas las fiestas a misa (y oía la de San Gregorio) y volvía a casa a horas de completas, por lo cual di yo en acompañarla y ella en sentirse de llevar tan cuidadoso escudero. Perdíaseme de cuando en cuando, y al tercer día, como ahogado, remanecía en casa de su tía, por



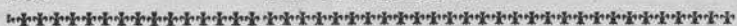
cuya causa estuve muchas veces determinado a hacerla pregonar o a ponerle un rótulo en las espaldas. Y aunque me hacía creer con lágrimas y juramentos que por mi mala condición se había retirado a casa de su tía y no había salido un punto de ella ni dejándose ver de persona, con todo eso no dejaba de castigarla con tal rigor, que la pobretilla no se atrevió a hacerme más falta sino que fué una sobra de voluntad por un antojo que le dió de ser capitana, pudiendo ser real por lo velera y bien despalmada. Aficionóse tanto al son del parche, que después de haber servido de paje de jineta, hube menester orden de Su Alteza para hacerle borrar la plaza y que la volvieran a casa de su tía, fingiendo que un oficial conocido suyo se quería casar con ella. Cumplió la orden, y *al cabo de los meses mil volvieron las aguas por do solían ir*, con lo cual quedó ella pesarosa, y la tía alegre, y yo celoso.

Despiquéme en visitar tabernas, adonde entraba gastando largo, pagando adelantado y haciendo muestras de centenares de doblas para opinarme de rico y cobrar crédito para adelante; en habiendo hecho cargadilla, con dilaciones de trueques y de hoy a mañana mudaba de cuartel y buscaba nuevo alojamiento, adonde hacía la misma embestida y la propia retirada, de tal manera, que en término de un año no tenía crédito ni retiro. Todas las huéspedesas me buscaban, pero yo no quería que me hallasen; salíanme a recibir a sus puertas cuando pasaba por sus calles, y viéndome perseguido de tanta demanda y seco de hacerles tantas promesas, determiné de andar de allí en adelante en jaca de buen paso y sordo de ambas orejas. Fué muy provechoso a mi oficio el dejar el divertimento de la dama

\*\*\*\*\*

y la ocupación de las tabernas para poder acudir con más puntualidad al servicio de Su Alteza y al amparo de muchos títulos y señores que cada día me favorecían y remediaban. Y así, después de haber venido de campaña (que por no ser cronista de guerras ni tratar cosas de tantas veras voy prosiguiendo con mis burlas), llegaron otras carnestolendas, no tan heladas como las que resfriaron a Baco ni tan calientes como salimos sus compañeros.

La codicia de la dádiva de Su Alteza y el deseo de alegrarle me obligaron a trazar otra mascarada en otro carro como el pasado, pero con diferente asunto. Alquilé una cama con todos sus adherentes y un jumento de buen tamaño, que no fué poca suerte el hallarlo en esta Corte donde hay tanta falta y sobra de ellos. Hice aderezar la cama en la testera del carro y meter en ella al pollino, amarrado de pies y manos a dos fuertes palos fijados para el propósito; cubrílo con una sábana muy delgada y con una muy labrada colcha, y dejándole sola la cabeza de fuera, le puse debajo de ella un cabezal y dos almohadas de muy blanda pluma. Vestí a un compañero de mujer, para que representando serlo del pollino, fuera lamentando el verlo enfermo y en vísperas de morir, la cual encubría debajo del abantal un gran orinal con su vasera. Llevaba otro en hábito de barbero, con una cesta llena de ventosas y estopa, y un fingido oficial con una jeringa que podía servir de aguatocha para apagar los fuegos. Iba yo vestido de doctor, con una ropa de levantar y un bonete de caer, unos guantes arrollados y un gran sortijón de piedra de jaqueca y chinelas terciopeladas. Llevé de más a más cuatro violones sentados en la cabecera de la cama de nues-



tro afligido enfermo y un pequeño tonel de cerveza para que sirviese de orina. Con toda esta preparación entré con mi carro en el tur o paseo al tiempo que todo lo brillante y lucido de esta Corte estaba en él, y el parándose alguna tropa de carrozas de señores o damas de calidad, empezaba la fingida mujer a llorar en altas voces enjugando las dolorosas lágrimas con las sábanas del cuitado. Tomábale yo el pulso con mucho reposo, pedía la orina, la cual me daba la afligida dueña con tristes suspiros; tomábala yo en la mano derecha y con la izquierda me ponía unos anteojos, y mirándola, haciendo con ella muchos espantos y arqueando las cejas, alzaba el orinal, y de bote y voleo me bebía toda la orina haciendo muchos ascos. Con los labios hacía señal al barbero para que le echase las ventosas, el cual, llegando a la cama y sacando de la cesta media docena de grandes ventosas, le metía a cada una media libra de estopas, y encendiéndolas a la luz de una vela, se las iba pegando en el pescuezo, y del fuego de la estopa y pelo del jumento se levantaba una grande humareda y olor de chamusquina. Con el dolor de la quemadura se alborotaba el enfermo, y dando enviones por soltarse, hacía estremecer la cama. Volvía la mujer a gritar, y yo, acallándola y limpiándola con una rodilla de cocina, hacía señas al barbero que le quitase las ventosas y mandaba a lo mudo al oficial que le echara la ayuda. Obedecíame con puntualidad, aunque no le echaba bodrio, por guardarla para mejor ocasión. Volvía a respingar el señor burro, a soltar tantos espumajos por la puerta de la dentadura como presos por el postigo desdentado. Fingía un desmayo la bella malmaridada, y por volverla en sí, hacía al oficial que sacase el saca-

\*\*\*\*\*

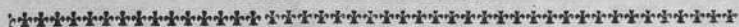
buche, y haciendo señal a los músicos, tocaban sus violones, con que dábamos fin a nuestra callada y lamentable representación. Pasábamos adelante y en encontrando otras carrozas de títulos y personas a quien yo tenía obligación, hacíamos lo mismo.

Sucediónos un cuento harto solemne en el discurso de nuestro viaje, y fué que saliendo hacia una parte de paseo que está sin población, en un pedazo de pradería, cerca de los muros de esta Corte, estaban dos pollinas encinta, mendigando un seco pasto, y cuando nuestro doliente las vió, olvidando sus ardientes ventosas y ayuda de cámara o de costa, empezó a alzar el cuello sobre las almohadas y a dar unos rebuznos tan recios, que obligaron a la triste de su esposa a trocar el llanto en risa y a caerse todos los oyentes sobre los estribos y testeras de sus coches del mismo achaque. Fué tanto lo que se celebró la tal música que en un instante pasó la palabra por todo el paseo, y todos me pedían, en acabando de ver la fiesta, que hiciese rebuznar al enfermo. Respondíales que yo no entendía su lengua, y así no me atrevía a suplicárselo; pero que fuesen por las dos burras, que podría ser que se alentara a servirles y darles gusto. Solemnizaron la respuesta, prosiguiendo su viaje, y yo el mío. Vine al cabo de hora y media a encontrar la carroza de Su Alteza, y mandando hacer alto a mi carro, volvía a hacer las mismas ceremonias, con más gracejo que en las demás partes, porque además de la puntualidad y presteza, nos ayudó el señor pollino, haciendo su papel de tal modo, que a mí y al oficial nos hizo llorar, y a Su Alteza y a sus criados reir. Y fué de aqueste modo: que después de haber hecho las ceremonias acostumbradas, llegó el diligente





oficial con su flauta llena de agua fría (reservada para aquel paso) y alzando la ropa y apartándole el dilatado mosqueador, haciendo puntería, le dió un flautazo, y le apretó los conductos de tal suerte, que dejó muy bien aguado el paciente sin haberse desayunado, el cual, sintiendo la frialdad del regadío y la borrasca de las tripas, como otros se echan con la carga, él se quiso levantar con ella, echando todo el resto de su fuerza, y al tiempo que el pobre barberote le sacó la alatonada culebrina, le dió un cañonazo de sebo mascado, con tal violencia y abundancia de tacos en medio del rostro, que le turbó la vista y le engrasó toda la delantera del vestido, y quebrando las ligaduras de los pies, enseñaba las virillas vizcaínas, tirando zapatetas a pares y trueños a docenas. Yo, porque no peligrara mi estercolado jeringador, pensando que me tuviera respeto por ser doctor, me llegué a su merced por volverlo a ligar y a arroparlo porque no se resfriara; mas no atendiendo a las insignias de mi ropa y sortijón, o creyendo que le había errado la cura (como suelen hacer muchos parientes suyos) me dió dos pares de coces tan bien pegadas en la boca del estómago, que haciéndome pedazos el orinal, dió conmigo sobre las tablas del carro. Acudió el barbero a limpiar a su oficial, la mujer del llanto fingido a llorarme de veras, el asno a tirar respingos y cabriolas, y los músicos a huir de él. Su Alteza se moría de risa, y sus criados de placer. Siguió la carroza su comenzado paseo, y mis dos guiadores, viendo que nuestra fiesta había acabado en tragedia, desligando las manos al pollino, lo levantaron del lecho a que convaleciera y lo ataron a una parte del carro, y mandando a los violones que tocasen, salieron muy des-



pacio del paseo. Llegaron a la posada a tiempo que había vuelto en mí, y apeándome, me llevaron a mi aposento y me echaron sobre mi cama. Roguéle a la patrona que me cerrase la puerta y que no dejase aquella tarde a ninguno entrar a hablarme porque me sentía muy malo. Hízolo así, y aquella noche, aunque me sentía quebrantado de las coces, me brindó de tal suerte al sueño la referida orina, que de un tirón alcancé la luz del venidero día.



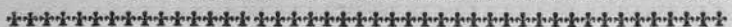


## CAPITULO NOVENO

*Donde prosigue el fin que tuvo la referida máscara; la salida que hizo a campaña cuando se sitió Arras; el chiste que le sucedió con un vivandero; lo que le pasó a la retirada con su dama y la nueva campaña de Ayre; enfermedad y muerte de Su Alteza, y su partida a Alemania en busca de su amo el duque de Amalfi.*



PENAS el hijo de Latona, por el tur de su cuarta esfera (embanastado en su carricoche), nos vendría alegría en lugar de naranjada, cuando los llantos y suspiros de una mujer y el estruendo y alboroto de una tropa de gentes que subían por las escaleras de mi aposento, me inquietó, no con poco sobresalto, el oír sus confusas voces y ver que abriendo mi puerta, entraron a un mismo tiempo a darme los malos días (pues no los pueden dar buenos los que madrugan a pedir) la huésped de casa, el ama del



pollino, el dueño de la cama, los músicos y el barbero. Lloraba con tiernas lágrimas la dueña del jumento el haber salido su fingida enfermedad verdadera y con duras razones me pedía le pagase el valor de él por causa de tener todo el pescuezo quemado y andar desordenado de tripas y estar inútil para servirle. Poníame por cargo de conciencia la tiranía que había usado con animal tan donoso y humilde; jurábame que a saber para el efecto que lo quería que antes me hubiera dado un hijo suyo que a su querido pollino, porque además de haberlo criado, era sus pies y manos y quien le ayudaba a sustentar su pobre casa. Pedíame el oficial el valor de su vestido o que le comprase otro nuevo, alegando que por mi causa había quedado el suyo de manera que no sólo no se lo podía poner, pero ni llegar con media legua a la parte donde se lo había quitado, por los aromáticos olores que de sí expelía. El camero decía que era cosa de gentiles lo que había usado con él, pues su cama, hecha para descanso de cristianos, la había hecho lecho de animales, y que estaba resuelto a no recibirla por estar medio chamuscada y llena de operaciones sardescas. Los músicos pedían su jornada, y la huéspedada su quebrado orinal. Consideré que todos tenían razón y concertéme con ellos lo mejor que pude por no tener ruidos por cosa tan justa. En efecto, todos partieron contentos, y yo quedé harto triste de apartar de mi lado las doblas a quien había dado eterno sepulcro, y en hallarme lastimado de las coces del enfermo y tener que pagar el alquiler de la ropa de doctor. Por saber que la buena diligencia es madre de la buena ventura, me levanté a dar modo de recuperar el gasto de lo pasado. Y porque Su Alteza no me dijera que lo

\*\*\*\*\*

iba a ejecutar de contante y que lo regocijaba a fuerza de interés, tomé la pluma, invocando el auxilio de las nueve (estando la vena pronta, por estar en ayunas) y le compuse un soneto, dándole el atributo de *el señor infante principe invicto*, para que sirviese de acuerdo de la fiesta y de anticipación a la paga. Advierta el lector que la *ene* de una línea sirve de *eñe*, que no le había de dar a Su Alteza renombre de Nau, y que además de ser licencia poética, es libertad bufónica. Decía de esta manera:

El que dará a su  
Taurós ganando y  
Siendo al mundo  
Excede a Grecia, dando  
Zuma en la paz y  
Orror de Europa  
Rayo de luz,  
Iris argenta cuando  
Nunca vencido  
Felice siempre y con  
Angel divino  
Nadie ignora su fama  
¡Ú, lector si por  
Esas dos

Patria eterna hazaña  
Rayos expeliendo,  
Immortal, pues que venciendo  
Nombre a España:  
Ciro en la campaña,  
Y fénix renaciendo,  
Y pues átomos vertiendo  
Estrellas baña;  
Y centro de venturas,  
Y Nacer muy hombre,  
Y sol de las criaturas,  
Y su renombre.  
Torpe conjeturas,  
Orlas te dirán su nombre.

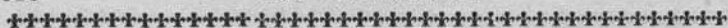
Agradóle a Su Alteza por parecerle compostura difi- cultosa, y además de quedar en opinión de entendido, conseguí mi pretensión, agradeciendo a las musas la brevedad de mi despacho.

Volví a hacer paces con mi ingrata Dulcinea, dán- dome de nuevo más sustos que los pasados y algunos madrugones. Cuando me veía cargado de cholla y en oficio de siete durmientes, se le daba de mi amistad tres caracoles, y yo de su amor, cuando despertaba y la ha- llaba ausente, tres rábanos. Con estos pleitos ordinarios



\*\*\*\*\*

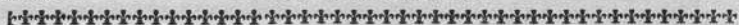
y con este extraordinario sobrehueso, anduvimos alborotando posadas e inquietando barrios todo aquel invierno. Llegó la primavera, y a la mitad de su florido curso, salí con Su Alteza a campaña con un lucido ejército. Llegamos a la vista de Arras con intento de socorrerla por tenerla sitiada el campo francés. Había oído decir a Su Alteza que aquel día no se había de preservar su persona ni la de ninguno de sus criados de entrar en la batalla si la presentaba el contrario o de embestir con él en sus mismas fortificaciones. Estas palabras infundieron en mi casi cadáver cuerpo un miedo tan intrínseco y helado, que ya me parecía que el tronitoso bronce fulminaba sobre mí sus carniceros estragos. Fui me deslizandó de las marciales tropas, trayendo los achaques por los cabellos. Culpaba al caballo de flojo y a las cinchas de apretadas, a la brida de corta y a los estribos de largos, y por más que me procuré quedar atrás, siempre topé compañeros. Anduve montaraz, hasta que otro segundo yo (que se había retirado herido de la flecha de Caco) me dijo que se habían mudado los votos por serenarse los primeros ímpetus, con que sacudí mi últimos temores. Ofrecióse de ser mi lucero, inquirendo a dónde pudiésemos refrigerar los macilentos miembros, tan trémulos con el miedo como frágiles con la gazuza; discurrimos los conocidos tabernáculos del trago, penetrando los límites del cuarto de la salud, y los hallamos tan desiertos de refrigerio, como poblados de quien lo buscaba. Aquí fué adonde dí al diablo la guerra, y adonde tuve por insensato al que tiene con qué pasar en la paz y viene a buscar picos pardos y entre abismos de descomodidades anda solicitando su muerte.



Fué tan general la hambre que se pasó, que para poderla exagerar, basta decir que llegó a mí, que cuando le falta a uno de mi oficio, que es perro de todas bodas y registro de todas mesas, muy de rota va el negocio. Llegamos una tarde a hacer frente de banderas cerca de un pequeño villaje desamparado de sus moradores. Y teniendo noticia que un vivandero traía medio saco de pan y dos jamones cocidos, y que por tenerlos reservados para él y su familia, no quería por ninguna cantidad socorrer a los más amigos y conocidos suyos, traté de que alcanzase la industria lo que no podía la fuerza del dinero, y compelido del hambre, le aceché y rondé más de una hora por el contorno de su tienda, desde adonde columbré que como hombre experto y cuidadoso de aquello que tanto le importaba; tomó una pata y haciendo un profundo hoyo a una parte de la tienda, metió en él el referido bastimento en dos sacos medianos, y cubriéndolo con unas tablas, hizo encima su cama y se acostó (a más no poder) con su mujer y criaturas. Yo, que atentamente estaba mirando por la vislumbre de la tela y resplandor de la luz el mal lance que había echado, me quedé más avergonzado que triste, por haber blasonado delante de muchos señores que había de dar asalto a su guardada provisión. Al tiempo de quererme retirar de la parte donde había estado sirviendo de atalaya, vi que la tienda estaba arrimada a una zanja que servía de división y atajo a una acostumbrada vereda y de impedimento de poder pasar gente de a pie ni de a caballo por ella, y por causa de tener más bien guardada su ropa y que le sirviese de foso y trinchera, había puesto el redomado vivandero su tienda en aquel sitio. Pero como no hay

\*\*\*\*\*

cosa que más avive y sutilice el ingenio que es la necesidad, se me ofreció a la idea un ardid, con que me juzgué señor del pan y los jamones. Y por no perder tiempo, fui a dar parte de ello a tres mozos de cocina que servían a ciertos señores italianos, que prevenidos de cuchillones y de la mejor herramienta que pudimos hallar para este efecto, nos encajamos en la zanja, y a la hila, como banda de grullas, fuimos marchando hacia la tienda al tiempo que palpitaba un cabo de vela que había quedado. Tomamos a la luz de sus boqueadas el derecho de la cama de su dueño, que no estaba muy distante, y poniéndonos de rodillas, y no a hacer oración, comenzamos los dos a abrir mina al fuerte de los sacos y los dos a ir retirando los desperdicios de ella. Tuve tan buena suerte, que hallando el terreno arenisco y blando, en término de hora y media (estando ya rendidos y cansados) desembocamos la mina en el pozo de los víveres, y cargando con los sacos, nos retiramos sin ser sentidos a hacer la repartición y a remediar la gazuza. Tomando doblada parte de la presa por ingeniero, minador y guía, me retiré a dormir lo que quedaba de la noche. A la mañana, saliéndome a pasear y a ver si el sol había descubierto lo que encubrió la soledad de la noche, hallé al vivandero muy triste, a su mujer muy llorosa y a sus hijos y criados cariacontecidos, y llena la puerta de la mina de oficiales y soldados, los unos celebrando el disculpado hurto y otros santiguándose de la sutileza de la empresa. Dejélos a todos echando juicios, y volvíme a requerir lo que había ganado en buena guerra, temiendo no le hiciesen otra mina. Con esta porción me remedié hasta tanto



que salimos a tierra de promisión, adonde estuvo todo sobrado.

Y dejando aparte los sucesos de aquella campaña para el cronista, a quien le competen, digo que al fin de ella nos volvimos a Bruselas, adonde yo cobré nueva vida y nuevo ser por verme libre de los trances de la guerra y del rigor de los enemigos. En la bonanza de este mar me deleitaba, en el golfo de esta grandeza me divertía, la dulzura de sus sirenas me conhortaba y la suavidad de sus Anfiones me entretenían, y últimamente yo era el peje Nicolao de aqueste Mediterráneo, porque en sacándome de este centro pasaba desmayos de celos y parasismos de temores. Aquí sólo trataba, por ver que andaba melancólico Su Alteza, de alegrarlo y divertirlo, unas veces contándole los discursos de mi vida y otras haciéndole relación de las ajenas. Inquietaba mi sosiego y perturbaba mi quietud un italiano de mi arte y profesión, llamado Leonora, el cual, algunos días que acudía a la mesa de Su Alteza, lo que le faltaba de prosa le sobraba de manos, y a costa mía hacía alarde de su graciosidad, alargándome unas veces el pescuezo sin ser ahorcado, y otras arañándose la cara como si fuéramos verduleras, con que provocaba al cóncave a risa y a mí a cólera, porque daba con mi débil cuerpo en tierra. Aprovechéme de aquel refrán de *a fuerza de villanos, hierro en medio*, y salíame muy mal la industria, porque siendo él, demás de fuerte, animoso, me hubiera despancijado muchas veces, a no ser Su Alteza el iris de paz y amparo de mi defensa. Decíale, porque no blasonase de sus fuerzas, cuando veía que estaban inquietos los nublados de su cólera, que tres cosas de valor no se estimaban en el

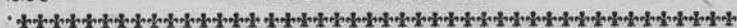
\*\*\*\*\*

siglo presente: que eran consejo de pobre, galas de cortesana y fuerzas de ganapán. El, por motejarme de miserable (porque no gastaba con él los doblones, que no se perderían por mal guardados), me respondía que tres cosas le eran necesarias a un bufón para poder campar alegremente y para granjear amigos: que eran boca de confesor, espada de mercader y bolsa de señor generoso. Con estas disputas graciosas y batallas burlescas daba gusto y placer a quien tantas mercedes me hacía, no reparando en hacer escaramuzas de gatos, pues siempre salía arañado, ni en rodar media hora por la sala como vellón de lana.

Llegábase el tiempo en que Su Alteza cumplía años, y para celebrarlos, alabando el dichoso mes de mayo, en que había nacido, hice un romance, y por dar a entender a algunos acaballerados fisgones de aquello que no entienden, que muy presumidos de discretos, no estimaban más versos porque no eran de poeta con don o descendientes de godos, que también los pobres y humildes saben hacer cosas de ingenio, pues tienen un alma y tres potencias como los más poderosos, y cinco sentidos como los más calificados, y que no hay cláusula en el testamento de Adán que dejase, como señor que era entonces de todo el mundo, a los caballeros mejorados en tercio y quinto en las aguas de Hipocrene, y a los pobres herederos del caño de Bacinguerra, la una fuente del Parnaso con licores poéticos, y el otro caño cordobés con inmundicias selváticas. El romance decía de la forma siguiente:

¡Oh, qué galán venís, Mayo!  
Mas tenéis razón que os sobra,





tenéis justicia que os vale,  
tenéis verdad que os abona.

Después que sois rey jurado  
por las flores olorosas,  
excelso Arturo os alienta,  
supremo Favonio os sopla.

Amaltea en vasallaje  
os ha feudado su copia,  
en tormentas de claveles,  
en avenidas de rosas.

De jazmines y arrayanes  
formáis matizadas flotas,  
siendo la campaña mar,  
siendo las flores sus ondas.

Diréis que hoy hace Fernando  
años justos, y que os toca,  
por nacer en vuestro mes,  
el bastón, el peto y gola.

Es así, yo lo confieso,  
que por ser verdad que consta,  
hoy Madrid se regocija,  
hoy Bruselas se alboroz.

Hoy, mayo, ha de haber dos mayos,  
dos primaveras hermosas,  
dos albas en solo un día,  
y en un día dos auroras.

Dos soles verá Brabante:  
uno farol, otro antorcha;  
uno planeta, otro infante;  
uno en carro, otro en carroza.

Lleguemos a cuentas, mayo,  
y confesad sin lisonja:  
¿cuál merece más aplausos?,  
¿a quién más triunfos le tocan?

Diréis que por más antiguo  
sois de la mesa redonda,  
príncipe, par y caudillo,  
siglos, lustros, años y horas.

Que por vos es Marte Adonis;

lasciva Venus, Belona;  
incasta dueña Lucrecia;  
inconstante dama Porcia;

Que mientras tenéis el cetro,  
la senectud se remoja,  
la estéril vega se anima,  
el inútil tronco brota;

Que ufana produce Ceres,  
que alegre dibuja Flora,  
y sin ser reina Amaltea,  
pensiles jardines forma;

Que al alba las avecillas  
sobre el sauce cantan solfa,  
sobre el álamo gorjean,  
sobre el mirto verde entonan;

Mirra la floresta vierte,  
cinamomo el Monte aborta,  
diamantes da en risa el alba,  
perlas da en llanto la aurora;

Que hacen gratos maridajes  
las fiestas más portentosas,  
celebra el mar himeneos,  
ostenta el zéfiro bodas;

Que sale halagüeño el sol,  
con su mostacho a la moda,  
sin nube que se le atreva,  
sin vapor que se le oponga;

Que por dar tapete al prado,  
dan las plantas más frondosas  
una tempestad de flores,  
un torbellino de hojas;

Que vos, mayo, sois del campo  
quien lo enriquece o lo agosta,  
quien lo alienta o lo destruye,  
quien lo levanta o lo postra.

Estas son vuestras hazañas,  
declaradas ya por propias,  
que ni el olvido las niega,  
ni el tiempo anciano las borra.



Aleguemos por Fernando,  
mayo alegre de esta zona,  
feliz primavera en Flandes,  
sol hermoso de esta Europa.

Que es moderno, no hay duda;  
pero más argenta y dora  
quien al oriente da luces,  
que quien al ocaso sombras.

Este mayo, en pocos mayos,  
muchos privilegios goza,  
prevista deidad le alienta  
hesperio candor le adorna.

Este el sol es su menino,  
el alba es su precursora,  
y es el día más sereno  
de aquesta perla la concha.

La palestra se estremece.  
Que ¿a quién no admira y absorta  
ver un piélago de dichas,  
ver un golfo de victorias?

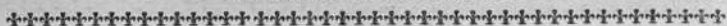
Sinnúmero son sus hechos,  
sus acciones belicosas,  
dignos de laurel sus triunfos,  
dignas de palmas sus glorias.

Su natural es divino,  
su condición milagrosa,  
su compostura suprema,  
su conversación heroica.

¿Quién vió lebrelel arrojado,  
cuya piel, por prodigiosa,  
aspira a vellón de tigre,  
y expira en vellón de onza,

Que por falta de discurso,  
o se enfurece o se enoja  
de ver en el tur del cielo  
correr a la luna postas:

Y ella a su arrogancia muda,  
cuanto a sus ladridos sorda,



de luces la tierra inunda,  
de plata las minas colma?

¿O nube densa atrevida,  
que llena de vanagloria  
se opone al sol cara a cara,  
y le embiste proa a proa;

Mas el celeste diamante,  
que por ser tan luminosa  
su claridad quiso el cielo  
vincularlo por su joya,

La deshace en plumas rizas,  
la disminuye en garzotas,  
en lluvias la desvanece,  
en vapores la transforma?

¿O mariposa, que al prado  
sus varios matices roba,  
siendo pintada alcalifa,  
la que fué blanca alcandora,

Que puesta a la radiante llama,  
fluctúa el cerco animosa,  
para ser despojo débil,  
lo que fué altanera pompa,

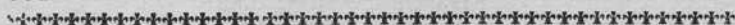
Y el fuego, que refulgente  
sus atrevimientos nota,  
ni precipitado ofende,  
ni enternecido perdona?

Pues de aquesta misma suerte  
a aquesta luna española,  
a este claro sol del Austria,  
a esta llama vencedora.

El que se le opone altivo,  
el que de Alcides blasona,  
es, a rayos de este Apolo,  
lebrél, nube y mariposa.

Si es su estrella favorable,  
si es su suerte poderosa,  
si va en bonanza su dicha,  
si va su fortuna en popa,

Fuerza es, mayo, que os exceda,



pues su ventaja es notoria,  
su valor más conocido,  
su calidad más grandiosa.

Rendidle a Fernando el cetro,  
entregadle la corona:  
sea mayo y como rey  
fueros quite y leyes ponga.

El sclo en el año impere,  
cual la deidad portentosa,  
que es por gusano y por ave,  
hija y madre de sí propia.

Dadle el victor de sus años,  
lleve el grado con la borla,  
los árboles lo respeten,  
las flores lo reconozcan.

A sus años tan felices  
tocad la sonora trompa,  
la caja la tierra altere,  
el clarín los rayos rompa,

Flores el parque derrame,  
el palacio vierta aromas,  
porque goce en holocaustos  
lo que su fama pregona.

Díselo a Su Alteza, y como principe tan perfecto, sin reparar en la humildad del verso, premió lo realzado de mi voluntad, porque son excusas de avaros y malos pagadores el calumniar al poeta y censurar sus versos para quedarse de gratis con sus obras; pero tienen poco de Jerges, pues no estiman el corcho de agua, y mucho de Midas en guardar su dinero. En este tiempo gastaba yo el que tenía en regalar a mi miñona, sin reparar que eran obras hechas en pecado mortal y que sembraba en mala tierra. Queríala por lo que me costaba y estimábala por ser mujer y porque al fin habíamos nacidos de ellas. Mas la tal señora no me estimaba sino porque la sirviese de marqués del gasto y con-



de de Cabra. Tenía yo la fama de ser su galán y otros cardaban la lana. Decíame que me tendría por ídolo de su altar si llegara a verme ciego, mudo y sordo, y alabando mis dádivas vituperaba mi persona. Y mientras más pesos falsos me hacía, quería que yo la estimase más y la maltratase menos. Pedíame unas veces matrimonio, otras divorcio y eternamente *danari y piu danari*. Y por darme más muestras de su fineza y obligarme a quererla más, amaneció un día en mi casa y amaneció veinte en las ajenas. Por lo cual, más por venganza que amor, o más celoso que desapasionado, la hice prender a pedimento de su tía y meterla en una torre como a doña Blanca de Borbón, adonde se sustentaba a mi costa, pareciéndome en todo y por todo al perro del hortelano. Quiso mi dicha que para apartarme de esta fiera Esfinge y cruel Lamia llegase la alegre primavera, acompañada del céfiro y Favonio y lisonjeada de Flora y Amalteia, la cual, dando esmeraldas a los prados, librea a las selvas y esperanza a los montes, animó las flores, resucitó las plantas y enamoró a las fieras, por cuya venida y por haberse puesto el ejército francés sobre la villa de Ayre, salió Su Alteza a campaña para socorrerla, no quedándome yo en zaga, porque más quería arriesgarme a ser prisionero de un turco que esclavo de mi perversa Dalila, porque mucho mejor me estaba ser burro de una tahona que consentir que ella me acabase de sacar los ojos. Después de varios sucesos que tuvo Su Alteza en campaña, unos prósperos y otros adversos, habiendo vuelto a sitiarse la villa por haberla ganado el enemigo y hechas fortificaciones tan inexpugnables que daban terror a los sitiados, fué Dios servido de darle una enfermedad tan

de repente y tan violenta, que le fué necesario retirarse a la villa de Cortray, quedando el ejército a cargo del barón de Bechk, tan celebrado por sus hechos como conocido por sus hazañas y en quien tanto género de alabanza es muy corto a su gran merecimiento. Hallóse Su Alteza tan indispuerto, que pasó fama de que era muerto, y aun hubo personas tan incrédulas de lo contrario, que quisieron ver y creer sin ser apóstoles. Al cabo de algunos días fué volviendo en sí y cobrando mejoría, por lo cual pidiéndome yo mismo albricios por depender de su salud toda mi alegría y la de estados, le hice los siguientes versos, tomando el asunto de la gran calentura que había tenido:

Dió Fernando entre arreboles,  
soles,  
brotando sus pocos mayos,  
rayos,  
y sus lucientes albores,  
esplendores.

Viendo el mal tantos fulgores,  
fué Faetón precipitado,  
que el vuelo le han abrasado  
soles, rayos y esplendores.

Tuvo el mal por enemigo,  
castigo.

Dándole su atrevimiento,  
escarmiento.

Gozando, pues se condena,  
pena.

Si a la primavera amena  
de Su Alteza se atrevió,  
tenga, pues lo mereció,  
castigo, escarmiento y pena.

Si nunca reserva el mal,  
cardenal,



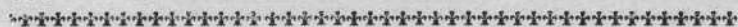
mirará que es el triunfante,  
infante,  
y que es en todo y en parte,  
Marte.

Mas ya abatió su estandarte,  
cuando admiró su virtud,  
porque tuviese salud  
cardenal, infante y Marte.

Goce en edades lozanas,  
semanas,  
y a despecho de holandeses,  
meses,  
y para azote de extraños,  
años.

Pues a España evita daños,  
porque el mundo se alboroce,  
viva siglos y en paz goce  
semanas, meses y años.

Estos le aliviaron alguna parte de su tristeza, y hallándose algo convaleciente, le pusieron en camino de Bruselas para dar con él en la gloria. Llegó a esta corte, que se le mostró ufana y regocijada de verlo con algunas premisas de salud, aunque después volvió su regocijo en sentimiento por verlo recaer con menos esperanzas que tuvieron en la caída. Al fin quiso el cielo llevarse lo que era suyo, dejando a estos estados sin príncipe que los gobernase, a España sin infante que la socorriese y a los soldados sin padre que los amparase. Contar el sentimiento que hizo esta corte y todos los países, príncipes y señores de ellos, y todas las demás naciones, fuera proceder en infinito. Sólo diré que como yo, puesta cada cosa su tanto, perdía más que todos, estuve tres días sin comer ni beber, hechos mis ojos dos fuentes y mi corazón un centro de ardientes suspiros. Y por satisfacer en algo tanta merced y be-



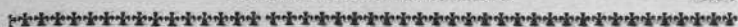
neficio como me habia hecho, compuse una glosa fúnebre para poner en su real t́mulo, que es la siguiente:

*Si la libertad lloráis,  
ojos, que perdido habéis,  
aunque más lágrimas deis,  
en vano las derramáis.*

Ojos, una muerte esquivada  
le dió fin al sufrimiento,  
porque un fuerte sentimiento  
vuestra libertad cautiva;  
y si el gran dolor os priva  
del curso que ejercitáis,  
el raudal no suspendáis,  
pues viendo tales despojos,  
no ceséis de llorar, ojos,  
*si la libertad lloráis.*

Si en su bella juventud  
adquirió renombre eterno,  
si aplaudisteis su gobierno,  
si admirasteis su virtud,  
si visteis su rectitud,  
si su fama conocéis,  
si sabéis lo que perdéis,  
llorad, que será tibieza  
no llorar la gran riqueza,  
*ojos, que perdido habéis,*

Cortó un golpe de guadaña  
cetro y corona de gloria,  
llevó el cielo la victoria  
y perdió su infante España,  
y aunque el cielo su luz baña,  
pues yace el cuerpo cual veis,  
llorad, ojos, no ceséis,  
pues a deuda tan debida,  
sólo pagáis con la vida,  
*aunque más lágrimas deis,*



El alma en celeste vuelo  
partió triunfante y ufana,  
porque flor tan soberana  
no era flor para este suelo;  
llorad, ojos, con desvelo,  
pues ya al orbe lo inundáis,  
y aunque más lágrimas dais,  
son pocas, y no me espanto,  
que si no es eterno el llanto,  
*en vano las derramáis.*

Al cuarto día me apretó la hambre, aunque fué más fineza en mí el haberme pasado sin beber que sin comer, imaginando que mis lágrimas no lo habían de resucitar y que no era cosa decente llorar por quien estaba pisando rayos de luz, manojos de estrellas y racimos de luceros. Dije: *El muerto a la huesa y el vivo a la hogaza*, y entrando en un penitente bodega, al compás de *Dios te tenga en su gloria*, henchí todos los vacíos y refresqué todos los secanos, y después de haberme animado salí a desistir pesares y a buscar mi vida. Como me veían sin señor ni amparo, todos huían de mí, a todos enfadaba y mis gracias eran desgracias; nadie conocía a Estebanillo, ni nadie se dignaba de llegarme a hablar, como si yo hubiera sido doctor y errado la cura de Su Alteza. Viendo, pues, que aun mi moza se me hacía de pencas después de haberla sacado de la prisión, y que quería que mandásemos a semanas y que calzásemos los calzones a meses, me determiné de irle a hablar al conde Traun, que estaba en esta corte por embajador extraordinario de la Majestad cesárea, al cual le supliqué que le escribiese a mi amo, el duque de Amalfi, de cómo había quedado huérfano de tan gran príncipe, sin herencia y reformado;



que si gustaba Su Excelencia, que se cantase por mí aquella copla que dice: *Vuelve a casa, pan perdido*. El cual no se descuidó en hacerme merced, pues en el primer correo tuvo respuesta de mi amo, el cual le suplicaba me enviase a Alemania, que era donde se hallaba Su Excelencia, con la mayor brevedad que pudiera. Envióme el conde a llamar con un criado suyo; dióme la orden que tenía, y mandó que me pusiese en camino, y me dió para el gasto de él. Pasó la nueva por esta corte y empezó su burguesía a llover embargos sobre mí y a querer hacer arrestos, sin haber en todo mi aposento sobre qué tropezar, ni alguacil que me prendiese, ni carcelero que me quisiese recibir en su prisión. Salió contra mí una querella de una vidriera, a quien, después de haberle quebrado muchos vidrios, le había dado una cuchillada. Estando de tres dormidas, como gusano de seda, pedíame una patrona el menoscabo de una cama, porque estando una noche acostado en ella y cual digan dueñas, soñando que vertía aguas en la proa de una galera de Malta, le inundé todos los colchones. En efecto, no quedó vinatera ni cocinera de tripa y callo que no cargasen a molestarme. Yo, ni negando la deuda ni ofreciendo la paga, les prometía satisfacción antes de hacer mi viaje, y al cabo y a la postre quedaron satisfechos de quien yo era, porque quedara yo muy desairado y no se estimara mi caballería, sin pagar a mis acreedores porque ni tuviera quien me cortejara a todas horas ni quien se acordase de mí en todos tiempos. Fúme a despedir de don Francisco de Melo, que estaba por gobernador de estos estados y de todos los señores, así del país como extranjeros, y habiendo juntado muy buena garrama,

por respeto del dueño a quien iba a servir, me fui a decirle adiós a mi querida Belerma y a derretirme con ella como si fuera portugués. Y después de haberle dado con que poder pasar muchos días y de haber hecho muchas finezas y sentimientos de la forzosa partida, le prometí de que daría muy presto la vuelta por solo verla y regalarla, y que si había de sentir mi ausencia y gustaba de que me quedase, obedecería a su gusto y despediría las postas. Ella, muy sonriéndose y reventándole por los ojos rayos de alegría, por quedar en su libertad, sin tutor ni curador de su vida y milagros, me respondió:

—Señor Estebanillo, que vuesa merced se vaya o se vuelva, que se quede o no, *pour moi est tout un*.

Y aunque tal despejo y desvío declara el corazón más firme y constante, a mí se me encendió de tal suerte, teniendo sus ofensas a favor, que, salamandra de su fuego, sentía cada instante encenderme en la lumbré de sus ojos y gustaba de estar hecho Tántalo de su belleza, porque es muy de mujeres como la tal desestimar a quien las regala y idolatrar a quien les quita lo que tienen y les da muchas bofetadas, y de hombres como yo perder el juicio y gastar la hacienda por quien no lo agradece ni sabe guardar fe ni lealtad; pero al fin era yo tal como ella y ella tal como yo. Pudo más en mí ir a buscar a mi amo que no la prisión de mi libertad ni el estar en la gloria de Niquea, y dejándola en un monasterio, más por fuerza que de grado, tomé las prevenidas postas, y repitiendo al son de su trote: «Adiós, Bruselas», pasé a Namur, Marcha y Lisel, adonde, después de romper los cristales de la Musela y fatigar el bosque de Crucenaque y desempedrar las calles de Wor-

\*\*\*\*\*

mes, Franquendal, Espira y a Donaverta (plaza del duque de Baviera, adonde me embarqué en el caudaloso y nombrado Danubio, cuyas rápidas corrientes bañan el reino de Hungría, y con soberbia del golfo desembocan en el mar de Constantinopla), desembarqué en Viena, harto cansado de haber ido sobre elemento tan prodigioso para todos y de tan poco provecho para mí; y antes de descansar ni tomar posada, fui a visitar las Cesáreas Majestades, teniendo orden del mismo emperador, así que entré en su real sala, que no hablase cosa que tocase a Su Alteza Serenísima el infante cardenal, por el gran sentimiento que hacía cuando lo oía nombrar la Cesárea Majestad de la emperatriz su hermana. Holgáronse de verme y de oírme, y haciéndome aliviar el mareamiento de mi embarcación, fui a besar la mano al marqués de Castel-Rodrigo, que estaba por embajador ordinario de la Católica y Real Majestad y por su primer plenipotenciario para el tratado de las paces, el cual, procediendo como tan gran señor, me amparó y honró, no por quien yo era, sino por el valor de Su Excelencia. Estuve algunos días hecho caballero festejador y recibidor general de cuanto me daban, mareándose de tal suerte la cochinilla del gracejo, que no trocará mi oficio por el mejor gobierno. En este tiempo partió mi amo por la posta del ejército imperial para venir a Viena, y teniendo yo noticia de ello, le salí a recibir al camino, y echándome a sus pies, le pedí perdón de haber dejado tres años su servicio, dándole por disculpa haber quedado enfermo a su partida y el haber entrado a servir un bisnieto de Carlos V, hijo de un rey de España y hermano del mayor monarca del orbe. Hízome levantar y cubrir, y díjome que se hallaba in-

\*\*\*\*\*

digno de recibir en su servicio a quien había tenido por dueño un tan gran príncipe. Entró Su Excelencia en la corte, y así que se apeó en su palacio, me mandó que tuviese cuidado de visitar todos los oficios tocantes a la bucólica y que yo los ajustase de suerte que fuera bien servido. Yo, no sólo tomando el mando, sino el palo, que así lo hacen los que no han sido nada y llegan a verse en bragas de cerro, hice visita general en cocina, cantina y potajería, y los metí de tal manera en pretina, que decían que me había dado mi amo el pie y me había tomado la mano. Y al fin quise ser tan recto veedor, que me enemisté con todos los de casa, desde el mayor al menor: los unos, porque les quitaba el mando, y los otros, porque les quitaba los provechos. Cantábame un criado a quien no le había tocado la residencia, todas las veces que me encontraba:

Mal lograda fuentecilla,  
detén el paso y advierte, etc.

En efecto, tuve un poco de buen tiempo en aquella corte, teniendo muchos provechos de dádivas fuera de casa y muchos regalos dentro de ella; pero en lo mejor de él se fué mi amo a gobernar las armas imperiales, por muerte del general Francisco Alberto, quedándome yo enfermo del mal de los ricos, porque como me vió la fortuna puesto en razonable estado, quiso, mostrándose liberal conmigo, que, demás de un millón de arrobas que había bebido, le pagase una sola gota de pensión, porque también ella reparte en la jurisdicción de los cuerpos sus millones y alcábalas, y algo se me había de pegar a mí de andar entre príncipes y señores.

\*\*\*\*\*

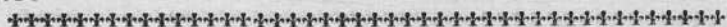
Apenas había mi amo salido de casa cuando se conjuraron contra mí todos los criados de ella por haber sido mequetrefe, metiéndome en aquello que no me tocaba ni era perteneciente a mi oficio. Llegó a tanto su atrevimiento, quizá por verme medio tullido, que habiéndome un día sentado en la cocina por gozar un poco del calor del fuego, llegó el cocinero, y echándome como a Luzbel de la silla abajo, enarboló, en lugar de espada, un asador, y pienso que se quedó en solo el amago, por ver que al tiempo de quererme levantar me dió un pícaro de cocina tal sartenazo en la mitad de la cabeza, que a no ser de llano me dejara para siempre libre de la enfermedad de la gota. Y no paró sólo en esto, pues una criada barrendera, con quien no había usado de mi comisión, descargó sobre mis hombros media docena de escobazos, con que me obligó a besar dos o tres veces la tierra sin ser parte sagrada. Acudió el mayordomo al son del paloteado, y después de haberse olgado infinito de verme aporreado y tendido en el duro suelo, dándoles a todos razon y a mí baldones, me puso de pies en la calle, dándome con las puertas en la cara, adonde se me vino a la memoria aquel sentencioso adagio de que *en fucia del conde no mates al hombre*. Yo, temiendo que pluvia que había empezado en palos y sartenazos no acabase en torbellino de sangre, animándome lo más que pude, tomé la posta y me fui a buscar a mi amo, al cual hallé, al cabo de algunas jornadas, en la Moravia, en una villa llamada Helbruna, adonde le di mis quejas y criminé lo que habían hecho en mí contra los criados. Mas aunque me hizo mucha merced y me prometió dejar vengado, al cabo



\*\*\*\*\*

de la jornada se quedaron todos en casa y yo con mi sartenazo.

Llegó a aquella villa con su armada el archiduque Leopoldo, y juntándola con la de mi amo, hizo plaza de armas general. Dió Su Excelencia un grandioso banquete al archiduque y a todos los cabos de la armada, por agasajarlos, y porque corriesen parejas su valor con su grandeza, bebióse en él a lo alemán; pero yo, sin ser la torre de Babel, bebí en todas lenguas, caí de todas maneras y dormí de todas suertes. Otro día muy de mañana marchamos en seguimiento del sueco, el cual nos tenía sitiada una plaza en la Silesia, llamada Brique; pero siendo advertido el enemigo de la gran resolución que llevaban el archiduque y mi amo de socorrerla aunque se arriesgase el perder la armada, no osando atender a tan valiente determinación, se resolvió, con hallarse muy fortificado, no solamente en levantar el sitio, pero en dejarnos libre una villa llamada Nais, que está a cuatro leguas de Brique, después de haberla puesto fuego por cuatro partes sin haber emprendido por ninguna. Y habiendo sido informado el archiduque de mi amo lo diligente que yo era y la confianza que en diferentes ocasiones se había hecho de mí y la merced que me hacía Su Alteza (que esté en gloria) cuando estuve en su servicio, me mandó que haciendo oficio de correo llevase estas buenas nuevas a sus Cesáreas Majestades. Llegué a Viena a toda diligencia, y apeándome en el patio del palacio imperial di el despacho al conde Buchaim, que hacía oficio de camarero mayor, queriendo más usar de las obligaciones de correo que de las preeminencias de gentilhombre entretenido. Regaláronme todos los señores de palacio



y criados de importancia, porque, demás de mi buen humor, servía de correo de buenas nuevas. Mandóme dar Su Majestad Cesárea una cadena de oro de harto precio y que se me despachase con nuevos pliegos a la armada, adonde volví con mucha brevedad y serví en ella toda la campaña el oficio de correo, advirtiéndole al postillón que corriese estos renglones, por si escrupulea sobre el nombre de armada o ejército, que en Alemania se apellida de este modo, y que cuando no fuera así, nadie me puede quitar que yo la llame como quisiere, porque lo que se escribe de veras no goza la libertad y privilegios de lo que se compone en chanza. Sitiamos una villa llamada Gross Glogau, que está en el fin de la Silesia y en los confines de Polonia y de Pomerania, adonde mi amo visitaba muy a menudo las trincheras, y por probar mi valor, aunque ya tenía harta noticia de él, me llevó una mañana consigo, más forzado que de voluntad, diciéndome que me quería hacer un valiente soldado, siendo cosa irremediable si no es quitándome el pellejo como a culebra y volviéndome a hacer de nuevo. Esguazamos una ribera llamada Odra, que pasa por medio de la asediada plaza, y llegamos cerca de las murallas, desde adonde el enemigo nos enviaba colación de balas sin confitar y de peladillas amargas. Yo, empezando por el credo y acabando en los artículos, le dije a mi amo que no me agradaba mucho aquel almuerzo, que me dejase a mí ir a nuestro cuartel y que trajese otro criado, que yo le renunciaba mi parte del honor que había de ganar en aquella acción. El me respondió que de aquella suerte ganaría opinión y me haría memorable, que tuviese buen ánimo. A lo cual le repliqué:

\*\*\*\*\*

—Certifico a Vuestra Excelencia que no me falta otra cosa y que yo no busco en este mundo pundonores, sino dineros en serena calma, sin sirtes ni bajíos.

Apenas acababa de pronunciar estas últimas razones cuando nos tiró la villa un cañonazo tan derecho, que a bajar la puntería nos llevaba a los dos de bola o a uno de calles, y aunque no mostré flaqueza por estar mi amo delante, cuando vi qué poco distante de nosotros hizo a un soldado volatín de carnaval, dándole remate de vida no habiéndolo tenido de paga, cumpliendo con mi profesión y gustando más que dijese*n aquí huyó* que no *aquí cayó*, me afufé con tal donaire, que parecía el suelto caballo a quien movían tantos vientos como espuelas. Llegué al cuartel con una tilde de vida y menos de aliento; subíme al pajar y sepultéme en la paja. Al cabo de una hora vino mi amo, y preguntando por mí, le dijo un paje que me había puesto en la pajada a madurar como níspero. Mandóme bajar, y llegando a su vista no limpio de polvo y paja, me dijo:

—Pícaro, ¿cómo sois tan cobarde que me habéis dejado y a vista de una armada habéis vuelto las espaldas y puéstoos en huida?

Yo le respondí:

—Señor, ¿quién le ha dicho a Vuestra Excelencia que yo soy valiente o que en ocasión no lo he hecho mucho peor que hoy? Si Vuestra Excelencia me envió a llamar a Flandes para que le sirviese de soldado, está mal informado de mis partes, porque, como otros son archipestres de presbíteros, yo soy archigallina de gallinas.

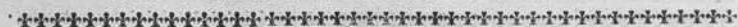
Obligóle la respuesta a convertir su enojo en plaacer y a disculparme de lo sucedido.



## CAPITULO DECIMO

*En que prosigue el fin que tuvo aquel sitio, y del viaje que hizo al reino de Polonia, y de lo que le sucedió a la vuelta en la batalla de Lipsic que dieron los imperiales a los suecos, y un reencuentro que tuvo con un trozo de vivanderos, y de la vuelta que dió a Flandes y después al Imperio.*

**A** L cabo de ocho días, habiéndonos retirado de la plaza por venir el enemigo con gran poder, Su Alteza el archiduque me despachó a Polonia con dos pliegos de cartas: el uno para el rey y el otro para la reina su hermana. Tomé la porta, llevando de compañía un ayuda de cámara del gran duque de la Toscana, el cual llevaba la nueva del feliz nacimiento del primogénito de aquel estado, el cual anduvo tan liberal conmigo, que me hizo la costa todo lo que duró el viaje. Llegamos a la corte de Polonia; adonde se apartó de mí a dar su embajada, y yo, anticipándome con la mía, me fuí al palacio real y di el pliego en mano propia a Su Majestad, el cual, como no me conocía, ni tenía aviso de quién yo era, me hizo mil honras y mandó que me fuese a descansar, que él tenía



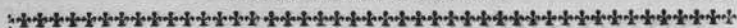
particular cuidado de despacharme. Fui al cuarto de la reina, di el pliego del archiduque su hermano, y ya por mis extraordinarias cortesías o por advertirle en el pliego la calidad del portador, me mandó cubrir, y en lugar de enviarme a descansar me mandó regalar y que cuidasen del señor embajador. Dió aviso de ello a Su Majestad, el cual se holgó mucho, celebrando con la gravedad y tesura que le había dado el pliego. Al cabo de tres días me despacharon, dándome trescientos ducados para guantes y enviándole la reina a su hermano, entre las demás cartas, una en que le encargaba que si acaso me despachase a los Países Bajos, me diese comisión de traerle unas puntas y una muñeca vestida al traje francés, para que sus sastres tomasen el modelo y le hiciesen de vestir a uso de aquel reino, por ser el de Polonia embarazado y no a su gusto. Recibidos los despachos y dineros, partí en busca de la armada, y por no poder entrar por la parte de los confines de Alemania, por estar tomados los pasos del enemigo, pasé por la Hungría, y habiendo llegado a la corte imperial, el señor marqués de Castel-Rodrigo, embajador ordinario del rey católico, me dió otro pliego de cartas para la armada, y partiendo con toda brevedad en su alcance entré en el reino de Bohemia, y pasando por Praga llegué a Dresde, corte del duque de Sajonia. Allí tomé lengua de la armada, y me dijeron que marchaba la vuelta de Lipsic en seguimiento de la sueca. Yo me di tan buena diligencia en seguir aquella derrota, que a las veinticuatro horas, una legua de Lipsic, descubrí a las dos armadas puestas en batalla campal y dándose muchos bodocazos y cuchilladas. Aquí fué adonde el señor correo perdió todo el brío y quedó



\*\*\*\*\*

más cortado que una cernada. El caballo que llevaba, animado de las trompetas y cajas, quería embestir con los batallones, y yo, atemorizado de oír una fragua de Vulcano y de ver desatadas todas las furias del Averno, quería ponerme en huida. En efecto, estábamos de contrarias opiniones yo y mi camarada el rocín. Temía por una parte el perder los pliegos, por venir sin postillón, y por otras dos mil el perder las ganas del comer y arriesgar el caballo, que me había costado muy buen dinero. Era tan grande y tan espeso el humo que causaba la artillería y mosquetería y tan copiosa la polvareda que levantaban los alados húngaros y frisonés, que no me daban lugar a ver quién llevaba lo mejor.

Estuve un gran rato sin determinarme si pasaría adelante o volvería atrás, porque la gran turbación que tenía no me daba lugar a determinarme; pero al tiempo que me quise acercar un poco (sabe Dios con cuánto sobresalto) llegó a mi un batallón de los nuestros diciendo que perdíamos la batalla por falta de la caballería del cuerno izquierdo, y preguntándome, pues era correo, si sabía algún buen camino donde poder salvarse, le respondí que dejasen aquel cuidado a mi cargo y que mi siguiesen, y con más miedo que todos ellos los alejé de la tremenda palestra, de tal manera que a la noche los acuartelé en un villaje a veinte leguas de ella, porque si yo fuera tan diestro en los alcances como en las huidas, ya estuviera escabechado a puros laureles. No fueron tan pocos los que me siguieron, que no pasaron de dos mil, con que pudiera blasonar haber sido restaurador de tanta caballería. Llegamos a puerto salvo, después de pasar la borrasca, por hallar en el villaje una infinidad de vivanderos que iban a nuestra



armada cargados de bastimentos, ignorando el siniestro suceso; y habiéndonos juntado todos a consejo de guerra para darles un Santiago, y no de azabache, me enviaron a que sirviese de espía de los pobres demonios para reconocer la cantidad que había y si estaban alerta. Volví al cabo de un cuarto de hora, y disminuyendo el campo contrario y animando el mío a la empresa, cerró con tal valor, que si aquella mañana perdió una batalla en campaña, aquella noche ganó otra en poblado con harto menos peligro y con mucho más provecho

En efecto, entraron los amigos a saco; era un confuso laberinto oír en el peso de la obscuridad de la noche los gritos de los derrotados vivanderos, los llantos de sus angustiadas mujeres, los clamores y llantos de sus tiernas criaturas, los golpes de los descerrajados baúles, las embestidas a los sacos del pan, los asaltos a las botas del vino y el cierra, cierra las arcas de ropa, sin usar de ninguna piedad ni misericordia, porque como tienen a los vivanderos en opinión que los roban y que se llevan todo el dinero de la armada, se habían revestido de nerones. Yo quise también probar la mano y ganar algunos despojos, pues había sido guía de los vencedores y espía contra los vencidos, y dejando a guardar mi caballo a un soldado que se me había dado por amigo, con intento de pescar otro mejor entre los muchos que llevaban los vivanderos, cargué con mi maleta de pliegos, y llevándola debajo del brazo izquierdo, metí mano a la espada y cerré con el escuadrón de carros a tiempo que estaban todos ellos en cruz y en cuadro, sin que hallase otra mercancía más que lágrimas y ternezas de sus dueños, por lo cual fué fuerza re-



tirarme sin caballo. Y volviendo en busca del mío hallé que el soldado a quien se lo había entregado se había acogido con él de manera que me quedé sin el uno y sin el otro, por ser disparate dejar lo cierto por lo dudoso; de forma que entre tanto despojador vine yo solo a ser el despojado, quizá por lo que había tenido de vivandero. Venida la mañana, marché a pie, cargado con la maleta, siguiendo nuestras derrotadas tropas, y encontrando con un coronel, me preguntó que cómo caminaba a pie. Yo le respondí que en la batalla me había llevado la bala de un cañonazo el caballo de entre los pies. Díjome:

—Por cierto, Estebanillo, que fuiste dichoso en no llevarte a ti, y que lo puedes atribuir a milagro y ser buen cristiano de aquí adelante.

Marché poco a poco, hecho correo de a pie, hasta llegar a la corte de Praga, adonde hallé a Su Alteza el archiduque Leopoldo y a mi amo, que estaban recogiendo la gente que se había escapado de la pasada refriega. Preguntóme Su Alteza cómo me había ido en Polonia, y yo le encarecí las mercedes que en ella había recibido; y deseando saber la causa de mi venida a pie, le satisface con decir que había llegado a la armada al tiempo de la batalla, y que animándome de ver a Su Alteza opuesto a los peligros, empecé a escaramuzar con las tropas enemigas, adonde me di a conocer bien a costa de su sangre; pero que habiéndome sido forzoso el retirarme por ver al enemigo victorioso, rendido el caballo de haberme puesto en salvo, me fué fuerza el dejarlo y venir a pie. Dió crédito a todo ello, por ignorar la batalla de los vivanderos. Leyó las cartas, y en recompensa de haber salvado los pliegos y traído-

\*\*\*\*\*

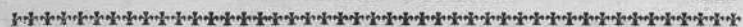
los a cuestras, me mandó dar para montarme. Fui a ver a mi amo y contéle lo mismo, aunque, como me conocía, no pude (como con los demás) acreditarle de valiente.

Envióme otro día Su Alteza con un despacho a Viena para Su Majestad Cesárea y con otros para los estados de Flandes, dándome trescientos escudos para el camino. Fuíme a despedir de mi amo, el cual me dió otro pliego para don Francisco de Melo. Llegué por la posta a Viena, di los pliegos, y otros que asimismo traía a la Majestad Cesárea de la emperatriz y al marqués de Castel-Rodrigo. Allí conté maravillas de la batalla y mentiras ni vistas ni imaginadas, ganando mucho más con ellas que no gané en Yelves a coger aceitunas. Y habiéndome despachado, me volví a empostillar, y dándome unas pocas de alas el rapaz virotero, resucitando en mí las cenizas del amor pasado, llegué en ocho días a Bruselas, adonde después de haber dado mis despachos y hacer mis embajadas, me salí a pasear y a ver la tía de mi cuidado, la cual me lo acrecentó con unos pucheritos que hizo, lamentándose de la desconsolada vida que había pasado aquel enjaulado serafín. Limpiéle las lágrimas con unas doblas que le di (iris de tales tempestades) para que la sacase de empeño y la trajese a casa. Partió como una saeta y yo quedé lastimado de su relación, aguardando el retrato de una penitente egipciaca. Mas presto me consolé por verla entrar por la puerta, pálida como un madroño, flaca como una trucha y con más papada que un canónigo. Por estas señas conocí lo que había sentido mi ausencia. Abrazóme tierna y estrechamente, y yo la di los brazos sospechoso y desengañado, y mas cuando vi

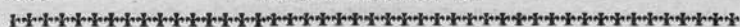
unos asomos de lágrimas en sus neutrales ojos, que debían de ser por la reclusión pasada o por la que esperaba entrando en mi poder. Pasamos aquel día con gusto, mas no tanto que no dejamos de tener tres pesadumbres y en la semana trescientas, por ocasión de que por regalarla gastaba lo que tenía y lo que buscaba, y ella, por verme tan liberal, lo era también conmigo en darme lo que le pedía, que eran celos y más celos.

Volví a hacer una visita general a todos los señores de esta corte, guiándome por la carta de marear de mi antigua lista, aunque por haber sido corsario en seguir aquellos rumbos no necesitaba de ella. Satisface algunos acreedores, por pedirme la deuda con humildad y ofrecerme de nuevo sus casas con amor, que a quien esto no obliga, o se precia de muy caballero o de gran tirano. Visitábanme los amigos que me habían menester, saludábanme los soldados que me querían pedir y pegábanseme los bravos que me intentaban estafar. Mi dama, por desquitar algo del encerramiento pasado, volvió a hacer de las suyas, y dándoles a todos piques de esperanzas, me daba a mí repiques de celos y capotes de desesperaciones. Determiné de vengarme por los mismos filos y de sacar un fuego con otro fuego, para lo cual, habiéndome acariciado otra dama tan buena como ella y de no menos servicios y virtudes, y que basta para decir que tal era que ella me hubiese acariciado. En efecto, acepté el favor, y en agradecimiento de la mala elección que había hecho, la convidé a merendar fuera de los muros, y por parecer hombre de mi palabra, otro día la envié a advertir por la puerta que había de salir y en el puesto que había de espe-





rar, y a la hora que había de ser. Llegado el plazo, me presenté al desafío campal, llevando por armas un gran jarro de vino y ciertos sazonados manjares. Llevé por padrinos un par de amigos, y por portadores de la merienda a mi querida prenda y a una conocida suya. Al tiempo que llegamos adonde la otra dama me estaba aguardando, me adelanté un poco; después de haberla abrazado a letra vista la di a entender que las dos que venían en mi seguimiento eran criadas mías, y señalando la hostería donde había de entrar, volví a retaguardia y le hice creer a la señora mi moza ser aquella una persona de merecimiento y a quien yo tenía muchas obligaciones, y que la había convidado por haberla hallado en aquel puesto. Entramos en la hostería, y llamando al patrón le pregunté que si sabía hacer una ensalada con los tres artículos pertenecientes para salir perfecta. El me respondió que si no fuera muy buena la que él me daría que no le pagase nada de todo el gasto que hiciese en su casa. Cubrieron la tabla, y poniéndome yo y mi nueva pretensora en cabecera de ella, la empecé a brindar a lo flamenco, y a dar paz a lo francés, y a hacerle plato a lo español, comiendo los dos los mejores bocados. Sintió de tal suerte mi antigua compañera este desprecio, que atragantaba podre por la boca y vertía ponzoña por los ojos, no porque ella me tuviese amor ni sintiese verme divertido en nuevo empleo, sino por la poca estimación que de ella hacía en presencia de tanta gente, y lo más que le llegaba al corazón era ver que su competidora le mandaba pedir lo que faltaba en la mesa y le hacía que escanciase la bebida. Al fin, pagando agravios de celos con venganzas de lo mismo, dimos fin a la obra y prin-



cipio a la cuenta del gasto que había hecho el patrón, el cual, ajustando su conciencia, me pidió un patacón de pan, cerveza y ensalada y de la buena pro. Yo, tomando de la mano a quien me había servido de novia en la mesa, me iba diciendo no era obligado a pagar lo que me pedía por no haber sido la ensalada a mi gusto. El patrón me impidió el paso pidiéndome el escote, y por ver que se juntaba bulla de gente, porque no presumiesen que por miserable no le pagaba, o por no tener con qué, me encaré con él y le pregunté que si acaso se acordaba de que me había dicho que si no fuera buena la ensalada que él me daba por libre del gasto que hiciese. Confesó ser así, y que no solamente no podía estar más bien hecha, pero que nadie le llevaba ventaja en saberlas acomodar. Yo le respondí:

—Pues tan grande maestro sois en esa profesión, ¿qué tres propiedades ha de tener el que quisiere acertar a hacerla apetitosa y sin ninguna falta?

Replicóme que él no sabía más propiedades que de cobrar su dinero, ni más faltas de que nadie la hiciese con él en irsele con su sudor. Díjele muy puesto en cólera:

—Pues para que veáis que sois un lego y un idiota en este oficio, el hombre que hubiere de hacer una buena ensalada ha de ser justo, liberal y miserable: justo en el vinagre, liberal en el aceite y miserable en la sal, y pues vivís de presumido teniendo tanto de ignorante, porque no presuman los que nos están mirando que lo hago por no pagaros, ni vos os alabéis, que no habéis cumplido lo que me prometisteis, veis aquí el real de a ocho que pedís.

Y diciendo esto, lo saqué con un puño de ellos de la

\*\*\*\*\*

faltriquera, y arrojándole con mucha fuerza a unos convecinos jardines, le dije:

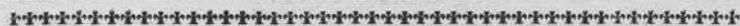
—De esta suerte se parte la diferencia y quedamos ambos pagados, y otro día sed más avisado conmigo y seré yo más generoso con vos.

Celebrando el cuento y acción los mirones, y el hostelero avergonzado, bajó la cabeza y volvió las espaldas; pero yo, por andar más galante a vista de mi moderno galanteo, saqué otro real de a ocho, y llamando al que partía desconsolado, le dije:

—Ahora que os halláis convencido y no me pedís nada, veis ahí lo que pretendíais.

Y arrojádoselo en tierra me entré con mucha gravedad en la villa. Acompañé a la dama bisoña hasta su casa, y con mi vieja camarada me retiré a la mía, a la cual, sirviéndole de escarmiento el referido desprecio, por no llegar a verse en otro acto semejante, dió en mostrármeme más apacible y en darme menos enojos, porque para el veneno y letargo de celos esta es la perfecta contrahierba.

En este tiempo la condesa de Ulft, a pedimento de mi amo y por agradar a la reina de Polonia, me dió una gran muñeca vestida a lo francés que había hecho traer de París. Compré cantidad de puntas de las mejores y más finas que pude hallar, en cumplimiento de lo que me había mandado el archiduque Leopoldo, y llegándose el tiempo de poner el ejército en campaña, salió don Francisco de Melo, como su general, a visitar las fronteras, y me mandó que le siguiese, o presumiendo que yo era algún gran ingeniero o teniendo noticia que era único minador de jamones y panecillos. Fuémos recorriendo todas las plazas, y llegando a la



de Lila, me despachó como a correo para Alemania, con pliegos para el señor marqués de Castel-Rodrigo. Di la vuelta a Bruselas, y por tener ya más satisfacción de mi dama, la dejé en casa de un mercader, que a saber la buena mercancía que le dejaba, estoy cierto que no la hubiera recibido. Dejéle pagados algunos meses adelantados y todos los vestidos y galas que yo más estimaba, por ser dádivas de Su Alteza, y después de haber dispuesto mis negocios lo mejor que pude y despedíome de mi infanta Palancona y de los amigos del trago, tomé la posta y empecé a desmoler lo que había comido, a sudar lo que había colado y a trocar en el trabajo del camino la vida palaciega de la corte. Partí de Bruselas en el mes que los enamorados sirven a sus amores, y divirtiéndome la variedad de las flores, la hermosura de los campos, el susurro blando de los despeñados arroyuelos y el gorjear de las sonoras aves, llegué a Viena, y entregando los despachos que llevaba, por hallarme desocupado y por tomar algún descanso de tan dilatado camino, trocando el oficio de correo en mi antigua dignidad, en achaque de *éntrome acá, que llueve, y hace un sol que rabia*, me entraba en el imperial palacio y en las casas y posadas de todos los señores, unas veces echando lances en vacío y otras hinchendo la red, tomaba del pecador como venia, y sólo sentía a par de muerte unos pegatostes que como emplastos de resfriado se pegan a los poderosos, y pensando que lo que me daban a mí les había de hacer falta a ellos, me hacían mal tercio, y muchas veces eran ocasión de salirme en *albis* y otras de disminuirme las dádivas. Yo les decía:

—Caballeros Lanzarotes, ya que no gozáis de la glo-

\*\*\*\*\*

ria del dar, no impidáis el infierno del pedir, y si sois tutores de las haciendas de los señores, sed curadores de sus honras y famas, pues no la gana un poderoso con henchiros a vosotros las valijas ni a sus criados los jergones, ni con transformarse en primaveras de galas, pues diferente renombre ganó Alejandro con dar que no Heliogábalo con banquetearse y desperdiciar brocados y diamantes, y diferente fin tuvo el uno por ser dadivoso que el otro por ser glotón, y el que da imita a Dios, que siempre nos está dando a manos llenas infinitades de gracias y mercedes, y el que no da imita al mismo demonio, que sólo nos regala con pesadumbres y sobresaltos.

Después de haber hecho mi ronda, di en querer probar la ventura y en jugar con todos los títulos y coroneles, como si yo lo fuera o gozara de sus rentas, y unas veces por venir la mía debajo, y otras por entrarle a treinta y nueve el As, me dejaron a oscuras de lo que había ganado en todas mis corredurías y de las mercedes que me habían hecho en aquella corte y de las mercancías que yo había vendido en ella, porque a tanto extremo ha llegado mi codicia, que no he hecho ningún viaje que no haya cargado de ellas, llevando siempre cosas de poco volumen y de mucho valor, y de aquello que se carecía en el reino adonde llevaba los despachos; pero no hay estreñido que no vaya de cámaras. Al fin, sin poderme aprovechar de las lecciones de mis primeros amos, por jugar con gente de *libera nos domine*, me vine a hallar como Juan Paulin en la playa, y tan aborrecido de todos por la gran pérdida que había hecho, que andaba como el alma de Garibay, que ni la quiso Dios ni el diablo. Pero por no dar un buen





día a las corrientes de Flegetonte, ni venganza a mis competidores, valiéndome de unas resultas que me habían quedado, tomé la posta para ir a la villa de Passau, junto del Danubio, corte del archiduque Leopoldo. Pero apenas había corrido media legua, cuando pasando por un ameno jardín que está cercano al camino real, me conocieron unos señores y unas damas que estaban en él holgándose, y hiciéronme apeaar a tiempo que se cubrían las mesas de un opulento banquete, y yo, por ser rogado y por aliviar mi melancolía, cerré los ojos, y embestí con platos diversos y con vinos diferentes; pero entrando de victoria, salí de rendimiento, porque tantos a uno, era fuerza que diesen conmigo al través, y para acomodarme mejor de ropa blanca, el posillón que llevaba por guía quedó de tal forma que no lo pudiera guiar a él un ejército entero, y creo, que a ser convidados los caballos, pasaran también el mismo detrimento. Corrimos los dos parejas tan iguales, que nos apeamos a un mismo tiempo, comimos y bebimos a un mismo tiempo, y caímos a un mismo punto. Acabado el banquete, hicieron diligencias aquellos señores, según supe después para ver si nos podían volver en sí; pero advirtiéndome que era cosa irremediable, nos mandaron llevar a una pradería dentro del mismo jardín, adonde estaban nuestros caballos. Cargaron con nosotros dos docenas de criados, cantándonos cien responsos y haciendo cincuenta paradas y echándonos mil jarros de agua; mas fuera muy poca toda la del convecino Danubio para apagar tanto fuego. A la tarde, después de haberse holgado muy bien con diferentes instrumentos, se volvieron todos aquellos señores y damas a la Corte, dejándome encomendado al jardinero, para

\*\*\*\*\*

que tuviese cuidado de mí y de los caballos y maletas. Quiso mi ventura que otro día de mañana acertase a pasar uno de los caballos nuestros tan cerca de su dueño, que le puso pie con pata y zapato con herradura. Obligóle el dolor y la carga a volver a este mundo, habiendo estado en el paraíso de Baco. Sentóse lo mejor que pudo, por no atreverse a levantar, desde adonde no costándole poco trabajo me despertó. Sentéme también a su lado, tan atolondrado como él, y tan fuera de mí, que no reconocía en la parte que estaba, porque imaginaba haber pasado de la gran Constantinopla. Preguntéle al postillón que cuantas postas habíamos corrido. Y respondiome que a su parecer más de doscientas, según se sentía de molido y cansado. Púseme en pie, sirviéndome de bordón la cola de uno de los caballos, el cual, por no ser casado, tuvo ánimo de al son de un medio relincho darme dos pares de zapata-das, con que dió conmigo en un acopado nicho de una frondosa murta, con que me dejó hecho estatua de Baco en jardín de Flora. Y columbrando por sus verdes ce-losías que el jardín venía hacia la parte donde estába-mos, olvidado del dolor e imaginando que estábamos en el camino real y que él era pasajero que venía por él, le pregunté que cuantas jornadas había desde allí a la Corte de Viena. El, riéndose de la pregunta y ayu-dándome a salir de mi capilla, me volvió la cara a la parte del mediodía y me dijo:

—¿Ve allí vuesa merced la torre de la iglesia mayor de la Corte por quien pregunta? Por el distrito que hay de aquí allá, puede conjeturar las jornadas que ha he-cho después que salió de ella.

Quedéme más atónito de lo que estaba por ver el

\*\*\*\*\*

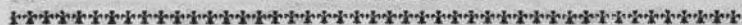
poco viaje que había hecho, pensando, según me había dicho el camarada, que estaba a vista de la villa adonde iba. Dile prisa al postillón a embridar los caballos, el cual, ayudado del jardinero, se levantó, y por ponerles las bridas en las cabezas, se las ponía en las colas, lo de adentro afuera y lo de arriba abajo, y por ser conocido de los trotones, no llevó de la colación que yo participé. El piadoso Velardo de aquella guerra, viendo que los tragos obligaban a lo que el hombre no piensa, lo puso a punto de leva y nos ayudó a montar en ellos, que entiendo que no le costó poca fatiga, según estábamos de pesados. Abriónos la puerta del jardín, adonde se empezó a santiguar mi católico postillón, y picando trasero y amorrando a la parte delante, tomó el camino de Viena, yendo yo en su seguimiento. El jardinero, como sabía que no era aquel el viaje que yo hacía, nos empezó a dar voces diciéndonos que nos volvíamos a la Corte. Yo, con darle al postillón más holas que hay en el estrecho de Magallanes para hacerlo parar, era darlas al aire, por lo cual, apretando las espuelas a mi descansado rocín, pasé delante de él, y habiéndolo detenido y enseñándole las torres y murallas de Viena, aún no lo podía persuadir de que iba errado. En efecto, reduciendo al caballo antes que a él empezamos a hacer nuestra jornada. Llegué al cabo de las diez y ocho a los pies de Su Alteza, el cual se holgó de verme y mucho más cuando supo que llevaba la muñeca y puntas que había mandado traer de Flandes, y pagándome diez doblado de la costa que me habían tenido, dentro de ocho días me despachó a toda diligencia con aquel presente y despachos a la reina su hermana a Varsovia, Corte de Polonia.



## CAPITULO DECIMOPRIMERO

*En que cuenta el segundo viaje que hizo al reino de Polonia; el desafío que tuvo con un estudiante polaco; la llegada a Viena y partida a Italia, y lo que le sucedió en el camino con un capitán alemán, y los viajes que hizo a Roma y Nápoles, hasta llegar a España.*

**D**ESPUÉS de haber corrido muchas postas y pasado malos días y peores noches por ir siempre zangoloteándoseme cuajar y tripas, por ir el uno lleno de comida y las otras de los mejores vinos que hallaba, sin guardar la disciplina de los correos, llegué a Polonia y di mis pliegos y regalos a su Majestad real, siendo embajador sin título y grande sin señoría. Tratóme, al fin, como reina, porque siempre he hallado más afabilidad y llaneza en emperadores y reyes que no en ciertos engolletados, que se bautizaron en su aldea y se confirmaron y añadieron un *Don* en el anchuroso dominio de Neptuno, y se endiosaron en el primer oficio que llegaron a ejercer. Todos los



señores polacos, por respeto de la merced que su Majestad me hacía, me cargaban de dádivas y me henchían de vino y me trataban de señoría, con lo cual me hallaba más hueco que un regidor de aldea. Ayudóme bravamente el saber la lengua latina, porque de otro modo hubiera sido imposible entender una palabra, por la gran obscuridad de su lenguaje y porque ellos no saben de la nuestra, sino el dar señoría a uso de Italia, por haber en aquellos países muchos mercaderes italianos. Partieron sus Majestades a su gran ducado de Lituania, adonde por antiguos fueros tienen obligación de asistir en él un año y dos en Polonia. Es este estado un país muy friísimo y de muchos y muy grandes y espesos bosques, particularmente uno llamado Viala-Weje, en el cual Su Majestad mató en sólo un día seis toros salvajes, tan feroces, que daba horror el mirarlos, y tan barbados, que cada uno de ellos podía prestar barbas a media docena de capones. En cualquiera parte que Sus Majestades hacían noche, el señor de aquel distrito les alojaba y banquetaba al uso polaco, con tal grandeza, que a mí me causaba admiración y me parecía cosa imposible que hubiese tierra que produjese tantos regalos, ni señores que tan generosamente diesen muestras de su poder y voluntad. Dióle a Su Majestad deseo de ir a caza de las grandes bestias que tienen virtud en la uña del pie izquierdo, y llegando a un gran bosque, en muy poco tiempo dió muerte a ocho, y entiendo que a querer darse diligencia pudiera matar ochocientas, por ser siglo abundante de bestias. Yo consideraba cuantas racionales hay mayores que estas y con mayores uñas y más virtudes para sus provechos en las manos derechas y no hay quien ande a caza de



\*\*\*\*\*

ellas. Yo pienso que me preservé en esta ocasión por ser bestia pequeña y andar el rey de caza de grandes. Marchamos desde aquel bosque a la vuelta de Groden, ciudad de Lituania, adonde por venir yo algo indispueto de haber querido bizarrear en tanta variedad de banquetes, caí malo, por cuya razón, hallándome al cabo de algunos días algo convaleciente, pedí licencia a Sus Majestades para volverme a Alemania, la cual me dieron con mucha voluntad y un pasaporte real para todo su reino, y una carta de favor y recomendación para mi persona para la Majestad Cesárea de la emperatriz su prima, y pliegos para el archiduque su hermano, honrándome para ayuda del viaje con seiscientos escudos y con dos riquísimos vestidos a lo polaco, y con una carroza con dos bizarros caballos (porque caminara con más descanso y porque no me dañase el sol ni el viento, temiendo no volviese a recaer el señor embaajador) y una guía intérprete para que me convoyase hasta llegar a los confines de Alemania.

Presentáronme tres señores de los que iban acompañando la Corte tres caballos, como si Estebanillo fuese alguna persona de gran puesto o calidad; pero el señor que es generoso no mira el sujeto del que recibe porque sólo se atiende al valor del que da, que el que pone excepciones, son *achagues al viernes por no ayunar*. Contemplándome tan poderoso y en tal alto estado, me despedí de Sus Majestades y de todos los señores y títulos de su Corte, y poniéndome en camino, salí de Lituania, y atravesando todo el reino de Rusia y pasando por Moscovia, llegué a una ciudad del reino de Polonia llamada Cracovia, que es adonde se coronan los reyes de aquel reino y adonde hay gran comercio

de mercancías y muchos mercaderes italianos, siendo todo su tráfico y trato el de la seda. Allí tuve un desafío de los que yo no suelo rehusar con un estudiante polaco sobre quién bebería más aguardiente. Yo lo acepté al mismo punto que me desafió; pero por ser de parte de noche y estar ya bien cenado y mejor bebido, lo dejé para por la mañana venidera, el cual no excusé por materia y razón de estado, pues parecía género de cobardía huir yo la cara, viniendo con carroza y criados y caballos de respeto, y con guía a faraute. Aquella noche hice provisión de esponjas y estopas, y a la mañana, quitándole a mi faraute unos grandes calcetones de paño que traía debajo de unas botas que le pudieran servir de calzones, le metí en la una de ellas todas las esponjas y estopas en lugar de escaupín y calcetón, y como quien calafatea navíos, se las calafateé muy apretadamente. Dile la instrucción de lo que había de hacer, y avisando al huésped y depositando seis doblones, que era el señalado premio del vencedor, le dije que recibiera otros tantos de mi competidor, el cual con bacanal catadura se nos venía acercando. Dió el depósito al patrón, el cual nos metió en una sala que nos vino a servir de palenque y estacada; diónos a cada uno un jarro de azumbre y media de la mejor aguardiente que tenía, porque peleásemos con armas iguales. Sirvióme a mí de padrino mi faraute Garci-Ramírez, y al retador otro estudiante camarada suyo. Pusieronnos una mesa y encima de ella dos vasos pequeños para que empezásemos nuestra batalla, y dos pipas y un papelón de tabaco picado y un candelero con una vela encendida para que se entretuvieran los padrinos mientras durase la refriega. Declaróse quedar por vencedor el que diese más

\*\*\*\*\*

presto fin a su jarro; hiciéronles los jueces salvas, para ver si había algún fraude en ellos, y habiéndolos dado por justos y rectos, nos partieron el sol, poniéndonos a los dos de frente en frente y la tabla en medio, que nos servía de valla, y en lugar de trompetas y de son de embestir, después de habernos henchido los vasos, empezaron a enflautar sus pipas y a resollar humaredas. Yo y mi estudiante nos dábamos de las astas bien a menudo y con lindo denuedo, y como era por la mañana y el país muy frío y en el rigor del invierno, apenas dábamos lugar a que los padrinos tuviesen tiempo de escanciarnos, porque aún no estaban llenas las ampolletas, cuando ya estaban vacías.

Jugaba tan bien de la china mi escolástico, que ya reconocía yo su superioridad, y a no haberme valido de ardidés, quedara el campo por suyo, por llevarme más de seis vasos de ventaja, aunque se veía ya tan fatigado del peso de la cabeza, que la reclinaba a menudo sobre la tabla, y desconociendo a su compañero, se le antojaba la vela cirio pascual. Cuando yo ví que se había llegado la ocasión de conseguir mi intento, haciéndole a mi compañero, se acercó hacia la vela, en achaque encender la pipa, y en lugar de despabilarla la dejó a buenas noches; empezóse a lamentar, por la gran falta que les hacía a los dos, y el padrino contrario, haciendo del cortés, tomó la vela y fué a encenderla. En el interín, viendo a mi competidor que estaba amorrado sobre la mesa, como jugador trasnochado y perdidoso, dándole un baño de aguardiente a su bota, dejó el jarro con menos de medio cuartillo, quedándole agradecidas botas, estopas y esponjas del buen desayuno que les había dado. Vino al punto el camarada, y

\*\*\*\*\*

tomando cada uno su pipa de tabaco, mi faraute, aun antes de dar fin a la suya, dijo que le parecía que iba muy despacio la procesión, y que los combatientes estaban bien bebidos y calientes, y los padrinos muertos de frío y en ayunas, y que así quería ir a hacer que les trajesen de almorzar a costa del que perdiese. Respondió el otro que hablaba muy bien y que pedía razón y justicia, y que cuanto antes fuera, sería mejor, porque se las pelaba de hambre. Salióse mi faraute de la sala medio chillando la bota; fué a pedirle al patrón que aderezase con mucha brevedad de almorzar para dos, y en el ínter se fué a nuestro aposento, y se quitó la bizma pródiga, y limpiando la bota lo mejor que pudo, se metió en ambas sus calcetones y volvió con lindos apetitos y con muy buen almuerzo. Cubrió el patrón la mesa, haciendo desamorrar a mi contrario, y yo diciendo que también quería almorzar, me levanté y brindándole al patrón a la salud de quien lo había de pagar, levanté el jarro, y chupando gotas, por hacer detención y quitar sospechas, me estuve gran rato tragando más aire que Brandevin, y dando fin a lo que había quedado, empecé a publicar la victoria y a pedir el premio de ella.

Diéronme todos por vencedor y entregándome el patrón los doce doblones, me senté muy despacio a almorzar con los padrinos, sin que el rendido estuviese de provecho para podernos ayudar. Reconocieron lo que había dejado en el jarro, y aun apenas era un cuartillo, el cual se bebieron entre los dos, y los tres dimos fin al almuerzo. Despedíme del faraute, y después de haberle dado para guantes, proseguí mi viaje, atravesando la Hungría y regalándome con sus fuertes y sa-

\*\*\*\*\*

brosos vinos. Llegué a la Corte Cesárea, adonde por verme entrar con ostentación de carroza y autoridad de criados y caballos, tuve ciertos bostezos de ponerme un *Don*, aunque no fuera yo el primer bufón que lo ha tenido, ni me sentara mal, siendo correo imperial y real que me llamasen don Estebanillo. Pero porque no hicieran burla de mí, como de muchos que los tienen sin tener caudal con que sustentarlos, me empecé a santiguar diciendo: *Libreme Dios de tan mal pensamiento*. Informáronme en Viena de cómo mi amo había pasado a Italia, y que desde allí se había embarcado para España, cuya nueva sentí en extremo, por carecer de la merced que me hacía, y que por su respeto me hallaba en tanta propiedad. Fuíme a palacio a dar a Su Majestad Cesárea la carta de recomendación que traía de la reina de Polonia, la cual, después de haberla leído, me prometió favorecerme en cuanto se me ofreciera, y por ser a cuatro días de mi llegada día de año nuevo, cobré mi aguinaldo de todos los señores de aquella Corte, los cuales me doblaban la parada por verme gentilhomme de carroza. Pero por no hallarme con gusto cumplido por estar ausente de mi amo, me determiné de pasar a Italia, para ir en su seguimiento, y para ponerlo en ejecución, me fui a despedir de las Cesáreas Majestades, y después de haberme mandado dar una ayuda de costa y un imperial pasaporte, me honró la emperatriz con una carta de favor para el católico y poderoso rey de España, su hermano y mi señor. Despedíme de toda la nobleza, y haciendo almoneda de mi carroza, tomé el camino de Italia. Rogóme a la salida un capitán jenízaro que lo llevase a caballo hasta Milán, pues que llevaba cuatro de vacío, que él cuidaría del que yo le



entregara. Imaginé que no me estaría mal el ir acompañado tan largo y peligroso camino y más de un capitán, por lo cual correspondí con obras a sus palabras.

Montó encima del que le pareció mejor, porque era hombre mal contentadizo y no poco presumido, aunque no lo cargó mucho de maleta, porque presumo que había hecho de algún escaupín de cuero la pequeña que llevaba. Era el tal señor veinticuatreño en sus comidas, y no en el paño de su capote. Y porque yo no entendiera que era modo ahorrativo, me decía que le hacía mal el cenar de noche, y que era cosa muy saludable a la vida humana el dormir desembarazado el estómago; pero la noche que yo le convidaba no reparaba en humanidades ni en embarazos. Pasamos toda la Stiria y el Tirol, y entramos en país de Grisones, adonde el señor capitán alemán me dijo que él era conocido por aquellos países y que podría ser que hubiese allí señores o soldados que lo hubiesen visto en Alemania con su compañía y a mí con la escuadra de mis chanzas, y que así importaba a su reputación que yo pasase plaza de criado suyo, y esto con un género de gravedad y un modo de aspereza, que me dejó atemorizado, aunque sabe muy bien el cielo, que estuve por dejarlo a pie para que fuese hasta Milán, abordonando con su jineta, si acaso la llevaba doblada en la estrechura de su maleta. Pero temiendo no se me alzara a mayores con el caballo y a mí me diera media docena de muertos por el alquiler de él (porque como se había salido con no querer sustentarlo, también se saliera con lo que se le antojara) callé y sufrí, consolándome con que mi nuevo amo comía cada día una comida muy tenue el señor su criado comía tres y bebía trescientas. Iba

\*\*\*\*\*

siempre que caminábamos muy adelante de nosotros, teniendo acaso de menos valer el dejarse comunicar, y yo y mis criados polacos nos gloriábamos en irle siempre cortando de vestir, porque obligara un figurón de estos a que murmurase de él el más capuchino, porque no hay ley ni razón que obligue a ser grave a quien ha menester servir y agradar para no morir de hambre. Pero hoy todo el mundo está lleno de Bartolomicos, pues hay criados de señores que apenas se hartan de lamer los platos y por verse con esperanzas de rico o con una gala perdurable, tienen más toldo que sus amos y más humos que Alcorcón.

Llegamos a Chavena, adonde me embarqué yo y mis caballos y mis criados, y en vanguardia el capitán mi señor, el cual como me vió que iba algo rostrituerto y él se halló en tierra del rey de España, me empezó a echar rodamontadas, como si fuera extraño para mí, siendo medio gallego, y patria para él, siendo medio alemán. Convidéle a cenar en colmo, disimulando el enojo, con intención de pegársela en Milán, y porque no se despartiese de mí hasta llegar a él, y sin reparar en digestiones de estómago, comió como leproso y bebió como hidrópico. Otro día, cumpliéndose lo que yo tanto deseaba, entramos en aquella rica y nombrada ciudad de Milán, adonde elegimos por posada la del Falcón. Díjele al capitán la noche que llegamos a ella que pagase la comida de su caballo, pues además de haber venido en él de balde, le había yo hecho la costa todo el camino, habiéndome ofrecido a la salida de Viena muy diferente de lo que me había cumplido. Respondióme que no solamente no quería, pero que ni aun le pasaba por imaginación, que la pagase yo, pues ga-

\*\*\*\*\*

naba el dinero a decir gracias, que el suyo era ganado a mosquetazos, y que harta merced y honra me había hecho en traerme en su compañía y de admitirme en nombre de criado suyo. Yo, quitándome de ruidos, como enemigo que soy de ellos, me retiré a reposar muy despacio, y venida la mañana me fui a ver a Su Excelencia el marqués de Velada, que era gobernador de aquel estado, al cual me quejé muy en forma de lo que había usado conmigo el espetado capitán y jenizaro grave, con que se alegró mucho por oír el modo con que se lo pinté. Y como señor tan discreto y entendido, después de satisfacerme con premio la relación, no quiso que nadie se quejase de su justicia, y así me remitió al auditor general, a quien habiéndole yo informado de la mucha que tenía, y que mi capitán Holofernes eran sus bienes castrenses, movibles y no raíces, y su persona portátil, le envió media docena de ministros audienceros a que lo hiciesen parecer a juicio o le arrestasen en la misma posada, estando todos a su costa y pensión en guardia de su persona. Llegué haciendo el oficio de Judas con los tres pares de alfileres con alma a la posada, y lo hallé lavándose las manos, siendo Pilatos los que venían por él, y él el que había de ser sentenciado. Notificáronle el auto, que fué para su gusto peor que de Inquisición, y mirándome muy despacio con sus jenizaros ojos, y dándome el vos que dan los señores, me dijo que no dijese mal del día hasta que fuese pasado, porque aún había sol en Peral.

En efecto, no pude decir mal del presente, porque fui satisfecho antes de ponerse. Dióme por vía de acuerdo veinte escudos, y echóme por vía de ronca mil amenazas. Vendí los cinco caballos en cien doblas, con que

\*\*\*\*\*

acrecenté el caudal y aligeré de costa; despedí los criados, porque sólo los ha de tener quien tiene renta segura para sustentarlos, que para matarlos de hambre y traerlos desnudos, cualquiera se los tendrá. Viéndome libre del capitán Faraón y de siete bocas polacas, que eran para mí las del Nilo en lo rápidas y borrascosas, me salí a espaciar y a dar una vista a la ciudad y a dejarme ver. Y como iba hecho a lo de Bruselas y Viena, que todos me hablaban y todos me conocían, y en todas partes entraba y en las más de ellas tenía provechos, extrañé el nuevo paseo porque todos me miraban, y nadie me hablaba, y en el poco tiempo que me detuve en aquella ciudad, si daba, lo recibían con buen humor, y si pedía, me daban esperanzas con buenas palabras, y así, por las vísperas saqué los disantos, echando de ver, que no era mercancía la mía al uso de aquel estado, pues sólo dos señores compraron y gustaron de ella, que fué don Fadrique Enríquez, gobernador del castillo de aquella ciudad, y don Vicente de Gonzaga, general de caballería. Estos fueron los dos peregrinos en esta Jerusalén; pero más vale pocos y buenos, pues cada uno de ellos me dió muchas doblas. Supe que mi amo no volvía a Italia, y que me aseguraban que se había de embarcar para Flandes, y viéndome sin amigos ni conocidos, ni tener parte donde divertirme ni entretenerme, di en hacer visitas a costa de mi dinero, y a darme a conocer a peso de mi caudal, y a cebarme en el juego en destrucción de mi bolsa, y sobre todo, en tener amigos que solicitaban mi perdición. Y para concluir con mi suceso digo, que en sólo dos meses que jugué como poderoso, que desperdiicé como pródigo y que gasté como heredero de padre mi-

serable, me quedé como en Viena, cuando me obligó otro tal disparate como el presente a ir por la posta a la Corte del archiduque Leopoldo. Y porque en todo imitara este trance al otro, me despedí del marqués de Velada, de quien tuve, demás del pasaporte, con que poder pasar el camino.

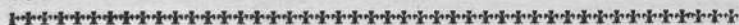
Salí a boca de noche de la ciudad como gran señor o como mercante de banco roto, metíme en la carroza que iba a Florencia, adonde nos hallamos una mezcla de todas yerbas, así de oficios, como de naciones, porque iba en ella un judío de Venecia, un esmarchado milanés que salía a cumplir diez años de destierro, una dama siciliana que por ser antigua en aquella milicia iba a ser bisoña en la de Liorna, un fraile catalán que iba a Roma a absolver de ciertas culpas y un peregrino saboyardo que iba a confesar algunos pecados reservados a Su Santidad. Llegamos a Bolonia la Grasa, adonde nos detuvimos dos días, por ver el gran concurso de gente que se había juntado a ver efectuar las paces y publicarlas entre los príncipes de Italia. Al tercer día caminamos por las montañas de aquella ciudad, y en sus confines tuve en una posada una pendencia muy reñida de voces y muy quieta de manos, por causa de ser el huésped tan alentado como yo. Fué la causa el pedirme la cantidad de seis bocales de vino de sólo una comida, cosa tan fuera de la medida de mi barriga y de la quietud de mi cabeza, que me hacía patear ver tan manifiesto robo. Porque aunque es verdad que se han visto mis tripas con muchas mayores sumas, no ha sido quedando ellas secas, como de presente estaban, ni en la tranquila bonanza en que se hallaban, ni mi cabeza tan libre de vapores, ni el juicio



\*\*\*\*\*

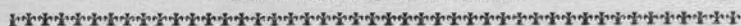
de lucidos intervalos, ni la lengua tan escasa de pelos y borrones. Mas en efecto vino a valer más su mentira, por estar en su tierra, que mi verdad, por estar en la ajena, quedándome al cabo de todo yo con mis voces y él con mis dineros, porque todos los países que son de confines, como éste lo es de diversidad de potentados, son los patrones de sus hosterías últimos fines de la sangre y sudor de los pobres pasajeros. Llegamos a Florencia, que con justo título empieze su nombre en flor, por ser breve jazmín de las ciudades de Italia y nueva maravilla de la Europa y antigua admiración del mundo.

Cuando vi tan espaciosas calles, empedradas de las catedrales, los desperdicios de sobras de bastimentos en la llanura de sus insignes plazas, lo abastecida de carne y caza, la sobra de frutas y flores y lo colmada de agua de olores y de vinos odoríferos, me quedé suspenso, imaginando que es poco curioso el que puede y tiene con qué ver esta ciudad y lo deja por negligencia, y que no puede decir que ha tenido regalo cumplido quien no ha estado algún tiempo en ella. Y como cada uno se inclina a lo que más apetece, yo me aficioné de tal suerte a sus vinos, que aun hoy lloro el no poder gozar de su admirable y sustancial verdea. Parecióme que quien había visto esta ciudad, ni le faltaba más que ver ni que había más que desear. Hice alto en ella, eligiéndola por mi corte hasta tanto que supiese nuevas ciertas de mi amo. Y por curarme en salud antes que me apretase la hambre, cosa jamás conocida en los que son prácticos en mi oficio, fui a visitar al príncipe Matías, hermano de Su Alteza de Toscana, ante cuya gradeza fui bien venido, quedando Su



Alteza alegre y yo contento por haberme conocido en Alemania cuando hice el oficio de sacamuelas. Sin reparar en mi humilde sujeto, no pareciendo a los caballeros gorriones atrás referidos, sino a los principes de su valor y calidad, me introdujo con Su Alteza el gran duque de su hermano, y después de haberle dado parte de las buenas que yo tenía y de las virtudes y propiedades que en mi concurrían, me alcanzó licencia para poderlo entrar a ver y hablar todas las veces que estuviere en la tabla. Pero después, habiendo gozado de mi bureo, y conocido mi buen humor, y habiendo sido informado de un sobrino de mi amo llamado don Francisco Piccolomini, gentilhombre de la cámara de Su Majestad Cesárea y caballero del hábito de Santiago y capitán de su guardia alemana, de cómo había servido a Su Alteza Serenísima el infante cardenal, y la gran entrada que había tenido con Sus Majestades Cesáreas y con el rey de Polonia, me dió libre facultad para que lo entrase a ver a todas horas, y mandó que se me diesen cuatrocientos escudos y todo aquello que necesitase para el sustento y adorno de mi persona todo el tiempo que yo gustase de servirle. Habiendo gozado algunos días de tan lucido tratamiento, me envió su hermano el príncipe cardenal Carlos de Médicis, generalísimo de la mar, con un despacho de cartas a Liorna, adonde de presente se hallaba la marquesa de los Vélez, aguardando orden y buenos temporales para embarcarse sobre cuatro galeras de Su Alteza de Toscana para pasar con ellas a Sicilia, adonde estaba el marqués de los Vélez, su marido, por virrey de aquel reino.

Llegué a Liorna, y en virtud de los despachos que llevaba, salieron aquel mismo día las cuatro galeras con



muy próspero viento, en las cuales me embarqué por orden que traía de Su Alteza de ir entreteniendo a la marquesa hasta la ciudad de Nápoles. Llegamos a Puzol, cuatro millas de la dicha ciudad, adonde Su Excelencia el almirante de Castilla, que era virrey de aquel reino, la salió a recibir y a ofrecerle su palacio y hacienda, suplicándose saltase en tierra para poderla servir y regalar. Y excusándose la marquesa, por tener la mar en calma y el viento favorable, se despidieron los dos, y yo, por parecer persona de importancia, hice lo mismo, regalándome Su Excelencia por haberla acompañado desde Liorna con cien escudos de oro. Acogíme a mi nuevo retiro de Nápoles, al cual hallé tan fértil y poderoso como lo había dejado; pero todos los amigos y conocidos y paraderos tan trocados, que me causó admiración y asombro. Fui a visitar la taberna principal del chorrillo, y halléla tan diferente y tan en bajo estado, que llegué a dudar si era aquélla la misma que ser solía. Fuime al cuartel de los españoles, el cual hallé tan desierto que parecía sombra de aquello que había sido. Supe en él cómo todos mis camaradas, que se sustentaban de ser desfacedores de tuertos y agravios de damas de alta guisa, de hacedores de paces y alborotadores de pendencias, estaban unos muertos en desafíos, otros huídos, otros en galeras y otros ahorcados. Fuime a entretener con las damas, donde acabé de ver la mayor mudanza que pueden contar las historias pasadas, porque las que dejé bisoñas estaban ya jubiladas; las que eran mozas y ollas las hallé viejas y coberteras; las que había dejado en el amago de la senectud las hallé pasando plaza de hechiceras y brujas, y primera, segunda y tercera vez subidas en azotea y

residentes en Corazain. Consideré cuán breve flor es la hermosura, y con cuánta velocidad se pasa la juventud, y cuán a la sorda se acerca la muerte, y qué de mudanzas hay de un día para otro, por lo cual no me espanté de hallar en el tiempo de doce años que había que faltaba de aquella ciudad tanta variedad de mudanzas y tanta diversidad de acaecimientos, y más en gente que vive muy de priesa y ellos mismos, como la mariposa, solicitan su fin.

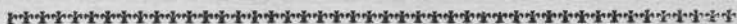
Hallándome tan solo adonde pensé andar muy acompañado de tantos amigos y camaradas viejos que había dejado, empecéme a pasear y a gastar conmigo lo que había de gastar con ellos. Buscaba la mejor fruta, solicitaba la mejor caza, gastaba los mejores vinos y ordenaba en mi posada que estuviese la nieve siempre sobrada. Y teniendo noticia que se embarcaba para España el duque de Medina de las Torres, virrey que había sido de aquel reino, me fuí al muelle y me embarqué en su misma galera, el cual, por la nueva conocencia, me hizo una burla, aunque ligera al parecer, muy pesada para mis costillas, pues no siendo yo nada liviano, hizo pasarme por toda la galera en el aire de mano en mano, como si fuera mi cuerpo un saco de paja, dándome después, para que se me apaciguara el susto del paloteado, una docena de doblas. Tuvimos antes de llegar a Gaeta una razonable borrasca, y después de haberla pasado llegamos a dar fondo en el ancho y espacioso muelle de Liorna. Despedíme del duque, y saltando en tierra tomé la posta para Florencia, adonde di parte a Su Alteza de toda la jornada y sucesos de ella. Estuve allí muchos días, teniéndolos todos buenos y no pasando ninguno malo; pero como tenía voluntad de

\*\*\*\*\*

ir a España a buscar a mi amo, por parecer criado de ley, estaba con algún género de disgusto, y así me determiné de pedir licencia a Su Alteza, el cual me la dió y un razonable donativo con ella. Y después de haber hecho lo mismo con los príncipes sus hermanos y recibido ofrendas como de tales manos, tomé el camino de Roma, para saber antes de partir a España en el estado que estaban mis hermanas, por haber infinidad de tiempo que no había tenido nuevas de ellas, que aunque es verdad que por mis grandes travesuras no me habían hecho ninguna amistad, al fin eran mi sangre y a quien deseaba todo bien. Al pasar por Siena fui a visitar al arzobispo de ella, hermano del duque de Amalfi, mi señor, el cual, habiéndose enterado de toda la peregrinación de mi viaje y de los buenos servicios que había hecho y cuán importante era mi persona para la república de los palacios, mandó que me diesen, después de haberme regalado, cincuenta escudos y cartas de favor para la ciudad de Nápoles. Agradecíle la merced y proseguí mi camino.

Llegué a aquella cabeza de la cristiandad, a quien siempre he tenido en lugar de patria por haberme criado en ella; me fui derecho a mi casa, la cual hallé en poder de segundo poseedor. Pregunté en ella a qué parte se habían mudado mis hermanas, y me respondieron que de esta vida a la otra. Sentí sus muertes como hermano, porque sólo iba a verlas para hacerlas obras de tal, arrepentido de los disgustos que las había dado. Hice pesquisa para ver si me habían dejado por heredero, y supe que se habían casado y dejado hijos, con que me encomendé a la paciencia y ahorré de lutos. Fuíme una mañana paseando a ver el cardenal





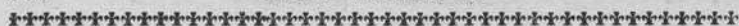
Matey, por haberlo conocido en la corte imperial, estando por Nuncio apostólico, en quien tuve un buen amparo y buena estrena. Hizo lo mismo conmigo el marqués Matey, general de las armas de Su Santidad, a quien yo había comunicado y recibido merced en los estados de Flandes, estando por coronel de la armada imperial, como atrás he referido. Fuile aquella misma mañana acompañando a un jardín que tiene extramuros de Roma, llamado la Navicella, que demás de ser en hermosura un prodigio de naturaleza, es de los más nombrados de la Europa, adonde excediendo la grandeza del dueño con la belleza de aquel palacio de Flora y alcázar de Amaltea, dió un banquete que, si no excedió a los que hicieron los emperadores de aquella corte, por lo menos pudo merecer nombre de competidor, y por lo más eternizar la fama de tan generoso señor. Y como el marqués tenía criados de todas naciones, conducidos de Flandes y de Alemania, y de su natural no son ranas, sino mosquitos, y aquel día todo anduvo sobrado, cargaron de tal manera con los demás criados de los convidados, que, transformados en leones, se daban batallas campales unos con otros, sin atreverse nadie a meterlos en paz, por conocer de la suerte que estaban. Y habiendo yo salido harto más cargado que todos ellos y más valiente que un gato viéndose apretado sin recelar peligro, metí mano a la espada y me puse en medio de ellos sin saber a qué ni para qué, tirando a diestro y a siniestro golpes que los dejaba aturridos; pero haciéndose todos una gavilla contra mí, sin respetarme por lobo mayor, me dió uno tal revés en blanco, por ser de llano, que me hizo echar por la boca todo un tajo de tinto. Púsose toda la gente lacayuna en

\*\*\*\*\*

huída pensando que me dejaban muerto, y yo creo que estaba en vísperas de ello. Empecé a grandes voces a pedir confesión; acertó a hallarse allí un doctor de medicina, y llegándose a tomarme el pulso, viendo su grande alteración y las bascas y trasudores y agonías que pasaba, sin informarse de la causa de mi accidente, mandó al jardinero que hiciese diligencia de buscar quien me confesara, porque tenía muy pocas horas de vida. El buen hombre, porque no muriera como un alarbe estando en tierra cristiana, me trajo a grande priesa al capellán del marqués, el cual, así que vió el penitente, se empezó a reír, por haberle dicho que un doctor me había desahuciado, y queriendo ver la herida de que decían que procedía mi mal, me quitó el sombrero y halló limpia la cabeza de sangre y sin más mácula que un pequeño burujon, causado del cintarazo que me habían dado. Preguntó a los que se habían hallado presentes a la pendencia que si tenía más heridas que aquélla, y habiéndole dicho que no, le dijo al jardinero:

—Si todas las veces que a este hombre le da este mal le hubiesen de confesar, fuera necesario que siempre llevase consigo un capellán; su enfermedad necesita de sueño, y así, hágalo retirar a su aposento, que yo salgo por fiador de su vida, y dígale al médico que lo desahució que esta dolencia, como es de herida y mordedura, compete a la cirugía, y que así no me espanto que haya errado, porque de acertar, anduviera contra el estilo de su profesión.

Fuése a dar cuenta del suceso a todos aquellos señores, y el jardinero me metió en una sala baja, adonde me hallé a la mañana fuera de peligro y libre de todo mal. Despedíme del jardinero, agradeciéndole la amis-



tad que me había hecho en haber sido mi enfermero, y volviéndome a Roma, me avisaron unos conocidos antiguos de cómo un barrachel había tenido noticia de mi llegada a aquella corte y que andaba en mi seguimiento para prenderme por travesuras pasadas. Y por no verme en poder de justicia ni pagar pecados viejos, me fui a Ripa-Grande y me embarqué en una faluca napolitana que hallé de partida, sin tener lugar de meter ninguna cosa de regalo para la embarcación. Salimos del Tiber con algún poco de trabajo al desembarcar en la playa; pero hechos al mar, ayudados de un viento fresco, tuvimos un próspero viaje. Había embarcado un gentilhombre romano que iba en la dicha faluca un medio tonel de vino, que por ser amable o angelical lo llevaba de presente a un amigo suyo napolitano, y tanto lo alabó y encareció un día, que me despertó la voluntad y me dió gana de beberlo a la noche, y aprovechándome de mis ardides y trazas, llegando por la obscuridad de la presente a una cala, me arriqué al dicho tonel, y fingiendo quedarme allí a dormir, me senté sobre un banco, y cuando eché de ver que todos estaban reposando, quitando el tapadero que llevaba a la parte de arriba con un reforzado cuchillo y haciendo caballera a una pipa que llevaba para tomar tabaco en humo, pues sin ser verdugo le quité la cabeza de los hombros, me puse sobre la mía el ferreruero, porque si alguno despertara no me cogiera con el hurto en las manos, teniendo con ella cubierto el rostro y tonel, y metiendo la pipa entre los cristales de aquel néctar suavísimo empecé a chiflar de tal suerte, que no sentí la frialdad del mar ni el rocío de la mañana. Con este alivio de tripas llegué a Nápoles, habiendo tenido

siempre cuidado de volverlo a tapar bien y de haberle hecho tales salvas, que a haber hallado ingenio con que poder alargar o añadir la pipa del tabaco, hubiera llegado vacío, aunque si va a decir verdad no llegó muy lleno. Desembarquéme en el Molo Piccolo, adonde hallé que estaban veinticinco bajeles para hacer viaje a España a llevar gente de guerra levantada en aquel reino, de lo cual me holgué en extremo, por llevar en ellos asegurada mi persona y muebles. Embosquéme en aquel jardín de Italia y en aquel abreviado globo, gastando el tiempo que me detuve en él hasta partir la armada en oír comedias españolas e italianas, que son pasto del cuerpo y recreación del alma. Entreteníame en ver en el largo del castillo la variedad de montambancos y charlatanes, la poca venta de sus badulaques y la grande multitud de sus arengadas prosas y oyentes noveleros. A este tiempo se hicieron las honras por la muerte de la reina nuestra señora, y en feudo de vasallaje puse este fúnebre epitafio en su real túmulo:

Este de lutos piélago eminente,  
este de gradas Etna relevante,  
este de luces Febo refulgente,  
este de rayos Júpiter tonante,  
este de llamas Faetón ardiente,  
este de fuegos Icaro arrogante,  
este de olores celestial consuelo,  
este de voces querubín del cielo.

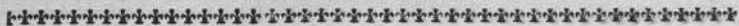
Es túmulo real de una Belona,  
es pira imperial de una hermosura,  
es sepulcro feliz de una leona,  
es urna angelical de una luz pura,  
es triunfo de Isabel, de una amazona,  
tan santa reina y celestial criatura,

que dejando en Madrid reliquias bellas,  
al cielo se partió a pisar estrellas.

Iba de cuando en cuando a ver a Su Excelencia el almirante de Castilla, el cual me mandaba dar cien reales cada vez, como visita de doctor de cámara real. Favorecíanme también el conde de Celano y el príncipe de Vifinaro, por respeto del arzobispo de Siena de don Tiberio Carrafa. Di en tener mis devociones cotidianas y en visitar todas las estaciones de lo caro, por probar de todo y dar con lo que tenía en el lodo. Gastaba tan largo, que algunos que me conocían y otros que sin conocerme se me habían pegado pensaban que habían muerto mis hermanas sin herederos y que venía de heredarlas, que también tienen sus pegatostes los gentileshombres de la bufa como los generales y sus tenientes.

Pasó de tal suerte la fama de mi ostentación y gasto, que se enamoró de mí de solamente oídas una cortesana recién venida, de razonable cara, pocos años y menos galas, que con esto se echará de ver de la suerte que anda el mundo, la cual me dijo, llegándola a ver, que se había inclinado a mi persona y no a mi dinero. Y aunque me pareció milagro en mujer de tal porte, me persuadí tanto cuanto a que podía ser verdad, porque tiene tanta fuerza y virtud la fama del generoso, que demás de ser imán de sus potencias y sentidos, se lleva tras sí las gentes, piedras, animales y plantas, como el músico de Tracia. Y de justa ley y razón se las había de llevar tras sí el que es miserable: a las gentes para escarnecerle, las piedras para apedrearlo, las fieras para que lo despedazasen y las plantas para hacerlo chicharrón. Yo, escarmentado del trato de tales da-





mas, y no en cabeza ajena, sino en la mía propia, me quise excusar, por estimar más morir gustando vinos de taberna que vivir probando acíbares de celos; pero al fin no me pude resistir, porque me convirtió, siendo pecadora, con decirme que no quería de mí otra cosa más de que comiese y callase y que sirviese de mozo de ciego en adestrar boquimuelles y en encaminarle contribuyentes. Yo, por probar si aquella mujer era de otra masa que las demás de su profesión, pues no trataba de pelarme, sabiendo que tenía copia de plumas, acepté la conveniencia con todos los pactos y capitulaciones que me pedía, y desde aquel mismo día me iba a las casas de conversación, y en entrando en materia de damas aseguraba que no había otra como la referida. ni de mejores partes, ni de mayor aseo, ni de más buena conversación; y de tal manera la alababa, que provocaba a muchos de los oyentes a pedirme que los llevase a su casa, o a irse ellos solos, por no dar a entender su pasión; y con lo que más los incitaba era con decir que no era cosa mía, sino que la había oído alabar a todos los señores adonde yo tenía entrada, y que había ido con algunos de ellos a visitarla, y me constaba le habían dado muchas dádivas y regalos, y que había más de dos muy picados.

Con esta flor, en tiempo de dos meses llegó a estar tan bien puesta y se halló tan pretendida y festejada, que no mirando que la hallé en paños humildes y que la había alquilado galas (porque aun para ser una mujer mala ha menester caudal) para que pareciese lo que yo publicaba, y que me debía en verse en tanta altura, por los testimonios que le había levantado, me dijo una tarde que me recatase de entrar en su casa y que si me



podiera excusar de no entrar en ella lo tendría a favor, porque una enemiga suya, habiendo aquel día tenido una pendencia con ella, la había llamado de bufona, y que si los galanes lo llegasen a entender corríamos los dos muy gran peligro y ella perdería mucha reputación. Yo, no pudiendo llevar en paciencia tantos puterones y desagradecimientos, alcé la mano y dile un par de tamboriladas que no se las dió mejores el obispo que la confirmó, y haciendo del rufián le dije:

—Dile a tus bravos que me las vengan a pedir, que Estebanillo González me llamo por mar y por tierra, medio gallego y medio romano.

Y echando estas y otras roncacas me salí a la calle, empuñando la espada y calando el sombrero, y ella, disimulando, por no publicar su agravio, me dijo que aunque se echara con un negro con una jeta de un jeme me había de hacer cortar la cara. Y aunque le di a entender no hacer caso de toda una armada, fué tanto el miedo que concebí, que cada instante me atentaba el rostro por ver si lo tenía rebanado y a cada paso lo volvía atrás para mirar si venía algún galán suyo en mi seguimiento o si saltaba la criada a tomar la demanda; que pienso que, según yo iba y según mis bríos, bastara ella a dejarla vengada. Y desde entonces, en viendo un negro, me aparto media legua de él, porque temo no venga de su parte a cumplir el favor que me prometió. Fui hecho una basura de temor a buscar un par de valientes de los de la fama, de quien poderme amparar, y hallé dos que me dejaron sin ella, porque quien no tiene dineros, ¿qué fama puede tener? Estos tales, por dos desventuradas bofetadas que había dado, le dieron más de doscientos venturosos bofetones a mi bolsa. De-

\*\*\*\*\*

claréles todo el suceso, y ellos, encareciendo el atrevimiento y exagerando el riesgo, me llevaron a hacer consulta del remedio a la audiencia de una taberna, y después de haber hojeado los Bártulos de media docena de platos y los Baldos de una docena de garrafas, me pidieron cuatro de a ocho para gastar en espías e informarse con todo secreto de la agraviada y de su sirvienta si se había querellado a algún galán suyo, y asimismo para andar en seguimiento de los que la entraban a visitar, para ver si en saliendo de su casa venían en busca de la mía. En conclusión: cada día me daban avisos falsos con personas echadizas de que había dado cincuenta escudos a unos esmarchados del país para que me dividiesen la facha o me vacíasen, y cada día se me agregaban más valientes para andar en busca de ellos, haciéndome contribuyente de todos por persuadirme que por sus respetos y por saber que era camarada de tantos hombres honrados no se atrevían a ofenderme, y que me convenía andar de día en día con escolta y a boca de sorna con patrulla, siendo todo una mentira y embeleco y una pública estafa.

Tuve suerte de encontrar una tarde a la criada de la parte ofendida, a la cual, por ir cercado de tanta valentía, me atreví a llegar a hablarla, no diciéndoles quién era; y dándole quejas del rigor de su ama en pagar a quien me matase, habiéndole hecho tantos servicios, me aseguró con dos mil juramento que aún no le había pasado tal por la imaginación, y que antes estaba muy arrepentida de lo que me había dicho y muy pesada porque no había vuelto a su casa, porque después que la había dejado tenía muy pocas visitas o ningunas, y que para que más me satisfaciese de la voluntad

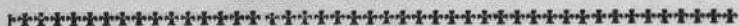
\*\*\*\*\*

que me tenía, que leyese aquel billete que traía, con el cual había más de una semana que me andaba buscando para dármelo, y que la respuesta fuese el ir yo mismo a desenojarla, porque sería bien recibido, y que ella, aunque pobre criada, salía por fiadora de cualquiera riesgo o daño que sobre aquel particular me viniese. Recibí el papel, y dándole entero crédito a la pucheril embajadora, le di un real de a ocho para alfileres por la buena nueva que me había dado, y prometiéndole que haría lo que su señora me mandaba, me despedí de ella, y ocultando el billete me volví al corrillo, adonde me esperaban. Fui con ellos a palacio, dándome por desentendido de la picardía que conmigo habían usado, pues me habían hecho sentir más el miedo que había tenido que no el dinero que había gastado. Llegamos al cuerpo de guardia, y diciéndoles que me aguardasen, que subía a hablar a Su Excelencia, me aparté para siempre jamás de aquella cuadrilla de pretendientes de galeras y solicitadores de horcas. Paréme en las escaleras a leer el papel de mi bien costosa dama, el cual decía de esta forma:

Señor gallego romano,  
hombre de chanzas y burlas,  
que ha probado todos bodrios,  
y campado de garulla.

Más raído que bayeta,  
más descollado que grulla,  
con más flores que verano  
y más conchas que tortuga.

Postillón de Alcalá a Huéte,  
gentilhombre de la bufa,  
residente de bodegos  
y asistente de bayucas.



¿Cómo, ingratonazo amante,  
después de darme una zurra,  
y jugar de carambola  
con cuatro mil garatusas,

has dejado a tu carrasca,  
quizá por buscar corruscas  
y por chamuscar me en celos,  
o te guiñas o te afufas?

Tortolilla me contempla,  
que en lugar de llanto arrulla,  
por saber que aquea flor  
es del berro o la de Osuna.

Vuelve a casa, pan perdido,  
pues me tienes vagamunda,  
que tu persona apetezco  
y renuncio tu pecunia.

No me pesó nada de ver los versos, aunque por ellos me trataba como quien yo soy y como quien su merced era, porque al fin me satisface más de lo que la criada me había asegurado. Y entrándome a visitar a Su Excelencia y coger los ciento del pico, no salí de palacio hasta el cuarto del alba, haciendo a mis valientes estar toda la noche a obscuras y sin cenar y aguardándome al sereno. De allí adelante di en no entrar en cuartel y de no salir de los palacios de los señores, hallando por mi cuenta que si durara un mes más el andar en la compañía que andaba, sustentando el ejército de vagamundos que cargó sobre mis hombros, que me fuera forzoso volver a ejercitar mis antiguos oficios o sentar plaza de soldado. Porque ha llegado a tal estado la malicia, que ya no hay descuidada madre que en reconociendo las faltas de su hija y sobras de nietos de diferentes padres, como quesos de muchas leches, no





se consuele con decir que no le faltará a su cordera un soldado con quien casarla, y el negro del llanto es que se vienen a cumplir sus no santas profecías. No hay hombre, por bajo y humilde que sea, que en viéndose que por sus defectos no cabe en el mundo, o que no halla quien le dé un bocado de pan, que luego no se acoja a la inmunidad de este sagrado. Y aun apenas los tales han sentado la plaza cuando todos quieren ser paresos con los demás que nacieron con obligaciones, a los cuales les suelo yo decir con preeminencia de mi chanza que *membrillos cocidos y caracoles crudos no son todos unos*. Dejóme la tropa de caimanes tan remontado de cuentas, que llegándose el tiempo de la embarcación hube menester vender parte de mi recámara. Y por no parecer ingrato a mi abofeteada cortesana ni faltar a la correspondencia que debe tener una persona de mi autoridad, le respondí a su billete el romance siguiente:

Madama doña embeleco,  
más lamida que alcuzcuz,  
más probada que piñata,  
más chupada que ororuz;

más batida que una estrada,  
más navegada que el sur,  
más combatida que Rodas,  
más gananciosa que un flux.

Tan Circe de los novatos,  
que con saber que eres pusilánime pecadora,  
te hacen todos rendibú.

Garitera perdurable  
del juego del dingandux,  
tañasca de las meriendas  
y del dinero avestruz:



Ya no hay Bras ni hay pan perdido,  
que a tu gran ingratitud  
le he cantado ya el *per omnia*,  
después de hacerle la cruz.

Sólo estoy arrepentido  
de que te hice la buz,  
y de haberme zambullido  
por lastre de tu laúd.

Adiós te queda, que parto  
a ver a Calatayud,  
por no ser de tu galera  
el forzado de Dragud.

Cerré el papel, y dándoselo a un vinatero conocido mío se lo puso en sus manos, saliendo sin aguardar respuesta, como lo había ordenado. Fuíme a embarcar, por haber tirado la capitana pieza de leva. Hice llevar mi baúl, observando el adagio que dice: *Al embarcar, el primero, y al desembarcar, el postrero*; metílo a lo príncipe en la popa de la capitana, llevando para el matalotaje del largo camino veinte frascos de vino, y veinte sardinas saladas, y diez panecillos bizcochados, y otras menudencias de regalos de dulces, para quitar el amargor de la boca después de las grandes polvaredas. Iba el armada naval llena de infantería y caballería, levantada en aquel reino para rehacer con ella los ejércitos de España, y por cabo de toda ella don Pedro de Arellano, caballero de la Orden de Santiago, llevando en la capitana, demás de mi persona, a muchos caballeros y señores particulares, y particularmente a don Melchor de Borja, general de las galeras del dicho reino, y un obispo de la Orden del seráfico Francisco, y al reverendísimo padre fray Juan de Nápoles, general de la dicha religión en la provin-

cia de España, y otros muchos frailes que iban a ella a capítulo general, que de presente se hacía.

Partimos de Nápoles con viento en popa y mar en bonanza, dejando llena la amenidad de aquella playa de madres que lamentaban por sus hijos, y casadas que lloraban por sus maridos, y de solteras que suspiraban por sus amantes. Entremetíme con todos los señores, y por haberme encomendado el virrey al general, tenía particular cuidado con mi persona, que si como he tenido ventura con señores la hubiera tenido en armas y en amores, quedara immortalizado entre los varones heroicos y entre los amantes de renombre; pero las armas me han desmayado el corazón y las damas me han affligido las bolsas. Llevábamos ocho cocineros, que trataban de nuestro regalo, y sirviendo yo de sobrestante de todos, abastecía la mesa y comía de lo más sazonado. Bebía tan sin compás, que siempre servía de lío en la popa o de estorbo en la proa, por cuya razón los soldados unas veces me despojaban sin ser enemigo, y otras me daban humazo sin ser atalaya, y otras me punzaban con alfileres sin ser morcilla, llegando a tal extremo sus desenvolturas y mis bien quejados agravios, que mandó el general que pena de estar seis horas de cabeza en el cepo quien me llegase a hacer mal ni inquietase mi perdurable reposo; y para mayor defensa mandó que me pusiesen un soldado de posta cuando a no poder más me reclinaran los vapores y me atarquinara el sueño. Llegamos a dar fondo a la isla de Mallorca, reino muy fuerte y abastecido, y sobre todo muy barato e ilustrado de mucha nobleza. Salté una mañana en tierra, y por desechar los fríos humores marinos, tomé tal lobo terrestre de aguardiente, que exce-

\*\*\*\*\*

dí a mi retador polaco en tercio y quinto, y al salirme a tomar el aire por desistir el gran bochorno, salió la aguardentera tras mí pidiéndome la paga de lo que había bebido. Yo, sin respetar sus tocas, pareciéndome que era algún animal que me servía de estorbo a mi camino, le di tal envión, que le hice a su despecho sentarse en tierra. Levantóse como víbora pisada, y cerrando conmigo me dió tal puñetazo en la barriga, que me provocó a restituírle por la boca todo su aguardiente, dándole con él un baño que la cubrí de arriba a abajo. Ella, hallándose afligida, comenzó a dar voces y llorar su vestido, mientras yo, con bascas mortales, tomé posesión de siete pies de nuestra común madre. A este tiempo acertó a pasar el general, y compadecido de verme rendido y lastimado de oír, aunque de lejos, a la remojada aguardentera, mandó que se le diese a ella un patacón (1), y que a mí me llevasen los marineros a su capitana, donde fué menester para entrar en ella virarme con el cabrestante, porque más puede y pesa un lobo racional que no dos irracionales. Salimos aquella tarde de aquel puerto, y al cabo de doce días que habíamos partido de Nápoles, llegamos a dar vista a la deseada España, sin haber encontrado en todo el camino ni enemigos que nos perturbasen ni tormenta que nos inquietase, atribuyéndolo todos, después de la voluntad del cielo, a la ventura del general, pues habiendo hecho otros tres viajes, siempre había llegado a salvamento: que no consiste en sólo tener valor el que gobierna, sino en tener dicha para conseguir sus resoluciones.

---

(1) Real de a ocho.



## CAPITULO DUODECIMO

*En que prosigue su llegada a España, y de dos ridiculos casos que le sucedieron con una moza de posadas y un moderno ingeniero; de la merced que le hizo Su Real Majestad, y de un nuevo galanteo que le sucedió en ella, y de los demás acacimientos que tuvo hasta llegar a San Sebastián.*

**D**ESEMBARQUÉME en Vinaroz con todos los señores que iban en aquella armada, y la gente de guerra fué a desembarcar a los alfaques de Tortosa. Púsose en camino de Zaragoza don Melchor de Borja, y yo, por ahorrar de gasto y triunfar a costa ajena, lo fuí acompañando y por ser el viaje que yo había de hacer. Llegamos en el fin de una jornada a una villa llamada Hjar, que está en el reino de Aragón, y entrando en una de sus mejores posadas, por hacer frío, me fuí derecho a la cocina, y hallando en ella una adamadilla fregona, olvidado del uso de la tierra, le tomé una mano y se la besé, y ella, corrida de que le tratase como a padre de confesión o como a misacanta-



no, alzó un trapo de cocina y dióme tal golpe con él en medio de la cara, que me quitó el sitio de todo el cuerpo, y al tiempo que trataba de desagraviarme y de armar la fullona, me hallé cercado de toda la familia, cerrando de tal suerte con el pobre Estebanillo, que si no acuden al socorro los criados de don Melchor de Borja, vengo a morir de achaque de un beso. Sacáronme de poder de aquella caterva, y viéndome libre de ellos empecé a decir a grandes voces:

—¡Oh! Bienhaya dos mil veces Flandes, y dichoso y bienaventurado quien vive en él, pues allí, con la mayor llaneza y sencillez del mundo, se apalpa, se besa y galantea sin sobresaltos de celos ni temores de semejantes borrascas, cuya libre preeminencia y acostumbrada comunicación es causa de muchos aciertos en la gente ordinaria, pues obligados los extranjeros de la cortesía y afabilidad que hallan en sus metresas y del amor que todo lo vence, llega una pobre doncella, en virtud del casamiento, a ser madamisela, e infinidad de ellas a madamas.

Y diciendo: «No hay tal Flandes en el mundo», me retiré al aposento que me habían señalado. Entramos la segunda semana de Cuaresma en la ciudad de Zaragoza, que el que goza de su grandeza y regalo puede ser envidiado de todos. Es corte y cabeza del reino de Aragón, y en esta ocasión custodia y defensa de Castilla y resguardo de Navarra, cuya amenidad de campos y fertilidades de arboledas, aumentando los anales de su fama, acreditan y multiplican la inmortalidad de su nombre, y animada y vanagloriosa de príncipes y señores que la califican, ha llegado a merecer ser hoy segunda corte de España y habitación de su invenci-

\*\*\*\*\*

ble león. Supe en ella cómo mi amo, el duque de Amalfi, después de haber recibido mil honras y mercedes de Su Real Majestad y muchos presentes de sus grandes, se había embarcado para Flandes a gobernar las armas.

Senti de tal manera su partida, por lo que yo estimaba estar en su servicio, y por la falta que me hacía, y por haber hecho el viaje en balde, que no sé cómo no me caí muerto de pesadumbre; pero animándome lo más que pude, me salí a divertir y a contemplar el caudaloso y cristalino Ebro, que con labios de plata besa los pies de los altivos muros de aquella insigne ciudad, y siendo procreado de las copiosas corrientes de Navarra, viene a servir de espejo a esta antigua César-Augusta, depositaria de multitudes de vírgenes, de millares de santos y de inmensidades de mártires. Fui un día a su abundante plaza del Pilar, adonde el patrón de las Españas dejó a la que, siendo emperatriz del cielo, es defensora de aquel reino. Y después de haber hecho oración en su templo angelical salí a ver aquel espacioso y abundantísimo mercado, el cual estaba lleno de atún fresco, de truchas salmonadas y de mil diferencias de pescados, así de su cercana mar como de su vecina ribera. Aficionéme a una sardinas salpresadas, o ya fuese por ser su precio moderado o por ser apetitosas a la bebida, y comprando media docena de ellas y una ochena de pan, me retiré a una taberna de vino blanco, que por ver entrar y salir mucha gente de ella me persuadí que no amargaba el bodrio, pues tantos lunantes acudían a la sopa. Asáronme las sardinas, y a sólo el olor que daban estando en las brasas, me bebí media docena de tazas de vino, y después, al sabor, dieciocho. Preguntéle a la huéspeda cuánto era lo que

le debía. Y mirándome con mucha atención de pies a cabeza me dijo:

—Vuesa merced no se ha bebido más de veinticuatro tazas de a dos dineros; si yo tuviera veinticuatro parroquianos tan buenos oficiales, mi marido fuera en breve tiempo veinticuatro de Sevilla.

Yo le pagué lo que me pidió, asegurándole que aquello era una niñería y un breve desayuno para lo que yo acostumbraba a beber, y ella, haciéndose muchas cruces, me rogó muy encarecidamente que no echase su casa en olvido, que me daba palabra que otro día, por solo mi respeto, empezaría una bota de vino tinto que era el mejor que había en aquella ciudad. Despedíme de ella prometiendo no faltarle mientras a mí no me faltase el dinero. Salíme a la calle del Coso, segundo cá-saro de Palermo, y hallé hecho el distrito de su cruz otras segundas gradas de San Felipe, adonde fui conocido de muchos soldados de Flandes, Alemania e Italia, con los cuales me fué fuerza hacer camarada por no andar solo y por tener con quien conversar. Estaban esperando a Su Majestad, porque se decía que estaba de partida en Madrid para venir a aquella corte, y en el ínterin también yo, como pretensor, y que llevaba carta de la emperatriz su hermana. Dimos en visitar la taberna del blanco y tinto, aunque mis visitas eran tan cortas, que allí me salía el sol y allí me hallaba la luna.

Hacíase en este tiempo en una aldea cercana de esta ciudad una fiesta a devoción de un mártir de aquel reino, a cuya fama acudía mucha gente de toda la comarca, y por no tener que hacer yo y dos camaradas soldados de Flandes, nos fuímos a divertir y entre-



tener a la dicha aldea, y en camino fué cada uno discutiendo sobre sus pretensiones. Dijo el que parecía de más autoridad que se había ocupado todo un año en leer un libro que trataba de fortificaciones, y que aunque era verdad que no tenía ninguna experiencia, porque había muy poco que había venido a servir desde el reino de Nápoles, su patria, que tenía tan en la memoria todo lo contenido en el libro, que se atrevía a decirlo sin errar una sílaba tan bien como el Ave-María, y venía a suplicar a los señores del consejo de guerra le diesen licencia para sentar plaza de ingeniero y gozar del sueldo que gozaban los demás de aquel género, que lo que a él le faltaba en experiencia le sobraba en ciencia. Dijo el otro compañero que él había servido en la caballería, y que en la batalla de Rocroy había sido su compañía desbaratada; yéndose él retirando para ampararse al calor de nuestra infantería, un teniente de nuestras tropas, pensando que era francés, por ir en tal traje, por ser hábitos más desembarazado y libre que los demás para hacer el amor y montar a caballo, le había seguido y dado un pistoletazo y dos cuchilladas, y que después de haberse librado de sus fieros golpes y puesto en salvamento, en virtud de haber tenido buen caballo y dado al diablo el primer inventor de trajes ajenos, siendo tan bueno y honesto el suyo, que había pedido licencia por haber quedado estropeado del brazo derecho, y que habiendo llegado a Madrid y presentado sus papeles ante los señores del consejo de guerra, por no haber sido las heridas dadas por el enemigo, en castigo de querer ser arrendado de francés y vestirse de dominguillo con porpuen estrecho y con gregüescos con bragueta encintada, so le habían querido hacer mer-

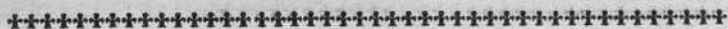
ced, antes le habían roto todos los papales de sus servicios y remitido el memorial al parlamento de París, para que le premiase, cuando no los servicios, por lo menos el afición de quererlos imitar en el uso del vestir, y que así se había venido como persona desesperada a andar mendigando .

Con estos discursos llegamos a la aldea a la una de la tarde, y hallamos en su plaza dos compañías de labradores, la una de moros con ballestas de bodoques, otra de cristianos con bocas de fuego. Tenían hecho de madera en la mitad de su dicha plaza un castillo de mediana capacidad y altura, adonde habían de estar los moros, y el día venidero, cuando la procesión llegase a su vista, la compañía de los cristianos le había de dar asalto general, y después de haberlo ganado a los moros los habían de llevar cautivos y maniatados por todas las calles, dando muchas cargas de arcabuzazos en señal de la victoria. Tenían dos danzas, la una de espadas y la otra de cascabel gordo, y cuatro toros que correr, por lo cual estaba el anchuroso distrito todo lleno de andamios y todas las entradas de sus calles cerradas con talanqueras. Estaba toda la puerta de la iglesia colgada de paramentos, y pendientes de ellos veinticuatro premios para premiar los veinticuatro mejores sonetos que se hiciesen en alabanza y pintura de una rosa, que al alba es botón y capullo, a mediodía flor y a la tarde despojo. Los premios eran cintas y guantes, bolsillos y un par de ligas de color. Había al tiempo que llegamos a esta académica colgadura más de veinte sonetos de estudiantes y de personas de *Don* y rumbo, que asimismo habían venido a ver la fiesta. Yo, por ser tentado de la poesía, me acerqué a leer aquella selva de



\*\*\*\*\*

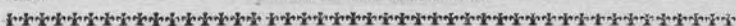
variedad de Musas. Era su compostura tan realzada y culta, que más me pareció prosa griega que verso castellano. Leílos todos sin entender ninguno, y le dije a un estudiante que estaba cerca de mí que me hiciese merced de declararme aquel género de poesía y decirme si tal lenguaje era armenio o caldeo. A lo cual me respondió que no se atrevía a declararlo porque él tenía allí uno que era parto de su ingenio, del cual esperaba llevar el mejor premio, y a querer darme la significación de él, se hallaría confuso y no saldría con ello, porque lo que de presente andaba valido era el gongorizar con elegancia campanuda, de modo que pareciese mucho lo que no era nada, y que no lo entendiese el autor que lo hiciese ni los curiosos que lo leyesen. Porque en no remontándose un poeta, sino abatiéndose a raterías de escribir con lisura pan por pan y vino por vino, no solamente no era estimado, pero tenían sus versos por versos de ciego. Llamé a mis camaradas, que el uno estaba divertido en ver las danzas, el otro en darle vueltas al castillo, midiéndolo todo a pies y nivelándolo con un compás, y con achaque de beber un trago para aliviar el cansancio del camino los llevé a una taberna para ver si acertaba mi pluma a remontarse sobre aquella vascuena jerigonza. Y pidiéndole a la huéspeda un jarro de vino y recado de escribir, nos retiramos a una pequeña sala, adonde nos dieron lo que había pedido. Púseme a escribir, el ingeniero a peinarse y el otro a beber. Levanté los ojos buscando un consonante, y vi al peinado matemático, que habiendo desembaulado de una de sus faltriqueras un gran papelón de harina, se estaba rociando con ella un largo y encrespado cabello que tenía. No pudiendo detener la risa, le dije que



si trataba de freir la cabeza, pues la enharinaba tanto. A lo cual me respondió:

—Hermano Estebanillo, cada uno campa con su oficio y vive con su ingenio, si acaso lo tiene; y así, mientras vos queréis ganar premios con vuestros disparates de Juan de la Encina, me aseó yo para representar lo que soy y hablar al concejo de esta aldea sobre los yerros que tiene la planta y fortificación del castillo, que estoy cierto que he de sacar yo más en media hora con mi matemática que no vos en un año con vuestra poesía.

Repliquéle que si importaba al caso para que lo respetasen el ir enharinado como besugo. Respondióme que no ignoraba yo que en Flandes servía aquello de gala y de secar el pelo, y que era uso de gentes de porte, y que por habérsele acabado unos polvos olorosos que había traído de allá para el efecto, se aprovechaba de los de la harina, y que hallaba por experiencia, y que lo había fundado en buena matemática, el ser mucho mejores y más baratos, porque siendo el trigo el rey de las legumbres y el patriarca de las plantas y hierbas, era fuerza que fuese su harina o polvo la nata y flor de todo lo referido, y que así lo pensaba dar por escrito e introducirlo cuando volviese a los Países Bajos. Con la buena conversación o polvareda di yo fin a mi soneto, él a su nevada peinadura y el otro, que tenía más juicio que nosotros, al jarro. Salimos todos juntos a la plaza, después de haber pagado lo que habíamos hecho de gasto, y apartándome de ellos llegué a la puerta de la iglesia, y en el referido paramento prendí con un alfiler el soneto que había hecho al ni-



vel que estaban todos los demás, cuyos versos eran los siguientes:

Ebúrnea de candor, fénix pomposa,  
débil botón, frondoso brujulea,  
zafir mendiga, armiño golosea,  
siendo dosel tribuna pavorosa.

Maravilla epigrama procelosa,  
en canícula fiesta titubea,  
pues solsticio Faetón, ninfa Febea,  
precipicios inunda jactanciosa.

¡Oh, inició trance y trémulos fulgores!  
Contemplarse al albor regio edificio  
y yantado en atril de ruiseñores!

Ser al ocaso infausto sacrificio  
y sombra mustia lo que al alba flores,  
siendo de Ceres frágil desperdicio.

Apenas estaba colgado el compendioso globo de bernardinas y dislates cuando, como si fuera cartel de justa real, se llegó todo el novelero vulgo a leerlo, y celebrándolo por no entenderlo, y ensalzándolo porque presumiesen que no lo ignoraban, sacaron más de veinte traslados de él, y por hallarse presentes los jueces académicos, me dieron por premio las referidas ligas, aunque mal dadas y peor merecidas, quedando con todos en opinión de segundo Góngora. Y apartándome de la tropa de mil cultos versificantes, me fuí en busca de mis camaradas, santiguándome de que hubiese llegado a ver tiempo que se premiasen chanzas y bachillerías y no ingenios.

Hallé al estropeado encolerizado con los soldados de la compañía de la Suiza, diciéndoles a qué lado

\*\*\*\*\*

habían de llevar los arcabuces los que iban a la parte de afuera de hileras, y cómo se había de calar la cuerda, y a cuántas hileras había de ir la bandera. Y aunque lo quise apartar de allí diciéndole que para qué se metía en lo que no le iba ni venía, pues aquellos labradores no eran gente de guerra ni estaban obligados a saber las leyes de la milicia, no pude desarraigarlo de la compañía, respondiéndome que no parecía bien que los forasteros que viniesen a aquella fiesta hiciesen burla de aquella pobre gente, habiendo allí soldados viejos, como ellos lo eran, para doctrinarles. Dejélo con su tema, y yéndome paseando por la dicha plaza vi que en un rincón de ella estaba el matemático con el cabildo y concejo, que se habían juntado a su pedimento. Acerquéme un poco para ver de qué materia se trataba, y puesto el oído como vaquero que ha perdido novillos con cencerro, oí que mi camarada le estaba diciendo al alcalde que era un valiente ingeniero y que tendría a particular favor, para darse a conocer en España, que su merced le ocupase en lo tocante a su profesión, pues de presente tenía muy bien en qué. El alcalde le respondió que lo habían engañado en hacerlo venir a aquella aldea, porque en ella no había ingenio ninguno, que en Motril los había muchos y buenos de azúcar, y que allí, siendo tan eminente como decía, sería muy bien recibido. El replicó que su ingenio no era de azúcar, sino de hacer fortificaciones, y que habiendo visto que la de su castillo estaba errada, según las reglas de Euclides, y que no sabrían los soldados, por ser bisoños, hacer circunvalación ni abrir ramal de trinchera, por eso los había hecho juntar a sus mercedes para que se fuese ganando palmo a palmo, sin que llegase a haber

inundación de sangre, mediante lo cual quedaría aquella pequeña república eterna. El regidor respondió:

—No son tan bisonños nuestros soldados como vuesa merced los hace, pues en esta convalación o convalecencia, que es necesaria, sabrán hacer muy fuertes ramales y bien torcidas sogas, porque además de no haber en toda esta comarca quien les lleve ventaja, cogemos en esta aldea el mejor esparto que hay en todo el reino; en lo demás, porque dé fama nuestra fiesta, vuesa merced disponga a su gusto, que todos estos señores del concejo le ayudarán con todas veras.

Dijo el soldado que lo primero que se había de hacer era añadir y poner dos caballeros al castillo. El jurado le respondió:

—Eso no le dé a vuesa merced cuidado, porque esta tarde y mañana al amanecer vendrán aquí muchos y muy calificados de Zaragoza, y por hacernos merced, se pondrán en la parte que les ordenare, y si fueren menester damas, lo alcanzaremos de la misma suerte.

Advirtiéndolos el soldado que los caballeros que decía habían de ser labrados de tierra. Respondióle el sacristán que los caballeros de aquel reino y de todo el mundo que no eran de bronce ni de acero, sino de tierra y polvo como el más pobre villano, y que para dárselo a entender la Iglesia, el miércoles de ceniza les decía al ponérsela: *Memento homo, &c.* Insistía el soldado que mandasen juntar a todos los labradores para abrir un cordón que cogiese todo el contorno de la plaza para que el castillo quedase sitiado. Respondióle el alcalde que para abrirlo y cerrarlo que él y sus compañeros bastaban; pero que la dificultad que se les ofrecía era que no se hallaría en la tienda cordón que



\*\*\*\*\*

fuese tan largo, porque todos los que se vendían en ella eran cortos y claveteados; pero que podría suplir la falta un listón, pues campearía más y sería más agradable a la vista. Estaba el soldado tan grave y espetado y tan divertido en la gente que se le había juntado, que no atendía a los despropósitos que le respondían. Preguntóle al regidor que si tenía en los almacenes provisión de zapas y palas, el cual le respondió:

—Señor ingeniero, en esta aldea hay muchos zapas porque es muy abundante de gatos; zapas, si no son las hembras de este linaje, no hay otras ningunas; mas en lo que toca a palas, tendremos cuantas quisiéremos.

Pidióle el soldado que le trajese un par de ellas para ver si eran de munición, y llegándose el jurado a una de las más cercanas casas de adonde se hacía el Ayuntamiento, le trajo una pala grande de madera con que en aquella tierra se junta y traspala el trigo, y llegando muy vanaglorioso, se la puso en las manos al señor matemático diciéndole:

—No por falta de palas se dejará de hacer la fiesta, porque en un cuarto de hora me atrevo a juntar doscientas de estas, y si no le agradare esta hechura y las quisiere más largas, le haré traer cuantas se hallaren en los hornos.

Díjoles el soldado que aquéllas no eran de provecho porque habían de ser de hierro las distancias de las anchuras de las bocas, porque con aquélla era imposible abrir trinchera para desembocar el foso. El sacristán, haciéndose cruces, le respondió que en su vida no había oído los nombres exquisitos y extravagantes que iba nombrando, ni que tal había escrito en su breviario; pero que a él le parecía que la trinchera era cosa for-

\*\*\*\*\*

zosa que se abriese con trinchete, según su derivación, y que si era así, que allí había un zapatero de viejo que los tenía muy buenos y muy afilados, y que en un pensamiento la abriría, como quien rebana tajadas de melón. Estaba tan turbado el pobre soldado de ver que todos cuantos estaban en su rueda, pensando que había dormido entre algunos sacos de harina o que a posta se la habían echado, pensando lisonjearle, se llegaban a él, y unos con las manos, y otros con los ferreruelos, y otros a soplos le iban deshollinando el cabello y enjalbegando el vestido, que no advertía en que lo que hablaba con aquellos villanos y lo que le respondían era hebraico, por ser gente que no le entendía ni ataba ni desataba con su loca pretensión, y con todo esto no dejaba de proseguir en su tema. Díjole al alcalde que para el castillo y hacerle brecha, había menester media docena de cañones. A lo cual respondió que aunque fuera una docena se los podía dar al punto el sacristán, porque los tenía, como hacía el oficio de escribano, de los mejores gansos que se hallaban en toda Francia.

—No digo cañones de escribir—dijo el soldado—, sino piezas gruesas.

Respondióle el alcalde:

—De ésas, gracias a Dios, tenemos hartas de lienzo casero y de muy buenas frisas.

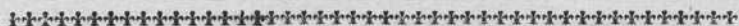
Yo, que estaba reventando de haber tenido tanta risa, soltándola toda de un golpe, di causa a que todos me mirasen, y no de buen talante, y porque no se sospechasen que era haciendo burla de ellos, les dije que la causa de haberme reído había sido de ver a aquel señor ingeniero, mi camarada, en figura de mozo de molinero, hablar tan culto con sus mercedes que ni era entendido

\*\*\*\*\*

ni se daba a entender, pues las piezas que pedía eran de artillería de las que traen los ejércitos para defensa y ofensa. A esto respondió el alcalde que era pedir golllerías, porque no tan solamente no las había en la aldea, pero que la mayor parte de sus moradores ni las habían visto ni oído. Mi camarada, medio enfadado de que yo hubiese llegado a interrumpirle sus designios, le dijo al alcalde que supuesto que no había piezas con que abrir brecha para dar el asalto, que sería forzoso que le diese media docena de barriles de pólvora para hacerle mina al castillo y volarle un lienzo. Respondióle el regidor:

—Esos son los que no hallaremos por ningún dinero; pero se los daré a vuesa merced de anchovas, que las puede comer el mismo rey, y para que las pruebe y vea que tengo buen gusto, mientras vamos al encierro de los toros, por ser ya hora, se irá con el señor jurado a una pequeña posada que está aquí cerca, que yo le enviaré un plato de ellas para que se regale con su camarada, y cuanto se hiciere de costa hoy y mañana en ella les pagaremos con mucho gusto, y esta noche nos veremos y trataremos de lo que se ha de prevenir para que nuestra fiesta no tenga ningún defecto, ya que Dios nos ha traído a tan buena ocasión dos tan excelentes matamicos.

Dióme gana de reir pensando que si el regidor sin conocernos nos llamaba matamicos, si nos hubiera visto en la taberna de Zaragoza, con justa causa nos pudiera llamar matamonos y matazorras. Pasó el jurado delante de nosotros y juntándose a este tiempo con el ingeniero el otro soldado, nos llevó a un pequeño bo-degoncillo y dió orden y facultad al huésped, que se



llamaba Pero Antón, para que nos diera de comer y beber cuanto quisiéramos, que el concejo lo pagaría. Y volviéndose muy de prisa por causa del dicho encierro nos dejó tan bien alojados que con el luquete del plato de anchovas que nos trajo un hijo del regidor, henchimos de rayas toda una pared. Acomodamos razonablemente al patrón de casa, el cual, por no dar muestras de su flaqueza y por darnos alegría por lo bien que despachábamos su mercancía, nos empezó a tocar un tamboril y una flauta. Yo y mis camaradas tomamos por estribillo el decir: toca Pero Antón, que la aldea lo paga, y al son del chiste y paloteado, le comimos cuanto tenía en su casa, menudeando tan aprisa los cuartillos, que faltando pared adonde rayarlos, fué necesario ir cruzando las rayas sencillas y convirtiéndolas en dieces. Hízose el encierro, acudiendo a él muchos nobles de Zaragoza, a los cuales el alcalde alojó en su casa, y contándoles lo que había pasado con el ingeniero, le dijeron que sin duda debía ser algún loco, porque aquello se hacía en la guerra y no en la paz, y que si abría cordón o trinchera en la plaza, que cómo se habían de correr los toros y que quién había de querer estar en el castillo si lo batía o volaba. Acercóse a hallar en esta conversación el que hacía el capitán de los moros, y viendo que él había de ser el batido o volado, partió como un rayo a querer matar al matemático. Detuvieronle los caballeros y el alcalde, reportándole con darle por castigo el que le quería hacer tanto daño, sin ser su enemigo ni haberle ofendido en su vida, que pagase la costa que había hecho y que él y sus camaradas se saliesen al punto de toda aquella jurisdicción. Vino el sacristán a notificarnos el auto, a tiempo que

\*\*\*\*\*

el ingeniero estaba blasonando de que por él se hacía aquel gasto y que pensaba sacar muchos ducados de aquel pequeño concejo, porque estaba satisfecho que no había otro como él en todos los ejércitos de la cristiandad. Cuando oímos el riguroso fallo, los dos nos quedamos mudos y mi estudiante de un año y sin maestro, atónito y embelesado. Requiriéndonos el sacristán que nos saliésemos con mucha brevedad porque estaban conjurados contra nosotros todos los moros por haberlos querido volar siendo bautizados, y que si nos deteníamos allí, además de la pena del señor alcalde, nos matarían ellos a puro bodocazos. Llamé a Pero Antón con más miedo que vergüenza y le dije que supuesto que lo gastado no lo pagaba la aldea sino nosotros, que nos mirase con ojos de piedad, pues lo habíamos preservado a él de los barriles y cañonazos. El cual, como he dicho, por estar de buena data o por temer que la morisma no nos hallase en su casa, nos hizo buen partido; pagamos cada uno su parte andando a puto el postre por quien había de pagar primero y no ser el postrero en salir de la casa y de la aldea. En efecto, despachamos con brevedad y con la mayor presteza que pudimos.

Llegamos antes de la media noche a las murallas de Zaragoza, adonde en el portal de un convento nos estuvimos hasta el alba, dando al diablo el libro de las fortificaciones y al salvaje que tan poco provecho había sacado de él. Venida la mañana, entramos en la ciudad, la cual hallamos alborozada y llena de fiestas y regocijos por entrar aquel día en ella Su Majestad, habiendo salido a recibirle todos los títulos y caballeros y toda la demás nobleza. Yo y mis compañeros, olvidando con la buena nueva la mala noche, y por celebrar la entra-



da, nos fuimos a nuestro devoto tabernáculo a hacer hora y a ver a mi buena tabernera, que demás de haber sido desde el segundo día que entré en su casa la tesorera de mis dineros, siempre que me veía me hacía mil halagos. Bebía yo tan desafortadamente de aquel licor zaragozano, que mis camaradas me habían muchas veces reñido, diciéndome que mirase que aquel vino no era francés ni italiano, sino español puro y sin trampas, y que aunque eran las comidas substanciosas, comía poco y bebía mucho, y que al cabo había de dar conmigo en el hospital o en la sepultura. Pero yo me hacía sordo, y callaba y sorbía. Empezó a pasar la nueva de que Su Majestad estaba ya a las puertas de la ciudad, y queriendo ir a verle y a gozar de tan excelsa entrada, no me pude menear de la parte adonde estaba sentado, por hallarme tan tullido de manos y pies, que no era señor de mí. Fuéronse mis camaradas contentos de que por no haber tomado sus consejos había salido verdadera su profecía, y cumpliósese el deseo a la tabernera de tenerme siempre en su casa. Pero no le duró mucho la alegría, porque dentro de quince días di fin al corto caudal, y así que olió mi pobreza, me dijo que buscara posada porque no quería tener enfermos en la suya, y anduvo tan bizarra conmigo que aun no me quiso hacer crédito de una taza de vino, quizá por solicitar mi salud, habiéndomelas dado de diez en diez cuando estaba mucho peor y tenía con qué pagárselas; mas al cabo y a la postre cada uno acude a quien es.

Habíanme dicho mis camaradas cómo en la jornada había venido acompañando a Su Majestad el marqués de Grana y Carreta, embajador ordinario de la Majestad Cesárea, cuya nueva me alentó de manera que vién-

\*\*\*\*\*

dome forzado de la necesidad y de la falta de salud, le fuí a visitar, y por estar satisfecho que en aquel señor había de hallar todo socorro y amparo, por ser muy generoso y muy amigo de mi amo, a quien yo había conocido en la batalla de Tionvila, siendo general de artillería de la armada imperial, que gobernaba el duque mi señor, el cual, así que me vió pendiente de dos muletas, admirándose de hallarme en tan miserable estado, usando de su grandeza y piedad, me admitió en su casa, mandando a sus criados que se me acudiese y regalase con todo lo que yo pidiera. Dióme, demás de estas mercedes, una libranza de muy gentiles reales con que quedé libre de necesidad. Tuve, demás de esta buena suerte, otra no menor que ella, y fué que, teniendo noticia de la grave enfermedad que tenía don Francisco Totavila, maestre de campo del general, y su hermano don Vicente Totavila, a quien yo había conocido en Flandes siendo capitán de corazas, haciendo alarde de señores liberales y de ilustres caballeros napolitanos, vinieron por mí en una carroza movidos de compasión, y llevándome a su casa, me dieron una cantidad de doblas para que me pusiese en cura, que no es poca grandeza en el siglo que corre que haya señores que den sin pedir y más en tiempo que estimaba yo más un real que ahora un doblón, porque entonces me hallaba tullido y desacomodado y al presente me hallo con salud y con ella adquiero lo que he menester y más de lo que yo merezco.

Viéndome entonces favorecido de tantos señores y la bolsa en buen estado, consulté mi enfermedad con el licenciado Estanca, cirujano de opinión, ciencia y experiencia, y con el doctor Tamayo, cirujano de Su Ma-

\*\*\*\*\*

jestad, los cuales me condenaron a ser gato de Algalia y caballo de juego de cañas, y por ver si me podía librar de tener penas de infierno en vida, me ponía todos los días a la puerta de la calle de la casa del marqués, adonde, como tengo dicho, era mi asilo y habitación, y a cuantos doctores pasaban, malos o buenos, de fama o sin ella, les quitaba el sombrero hasta el suelo, no tanto por el grado, como por haberlos menester, y a todos contaba la llaga y la plaga, y les ofrecía montones de oro, y a ninguno daba nada, porque del prometer al cumplir hay muchas leguas de distancia y mi oficio es de recibir y no de dar. Decíanme todos:

—Estebanillo, si quieres vivir, no bebas (que era lo mismo que decirme cáete muerto), y el vino que hasta aquí has despeñado por los conductos de la garganta, es menester que salga alambicado por todo el cuerpo, en agua convertido.

Viendo que todos se conformaban en una misma cosa, me determiné, con el refugio de los señores que me favorecían, a irme al hospital a tomar una docena de sudores y dos unciones particulares. Recibiéronme con gran voluntad por tener un loco más en aquella santa casa, y tratándome como alma condenada, me abochornaban los tuétanos y me escaldaban las pajari-llas, estando siempre como el rico avariento, carleando con un palmo de lengua fuera de la boca, pidiendo a aquellos benditos Lázaros una gota de vino, acotán-doles con las obras de misericordia; pero ellos me decían que con la paciencia se alcanzaba la gloria y que lo que había pecado por carta de más, era necesario que lo purgase con carta de menos. Y después de haber hecho mi cuerpo una docena de veces sopa avahada,

me dieron las dos unciones para que aprendiese a ser mula de doctor babeando todo el día. Viéndome tan atormentado y afligido, delante de los enfermeros y de otros muchos testigos, hice en alta voz juramento solemne de no beber más vino, pues por su causa había llegado a verme como me veía y a padecer lo que estaba padeciendo. Pero arrepentido del gran disparate que hacía de quererme privar de aquello que más estimaba y de intentar apartarme de lo que más quería, al mismo punto que acabé de hacer voto, le añadí una alforza, diciendo en voz baja, hasta que salga del hospital. Y con haberle acortado el plazo al juramento, aún lo vine a quebrantar, pues en el rigor y fiereza de la salida de los sudores y entrada en las unciones, obligué con ruegos a mis camaradas a que me trajeran lo que me ayudó más a echar espumas y lo que me alargó más la enfermedad, porque más gustaba de morir bebiendo que vivir sin beber. Habían venido acompañando la Corte algunos poetas de los de nombre y fama, y uno de ellos, que tenía noticia de mi persona y aun unos mendrugos de celos sobre una ninfa a quien festejaba, que por su agudeza y brío la llamaban la Coscolina, quizá a pedimento de ella o por venganza de él, me compuso la glosa siguiente:

*Tomando estaba sudores  
Marica, en el hospital,  
que el tomar era costumbre  
y el remedio era el sudar.*

*El remedio del gracejo,  
galán de la Coscolina,  
que al olor de una sardina*

\*\*\*\*\*

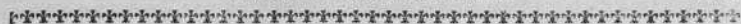
da fin a un tonel de añejo,  
por curtir bien su pellejo,  
que está lleno de vapores,  
sin que le valgan sus flores,  
ni aproveche su cocaña,  
hoy en la Corte de España  
*tomando estaba sudores.*

De suerte se vió afligido,  
como le falta la nieve,  
que llora lo que no bebe,  
mas no por lo que ha bebido;  
la sed lo tiene rendido,  
y en faltándole el bocal,  
es incurable su mal,  
pues de suerte se entristece,  
que hecho lágrimas, parece  
*Marica, en el hospital.*

No da al viento exclamaciones,  
siendo sus ansias atroces,  
pues por no dar, no da voces,  
y por tomar, toma unciones;  
por pedir, pide a montones,  
y toma sin pesadumbre  
un azumbre y otro azumbre,  
y así pide por merced  
que le remedien su sed,  
*que el tomar era costumbre.*

Siendo un tiempo bachiller,  
hoy está en eterna muda,  
y lo que ha bebido suda,  
y trasuda por beber;  
por dar al cuerpo placer,  
trata ya de se afufar,  
por salir a refrescar,  
diciendo, que es mejor medio  
el beber para el remedio,  
*y el remedio era el sudar.*





Después de haber estado más de dos meses en el hospital, salí de él sano de pies y manos; pero las piernas como huesos y el cuerpo como espárrago, y la voz como tiple de capilla, y con orden de que hiciese cuarenta días de dieta, la cual cumplí de manera que antes de pasar las cuarenta horas, había ya bebido más de cuatrocientas veces, comiendo en casa del embajador cuanto me daban y comprando en las plazas cuanto apetecía, de suerte que me trataba como sano, echando seis higas al doctor y doce al cirujano y cien bendiciones al varón santo que descubrió el sarmiento, y doscientas a los que los plantan y benefician. Sentí infinito el no hallar en la Corte a los dos hermanos Totavilas, y estuve harto pesaroso cuando me dijeron que estaban en campaña, por faltarme a la convalecencia tan buen amparo. Dióme capricho, porque no se me apolillaran los dos vestidos que me dió el rey de Polonia, de vestirme a lo polaco por llevarme tras mí los ojos del vulgo y por ser conocido con más brevedad. Salíme en este traje a pasear todos los días con una muletilla, a lo de príncipe o privado, extrañando de tal manera el traje toda la ciudad, que sus oficiales dejaban sus acostumbradas ocupaciones por salirme a las puertas por tener que reir y fisgar; las damas su labor por asomarse a las ventanas a hacer burla y donaire de mí, y los muchachos, olvidados de los mandados a que iban, me cercaban y seguían y aun a veces me querían apedrear. Unos decían que era judío, otros que japon, otros que turco, y yo callaba y orejaba, porque aquel que deja su traje, se pone a cualquier censura.

Había hecho el amor antes de haberme tullido a una dama de mantellina y de chinela con listón, gobernanta

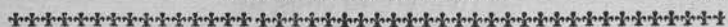
de la cocina y llavera de la despensa, compradora del sustento, moza de cántaro y lavandera del río, a quien ya he dicho que llamaban por mal nombre la Coscolina, y por vivir enfrente de la taberna de los dos vinos adonde yo cargué como nube, y no de agua, para llover en la región de fuego del hospital, tuve lugar para verla, hablarla y regalarla. Y como al tiempo que ella me mostraba amor y daba con algunas finezas señales de agradecida caí malo y me ausenté de su barrio a ponerme en cura, se suspendió la comunicación y quedó mi pretensión en cierne; mas como las de aquella raza son el símbolo del amor y el desprecio del interés, sin reparar en dimes ni diretes, me hizo, sin ser doctor, media docena de visitas, dejándome siempre debajo de las almohadas muy lindos papelones de confitura. Por no parecer ingrato a tanto favor, la fui a buscar un sábado en la tarde a la carnicería principal, y encontrándola al salir de ella, y llegándome a hablar como solía otras veces, se espantó tanto de verme en aquel hábito y se corrió de tal suerte por verse detener delante de tanta gente, que encendida en cólera y llena de vergüenza, se bajó al suelo y tomando una piedra, que podía servir de pesa de reloj, me la tiró con tal suavidad y blandura, que a no retirar la cabeza, me la hiciera pedazos, y diciendo: «Al loco, muchachos», se fué con la mayor brevedad que pudo. Los muchachos, por obedecerla, empezaron a darme mil voces, repitiendo: «¡Guarda el loco! ¡Guarda el loco!», cargándose de piedras y de tronchos de coles. Y tengo por cosa cierta que a no pasar a esta ocasión el embajador, que me metió en su carroza y me llevó a su casa, que venía a

ser uno de los innumerables mártires de Zaragoza, aunque dudoso el premio de mi martirio.

Fuí otro día a hablar a Su Majestad, con mil temores de llegarme a poner delante de tal soberanía, pues cuando vi los rayos de su grandeza y consideré las fuerzas de su poder, eché de ver que los demás poderíos opuestos a los giros de su luz son vapores y exhalaciones abortadas de la tierra, cuya ambición las ha congelado en nubes y cuya envidia y golpes de la fortuna han solicitado obscurecer su claridad y suspender el curso de su luciente carrera, sin advertir ni considerar que al cabo ha de permanecer por ser sol y al fin ha de deshacer, consumir y abrasar los más altivos y remontados vapores y las más gruesas y preñadas nubes. Presentéle los papeles de los servicios que había hecho siendo correo, la letra de favor de la emperatriz María y las fes que llevaba de haber sido criado de Su Alteza Serenísima el infante don Fernando, pidiéndole en recompensa el poder tener una casa de conversación y juego de naipes en la ciudad de Nápoles, la cual no solamente me dió por merced particular y provisión en forma, pero de más a más, carta para el almirante de Castilla, virrey de aquel reino, para que me amparara y favoreciera, que solamente se puede llamar feliz y bienaventurado el que sirve a tan gran monarca, pues él sólo es el que premia y el que tiene con qué poder premiar, y aquel que en su servicio no avanza, culpe a su corta suerte y no a la grandeza de este poderoso Alejandro.

Yo quedé tan ufano y tan agradecido de ver que un refulgente Apolo y un león coronado se acordase de remunerar servicios tan inútiles y hechos por tan

humilde sabandija, que a no saber que mi madre me había parido en Salvatierra de Galicia, reino que me ha honrado en poderme nombrar su leal vasallo, me hubiera al mismo punto que recibí la merced partido por la posta a Roma y sacado su esqueleto de la tumba adonde yace, y trayéndolo lleno de paja, como caimán indiano, en llegando con él al primer puerto de cualquiera de sus reinos lo vaciara y me zampara de nuevo en su vientre, aunque estuviera en él en cuclillas y la obligará a que me volviese a parir vasallo de tal deidad. Que si supieran bien los que lo son el rey que tienen y las mercedes y honras que cada instante les hace, le sirvieran de rodillas, pues siempre las pregona la fama, las publican las historias, y las envidian los reinos extranjeros. Hallándome ya despachado y tan a medida de mi deseo, me fuí a despedir del conde de Monte-Rey, y de don Luis de Haro, grandes de España, y grandes en valor y grandeza, amparo de todos los pretendientes, los cuales, demás de haberme favorecido en mi pretensión y en la brevedad del despacho, me dieron dos cartas de favor para el dicho virrey, suplicándole que por ningún impedimento se me dilatase la real merced, que el ser señores no consiste en la nobleza del solar ni en la grandeza del título, sino en dar muestras de serlo, ayudando a los desvalidos y favoreciendo a los que poco pueden, y honrando generalmente a todos, que para no hacer esto, poco me importa a mí ni a nadie que sean grandes o que sean pequeños. Dióme asimismo el marqués de Grana, demás de las mercedes que me había hecho, una carta para el virrey de Navarra y cincuenta ducados para el camino, y treinta don Francisco Toralto, maestre de campo, general reformado



y gobernador de Tarragona. No me atreví a irme a despedir de tantos duques, marqueses y condes como había en aquella Corte por haber sido causa mi enfermedad de no haber tenido dicha de haberlos comunicado. Y estando con algún reposo aguardando a partir con comodidad y compañía, me envió a llamar mi conocida tabernera, la cual, pensando que me hacía una lisonja, me dió un billete muy cerrado, diciéndome que se lo había dado su vecina, a quien yo tanto había estimado, para que en todo caso lo pusiese en mis manos. Abrílo con harto regocijo, porque aunque me sentía algo agraviado, no dejaba de quererla con todo extremo, el cual decía de aquesta suerte:

«Por pensar que vuesa merced era soldado, me incliné a su persona, porque como tengo algo de Venus soy aficionada de los que siguen a Marte. Y aunque le ví que asistía más al ramo de una taberna que no a la bandera del cuerpo de guardia, no por eso lo desestimé, porque jamás tuve por valiente al que pasa plaza de aguado; pero cuando llegué a verlo con bonete turco y sayo de loco, quedé tan corrida y avergonzada de haber empleado tan mal mis finezas y de haber puesto en tal humilde sujeto mi amor, que quise vengarme a pedradas en la causa, por haber sido engañada en la materia. Y así, vuesa merced perdonando el atrevimiento, ponga mi amor en eterno olvido y enamore de hoy más a las que fueren polacas, o mudando de traje, podrá ser que yo mude de parecer. «Su menor criada, y un tiempo su mayor aficionada.»

Quedé tan enamorado de oír el billete como picado de haberla visto apedrearme con dos mil donaires, tanto, que estuve resuelto a suspender el viaje y a mudar



de vestido; pero por no resfriarme y por temer que dama que se llamaba Coscolina se me había de acoger como cañamar, me salí al mismo punto de Zaragoza y tomé el derecho rumbo de San Sebastián, para pasar en la primera embarcación que hallase a los estados de Flandes a buscar a mi amo y señor, para agradecerle el bien y regalo que en su casa había recibido y las mercedes y honras que por su respeto me habían hecho, y después con su licencia y voluntad irme a Nápoles a gozar de la merced que Su Majestad me había hecho, quizá por atención de que era yo su criado y que sólo había venido a España en busca suya. Llegué a la ciudad de Tudela, una de las principales de Navarra, adonde me di un verdadero aceitunado de olorosas frutas y de excelentísimos vinos, llevando ordinariamente un mundo tras mí, por la novedad del traje, haciéndoles creer el mozo de mulas que era un embajador de Transilvano. Pasé a una légua de aquella ciudad el presuroso y soberbio río de Ebro sobre los hombros de una anchurosa y reforzada barca, en la cual compré una gran cesta de anguilas por ser comida regalada y estimada en toda aquella comarca, las cuales, con los arrieros y pasajeros y mozos de mulas que nos habíamos juntado en el camino, nos las merendamos en una venta a cuatro leguas de Tafalla, bebiéndonos con cada una porque no se nos pegase al estómago, un azumbre de vino más helado que si fuera deshecho cristal de los despeñados desperdicios de los nevados Alpes, porque vale tan barata la nieve en aquel país, que no se tiene por buen navarro el que no bebe frío y come caliente. Menudeamos de tal suerte al sabor de las anguilas y a la consolación de la frescura de la bebida, que a estar

\*\*\*\*\*

más en la venta de lo que estuvimos, obligábamos al ventero a que bebiera lo que beben los bueyes, hallando, cuando entramos en su posada, un tonel lleno de lo tinto.

Caminamos al caer el sol, y toda la noche, por ser tierra tan cálida, que no se puede andar por ella si no es con mucho riesgo de salud mientras dura la fuerza del sol. Quiso mi desgracia, por barajarme el gusto que traía de la buena merienda, que a una legua de Tafalla, emparejando con una ermita que está cerca del camino real, ni sé si por hacerle reverencia, si por ir lleno de sueño o por caminar cargado de vino, di una caída de la mula abajo tan feliz y venturosa, que sin romper la manga de la hungarina polaca ni la del jubón napolitano, ni la de la camisa española, me hice mil pedazos un brazo por ser la mula pequeña de cuerpo y el camino llano y arenoso. Quedé el hombre más contento de este mundo de ver que mi caída no necesitaba de insignia, porque ¿qué más gusto, que en cualquier tiempo digan los que vieren el revolcadero: *Aquí cayó un lobo gallego*, que no: *Aquí mataron a un hombre; rueguen a Dios por él*? Lleváronme medio muerto a la villa, y metiéndome en una posada, en lugar de cirujano, pedí que me trajesen de beber para pasar el susto. Trajo el huésped una cantimplora de vino frío y el mozo de mulas un cirujano caliente, y tratando primero de aplacar mi sed, traté después de remediar mi brazo. Hallóme con un calenturón temerario, y atribuyéndolo al vino que en su presencia había bebido, dijo que si proseguía con tal desorden que no tenía que ponerme en cura. Dile palabra de enmendarme y de satisfacerle su trabajo, en virtud de lo cual me curó aquella noche, viniéndome a



visitar después dos veces al día. Coheché de tal manera al huésped, que apenas había dado fin a una cantimplora llena de clarete y nieve, cuando ya estaba otra apercebida y puesta a enfriar. Decíame el cirujano todas las veces que me curaba que echara de ver si había importado el reglarme en la bebida, pues cada día iba mejor. Reíamos yo y el huésped, dándole a entender que bebía agua cocida.

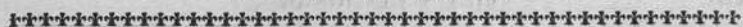
Al cabo de quince días me hallé sano y con fuerzas para ponerme en camino. Pagué al huésped, y después de haber andado muy generoso con el cirujano, le dije que la causa de estar tan fuerte y animoso y haber estado bueno con tanta brevedad era por los milagros que había usado el vino conmigo, por ser yo tan devoto suyo y por haberlo tenido siempre a mi cabecera. El me respondió: «Lo que a unos mata a otros sana.» Y despidiéndome de los dos y saliéndome aquella mañana de Tafalla, llegué a la tarde a la ciudad de Pamplona, cabeza del reino de Navarra, frontera de Francia. Y queriendo entrar por una de las puertas de sus fuertes y altivos muros, se alborotó de tal manera la guardia que estaba en ella, por verme en traje polaco, que me espantó cómo no me dieron una coiciada de balazos. Salió un cabo de escuadra con veinticinco soldados, y todos con sus armas, a recibirme, más de guerra que de paz. Hiciéronme poner pie en tierra, y cercándome, como si fuera enemigo, me preguntaron que de qué nación era, qué oficio ejercía, de dónde venía y dónde iba. Yo, temblando de verme entre tantas picas y arcabuces, después de haber satisfecho al interrogatorio, les dije que mirasen que era Estebanillo González, flor de la jacarandaina, criado del du-

que de Amalfi y hidalgo muchísimo menos que el rey, y que para que más se satisfaciesen, les presentaría mi carta de creencia y ejecutoria, protestándoles que me diesen libertad y me levantasen el sitio. Pero no siendo todo esto bastante para ablandar al cabo de escuadra se determinó de llevarme delante del conde de Oropesa, que era virrey de aquel reino y a quien yo traía las cartas de recomendación. Llevé tras mí un batallón de gente popular, apellidándome a voces espión. Llegué a palacio con toda esta escolta, y entráronme en el cuarto de Su Excelencia, habiéndole primero enviado un recado con un paje suyo, el cabo de escuadra, de que había preso a un esguizaro españolado por sospecha de espía. Llegué a su deseada presencia, por verme libre de aquellos soldados del prendimiento, y después de haberle hecho un rastreado de cortesía, le di la carta, la cual leyó con mucho agrado, y riéndose de ver con el recato y guardia que me habían traído, le mandó al cabo que se volviese, que aquella espía era de paz. Y después de haberse entretenido conmigo en saber el largo viaje que había hecho sin haber podido dar un alcance a mi amo, mandó a su mayordomo que todo el tiempo que me detuviese en aquella ciudad hasta tener nueva cierta de embarcación, que me diese ocho reales de ración cada día, que de presente hay racionero de la capilla real de Granada que hubiera trocado su ración por la mía.

Hallábame siempre a su mesa, adonde saliendo siempre tripa horra, daba sepultura a los mejicanos. Venían todas las noches muchos caballeros navarros, y particularmente don Pedro Navarrete, a cortejarle y entretenerle, con quien yo chanceaba bravamente, y des-

pués de venderles bulas sin ser cuaresma, les contaba las mayores mentiras y embelecos que se pudieran imaginar, y para que no pudiesen comprobarse, acotaba haber sucedido en Alemania y en Polonia. Dábanme allí muy buenos baratos, y en sus casas muy caros y sabrosos claretes. Bajéme una noche a jugar a las pintas con un acemilero alentado, y encerrándonos los dos en su aposento, que estaba pegado a la caballeriza, a la luz de una torcida, alimentada con aceite, le gané todo cuanto tenía, con tal rigor, que aún no tuvo dicha de que llegase el naípe a su mano; y colerérico de su mala suerte, o sentido de la pérdida que había hecho, quitándome de las manos el libro descuadernado, me dió con toda la baraja en mitad de los hocicos. Yo, acordándome de las leyes del duelo, por no quedar en nada cargado, aunque siempre lo estaba de vino, le di tal sombrerazo en las asentaderas de los bigotes, que le dejé aplastadas las narices. Acudió con velocidad a un rincón a tomar su espada, y yo, temeroso de que la hallase y me ahorrase de venir a Flandes, arbolé la luz, y dándole un soberbio candelazo sobre las espaldas, después de haberlo hecho acemilero manchego, quedó el pobre Estebanillo a oscuras y a puerta cerrada y muerto de miedo. pero dime tan buena maña a palpar la surtida, que primero di con el cerrojo que mi contrario con la tizona. Salíme a lo raso, y amparándome del cuerpo de guardia, llegó en mi seguimiento mi encandilado aceitero, con cinco palmos de herrusca, tan antigua que pienso que en su juventud la trajo el Cid en sus alforjas. Opúsose a su ímpetu un cabo de escuadra, y después de haberlo desarmado sin haber tocado a la queda y de darnos a cada uno media docena de cintarazos (que de





esta mercancía suelen los oficiales de ahora ser muy liberales), se hizo sabedor de todo el caso y trató de hacernos amigos, no queriendo venir en ello mi rascador de mulas hasta tanto que le pagase el menoscabo de la ropilla y el valor del candil. Pero yo, dando muestras de príncipe polaco, le di doce reales de veinte que le había ganado, y llevándolo a él y al cabo de escuadra y a media docena de soldados a la taberna del vino de Zaragoza, que está dentro del mismo palacio, gasté los otros ocho reales que me quedaban de toda la ganancia, ahogando la pendencia y poniendo en olvido los agravios.

Tuve otro día nueva de que había llegado a San Sebastián la marquesa de Torres en una fragata de Dunquerque, de lo cual di aviso al virrey, y pidiéndole licencia para proseguir mi viaje, me dió a la despedida un pasaporte y una carta para Onofre Pastor, maestre de campo reformado y gobernador de aquella plaza, para que me hiciese dar embarcación y una ayuda de costa, como de mano de un grande de España y conde de Oropesa. Salí de la ciudad de Pamplona con una mula y un criado, y después de haber pasado los confines del reino de Navarra, entré en la provincia de Guipúzcoa, que aunque es país no barato, es muy regalado y ameno de variedad de arboledas. El segundo día y postrero de mi viaje, a persuasión del criado, quizá por ir él a caballo, bebí una poca de sidra, por hacer gran calor y decirme que era buena para refrescar; pero apenas la había envasado por mi daño e ignorancia en la cueva de mi barriga, cuando empezó a tener alborotos con el vino que estaba dentro y andar a puñadas el uno con el otro, sintiendo yo, bien contra mi gusto, la bata-



lla y el combate; pero ¿qué menos me podía suceder con bebida cuyo propio nombre es zagardoa, que mal azagaya le tiren al ladrón que tal me hizo beber? Al fin, como en muchos reinos y señoríos me han dado emperatrices, reinas y damas de calidad muchas ayudas de costa, en esta provincia la señora doña zagardoa, marquesa del Real de Manzanares, me honró con hacerme ayuda de cámara y escudero de a pie, pues todo el camino fui a pata con los calzones sueltos y en las manos, y haciendo a cada veinte pasos una parada, llegué sobre tarde a San Sebastián, debilitado, lacio y despeado; y para alivio del mal que había padecido, la primer nueva que me dieron fué que la fragata que había venido de Dunquerque se había partido para la Coruña; mas para conmigo *todos los duelos con vino son menos*, y es el que me mata y da vida. Acudí al remedio, y entrándome en una posada me trajeron un bizcocho y una azumbre de lo de Ribadavia, el cual, por ser mi paisano, me sosegó la tormenta de la barriga y fué causa de poderme poner las agujetas. Y sintiéndome un poco más aliviado fui a llevar la carta del conde de Oropes al gobernador de aquella plaza, el cual me dijo que el día que supiese que había alguna embarcación para Flandes que le avisase, que al punto me haría embarcar, y que si se me ofreciese alguna cosa, que acudiese a su casa.

Con esto me despedí, y yéndome la vuelta de mi posada a tratar de la convalecencia de mi desgracia, encontré con dos soldados de los Países Bajos que me habían conocido en ellos, el uno alférez y el otro sargento, los cuales habían sido prisioneros en la batalla de Rocroy y se habían huído de la prisión, y estaban aguardando pasaje para volverse a sus compañías; y después de haber-

nos saludado, les supliqué se quedasen aquella noche a cenar conmigo, en cuyo convite me contaron su larga prisión y el modo que tuvieron para librarse y llegar a gozar de la amada libertad. Quedamos aquella noche de concierto de hacer camarada, supuesto que todos éramos de una nación y hacíamos un mismo viaje. Estuve treinta días en esta villa, gastando lo que tenía y sin tener socorros como en las demás partes donde había estado. Asistíales a mis camaradas don Diego de la Torre, secretario que había sido de Estado y Guerra en los estados de Flandes. Al cabo de este tiempo hallamos un bajel hamburgués que iba a Holanda, con el cual concertamos nuestra embarcación por muy poco dinero, y del remanente que a mí me había quedado compré siete mil limones, con intención de venderlos donde llegase a tomar puerto, y cuatro doblar el caudal; pero hice la cuenta sin la huésped. Hicimos una muy buena provisión así de comida como de bebida, la cual, juntamente con los limones, llevamos al dicho bajel, y echando la bendición a la tierra tomamos quieta y pacífica posesión de él.

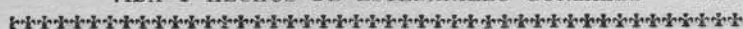




## CAPITULO DECIMOTERCERO

*En que prosigue el viaje que hizo a Flandes, los naufragios que le sucedieron en el camino y los palos que le dieron en Inglaterra; la llegada a Bruselas, y la despedida para Nápoles.*

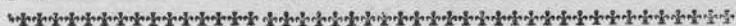
**S**ALIMOS de aquel puerto con favorable viento y con esperanzas de tener feliz viaje, y el primer día, por tener conciencia y amistad con el patrón y marineros, les convidamos a aguardiente, donde fueron tantos los brindis, que si con cada uno camináramos un cuarto de legua, llegáramos aquella noche a Dunquerque. Dimos todos tres camaradas valientes muestras, mientras duró la bonanza, de alentados, fuertes y briosos: pero al cabo de dos días nos sobrevino tan fuerte borrasca, que deshicimos la pompa, y hechos unas madejas nos tendimos como atunes. Tardamos veinticinco días en sólo tomar la canal, habiendo desde San Sebastián a la boca de ella no más de ochocientas leguas. En esta canal, y no de tejado, tras de todos nuestros infortunios y trabajos, nos faltaron los bastimentos, así a nosotros como a los marine-



ros. Aquí fué donde de todo punto aborrecí el agua y donde acabé de confirmar por insensatos a los hombres que pueden caminar por tierra comiendo cuanto quieren y bebiendo cuanto gustan, y se ponen a la inclemencia de los vientos, al rigor de las ondas, a la fiereza de los piratas, y finalmente ponen sus vidas en la confianza de una débil tabla, sin considerar el peligro de un escollo, el riesgo de una sirte y el daño de un bajío, el temor de un banco, el sobresalto de una playa y la soberbia de una bestia fiera e indómita, y que le basta ser mujer para ser mudable y voltaria. Viendo la muerte a la puerta y la hambre dentro de casa, animé a mis compañeros, y diciéndoles: *De paja o heno, el vientro lleno*, los bajé abajo, y dando en los limones como si estuvieran en conserva, cortábamos la cólera a todas horas, aunque teníamos bien poca, los cuales nos servían de principios y postres. Traíamos todo el día las bocas agrias, las barrigas acedas y los dientes afilados y de un palmo, y a las noches cerrábamos con una docena de toneles de vino que llevaba el patrón, con que quedábamos confortados. Y por irse pudriendo mis limones, los iba trocando con una gran cantidad que llevaban los marineros y creciendo y multiplicando la mía.

Pero viéndonos el patrón tan alegres y regocijados y estar todo el día y la noche debajo de cubierta, sin lamentarnos de la hambre y sed como todos los demás lo hacían, y considerando que no éramos cuerpos santos para pasarnos de milagro, bajó abajo, y haciendo visita general nos descubrió la flor y nos mandó subir arriba. Pero anduvo tan bizarro, considerando a lo que obliga la necesidad, que no se dió por entendido ni nos hizo cargo de nada de lo que le faltaba; pero de allí ade-





lante no nos dejó entrar debajo de cubierta, con que nos helábamos de frío y nos ahilábamos de hambre, soplando siempre un viento contrario para acabarnos de acomodar. Estando ya desahuciados de todo remedio, dando bordos y rindiendo bordos, llegamos una tarde a dar fondo en Valmur, uno de los mejores puertos de Inglaterra. Saltamos en tierra y nos entramos en una taberna, y como si fuera noche de Carnestolendas o se casara alguno de nosotros, toda la noche o la mayor parte de ella se nos fué en satisfacer las muchas que habíamos pasado malas, sin haber a las últimas rociadas ninguno que se acordase de las tormentas ni de las calamidades pasadas.

Venida la mañana, desembarcamos todos los limones y los llevamos a vender a una villa que está a una legua de este puerto, y en una de las más ricas posadas tomamos un aposento, y llevando con nosotros una gran partida de ellos, dejamos a los demás encerrados. Fuímonos a la plaza, adonde pasamos plazas de marchantes de agrio, y a mediodía nos regalábamos como mercaderes de dulce. Despachamos aquel día todos los que sacamos al mercado, y volviendo la noche a nuestro aposento hallé que me habían hurtado más de la mitad de los que había dejado, y como si estuviera en tierra del rey de España y tuviese a mi lado al duque de Amalfi, mi amo, que me defendiese, empecé a hundir la posada a voces y a llamar perros, ladrones, luteranos al huésped y a sus criados, a lo cual ninguno me respondía, por no entenderme. Llegó el sargento a mí, y viéndome tan colérico y desbaratado, pues braveaba en tierra ajena y con nación contraria a nuestra fe, me dijo que callase, porque había muchos en aquel reino que

\*\*\*\*\*

sabían hablar español, y que si alguno llegase a entender lo que les decía que me matarían a palos; pero apenas fué dicho cuando fué hecho, porque habiéndome oído un inglés españolado todos los nombres de las fiestas que les había dicho, dió cuenta a cuantos estaban en la posada, y tomando cada uno el palo que halló más a mano, me dieron más leñazos que limones me habían hurtado. Y no contentos de haberme medido de arriba abajo infinidad de veces y de no dejarme hueso que me quisiese bien, nos llevaron a todos tres a una jaula de hierro que estaba en mitad de la plaza, y encerrándonos en ella como a papagayos nos dejaron a oscuras y al resistero del viento. Allí purgamos los buenos pastos que nos habíamos dado, y allí temimos, siendo en tierra, más que todos los peligros que habíamos pasado en la mar.

Estuvimos toda la noche haciendo consultas, y a la mañana amanecimos arrecidos, por ser cerca de Navidad, y transidos de sed y hambre. Llegábanos a ver cuantos pasaban por cerca de la jaula, y en lugar de preguntarnos cómo estás loro, nos decían infames papistas y espiones y otros favores a este tenor. Acertó a pasar un caballero de aquella villa, que su persona daba muestras de serlo, el cual nos saludó en latín, y yo, tomando la taba y soltando la taravilla, sin darle lugar a que nos hiciese ninguna pregunta, le estuve latinizando más de media hora, contándole nuestro viaje y causa de la pendencia, mollizna de palos y encerramiento de jaula, y humillándome ante él, le mostré todos mis papeles y le supliqué que tuviese compasión de nosotros. El cual, enternecido de ver con la poca razón que nos tenían de aquella suerte, fué y habló a la

justicia, y volviendo con un ministro de ella nos hizo abrir la puerta, y sin decirnos os, nos salimos de la jaula y nos pusimos en la calle los tres pajarotes. Agradecemos al caballero la merced que nos había hecho, y vendiendo los limones que nos habían quedado en junto salimos de la villa más recios que jarras.

Llegamos a la marina, adonde hallamos el bajel con mucho espacio y sus marineros con mucha flema, y dos fragatas de Dunquerque, que forzadas del mal temporal habían llegado a dar fondo. Viendo que estaban medio de partida y que el dinero iba boqueando, nos determinamos de embarcarnos en ellas, y llegando a hablar a los que venían por cabos, me llevaron a mí a la una y a mis camaradas a la otra. Salió la mía día de Navidad del año de mil seiscientos cuarenta y cinco, y en corso contra holandeses, franceses y portugueses. Iban todos deseando hallar ocasión en que mostrar su esfuerzo y dar un filo a sus uñas, y yo rogando a Jesucristo que por su bendito nacimiento no tuviésemos fortuna de llegar a descubrir vela, aunque fuera de cera. Pero el segundo día nos fué fuerza pelear con un bajel holandés, y después de habernos peloteado más de una hora se fué a pique, salvándose la gente. Tomamos la derrota la vuelta de Bretaña, andando a caza de bajeles franceses, y en encontrándolos poníamos bandera francesa, y de la misma suerte en encontrando bajeles holandeses poníamos bandera holandesa. Llegamos a la costa Bretona, donde cada día andaba el diablo en Cantillana y se batía muy bien el cobre. Si el bajel que encontrábamos era fuerte, huíamos como galgos, y todos muy tristes y yo reventando de alegría, y en siendo débil y de poca defensa, cerrábamos de tropa a caiga quien

\*\*\*\*\*

cayere. Y yo, por no dar alguna mala caída, me metía debajo de cubierta, y en estando pasada la borrasca, subía a ver si era presa de vino, y en siéndolo, peleaba yo solo más que todos, pues mientras los marineros se chupaban media docena de potes, me chirriaba yo una. Anduvimos muchos días, unas veces huyendo por reconocer ventaja, convertidos los más valientes en temerosas liebres, y otras veces dando alcances, por ser nosotros más fuertes, transformado el más cobarde en invencible león.

Al fin, habiendo echado algunos bajeles a fondo y cogido presas de importancia, nos volvimos la vuelta de Flandes, ayudados de un poniente favorable. Era una alegre fiesta de caramesa el vernos cuán bien lográbamos los ratos desocupados que teníamos, porque como el vino no nos había costado nada, bebíamos todos a discreción, y el mal humor que yo gastaba cuando llegábamos a embestir lo trocaba a este tiempo en chancear y en ayudar a las faenas, no a las de los árboles y velas, sino a las de remojar los tragaderos. Eran siempre más largos estos oficios que los del sábado santo, y a la tarde veníamos a estar todos iguales y a caer unos sobre otros; al fin, vida de corsarios y muerte de pasajeros. Viniendo un día todos muy alerta por la costa de Francia, al tiempo que emparejamos con Culés, nos salieron a dar alcance dos bajeles holandeses, los cuales, más por fuerza que por grado, nos hicieron reter en Dunquerque, contra la voluntad del capitán de la fragata, que, aún no contento de lo pasado, aún todavía quería probar su ventura; mas yo, viendo cuán buena había sido para mí el haber dado fin a mi viaje, salté en tierra y me entré en la villa. Y como otros buenos

\*\*\*\*\*

cristianos se van derechos a la iglesia, yo me fui derecho a una taberna, y no metiendo en ella más de cuatro reales, empecé a pedir y a gastar como si fuera cargado de doblones, en confianza de hallar amigos o conocidos, porque mi oficio es unas veces barco lleno y otras barco vacío.

Estuve allí unos días refrescando y descansando, y a la partida, el maestre de campo don Fernando Solís me dió con que pagar el gasto que había hecho y con que venir hasta Nieporte, adonde Salvador Bueno, gobernador de aquella plaza, me amparó y ayudó para el camino. Llegué otro día a Brujas, adonde me vestí a lo polaco, y por ser Carnestolendas y traje ocasionado, faltó muy poco de no apedrearme. Pasé de allí a Gante, en cuyo castillo hallé todo regalo y agasajo, y al cabo de dos días hice mi entrada en Bruselas, que fué el segundo día de Cuaresma, adonde fui muy bien recibido de mi amo, haciéndome la merced que siempre me ha hecho, y gozando en su palacio de la generosidad que siempre he gozado. Fui a visitar a los demás señores, en quien hallé la misma grandeza y aun más que antes, y con más quilates aventajadas las dádivas. Llevaba también tras mí sus poquitos de muchachos, porque imagino que no se ha visto traje más airado ni hombre más perseguido que yo con él; y yendo a ver a mi dama, para mudar de vestido, me dijo el mercadante adónde la había dejado, que a pocos días de mi partida se había ella echado al mundo por quitarse de malas lenguas, y que todos mis vestidos los había vendido o empeñado, sin haber dejado cosa ninguna en su casa. Fuíme a la de su tía, la cual me recibió con mil zalemas, y me dijo que en aquel instante acababa de salir de allí



\*\*\*\*\*

su sobrina, y que estaba como un ángel, y que deseaba volver a mi poder, y que la había estado más de una hora persuadiendo para que me fuese hablar y dar un recado muy amoroso de su parte, y a disculparla del yerro que había hecho, y que el haberse hecho tan miserables los hombres para con las mujeres le había obligado, por verse en necesidad, a enajenarme la ropa que le había dejado a guardar. Yo dije que al punto le enviaría la respuesta de todo lo que me había dicho por escrito, para que se la diera a su sobrina. Y despidiéndome de ella me entré en casa de un amigo, y tomando recado de escribir le compuse un romance, que decía de esta suerte:

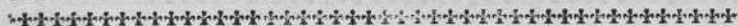
Madama doña Escotofia,  
ya no más, por no ver más,  
puesto que hasta aquí he querido  
cantar mal y porfiar.

Ya, mi reina, no me atrevo  
sufrir más, por querer más,  
porque agravios por finezas  
es ya moneda usual.

Esa zalema a los moros,  
ese tus tus a otro can,  
esas flores a otro mayo,  
esas chanzas a otro Bras.

Lleve el favonio suspiros,  
lleve lágrimas la mar,  
y lléveme a mí el diablo,  
si vos me engañareis más.

Por vuestra causa he quedado  
retrato del padre Adán,



siendo en corte, por lo menos,  
polaco, a no poder más.

Vos, señora, habéis tenido  
más conchas que no un caimán,  
más cautelas que un Sinón,  
más pleitos que una ciudad,

Más entradas que no un reino,  
más salidas que un lugar,  
más visitas que una audiencia,  
más aplauso que un mordaz,

Más encuentros que los dados,  
más ofrendas que un abad,  
más vueltas que tuvo Troya,  
más tiros que tiene Orán,

Más que angélicas traspuestas,  
más disputas que una paz,  
más cebo que un pescador,  
más uñas que un gavilán.

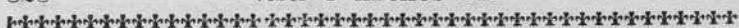
Y si más llegare a veros,  
cuando juegue y diga más,  
ruego al cielo que en castigo  
diga topo y eche azar.

Hícelo un billete, y después de haberlo cerrado se lo envié con un muchacho a la tía, echándoles a los dos la bendición para siempre. En este tiempo, mi amo, por verme en mi traje y hacerme dejar el ajeno, me hizo una pura mancha el vestido polaco en un banquete; pero al cabo de dos días salí a su costa hecho una parra de plata. Y por hacer alarde de la nueva gala me fui al salón de palacio, y andándome paseando por él me acordé de haber leído cómo en aquel mismo pues-



to el invencible emperador Carlos V, por hallarse enfermo de la gota y fatigado de los trabajos de la guerra, hizo renunciación de su imperio y reinos, y se fué a Yuste a retirarse y a tener quietud. Y queriendo aprovecharme de tan grandioso ejemplar, por verme enfermo del mismo achaque y fatigado de los trabajos de la paz, y por ver que se me va pasando la juventud, y que me voy acercando a la vejez, propuse de abreviar con más eficacia para irme a retirar y a tener sosiego en aquel ameno y deleitoso Yuste de la gran ciudad de Nápoles, metrópoli de todas las grandezas, maravilla de maravillas, cuyos montes son dulce olvido de los hombres, cuyos campos son prodigios ostentosos de la naturaleza, cuyo celebrado seveto es emulación del Janto y competidor del Patheolo; su muelle, asombro del piramidal coloso; sus templos, desperdicios del de Efe-so; sus príncipes y señores, el símbolo de la lealtad, la congregación del valor, el centro de la nobleza, el sol de toda la Europa y la flor de toda la Italia. Para cuyo efecto traté al instante de hacer este libro por hacerme memorable y porque sirva de despedida de mi amo y señor, para que como tan gran príncipe, viendo que es cosa justa lo que le suplico, en premio de lo que le he servido, acordándose de la palabra que me dió después de la batalla de Tionvilla, me dé licencia para retirarme a disponer de la merced que Su Majestad me hizo a la fértil vega napolitana, teniendo mi celda en el San Yuste de su ducado de Amalfi.

Y estando en los últimos pliegos de esta obra, llegó a esta corte la funesta e infeliz nueva de cómo a la Majestad Cesárea de la emperatriz María había sido Dios servido de llevarla a mayor imperio para que



trocarse la corona que tuvo en esta vida por la corona de la gloria, cuyo justo sentimiento me inundó el corazón de suspiros y de llantos los ojos, porque en oír un tan tierno malogro y tan acelerada partida, ¿qué diamante no se ablandara ni qué risco no se enterneciera? Y soy por tan todo extremo infelice, que siempre a una pena me sigue otra pena, a una desdicha otra desdicha, pues habiendo tenido suerte de servir a un tan gran príncipe como fué Su Alteza Serenísima el infante cardenal, que en campos de zafir pisa tapetes de luceros, al tiempo que más me amparaba y asistía por ser perla del nácar de la divina Margarita, se lo llevó el cielo para que en él fuese celestial rubí; y cuando con toda liberalidad y grandeza la Majestad real de la hermosísima reina de Polonia me honraba y favorecía, trocó el reino estable por el eterno, y ahora de presente la emperatriz del orbe, reina de la hermosura, la princesa de las flores, cuya belleza era sobrehumana y cuyas virtudes eran divinas, porque gustaba de hacerme merced y de ayudarme con generosa mano, dejando a Alemania en un eterno caos y a España en una confusa tiniebla, se ha partido a ser luz del sol y querubín entre los querubines; de modo que para que a mis tormentos no haya humana resistencia me han faltado de cuatro años a esta parte tres columnas invencibles, tres deidades milagrosas y tres floridos pimpollos de la casa de Austria, que han sido un infante de España hermano de un poderoso rey, una reina de Polonia mujer de tan gran monarca y hermana de un emperador y una emperatriz de Alemania mujer de un emperador del orbe y hermana de un rey de España y de una reina de Francia; de suerte que hoy me hallo tan huérfa-

\*\*\*\*\*  
no y solo que ya no tengo a quién volver los ojos si no es a mi rey y señor y a mi antiguo dueño el Excelentísimo duque de Amalfi, que a no estar debajo de su amparo y no hallarme tan obligado como me hallo a tanto favor y merced como me ha hecho y me hace, me hubiera forzado el sentimiento de esta última muerte a irme a un desierto a hacer penitencia o a un oculto y encumbrado monte para que entre sus soledades me acabasen las melancolías que me afligen de la presente desdicha. Y por dar muestras de agradecido a tantos y tan grandiosos beneficios como de Su Majestad Cesárea había recibido, compuse a su muerte los siguientes versos:

Cuando lleno de albores  
entró el jurado mes, rey de las flores,  
prestando a los jardines  
avenidas de rosas y jazmines,  
y dando a los vergeles  
lluvias de lirios, frotas de claveles,  
la flor más olorosa,  
la más purpúrea y refulgente rosa  
que pasó de Castilla  
a ser del sacro imperio maravilla,  
la que el sol al miralla,  
le presentó victoria, y no batalla,  
la emperatriz María,  
risa del alba y esplendor del día,  
trágico golpe quiso  
transformarle el laurel en cipariso,  
porque en tal desventura  
nos faltase la luz y la hermosura.  
Jamás creyó su Atlante,  
que se eclipsara sol tan rutilante,  
ni que de fiera parca horrenda huella  
se atreviera a menguar luna tan bella.





De hoy más so den las flores  
fragancias de odoríferos olores,  
ni tenga el mar bonanza,  
ni se vistan los prados de esperanza:  
sea todo agonía,  
pues le faltó al imperio el alegría,  
hinchéndose con llanto muy profundo  
de sentimiento y luto todo el mundo.

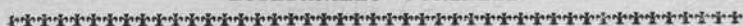
### GLOSA

*Aprendez flores de mí,  
lo que va de ayer a hoy,  
que ayer maravilla fui,  
y hoy sombra mía aún no soy.*

Purpúreos claveles rojos  
fueron mis facciones bellas,  
todas racimos de estrellas,  
todas soles a manojos;  
mas ahora son despojos  
y no aquello que antes fui,  
pues deshojó el alhelí  
la parca de mi hermosura,  
y así, de tal desventura,  
*Aprendez flores de mí.*

Ayer me vió la campaña,  
dando a sus flores olor,  
mujer de un emperador,  
y hermana de un rey de España;  
y hoy un golpe de guadaña  
me ha postrado adonde estoy,  
y aquello que fui, no soy,  
ni puedo volver a ser,  
con que podrá el mundo ver  
*lo que va de ayer a hoy.*

La corona de mi frente  
tuvo ayer muy gran valía,



por ser reina de la Hungría,  
y emperatriz del Oriente:  
por rosa resplandeciente  
tal bien ayer merecí;  
mas como mortal nací,  
la parca cortó mi ser,  
sin respetar ni temer  
*que ayer maravilla fui.*

Infanta nací en la cuna,  
y en mi juventud hermosa  
vine a ser reina y esposa  
de un sol de quien fui la luna;  
Tributóme la fortuna,  
y ahora feudos le doy,  
y aunque en urna real estoy,  
me sirve de desconsuelo  
que ayer me vi sol del suelo  
*y hoy sombra mía aun no soy.*

Ya me parece, amigo lector, que será justo el dar fin a este volumen, porque no sería razón, tras de tanta pena y sentimiento, escribir cosas de chanza cuando hubiera materia para ello, y así me perdonarás el haberte dado el postre en tragedia, pues harto me holgara yo y toda la cristiandad que Su Majestad Cesárea se gozara siglos de siglos y darte, en lugar de sus epitafios fúnebres, una docena de romances alegres. Y así, culpa a la muerte, y no a mi pluma; pero porque te quedes saboreando con la miel del bureo y no lloroso con el trágico fin, porque sea postre agridulce como granada, hice una despedida de mi amo y de todos los señores y damas de esta corte, advirtiéndote que me ha costado harto trabajo, porque su compostura es la más difícil que hasta hoy ha salido, por ser romance sin una letra

vocal, que es la O, con ser la más necesaria de todas cinco, que es el siguiente:

Insigne duque de Amalfi,  
cuya fama a Italia ilustra,  
y ella ufana a tus laureles,  
le da palmas a la pluma;

Fuerte Alcides de Alemania,  
cuyas deidades augustas  
y águilas sacras rapantes  
las preservasteis de injurias;

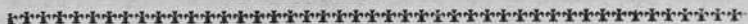
Valiente Aníbal de Flandes,  
pues en su primera angustia  
le sacasteis invencible  
de las tinieblas oscuras;

Esteban se parte a Italia,  
y antes de partir renuncia  
el alegría y la chanza,  
y la gala de la bufa.

A V. Excelencia suplica,  
le dé licencia, si gusta,  
pues que sus males y achaques  
la muerte y vejez anuncian.

Bruselas, quedad en paz,  
damas, deidades purpúreas,  
de cuya beldad se saca  
quinta esencia de luz pura.

A reverder en el valle,  
pues ya mi merced se afufa  
a tener casa de naipes,  
y a vivir de garatusa.



Príncipes, duques, marqueses,  
mi viaje se apresura,  
y el partirme es para siempre,  
y la vuelta para nunca.

El fin de mis caravanas  
anhela y pide pecunia,  
que es la bella entretenida  
sanguijuela que la chupa.

Valiente y fuerte milicia,  
cuya infernal baraunda  
me hace temblar cada día  
y guardar muy bien la nuca.

A mi partida haced salva,  
pues sabéis mis cancamusas,  
y que en campañas de Requiem  
nunca estuve de Aleluya.

Burguesía, ya se ausenta  
esta tremenda figura,  
que de lámparas y tazas  
fué tarasca y fué lechuza.

Quedad en paz y quietud,  
galeazas de la chusma,  
polillas de la salud,  
venteras de carne cruda.

Muy huérfanas quedaréis  
bellas y amenas bayucas,  
el alma queda en rehenes,  
ya que el cadáver se muda.

Mis niñas en esta ausencia  
darán vertientes de zupia,

que si es muerte el ausentarse,  
lágrimas den a sus urnas.

Si al que se muda Jesús  
siempre le ampara y le ayuda,  
buen viaje y buen pasaje,  
pues que ya pinta la uva.

FIN



# ÍNDICE

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                        | Páginas. |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------|
| Prólogo del editor.....                                                                                                                                                                                                                                                                                                | 5        |
| Dedicatoria .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                      | 8        |
| Prólogo .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                          | 13       |
| Otro prólogo en verso.....                                                                                                                                                                                                                                                                                             | 15       |
| CAPÍTULO PRIMERO.—En que da cuenta de su nacimiento, estudios y travesuras, y de un chiste donoso que le sucedió con un valiente, y el viaje que hizo de Roma a Liorna.....                                                                                                                                            | 19       |
| CAPÍTULO SEGUNDO.—En que se refiere su embarcación y llegada a Mesina, y viaje a Levante, y lo que le sucedió en el discurso de él y en la ciudad de Palermo hasta tanto que se ausentó de ella.....                                                                                                                   | 32       |
| CAPÍTULO TERCERO.—Adonde se declara el viaje que hizo a Roma; lo que le sucedió en ella estando por aprendiz de cirujano. Cómo se volvió a huir tercera vez; entró a servir de platicante y enfermero en el hospital de Santiago de Nápoles, y cómo se salió de él por pasar a Lombardía con puesto de abanderado..... | 58       |
| CAPÍTULO CUARTO.—De cómo llegó a España, y viaje que hizo a Zaragoza, Madrid y peregrinaje a Santiago de Galicia, y otros ridículos sucesos que le pasaron en Portugal y Sevilla, hasta que entró a ser mozo de representantes.                                                                                        | 80       |
| CAPÍTULO QUINTO.—En que hace relación de la ausencia que hizo de Sevilla a ser soldado de leva, y los varios acaecimientos que le suce-                                                                                                                                                                                |          |

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                               |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| dieron en Francia e Italia, y de cómo estuvo en Barcelona sentenciado a muerte.....                                                                                                                                                                                                                                                           | 103 |
| CAPÍTULO SEXTO.—En que da cuenta del presidio que tuvo en Rosas, el viaje que hizo a Milán, y cómo pasó a la Alsacia y se halló en la batalla de Norlinguen.....                                                                                                                                                                              | 130 |
| CAPÍTULO SÉPTIMO.—Que trata del viaje que hizo a los estados de Flandes; una pendencia ridícula que tuvo con un soldado; la junta que hizo con un vivandero, y otros muchos acaecimientos .....                                                                                                                                               | 148 |
| CAPÍTULO OCTAVO.—En que declara la vuelta que dió a los estados de Flandes sirviendo de correo, y lo que le sucedió en el socorro y batalla que dió su amo en Tionvila; y de cómo fué recibido en el servicio de Su Alteza Serenísima el infante cardenal, y otra mucha variedad de sucesos .....                                             | 189 |
| CAPÍTULO NOVENO.—Donde prosigue el fin que tuvo la referida máscara; la salida que hizo a campaña cuando se sitió Arras; el chiste que le sucedió con un vivandero; lo que le pasó a la retirada con su dama y la nueva campaña de Ayre; enfermedad y muerte de Su Alteza, y su partida a Alemania en busca de su amo el duque de Amalfi..... | 212 |
| CAPÍTULO DÉCIMO.—En que prosigue el fin que tuvo aquel sitio, y del viaje que hizo al reino de Polonia, y de lo que le sucedió a la vuelta en la batalla de Lipsic que dieron los imperiales a los suecos, y un reencuentro que tuvo con un trozo de vivanderos, y de la vuelta que dió a Flandes y después al Imperio.....                   | 238 |
| CAPÍTULO UNDÉCIMO.—En que cuenta el segundo viaje que hizo al reino de Polonia; el desafío que tuvo con un estudiante polaco; la llegada a Viena y partida a Italia, y lo que le sucedió                                                                                                                                                      |     |

\*\*\*\*\*

Páginas.

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                       |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| en el camino con un capitán alemán, y los viajes que hizo a Roma y Nápoles, hasta llegar a España.....                                                                                                                                                                                                                | 253 |
| CAPÍTULO DUODÉCIMO.—En que prosigue su llegada a España, y de dos ridículos casos que le sucedieron con una moza de posadas y un moderno ingeniero; de la merced que le hizo Su Real Majestad, y de un nuevo galanteo que le sucedió en ella, y de los demás acaecimientos que tuvo hasta llegar a San Sebastián..... | 284 |
| CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO. — En que prosigue el viaje que hizo a Flandes, los naufragios que le sucedieron en el camino y los palos que le dieron en Inglaterra; la llegada a Bruselas, y la despedida para Nápoles.....                                                                                                 | 318 |



ACABÓSE DE IMPRIMIR  
ESTA EDICIÓN, EN LA IMPRENTA YAGÜES,  
PLAZA CONDE BARAJAS, 5, MADRID,  
EL VEINTIOCHO DE DICIEMBRE  
DE MIL NOVECIENTOS  
VEINTIOCHO

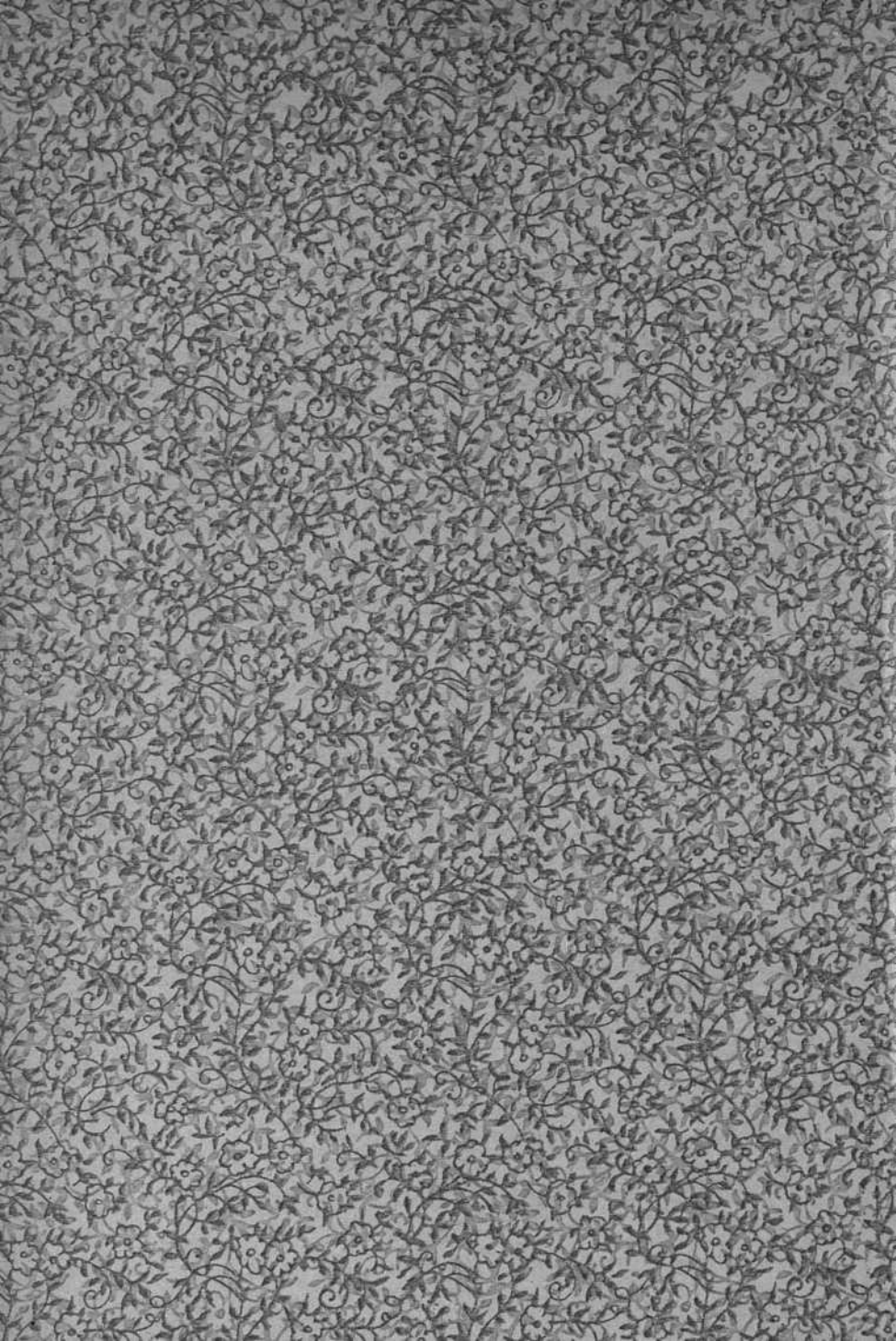












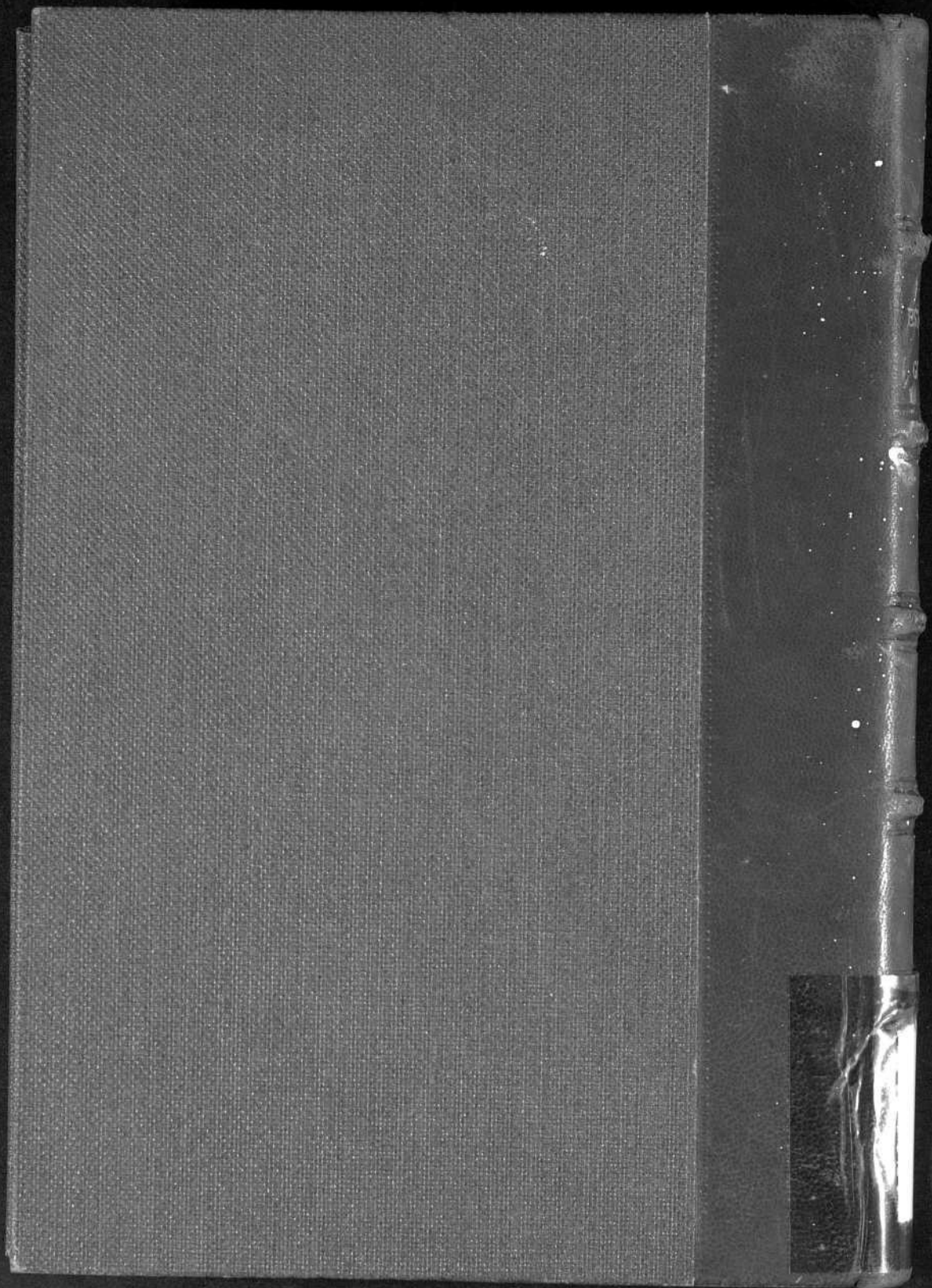


B.P. de Soria



61182539

DR 7773



ESTEBANILLO

GONZÁLEZ

DR

7773